

El fin de las dulces mentiras

RAFAEL HERRERO



ALREVÉS²
NARRATIVA

EL FIN DE LAS DULCES MENTIRAS

RAFAEL HERRERO

ALREVÉS
BARCELONA 2019

Primera edición: noviembre del 2018

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Rafael Herrero, 2018
© de la presente edición, 2018, Editorial Alrevés, S.L.
© Fotografía de portada: Ismael Herrero

Printed in Spain
ISBN: 978-84-17077-75-4
Código IBIC: FA
DL B 22619-2018

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o

escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Rafael Herrero es licenciado en Ciencias de la Información (Periodismo. Universidad Complutense). Empezó escribiendo y dirigiendo programas dramáticos para la radio: relatos originales y adaptaciones de autores como Melville, Lovecraft, Wilde... Época en la que ganó el premio de guión radiofónico Ciudad de Olot. Luego comenzó a escribir y dirigir teatro. Entre sus obras estrenadas en España, están: Apaga la luz, Al escondite, Estudios o trabajos (en colaboración con el autor chileno Jorge Díaz). Más tarde se dedicó, sobre todo, al mundo de la televisión, dirigiendo y escribiendo diferentes programas y series documentales. Finalmente, durante seis años, dirigió el programa cultural La Mandrágora, de TVE 2. Fue director del Área de Programas Dramáticos de TVE. En el año 2010 ganó el premio Kutxa Ciudad de San Sebastián, de literatura dramática, con la obra No me hagas daño (ed. Alberdania), estrenada en el Teatro Principal de San Sebastián, en el 2010, y en el Teatro Español de Madrid, en el 2011. Con la obra de teatro Adiós Carmen ganó un accésit del premio Rafael Guerrero de Teatro Breve (pendiente de edición).

“Leo la noticia en el periódico y me angustia, me llena de rabia. La muerte de un hombre atropellado en el barrio de Chueca. Una noticia insignificante, de esas que pasan desapercibidas. Pero no para mí. Yo sé que ha sido un nuevo crimen. Y sé que ya no puedo seguir escondido por más tiempo. Tengo que actuar.” “El primer crimen ocurrió por la noche, en el paseo de Recoletos el 1 de abril de 1975. En los años de plomo del Franquismo. Un chico joven, un homosexual, fue la víctima. Recuerdo su mirada angustiada. Entonces no sabía su nombre, ahora sí... Ahora sé que era alguien maravilloso, sensible. No hice nada para evitarlo.” “Alguien sopla las velas de una tarta. Mi madre me abraza. Una canción... una carrera por el parque. La casa vacía en silencio. Me he portado mal, y mi madre ya no está para protegerme. Me escondo asustado debajo de la cama. Oigo la voz amenazante de mi padre. Cierro los ojos.” “No tardan en colocarme el micrófono. Cinta americana alrededor del pecho. Hacen pruebas. Me dicen que hable... Todo va bien. Me pongo la camisa con cuidado. La corbata y finalmente la chaqueta. No sé si pasa un segundo, o una eternidad. El silencio se puede cortar con un cuchillo. Me cuesta hablar. Y temo que, cuando menos me lo espere, se abalanzarán sobre mí, y me sacarán la verdad a golpes. No les costará demasiado. Y el plan... Todo a la puta mierda... Se acabó. Ahora, en este momento, Jim Morrison, cantaría las últimas estrofas de su tema “The end” “... El fin de las risas y las dulces mentiras... Este es el fiiiinnnn.” El final de las dulces mentiras es la historia de una venganza larvada durante más de cuarenta años de silencio. Una travesía que empieza en el dolor, la locura, el odio más irracional, el crimen. Pero también en el amor más auténtico... en la inocencia, en la búsqueda del niño que un día olvidaste. Un largo camino que conduce a la redención, al perdón. La verdad, si es que existe, a veces es terrible, definitiva, tajante, y se abre paso a golpes, sin miramientos, sin palabras delicadas. Y si tiene que hacer daño, lo hace. Y no sirven las dulces mentiras... Esas mentiras que nos permiten seguir viviendo, que nos ayudan a levantarnos cada día, respirar... peinarnos... salir a la calle.

EL FIN DE LAS DULCES MENTIRAS

,

A Isabel...

Por leer la primera página, y la segunda... Una vez, dos veces..., mil veces

A Roser...

Sus preguntas, siempre sus preguntas... en la playa de la Barceloneta, en la plaza de Chueca... Hicieron crecer estas dulces mentiras

A Iñigo...

Por darme su «tiempo sin tiempo»

A Mari Carmen Moreno, que me ayudó a conocer mejor al protagonista de esta historia

A la gente de la plaza de Chueca

Este es el fin, hermosa amiga... Este es el final de las noches en las que
tratamos de morir... Este es el final.

JIM MORRISON (THE DOORS)

UNO

MI MADRE NUNCA LLEGÓ A LA CITA

Mi despedida iba a ser triste, sombría, solitaria y con una terrible sensación de fracaso, de haberle fallado a la gente que más he querido, y a la que echo tanto de menos. Han pasado muchos años, y no sé nada de ellos... No formo parte de su vida. Silvia se levantará, como cada mañana, muy temprano, para no tener prisas. Le gusta hacer las cosas despacio, con calma, pero al final siempre termina corriendo... A lo mejor desayuna con nuestra hija. Y no se acordarán de mí. Hablarán de sus cosas, quizá queden para ir al teatro, o de compras. Mi hija es una estupenda actriz. Y se reirán, y harán planes... Y en ellos no estaré yo. Es duro pensar que nadie me va a echar de menos. Me han borrado de sus vidas. Mi hermana Paloma hace mucho me dijo lo que sentía por mí: desprecio. Fue muy dura la despedida, pero hizo bien en marcharse. Tenía que escapar, ponerse a salvo, y yo era un peligro... Cada día, cuando salgo al porche, miro hacia el camino de tierra. Y espero verte caminando tranquila. Bailando suavemente. Sí, a veces, cuando caminas parece que bailas. Me saludas con la mano, y yo salgo a tu encuentro, nervioso, impaciente. Y nos damos un abrazo increíble. En el camino de tierra hacíamos carreras, montábamos en bici. ¿Te acuerdas? Jugábamos a cualquier cosa. Al escondite... Y entrábamos a ese pequeño bosque, cercano a casa, lleno de árboles: enebros, encinas, pinos, jaras, zarzas... Y esos enormes bloques de piedra inexpugnables, que apuntaban a las nubes. Ese lugar le encantaba a mamá, ¿te acuerdas, Paloma? Y yo tenía miedo, y tú me contabas pequeñas historias en voz baja. ¿Dónde estarás ahora? No lo sé. Más tarde entró en nuestras vidas Chema, y lo revolucionó todo... Y estalló vuestro amor... Y yo lo destruí. Paseo por el camino de tierra, solitario y perdido, y

pienso en ti, y en Chema, también a él le gustaba ese pequeño bosque. Yo, a veces, desde casa, os veía pasear y perderos entre los árboles. Y sentía envidia. Erais una pareja maravillosa. Chema forma parte de mi memoria prohibida. Está en mis sueños, pero sobre todo en mis terribles pesadillas. Le traicioné, le jodí la vida. Lo siento, de verdad... Lo siento. Quizá me hayáis perdonado. No lo sé. No me lo merezco... Pero eso no me da la paz, porque yo jamás me perdonaré. ¡Jamás! Cada vez que vuelvo la mirada atrás, me inunda un terrible desasosiego, la certeza de que mi vida ha sido miserable.

La casa en silencio, las persianas echadas. Me gustaría estar sentado en el porche, en el sillón del abuelo, al atardecer, mirando las montañas que se ven a lo lejos. En las cumbres aún hay algo de nieve, pero eso complicaría mucho las cosas. Así que mejor en mi dormitorio, en mi cama. Eso sí, sin el pijama que tanto le horroriza al pequeño Álex. Dice que es un pijama de viejo... Vale, no me lo pondré, pero me siento así, cansado, viejo. Un pantalón oscuro, cómodo, una camisa blanca, y ese jersey de cremallera, jaspeado, negro, gris y blanco. Es muy agradable, y tiene bolsillos... Me gustan los jerséis con bolsillos.

Así que estaba preparado, tranquilo, ya me había hecho a la idea. Faltaban casi dos semanas para recibir esa visita tan especial, y todo estaba en orden. Quería evitar sorpresas, dudas, que mis miedos volvieran a traicionarme. No estaría solo. Eso me aterraba. La soledad, el silencio..., no lo podría soportar. Pero eso estaba arreglado. Habría alguien conmigo, una persona desconocida con la que podría hablar, y que me ayudaría a que todo fuese lo más natural posible, sencillo, sin dramatismos. Por fin me decidí a hacer esa llamada telefónica que tan poco le gusta a Álex. El teléfono de la muerte, dice... Y yo..., el de la esperanza. Había imaginado esa conversación tantas veces y de tantas maneras diferentes. Fue agradable, respetuosa, tranquila, y muy reconfortante. Me gustó la voz de la persona que me atendió. Yo no me puse nervioso, y creí que iba a estarlo, como cuando era pequeño y no era capaz de encontrar las palabras adecuadas y me quedaba callado... Pero, claro, ya no soy ese niño. Mientras hablaba por teléfono me di cuenta de que tenía las ideas más claras de lo que pensaba. Eso me gustó. Sentirme seguro, desterrar las dudas, las indecisiones. Me atendió una mujer muy amable. Hablamos durante un buen rato. Tomó mis datos, mi dirección. Me dijo que un compañero vendría a visitarme a casa para hablar conmigo y conocerme

personalmente. Me pareció bien. Imaginé que no era muy mayor, pero que tampoco era demasiado joven. Una voz serena. Me gustó lo que me decía, y aunque seguramente para ella era una conversación que se parecía a muchas otras, a mí no me dio esa impresión. Tuve la certeza de que esa mujer no estaba repitiendo una cantinela aprendida, ni utilizando frases convencionales ni respuestas memorizadas de tanto ser utilizadas; y que los silencios, las dudas eran auténticas porque al escucharme trataba de encontrar la respuesta más adecuada... Intentaba ponerse en mi lugar, y comprenderme. Hablando con ella, por un momento, recordé la película de Altman, *Vidas cruzadas*, y sonreí al recordar la historia de una de las protagonistas que trabajaba en un teléfono erótico, y que mientras hablaba en su casa por teléfono con un cliente, y jadeaba, y suspiraba, y parecía estar a punto de tener el mayor orgasmo de su vida, daba el biberón a su hijo, y eso era lo que le importaba de verdad, lo demás era una gran mentira. Me entraron unas ganas terribles de reír, pero me contuve. Me sentí bien cuando colgué. Por fin me había quitado un terrible peso de encima, como si estuviera a punto de hacer las paces conmigo mismo, y esa llamada hubiese sido un paso importante... Un paso hacia el sosiego.

Y de repente esa extraña calma saltó por los aires, todo se tambaleó. Una noticia en el periódico fue la que me hizo reaccionar y postergar mis planes, como una pequeña prórroga... inquietante y convulsa. La noticia no me sorprendió, sabía que podía ocurrir en cualquier momento, que ya había ocurrido otras veces. Pero siempre he tratado de engañarme, de mirar para otro lado. Esta vez, no. Tardé muy poco en decidirme, en saber qué es lo que iba a hacer. Y lo hice: Anunciar al grupo que ahora ellos son los que están en peligro. Se acabó la impunidad. Voy a por vosotros, aunque sea lo último que haga. Y lo haré poco a poco, un paso detrás de otro, hasta que se sepa quiénes sois y los crímenes que habéis cometido. Recordad, os estoy vigilando. Me divirtió imaginarles, al salir de casa, mirando en todas direcciones, antes de entrar en el coche, atentos al retrovisor para ver si les sigue alguien; cambiando su ruta habitual, saltándose un semáforo para despistar a sus posibles perseguidores. Qué pena no poder verlo. Primero un regalo, sí, parece una estupidez, pero eso fue lo primero que me vino a la cabeza. Iba a enviar a esos cabrones un regalo. Algo especial, algo que no les iba a dejar indiferentes... Y enseguida lo tuve claro, lo vi. Cada vez me gustaba más mi idea. Tres días para prepararlo cuidadosamente..., para elegir los detalles, los

mensajes..., los símbolos. Sí, mi gran plan consistía en enviar un regalo anónimo a las personas que más odio. Era mi pequeña venganza antes de decir mi adiós definitivo. Bueno, para Álex, mi regalo es como un mensaje cifrado lleno de pistas, dice que es como en las historias de espías. Y quizá está en lo cierto, pequeños detalles que significan más de lo que parecen. Prepararlo me llevó a un estado de excitación que ya había olvidado: nervios, también dudas. Pero, finalmente, me gustó el resultado. Era impactante. Una cesta, como las de Navidad... Con cintas de diferentes colores, y velas, y una flor de *hibiscus* dentro de un verdó de cristal de color azulado. El recorte del periódico con la noticia de su último asesinato, rodeada por un círculo rojo, y en el que había escrito, como si fuera un grafiti: «Vosotros le habéis asesinado, y pagaréis por ello», lo metí dentro de una pequeña botella de color ámbar. En una tercera botella, de color rojo, introduje otros mensajes: «Os estoy vigilando». «Pronto tendréis noticias mías.» «Empieza la cuenta atrás.» «Fascistas asesinos.» «Ha llegado la hora.» Mensajes en una botella... Ese podría ser el título de una película romántica, melancólica. Una historia de soledad como la mía. De repente me acordé de la frase que tanto le gustaba decir a Tito, después de darle una paliza a un maricón: «Este es el primer aviso. La próxima vez te mataré». Siempre cumplía su amenaza. Era un psicópata. No tenía piedad. Sonreí, antes de añadir a mi regalo una nota con el nombre de cada uno de ellos, en la que puse: «Primer aviso».

Chema, el grupo ha vuelto a asesinar a otra persona, a otro homosexual... Amigo mío, me gustaría que estuvieses a mi lado, juntos los dos contra ellos, y contarte lo que voy a hacer. Mi pequeña venganza. He cambiado, Chema. Sí, he cambiado... Pero sé que tú me seguirás odiando, que jamás me perdonarás.

Han pasado varios días, y de momento no ha habido ninguna reacción, ni llamadas telefónicas, ni amenazas, ni me siento vigilado cuando bajo al pueblo. Pero, a pesar de eso, estoy atento. Los conozco demasiado bien y sé de lo que son capaces. A lo mejor mi regalo les ha parecido una estupidez. No son fáciles de intimidar. Siempre se han sentido muy seguros, con las espaldas cubiertas, así que quizá no pase nada, pero, de cualquier forma, en dos o tres días, daré un paso más: les enviaré un nuevo mensaje. Y este será definitivo..., y también lo meteré dentro de una botella. Un mensaje más contundente, recordándoles las fechas de sus crímenes, los nombres de sus víctimas, anunciándoles que esa información ya la he mandado a los

periódicos y a la policía. A lo mejor no he sido capaz de inquietarles. Soy demasiado insignificante, supongo. Tanta preparación para nada... Pero no, estoy seguro de que están jodidos, y preocupados. Se están tomando el tiempo suficiente para reaccionar. «¿Y si todo, después de tantos años, se va a la mierda?» Eso estarán pensando, mientras tratan de averiguar quién coño se ha atrevido a amenazarles. Me gustaría ver sus caras, su miedo, así que seguiré esperando un poco más, dos días hasta ver qué es lo que ocurre. Y mientras espero, me sobresalto pensando que por fin he sido capaz de hacer algo, de enfrentarme a ellos, y que no terminaré hasta que los destruya. Mi tranquilidad y mi aburrimiento han estallado por los aires. Cuando salgo a dar un paseo, de repente me doy la vuelta de golpe, para ver si me sigue alguien, o me escondo entre los árboles cuando oigo el motor de un coche que se acerca... A veces, de noche, siento miedo y creo escuchar un ruido en la puerta, y me quedo quieto, sin ser capaz de reaccionar, tratando de contener la respiración. Y los imagino en el jardín, dando vueltas alrededor de la casa, buscando una ventana mal cerrada para poder entrar, y entonces me doy cuenta de que he dejado abierta la ventana del salón y que debo levantarme deprisa y cerrarla, pero soy incapaz de moverme. Ese maldito miedo que me acompaña desde mi infancia me deja paralizado. Los oigo. Ya están dentro de la casa, se acercan a mi habitación. El corazón me va a estallar. Y entonces la puerta se abre, y aparece Álex, y me dice que tiene una pesadilla horrible, y se acuesta en mi cama, y yo me tranquilizo.

—No te vas a morir, ¿verdad? —me suelta Álex, de golpe, mirándome muy preocupado.

—No, claro que no... ¿Por qué dices eso?

—En mi pesadilla estabas en lo alto de una azotea... Tengo muchas pesadillas, ¿sabes? No me gustan, pero las tengo... No se puede hacer nada, ¿verdad?

—¿Qué?

—Para no tener pesadillas.

—No lo sé. Nunca lo he sabido. Ojalá hubiera una pócima mágica para hacerlas desaparecer.

—Abracadabra patas de cabra... cuerpo de lombriz... que esta noche sí que puedas dormir... Eso estaría genial... Bueno, cuando me despierto se acaban. Algo es algo, ¿no?

—Sí, eso es verdad. A veces, al despertar, desaparecen.

—Hacía viento, ¿sabes? Un viento terrible..., como en las películas de misterio. Llevabas un pañuelo de color verde alrededor del cuello, y flotaba movido por el aire... Y tú te acercabas cada vez más al borde de la azotea... No había barandilla, ni nada de nada. Y yo te veía avanzar, pero me quedaba quieto, como si estuviera hipnotizado. Quería ayudarte, de verdad, pero no era capaz de gritar, ni salir corriendo y detenerte. Las pesadillas son lo peor de lo peor.

—Ya lo creo... Son horrosas.

—Me desperté antes de que saltaras... Tengo miedo de quedarme solo... Prométeme que no vas a subir más a la azotea. ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. Tranquilo, duerme.

—Podríamos desayunar en el pueblo... Chocolate con churros, ¿vale?

—De acuerdo..., pero ahora trata de dormir.

Y sé que se dormirá enseguida.

—Menudo susto me has dado —le digo, pero ya no me contesta. Puedo oír su respiración profunda y tranquila. Alex pasa mucho tiempo conmigo. Su madre es pianista, y, con frecuencia, tiene que viajar a diferentes ciudades para dar un concierto. Y él, entonces, se queda en mi casa. Me gusta su compañía. Creo que, a pesar de todo, es un niño feliz. Disfruto viéndole divertido, riendo por cualquier cosa, imaginando historias, planes imposibles, haciéndome trampas al ajedrez. Aunque, a veces, también le veo triste, como ausente, asustado... y solo. No tiene amigos, y debería tenerlos. Él dice que está bien así, que no me preocupe. Va de un lado a otro con su bicicleta, y se entretiene con cualquier cosa. Es muy curioso, y no para de hacer preguntas. Yo también fui un niño solitario.

Fue una buena idea venirme a vivir aquí. Siempre me gustó esta casa, aunque la tenía olvidada. Mejor dicho, borrada. Me hacía daño pensar en ella. Entonces, cuando veníamos con frecuencia, hace muchos años, yo era un niño feliz, más o menos... No todo era maravilloso, claro, pero comparado con lo que pasó después fue una época donde las luces eran más intensas que las sombras. Y, sobre todo, mi memoria guarda momentos de inmensa felicidad... Los recuerdos son lo que importa, aunque muchas veces nos los inventemos y cambien la realidad, la distorsionen. Bueno, la última vez que estuve aquí fue en el cumpleaños de mi abuelo Jorge. Ya era muy mayor y apenas si veía.

Recuerdo que, al llegar a su casa, lo normal era entrar en un mundo presidido por el silencio y por la penumbra. Pasábamos del jardín, luminoso y lleno de vida, a un vestíbulo muy amplio, con un perchero adosado en la pared donde siempre había dos o tres sombreros, alguna bufanda y su chaquetón preferido de pana muy gastada de color azul oscuro. También había un arcón y un gran espejo. Las persianas filtraban la luz del exterior y creaban un mundo de sombras. Él solía estar sentado en el cuarto de estar escuchando la radio. Música clásica, y tangos, y habaneras, y copla... La verdad es que le gustaban músicas muy diferentes:

—Que tengan inspiración. Eso es lo importante... —nos decía.

Si hacía buen tiempo estaba en el porche tomando un refresco de limón que le duraba casi toda la mañana. Le daba un beso y me sentaba a su lado, y durante un rato escuchábamos música. Él me apretaba la rodilla. Tenía una mano grande de dedos muy largos y fuertes. Una mano cálida.

—Estás demasiado delgado, Alejandro. Tienes que comer mejor y hacer ejercicio: andar, y mirar... Siempre con los ojos abiertos. ¿De acuerdo?

—Sí, abuelo... Los ojos muy abiertos.

Él movía la cabeza asintiendo complacido con mi respuesta.

—¿Sigues dibujando?

—Sí... No sé si te gustarán.

Le ponía los dibujos encima de la mesa. Una casa rodeada de árboles, su casa. El humo, haciendo espirales, salía de la chimenea, y un camino largo que terminaba en la puerta de su jardín. Bueno, más o menos. El abuelo no veía muy bien y tenía que acercarse mucho a los dibujos. A veces usaba una lupa para verlos mejor, y después de un buen rato, decía:

—Bien... Me gusta esa casa. Y el humo de la chimenea. Y yo, ¿dónde estoy yo?

Y se reía.

—Es que no se me da bien dibujar personas... Pero estás dentro de la casa, escuchando música.

—Muy bien... Serás un buen hombre, Alejandro, inteligente y sensible como tu madre.

En eso se equivocó, aunque desde hace muchos años trato de enmendar todos mis errores, pero es una misión demasiado difícil. Mi madre decía que

mi abuelo era muy sabio... y sensato, y capaz de ponerse en el lugar del otro, y comprender, y tener paciencia, y tratar de no hacer daño a nadie. Mi abuelo era sabio. Estoy seguro de eso. Pero no era adivino. He hecho cosas que él nunca habría podido imaginar. Ni yo mismo, en mis peores pesadillas, pensé que fuera capaz de ser un hombre tan malvado.

No, abuelo, no he sido una buena persona. He hecho daño a mucha gente. Y ya no hay remedio. Estaba destinado a escuchar, a ser comprensivo, paciente, a saber mirar, a dibujar casas con personas como tú, sentadas en el porche, pero todo se torció. Y ni mi madre ni tú estabais para ayudarme. Mi hermana lo intentó, pero cuando se dio cuenta de hasta dónde había caído, se asustó; y además, ya era demasiado tarde. Aún recuerdo tu mirada, Paloma, tu tristeza.

Mi madre se sentaba al lado del abuelo y le cogía de la mano, y le hablaba muy despacio... Y él sonreía. Una sonrisa amplia, relajada, silenciosa, y apretaba la mano de mi madre... Y así se podían pasar las horas muertas. Ella no estuvo a su lado cuando él murió. Yo tampoco. Me dijeron que era demasiado pequeño y que era mejor que me quedara en casa. Yo me veía mayor, ya había cumplido once años. Me hubiera gustado ir a verle, y despedirme, aunque habría sido un viaje muy triste. Imagino que mi abuelo preguntó por mi madre. Imagino que estaba seguro de que ella llegaría a tiempo. Imagino que cada vez que se abría la puerta de su habitación esperaba oír su voz. Sentir sus pasos que se acercaban. Aguantó todo lo que pudo, ya lo creo. Los médicos no lo entendían, pero mi madre no llegó nunca a la cita.

Hubo un tiempo en el que ella siempre estaba al lado de los que la necesitaban: a mi lado, con el abuelo, con Paloma. Nunca fallaba, y sonreía, y escuchaba con paciencia aunque tuviese prisa, aunque estuviera preocupada, aunque se ahogase por dentro. Estaba ahí. Mi abuelo, cuando se fue, apretó la mano de mi hermana. Paloma sustituyó a mi madre esa noche. Cuando me lo contó aún sentía rabia por la ausencia de nuestra madre, y aunque trataba de mostrarse serena, siempre lloraba al recordar ese momento, siempre. Y respiraba profundamente porque le costaba hablar, y a veces me abrazaba. Y yo lloraba también. Le queríamos mucho. Nos gustaba escucharle cuando hablaba de su música preferida; y del campo, de sus paseos por el monte, de las plantas, de los animales que vivían a nuestro alrededor. Viendo sus huellas era capaz de identificarlos, y nos decía:

—No los vemos, pero ellos nos observan escondidos entre los arbustos.

Nos tienen miedo, y no se fían de nosotros... ¿Lo ves? Mira, detrás de las jaras hay un jabato..., y cerca tiene que estar la madre. No hagas ruido. —Y nos quedábamos observando, y yo era feliz.

Mi hermana nunca me dijo si el abuelo le había dicho algo importante, si se había acordado de mí antes de morir..., si había preguntado por mamá. Bueno, lo que siempre me decía era que el abuelo me quería mucho, muchísimo. Su recuerdo me llena de paz y de nostalgia. Le veo caminando despacio durante sus paseos por el campo, que al final eran cada vez más cortos. Y siempre con su chaquetón y su sombrero de ala ancha de color verde oscuro para protegerse del sol. Le costaba respirar, y al llegar a casa se paraba antes de subir las escaleras, y luego se sentaba en el porche, y mi madre le llevaba una jarra con refresco de limón. Bebía un sorbo corto y esperaba hasta que la respiración se iba acompasando.

—Anda, Diana, toca algo al piano... ¿Quieres?

Y mi madre iba al salón y comenzaba a tocar. Podía ser una pieza de Chopin, o de Albéniz... Pero a él, lo que más le gustaba era oírla cantar alguna habanera. «La paloma», y sobre todo la habanera de la ópera «Carmen»...

—Vuestra madre es un ángel —nos decía.

Nunca nos hablaba de nuestro padre, no le caía bien. Entonces no me daba cuenta, luego lo entendí todo. No le gustaban las cosas que decía, pero sobre todo no admitía que tratara mal a su hija, y muchas veces discutieron por eso.

—Paco, tranquilo. Si estás nervioso, te das un paseo por el jardín, y vuelves dentro de un rato cuando te hayas calmado.

Mi abuelo era el único que le llamaba Paco, y no Francisco, o don Francisco, como le gustaba que le llamasen a mi padre.

—Te recuerdo que estás en mi casa... —le decía sin levantar la voz, sin ponerse nervioso, con calma—. Y en mi casa nadie le levanta la voz a mi hija. Queda claro, ¿verdad?

Entonces mi madre intervenía para que la situación no llegara más lejos. Mi padre se quedaba con las ganas de responderle, pero no se atrevía. Siempre ponía pegas para ir a casa del abuelo, y a veces íbamos sin él.

Mi abuelo hablaba poco, y muy despacio... A su lado los silencios eran muy habituales, y largos. Cada vez, con más frecuencia, y sobre todo si hacía algún pequeño esfuerzo, se ahogaba, pero trataba de que no nos diéramos

cuenta. No le gustaba quejarse, ni ser el protagonista. En mi estudio, muchas veces, recordando esta casa, he buscado los dibujos que había hecho de niño, y he vuelto a dibujarlos, pero siempre incluyendo al abuelo sentado en el porche, en el mismo sillón en el que estoy sentado yo ahora, mirando al horizonte. Fijándose en los detalles, en las cosas pequeñas. Tratando de descubrir los increíbles secretos de la naturaleza. El jardín, cuando ya apenas caminaba, terminó siendo su gran campo de observación.

—Hay que saber mirar...

Nos repetía una y otra vez a Paloma y a mí.

—... y tener paciencia. Esperar... Y así, sin prisa, seguro que sois capaces de ver lo que hay más allá. Lo que otros no ven ni verán nunca.

Yo ahora también me fijo en los pequeños detalles, pero no sé si he aprendido a mirar. Y como él, entonces, también estoy muy cansado, y mis paseos son cada vez más cortos. A veces suspendo la medicación por unos días, y me encuentro mejor, menos somnoliento, con más energía, pero también más nervioso, irritable y con mucha ansiedad. He desarrollado un sexto sentido que me avisa antes de caer en una de esas crisis odiosas que me persiguen desde siempre, y eso me permite reaccionar a tiempo, y volver a medicarme... Y ya sé lo que pasará: me quedaré dormido en cualquier rincón, no tendré ganas de hacer nada... Ni siento, ni padezco, eso diría mi abuelo.

Así pasaban los días, uno tras otro, monótonos, iguales, sin sorpresas, sin alicientes. Y cuando menos me lo esperaba, mi calma se truncó. Esa noticia en el periódico me hizo reaccionar, me indignó, me llenó de rabia. La muerte de un hombre atropellado en el barrio de Chueca. Una noticia insignificante, de esas que pasan desapercibidas. Pero no para mí, claro, ni para ti, Chema. La plaza del Silencio volvía a ser testigo de un nuevo asesinato. Otra vez se repetía mi pesadilla... Las imágenes que nunca he conseguido borrar de mi cerebro aparecieron de golpe. Nuevamente, un homosexual había sido la víctima. Imagino... Sé que trató de escapar, que mientras corría asustado miraba a un lado y a otro. Oía las pisadas de sus perseguidores cada vez más cerca. Y, de repente, el coche apareció. Él no pudo reaccionar. No se lo esperaba. Gritó... Sí, gritó, pero nadie escuchó sus gritos. Y el coche le pasó por encima... Una vez, y otra, y otra más. Y murió en la calle, cerca del mercado de San Antón. Se repetía el escenario de mis delirios, otra vez. Murió, esperando que alguien le ayudase, asustado. Da miedo morir solo...

Eso lo sé bien, lo he visto. Quizá, ese hombre trató de arrastrarse por el suelo, pero casi no podía moverse. Imagino la excitación de Tito mientras se alejaba en el coche: «Te avisé, maricón. Te avisé».

El conductor no paró para socorrerle. Eso dice la escueta noticia del periódico. Y yo sabía, estaba seguro de que no había sido un accidente. Había sido un asesinato. Otro más. Y dije: ¡Basta! ¡Ya está bien! Tengo que hacer algo o no pararán jamás. Fue entonces cuando decidí enviar mi regalo anónimo al grupo. Un regalo y una advertencia. Una amenaza, eso me dijo Alex... Es una amenaza, como en las películas: «Vais a pagar por todos vuestros crímenes. Sois unos asesinos, unos fanáticos despreciables y cobardes». Eso puse en otra nota. Fue como un impulso que no pude controlar. Me sentí bien, liberado de una pesada carga. ¡Que se jodan! Sabía que estaba corriendo un grave peligro, pero me daba igual. Quizá ahora, en este momento, estarán estrechando el cerco, tratando de averiguar quién se ha atrevido a amenazarlos... Y también sé que es posible que descubran que he sido yo. Y, entonces, comenzarán a planear un nuevo asesinato, el mío. A partir de ese momento, ya no será fácil escapar. Quizá me llamen antes... Una llamada amistosa, de viejos amigos, y tratarán de verme, y querrán reunirse conmigo, averiguar qué es lo que pienso hacer, qué peligro corren si me matan. Saber a lo que se enfrentan. Y yo, entonces, les diré que si me pasa algo alguien enviará unas cartas a los periódicos con toda la información sobre sus crímenes, fechas, detalles, nombres. Y que hay una grabación donde les acuso de mi muerte y que también será enviada a la policía. Así que matadme, atreveos. ¿A qué esperáis? Claro que es muy posible que no puedan contener su cólera, su odio..., que no quieran perder el tiempo hablando conmigo. Simplemente, vendrán a casa, o me esperarán en la calle, y me meterán un tiro en medio de la cabeza. Y pienso que me he vuelto loco... ¿Cómo he sido capaz de enfrentarme a ellos? ¿Es que he perdido la cabeza? Nunca debí hacerlo. Quizá, ahora, en este momento, estén ahí fuera, vigilándome, esperando, asegurándose de que estoy solo. No me matarán rápidamente, se tomarán su tiempo. Y gritaré, y les pediré perdón, les suplicaré, les juraré que no voy a hacer nada contra ellos, que no existen esas cartas, que todo es mentira. Y ellos seguirán con su plan, disfrutarán con mi agonía. Imagino la cara de Tito, su excitación mientras me golpea cada vez con más violencia. Harán daño a Alex... En eso no había pensado, debo decirle que se marche,

que no vuelva nunca más por esta casa. Y Silvia, y mi hija... Las he puesto en peligro, tengo que hablar con ellas para que busquen un lugar seguro donde esconderse. Que pidan protección a la policía. Mañana iré a verlas... Mañana, sin falta. Soy demasiado cobarde para enfrentarme al grupo. No debí amenazarlos... Un regalo, qué estupidez. Soy un gilipollas. ¿Y si soy yo el que escapo y me marcho de esta casa? Me voy a otro país, cambio de identidad... ¿Y si subo a la terraza y salto de una puta vez, y ya está?... Todo solucionado.

Tengo que tranquilizarme, ya no puedo dar marcha atrás. Quizá nunca me descubran, nunca piensen en mí. Qué tontería... No hay nadie vigilándome. Son solo imaginaciones mías. Nadie está en peligro, nadie. Esta noche tendré que tomar un orfidal para poder dormir. Eso es. No pasa nada. El regalo lo han tirado a la basura, y ya está. Cerraré las ventanas por seguridad, porque así dormiré más tranquilo. Esta noche, antes de acostarme las tengo que cerrar, que no se me olvide.

DOS

SONRISA BAJO LA LLUVIA

Por la mañana fui al hospital donde estaba ingresado Chema. Llovía. La gente llevaba paraguas y caminaba deprisa. Yo, sin embargo, andaba muy despacio, me costaba dar cada paso. La noche anterior tuvimos una reunión en la casa de mi padre. El grupo estaba crispado, nervioso... Todos tenían muy claro que había que matar a Chema, que era un peligro dejarlo con vida. Y, de repente, cuando menos lo esperaba, Ricardo me miró y dijo. «Tú. Sí, Alejandro, tienes que hacerlo tú.» Los demás no lo tenían tan claro, no se fiaban de mí. Finalmente, se decidió que debía hacerlo yo. Miré a mi padre, esperando que dijese algo, que me liberara de esa orden..., que me ayudara, pero no hizo nada. Estaba solo frente a ellos. El grupo no sugería ni proponía nada, simplemente ordenaba lo que había que hacer... Pero yo no quería matar a Chema. Traté de mantener la calma. Mi padre ni me miró. Y yo..., ¿yo qué podía hacer? Él era el único que podía salvarme, detener esa locura, pero guardó silencio. Encendió un cigarrillo, le miré las manos, no le temblaban. Para él, un general del ejército, un héroe de la guerra civil, yo era lo peor, un maricón de mierda. Su hijo no existía..., nunca había existido. Así que acaté la orden. Acojonado, sin atreverme a decirles que no, y también fascinado porque me habían elegido para hacer algo muy importante. Confiaban en mí.

—No le demos más vueltas, hay que hacerlo cuanto antes, mañana —dijo Ricardo—. Sabe demasiadas cosas y puede comprometernos. Alejandro, no nos puedes fallar. ¿Verdad que no vas a fallarnos?

—No, claro que no. —Eso dije, y me temblaba la voz, y notaba el sudor por mi frente, y sentía una angustia insoportable, pero lo dije.

Chema era mi amigo desde que éramos unos niños, pero se había

convertido en un peligro, y había que eliminarlo. Y me habían elegido a mí. Tenía la confianza del grupo. El grupo consigue eso: eliminar, de algún modo, tu voluntad. Unificar las ideas de todos, el pensamiento único, huir de las discrepancias. Y eso ocurre poco a poco, sin que te des cuenta, y lo aceptas, incluso te sientes bien. Eres parte de algo. Estás dentro del huevo, como en la obra de teatro de Félicien Marceau que tanto le gustaba a Chema. Empezó a ensayarla, pero luego lo dejó.

«El que está dentro del huevo, existe, cuenta; el que está fuera, no.»

Yo quería estar dentro del huevo porque así no me sentiría solo, vulnerable. El grupo te protege. Por eso dije que sí, como si mi voluntad se moviera al impulso de sus palabras. Bebí mucho esa noche. Necesitaba beber. Aturdirme, no pensar. Me acosté tarde, no podía dormir. Me repetía una y otra vez: «Debí decir que no. Que matar a Chema era una locura. Que no contaran conmigo». Pero ellos te entrenan para que no pienses, para que no dudes, ni cuestiones las decisiones, ni tomes partido... Nada de eso es necesario, así que a la mañana siguiente tendría que matar a mi amigo.

Chema, ¿por qué pasaste esa noche por la plaza de Chueca? ¿Por qué te escondiste detrás de un coche mientras el grupo asesinaba a un hombre indefenso, un homosexual elegido al azar? Debiste escapar, salir corriendo, cerrar los ojos... Pero no, no hiciste eso, y viste a los asesinos: Ricardo, acompañado de Tito y Micki, dos policías descerebrados y muy peligrosos, y también me viste a mí... Yo no le maté. ¿Te acuerdas? Llegué más tarde, unos minutos más tarde... O a lo mejor sí lo hice. Unas veces pienso que sí, y otras que no. En esa plaza se puso en marcha la cacería de un hombre desconocido que no nos había hecho nada. Solo era un maricón como yo, pero él tenía el valor, o la locura de no ocultarlo, de amar como un maricón, de buscar otros hombres como él, de gozar de otros cuerpos como el suyo, de follar con rabia, con desesperación. Nunca supe su nombre. Ninguno lo sabíamos... Murió en medio de las escaleras que bajaban a los urinarios, sin entender nuestro odio, nuestra ira. Una de sus manos, ensangrentada, se aferró hasta el último momento a los barrotes de la barandilla, como si esa fuera su única posibilidad de salvación. Pude ver cómo su mano se soltaba del barrote de hierro y golpeaba contra uno de los escalones. No dije nada, no protesté... No traté de impedirlo. Estaba tirado en las escaleras como un guiñapo, y no sé si sentí lástima, o rabia, o nada de nada. No me atreví a mirarle a la cara. Y

escribimos en la pared de los urinarios la frase preferida de Ricardo: «Un maricón comunista menos»... Y tú, Chema, lo viste todo. No supiste qué hacer. No era una época en la que se pudiera denunciar a dos policías y al hijo de un general. Te dije que callaras, que te olvidaras de lo que habías visto... Y guardaste silencio, pero no pudiste aguantar ese silencio por mucho tiempo. Un nuevo asesinato y te enfrentaste al grupo... «Asesinos...» Les llamaste «asesinos»... Incluso te atreviste a amenazar a mi padre en su propia casa. Sintió miedo. Mi padre, por un momento, se acojonó... Fue increíble. Pero claro, esa misma noche, el grupo te sentenció a muerte. Era tan fácil matar a alguien en esos días de terror y odio. Al día siguiente, el coche en el que ibas apareció en el fondo de un barranco profundo y angosto. El coche era un amasijo de hierros. Vueltas y vueltas de campana, hasta estrellarse en el suelo. Los amigos que te acompañaban, a los que tú más querías, murieron en el acto, pero tú no. Tú te salvaste. Tu cuerpo roto y ensangrentado apareció entre la maleza. Al principio creyeron que habías muerto... Pero no fue así. El azar, el destino se interpuso en sus planes. Y ahora estás en el hospital, peleando por tu vida. Y ellos no quieren esperar y te han condenado a muerte por segunda vez. Y yo, Chema, te voy a matar.

Bajé del coche y no era yo. Desde que me levanté había dejado de ser yo. Desde la noche anterior, cuando me callé, había dejado de ser yo. Desde hace mucho tiempo, solo siento por mí asco... Caminé unos pasos bajo la lluvia, y tuve la certeza de que no era yo el que caminaba. Vi mi reflejo en la puerta de entrada del hospital y vi a un extraño. No me reconocía, pero seguí andando como un zombi sin voluntad, al que nada le puede detener en su misión: matar a Chema, matar a mi amigo del alma..., a mi amor secreto, a mi amor imposible. Pasos cortos, sin titubear, mecánicos, sin alma... La mirada fija al frente. Nada podía distraerme, ni las personas con las que me cruzaba, ni los ruidos de los carros con la comida para los enfermos, ni las conversaciones de los familiares esperando las noticias del médico..., nada. Pasos que me acercan a la habitación de Chema. Estaba a pocos segundos de cumplir mi misión.

Abro la puerta. Chema está solo en la habitación. Tiene los ojos cerrados. Parece que está muerto, no se mueve. Me impresiona verle así, lleno de tubos, aferrándose a la vida vulnerable, indefenso. Más cerca de la muerte que de la vida. Los ojos hundidos, la piel macilenta, nívea. Me acerco. No tengo dudas.

Estoy dispuesto a matarle; y le pongo la almohada sobre la cara, y aprieto, aprieto con fuerza. Durante varios segundos sigo cumpliendo las órdenes sin titubear, y siento el estremecimiento de su cuerpo al faltarle el aire, sus brazos moviéndose sin control... aflojan poco a poco, hasta caer inertes sobre la cama. Y entonces, en ese momento, tomé mi propia decisión: no te maté. No cumplí el mandato. ¡No te maté! Fue una decisión que surgió más allá de mi voluntad, que nacía en algún rincón olvidado de mi alma. Aparté la almohada de tu cara. Me miraste sin comprender... Tratando de recuperar el aliento. Había tanto dolor y tristeza en tus ojos casi muertos.

—Lo siento, amigo..., lo siento. Tienes que escapar, ¿me oyes? Vendrán por ti, no pararán hasta acabar con tu vida. ¿Me oyes? Escapa.

Pero Chema no sé si me oye, cierra los ojos. Su respiración es muy débil.

—Me voy. Yo también tengo que esconderme, ¿sabes?... El grupo no me perdonará. Mi padre tampoco me perdonará. Y su castigo será implacable.

Ese día fui capaz de decir «no». Demasiado tarde, ya lo sé, pero dije «no»... En ese instante, di un rumbo nuevo a mi vida. Cerré la puerta de la habitación 214 y supe que era otro hombre, y que si veía mi imagen reflejada en las puertas de cristal del hospital, a pesar de todo, sí me reconocería. Vería signos de la persona que debía haber sido y que, durante muchos años, había desaparecido. Aún me faltaba mucho camino que recorrer, muchas dificultades que vencer. Pero me daba igual. Estaba poseído por una emoción increíble, una emoción que estallaba en mi pecho y que me producía escalofríos. Mientras caminaba por los pasillos del hospital, incapaz de contener las lágrimas, sentía algo parecido al éxtasis..., a la plenitud. Como si hubiera superado una difícil prueba. Tuve una última oportunidad y supe aprovecharla. Me agarré a ella con toda mi alma.

«Miércoles, 18 de noviembre de 1975: No maté a Chema.» Así empieza la primera página de mi cuaderno verde oscuro. Tengo varios cuadernos, cada uno de un color diferente; bueno, algunos colores están repetidos. Este es verde. Un verde bastante gastado. Lo empecé hace más de cuarenta años, cuando mi vida comenzó a irse a la mierda. Hay otros cuadernos: verde más claro, o más intenso, azules con diferentes matices, y marrones, y rojos, amarillos, de color canela. Los compré en una papelería pequeña, en la calle Pérez Galdós, se llamaba Azul. No sé si seguirá abierta. Allí, cuando estudiaba Arquitectura, compraba los carbonillos para dibujar, y las

acuarelas, y los pinceles de marta, o de meloncillo. Era un lugar apacible, donde podías encontrar las cosas más sorprendentes... Una colección de plumillas de todo tipo y grosor que te invitaban a dibujar, a trazar una línea en medio de una lámina blanca; palilleros muy diferentes; cálamos, y al lado de unos paquetes de papel Guarro estaban los cuadernos formando tres columnas diferentes. Tamaño cuartilla. Me gustaron nada más verlos, el papel ligeramente granulado, con una grama adecuada que te permitía esbozar un apunte a tinta china, e incluso darle un suave toque de color, y a su lado una idea, una confesión. Estos cuadernos sustituyeron a mis diarios de la infancia y de la adolescencia. En una de las páginas de mi cuaderno verde oscuro, un poco gastado, dibujé varios paraguas abiertos de colores vivos... y las gotas de lluvia como paradas en el espacio. Y una frase destacando sobre ese fondo, en letra gótica, utilizando dos plumillas de diferente grosor:

NO MATÉ A CHEMA

Lo que está escrito en estos cuadernos, lo que escribo desde hace más de cuarenta años, lo que dibujo, es la verdad. Bueno, ya se sabe, mi verdad, pero a lo mejor todo es una gran mentira y he cambiado detalles, acontecimientos, acciones, palabras. No lo sé. Siempre he escrito tratando de ser sincero, sin engañarme, buscando reflejar los hechos que me parecían más destacados, trascendentes, y muchas veces terribles, odiosos, pero que no debía olvidar. El que olvida su pasado, su historia, es un miserable y un cobarde. Tienes que pagar por lo que hiciste. Cada día de tu maldita vida, tienes que pagar. En los cuadernos dejaba un espacio para mis sentimientos..., para mis estados de ánimo, mis miedos y mis pocas esperanzas. Y mis dibujos. Un rincón de una azotea... Ropa tendida de colores vivos... Una pareja la va recogiendo y la dobla... Antenas de televisión... Al fondo varios sombreros suspendidos en el aire como si fueran parte de una escultura de Calder... Tinta china de diferentes colores..., combinación de plumillas muy delgadas y gruesas... Una noche azulada y naranja... Manos crispadas empuñando bates de béisbol... Manos manchadas de sangre... La cabeza de un hombre rota contra el bordillo de la acera... Una copia, a vuela pluma, de *El grito* de Munch... Zapatillas deportivas en medio de la calle, abandonadas, sin dueño, sucias..., muertas. La mayoría de los hechos que he recogido en los cuadernos son muy concretos,

claros y rotundos. Sin adornos. Siempre he tratado de hacer una narración pormenorizada y objetiva.

¿Con qué palabras describir la culpa, la angustia, el dolor, el asco que siento por mí? ¿Cómo hacerlo? A veces es mejor elegir un color: negro, rojo carmesí, azul cobalto... Los colores no mienten.

En el pasillo del hospital me crucé con mi hermana. Me miró asustada, temiendo que hubiera hecho daño a Chema. Le dije que no, que no se preocupara. No me creyó. Vi a Paloma alejarse corriendo por el pasillo. Quería a Chema con toda su alma. Y entendí que no me creyera, y que temiese por su vida. Yo, entonces, ya era capaz de todo, y ella lo sabía. Salí a la calle. Y respiré profundamente, y me volví para buscar mi imagen en las puertas de cristal... Y me gustó lo que vi. Salté los tres escalones y caí en un pequeño charco, y me quedé allí, quieto. No sabía muy bien qué hacer, ni adónde ir. Estuve parado durante un buen rato debajo de la lluvia. El agua cayéndome por la cara, por el cuello, algunas gotas encontraban el camino para recorrer mi espalda... ¿Sonreí? Sí, como Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*. Me encantó esa película. ¿Es posible que en ese momento fuera capaz de sonreír? No lo entiendo. Porque lo que sí que estaba era conmovido, como si el corazón me pudiera estallar... Y sentía el ahogo de la emoción cuando se agarra a la garganta y no te deja hablar, ni respirar... Y estaba también aterrado, sin saber muy bien lo que me iba a ocurrir. Arriba, en medio del alambre, solo. Desde lo alto podía ver a la gente con los paraguas abiertos, algunos andaban muy deprisa... Los coches moviéndose entre el laberinto del aparcamiento. Las luces del hospital, la habitación de Chema... Mi hermana con él.

No ha pasado nada. Te lo dije, Paloma: no he hecho daño a Chema.

Conocía al grupo muy bien, sabía que no iban a ser comprensivos y que la deslealtad se pagaba muy cara. Pero también me sentía libre. A lo mejor por eso sonreí.

Si volvía a casa sin haber cumplido la orden del grupo sabía a lo que me enfrentaba. Era peligroso. Pensé en esconderme, en desaparecer unos días. Hacérselo más difícil. Estuve buscando un lugar dónde pudiera pasar un tiempo sin que me encontrasen. Se me ocurrió la idea de ir a la casa de mis abuelos, la casa en la que vivo ahora, pero enseguida me di cuenta de que me descubrirían. Mi padre sería el delator. Dicen que los padres deben proteger a

sus hijos, pero mi padre no haría eso, nunca lo ha hecho. Él sabía que esta casa era para mí muy especial y se lo diría a los demás sin ningún titubeo.

—Sé dónde está escondido mi hijo... Vamos —diría, sin que le temblara la voz, ni el corazón—. Es un malnacido y hay que darle un escarmiento.

—Lo que usted diga, don Francisco —le diría Ricardo, tratando de contener su crispación y su rabia. La voz le sonaría áspera, hueca..., sin alma. No había obedecido sus órdenes y eso se pagaba con la vida.

—Es igual que su madre, un degenerado. Vamos, Ricardo... Hay que encontrarle cuanto antes.

Y subiría al coche con ellos, y les iría dando indicaciones..., y por fin llegarían a su destino. Los faros iluminarían la casa... Quizá él se quedaría esperando dentro del coche, encendiendo un cigarrillo, mientras los demás me buscaban y me sacaban a rastras... Quizá escuchaba los gritos desde el coche, mis gritos de espanto... «Cobarde..., cobarde... Malnacido.» Eso diría, entre dientes, sin mover los labios. Sus labios finos, mínimos, duros. «Compórtate como un hombre, joder. Como un puto hombre.»

Mi padre tenía que decidir. Era necesario castigarme. Pagar por cada una de mis culpas.

—¿Qué hacemos, mi general?

Tirado en el suelo, iluminado por los faros del coche, temblando de miedo... Esperando la sentencia, el veredicto de mi padre... Su clemencia imposible.

Y ¿qué más da? Que hagan conmigo lo que quieran. Yo también soy un maricón, que me maten, uno más. Siempre has querido eso, ¿no, papá? Verme muerto.

Pero esa noche me salvé. Los acontecimientos se pusieron de mi parte. Murió el dictador Francisco Franco, el hombre al que ellos veneraban, y eso les trastornó, y se olvidaron, durante un tiempo, de mí. Bueno, mi padre no. Mi padre me castigó con el silencio y con la humillación.

Cuando era un niño, a veces me encerraba en el cuarto trastero, sin luz. Solo con un vaso de agua y un pedazo de pan. Todo muy castrense, espartano y simbólico. «La letra con sangre entra», me decía... Aunque a él le gustaba más castigarme con la soledad, el silencio, y sobre todo con el desprecio. Y así fue hasta el último momento. Nunca me perdonó por no ser como él quería. Y esa herida sigue abierta. Me sentí identificado con el personaje de James Dean en

la película *Al este del Edén*. También hay una herida que separa a un padre y a un hijo... James Dean es la imagen de la soledad, del dolor, y también de la falta de escrúpulos. El padre se arruina, y Cal, que desea recibir su perdón, y su cariño, trata de ayudarlo, consigue dinero, pero el padre lo rechaza. Es un dinero manchado por la codicia, por el engaño... El final es trágico, pero el padre, en un último aliento, trata de reconfortar a su hijo... Y así llega la redención y la muerte, y también el descanso. Y la herida se cierra porque Cal, a pesar de todo, es un buen chico, y porque su padre, a pesar de todo, le quiere, pero, claro... Mi padre jamás me quiso.

—Haré de ti un hombre hecho y derecho. Cueste lo que cueste.

Eso me decía mi padre, sin mirarme. Él, que no era un hombre justo, ni recto, ni ético. Él, que era un fanático, un fascista peligroso, y al que yo, sin embargo, quería... Y odiaba.

De pequeño, por las pesadillas, y por algunas rarezas en mi comportamiento, según decía mi padre, me convertí en un niño raro. Tuve algunas sesiones con un psiquiatra. La primera vez que fui, estaba muy inquieto. Yo no tenía muy claro qué era un psiquiatra. Mi padre, que estaba muy enfadado conmigo, siempre lo estaba, me dijo que dejara de hacer preguntas. El psiquiatra me habló del bien y del mal, del cielo y del infierno, del horror del pecado mortal. Parecía una clase de religión. Pensé que igual el psiquiatra era como un cura, pero de paisano. Insistió mucho en la culpa, en que había que respetar la figura del padre por encima de todo, su autoridad, su ejemplo. No tener malos pensamientos, ni malas acciones. No me dejaba hablar, yo, la verdad, es que tampoco habría sabido qué decirle. Escuchar en silencio me pareció una buena solución. Pensaba que si hacía todo lo que me decía, y sin preguntas, a lo mejor a mi padre se le pasaba el enfado. Yo, sobre todo, trataba de estar muy atento, mirándole a los ojos fijamente. Estaba tan concentrado en el movimiento casi imperceptible de sus ojos, en cómo los abría o los entornaba que a veces me distraía esperando a que se hicieran muy pequeños, casi rasgados, o muy grandes como platos, y, claro, no entendía nada de lo que me decía, pero él repetía mucho la idea de padre, de autoridad, de culpa, de disciplina, de tentaciones... En fin, era un cura raro, pero cura, al fin y al cabo. Me tranquilizaba ver a mi padre asintiendo con la cabeza según iba hablando el doctor. Pensé que todo estaba saliendo bien, y que yo, de momento, no había metido la pata. No se interesó por mis sueños. Yo creí que

tendría que contárselos, pero no. Mejor así. Al terminar la sesión dijo que todo estaba bien. Que no pasaba nada. Vamos, que había sacado una buena nota en eso de escuchar sin entender. Salí de la consulta siendo un niño normal, algo callado, quizá torpe, introvertido, soñador, metepatas, pero nada más. Me pareció bien. Yo no quería, para nada, ser un chico diferente de esos a los que todos los demás niños le hacen el vacío... No le hablé del pájaro azul que una vez vi en el cuarto de baño de mi madre, posado en la barra de la cortina, y que desapareció de repente, como si esa bañera mágica lo hubiera abducido. No le conté nada de eso. Para qué complicar las cosas. A mí, lo del pájaro no me asustaba. Se lo dije a mi madre, solo a ella, y no le dio importancia. A esa edad no sabes muy bien qué te pasa, y yo prefería imaginar que lo que me ocurría era algo sin importancia, que les pasaba a todos mis amigos, así que la visita al psiquiatra me dio tranquilidad. Mi padre, finalmente, no salió demasiado contento. La verdad es que era difícil verle satisfecho, alegre y cariñoso... ¿Reírse? Creo que nunca le he visto riéndose... A mi madre, sí.

Camino de casa, y después de un largo rato en silencio, me dijo: «Ya sabes, Alejandro, hay que estudiar más y dejarte de fantasías, ¿entendido?». «Sí», le dije. Luego, añadió: «Quiero que juegues al fútbol, hoy mismo diré en el colegio que te apunten para los entrenamientos. *Mens sana in corpore sano*». Yo odiaba el fútbol. Pero me gustó que mi padre se preocupara por mí. Si había que ser futbolista, pues sería futbolista. A veces pienso que la obsesión de mi padre por que yo jugara al fútbol comenzó un día en que él regresó a casa antes de lo previsto. Era muy meticoloso y ordenado en sus costumbres: la misma hora para levantarse, para desayunar, para salir de casa... El coche aparcado delante del portal, el ordenanza dispuesto a abrirle la puerta, el saludo reglamentario. No le gustaba cambiar de chófer, ni de ayudante, ni hablar demasiado. El mismo trayecto hasta el Ministerio del Ejército. Mi padre era general de división, y su vida estaba programada y cronometrada al segundo, con una meticulosidad castrense, como si se tratase de un plan perfecto e inamovible para alcanzar un objetivo militar. Mi madre era todo lo contrario: un caos en estado puro. Un día mi padre regresó a casa antes de su horario habitual. Paloma, Chema y yo estábamos jugando a hacer teatro. Era uno de nuestros juegos preferidos: disfrazarnos, inventarnos historias, personajes. Yo me había vestido con la ropa de mi madre, que me

estaba enorme: unos zapatos de tacón altísimo con los que trataba de mantener el equilibrio, un sombrero precioso de ala grande, con varias plumas, y como gran sorpresa, me había maquillado: mucho colorete, mucho pintalabios rojo, mucho de todo. Mi hermana había elegido un territorio más enigmático: gafas oscuras, un sombrero de mi padre y un chaleco, y se había pintado un bigote genial. Chema había basado todo su disfraz en los polvos de talco: pelo blanco, cejas blancas, y la cara, también muy pálida. Era inquietante, sobre todo su mirada. Nos lo estábamos pasando muy bien, y apareció mi padre, y se enfadó mucho. Le dijo a Chema que se marchara a su casa. A mi hermana la castigó sin salir de su habitación; y a mí..., a mí me dio una paliza, mientras me arrancaba la ropa, y me insultaba, y me frotaba la cara con jabón para quitarme el maquillaje. Estaba descompuesto. Me llevó a rastras hasta el cuarto de baño. Y me dijo cosas horribles. Yo tenía nueve años.

Sí, ese día, al salir del psiquiatra, mi padre debió de pensar que la solución era que yo tenía que ser futbolista.

—Y nada de rarezas, ¿has entendido?... Las cosas son como son, y nada más.

—Sí, lo he entendido. Jugaré al fútbol.

Aunque yo sabía que era diferente a los otros niños, le dije que nada de rarezas. La verdad es que no tenía muy claro si era muy diferente o poco diferente. Pero comparado con mis amigos, yo era un pequeño extraterrestre.

A partir de mi visita al psiquiatra, tuve muy claro que mi objetivo fundamental para sobrevivir era pasar desapercibido... Ser invisible, y observar, y ver lo que hacían los demás: escucharlos atentamente, y luego repetir lo mismo, con algunas variaciones personales. Imitar sus gestos, su forma de hablar y de moverse, y encontrar algunas palabras que me dieran la imagen de normalidad, de ser uno más del grupo. Si se trataba de jugar a ver quién eructaba mejor y más fuerte, yo competía como uno más, y nos reíamos... Y estaba bien, incluso era divertido. En el fútbol, enseguida me di cuenta de que había que ser un poco broncas, y sucio: poner zancadillas y dar patadas, gritar, y nada de exquisiteces..., eso daba mal rollo. El fútbol, nos decía el profesor de educación física, es un deporte de contacto... Pues eso. Esa estrategia me daba tranquilidad. Hubo un momento de mi infancia en el que me reía muchísimo, y de manera exagerada, y lo más curioso es que lo hacía sin saber el motivo. Pero eso daba igual. Todos lo hacían. Y, así, de

alguna manera, era feliz, más o menos, claro. La verdad es que me seguía sintiendo solo. Y mi cabeza estaba llena de dudas, de preguntas, de miedos, y no tenía a nadie con quién hablar de todo eso. El psiquiatra le dijo a mi padre que tenía que tomar unas pastillas para evitar los estados de ansiedad. Y, sí, esas pastillas me tranquilizaban, pero también me daban mucho sueño y me quitaban las ganas de hacer cosas, de correr, jugar, soñar. Así que, a veces, no me las tomaba. Las tiraba por el váter. Yo sabía que lo importante es que no metiese la pata, que no hiciera ninguna tontería, que no perdiera el control y que mi padre estuviese contento conmigo. Eso casi nunca lo conseguía.

Los castigos comenzaron después de que se fuera de casa nuestra madre. Antes no se habría atrevido. Sabía que ella se lo impediría. El silencio era algo que no me importaba demasiado. Me prohibía hablar durante varios días. Y nadie en casa podía dirigirme la palabra... «Como si no existiese», decía mi padre muy serio. Mi hermana me miraba, y, a veces, sin que me lo esperase, me abrazaba con todas sus fuerzas, y me susurraba al oído: «Cuando se vaya papá, batalla de gritos, ¿vale?». Nos queríamos tanto... Adoraba a mi hermana y le fallé.

Abríamos el balcón y nos poníamos a gritar con todas nuestras fuerzas. La gente se paraba al oírnos, y nos buscaba con la mirada, y les hacía gracia descubrir a dos niños en el balcón, saludándoles divertidos. «¡Hola! ¡Holaaaaa!» Elegíamos una persona al azar, y ganaba el que conseguía que se volviese cuanto más alejada estaba de casa; y ya era la bomba si conseguíamos que nos saludara. Las fronteras límite eran dos: cuando iban hacia la iglesia de Santa Bárbara, y pasaban la floristería, o si iban en sentido contrario, y llegaban a la altura de la pastelería la Duquesita, ya cerca de la calle Hortaleza. Entonces, la misión era casi imposible. Una vez Paloma lo consiguió, pero se quedó afónica durante varios días. Era divertido. Paloma nunca me falló, siempre estaba ahí para ayudarme, para protegerme, para escucharme.

Tenía diecisiete años, y había hecho realidad mis sueños: estudiar Arquitectura. Estaba muy nervioso antes del examen final. Paloma decidió llevarme a la escuela en su coche y quedarse en la cafetería con unos amigos, esperando a que yo terminase. Le preocupaba verme tan alterado. Yo había dejado de tomar la medicación desde hacía unas semanas, pero no le dije nada para no preocuparla. Eso significaba que tenía cierto descontrol, irritabilidad,

pero también las ideas bullían con más fuerza en mi cabeza. Nos pusieron un ejercicio de imaginación sobre el cuadro de Goya *Saturno devorando a su hijo*. Esa imagen siempre me había obsesionado. Me excitaba sobremanera trabajar en ella. Imagino que veía a mi padre devorándome, sin compasión. Empecé varias veces el dibujo, siempre con un carboncillo muy blando..., trazos muy poco definidos. Pero no me gustaba y lo borraba con un trapo de algodón, una y otra vez. Esperaba que, de golpe, mi mano empezara a manchar ese papel siguiendo un impulso irracional, sin control... Sombras... Colores... Manchas... Imágenes que llegarían de repente, sin el filtro del cerebro. De la emoción, de las tripas, directamente a la mano. La idea que me bullía era una especie de caos, de cuerpos desmembrados... Rojo, negro, gris. Quería, al final, trabajarlo con tinta china para endurecer los contornos de la imagen. Y previamente tratar los volúmenes con colores densos, muy concentrados, por los que resbalara la tinta. Sobre todo el rojo. Una explosión de sangre que cubría los espacios en blanco. Me había dejado algunas cosas que necesitaba en la taquilla. Bajé a buscarlas, mientras en mi cabeza se agolpaban imágenes y más imágenes de esa pintura terrible y desoladora. Algún compañero que se cruzó conmigo en las escaleras comentó que iba hablando solo, muy exaltado. Llegué al pasillo donde estaban todas las taquillas de los alumnos. Caminaba y golpeaba cada una de ellas con la llave del candado, arañándolas. Lo hacía de una manera instintiva, sin pensarlo, sin tomar ninguna decisión previa. Abrí mi taquilla, allí guardaba pinturas acrílicas, *gouache*, acuarelas, carboncillos, reglas, cartabones, recipientes para la mezcla de los colores, varias hueveras de plástico con restos de pigmentos, trapos... Todas las cosas que necesitaba para pintar. Dicen que durante varios minutos me quedé quieto mirando el interior de la taquilla, golpeando machaconamente con la llave, y que comencé a hablar, a dar gritos. Parecía una terrible discusión. Un enfrentamiento enloquecido. «Discutías como si hubiera alguien dentro de la taquilla... Te llamé, pero no me hiciste ni caso. Gritabas como un loco.» Eso me dijo mi amigo Gabriel. Entonces empecé a golpear la taquilla con las manos, mientras seguía gritando, mientras sacaba todo lo que había dentro, arrojándolo contra la pared. Estallaron los botes de pintura, y los frascos de tinta china, los esmaltes... Y comencé a mezclar los colores con mis propias manos, sobre la pared del pasillo, mientras seguía murmurando palabras ininteligibles. No hacía caso a nadie. Gabriel se asustó y se fue a avisar a mi hermana, que estaba en la cafetería de

la escuela. Bajaron alumnos y algún profesor que trató de persuadirme, pero para mí ellos no existían. Yo seguía dibujando círculos y espirales concéntricas de diferentes colores, y cabezas desencajadas, y bocas abiertas de par en par, mientras gritaba muy enfadado: «¡No... no... no!». Todo era caótico. Eso me dijo mi amigo días después. Mezclaba tintas muy oscuras, negras, azules, con pigmentos de un rojo muy intenso... La sangre en la boca de Saturno, goteándole por la barbilla, por el cuello. En medio de esa maraña escribí: «NOOOOOO!!!!». Repetidas veces, con tamaños de letra diferentes, con colores diferentes. Letras que parecían cuchillos ensangrentados que goteaban hasta el suelo. Luego caí extenuado y me quedé sentado con la espalda apoyada en la pared, repitiendo, una y otra vez: «¡No!... ¡Nooooo!». Mientras me golpeaba la cabeza contra la pared de un modo repetitivo y mecánico. Dicen que bajó el jefe de estudios, al que también ignoré, y entonces llegó Paloma, y les dijo que dejaran de agobiarme, y que se alejaran de mí, que estaba enfermo, que no me gritasen porque eso era mucho peor. Mi amigo alucinó, cuando ella se sentó a mi lado, y comenzó a hablarme en voz muy baja, sin llevarme la contraria. Pidiéndome calma, que me tranquilizase. Trataba de pasarme el brazo por encima de los hombros, pero yo no la dejaba, hasta que, poco a poco, me fui serenando.

Esa misma tarde, Paloma me llevó al hospital. Llegué muy tranquilo, sin recordar nada de lo que había ocurrido, sin entender por qué estaba delante de un médico. Mi hermana habló con él. Me tumbaron en una camilla. El médico me preguntó que cómo me sentía, yo le respondí que muy bien, que cansado. Mientras hablaba con él me di cuenta de que toda mi ropa estaba manchada de pintura, mi cara, las manos. No entendía nada. Pregunté varias veces por mi hermana hasta que la dejaron pasar. Quisieron saber si me estaba medicando, y yo les dije que lo había dejado desde hacía unas semanas porque me idiotizaba. Los médicos, finalmente, decidieron sedarme.

Estuve varios días ingresado en observación. Al final, dijeron que había sido un brote psicótico. Una alteración de la realidad. Y que esas crisis podían repetirse. Me pusieron una medicación que me dejaba todavía peor que la que tomaba antes, y que no debía interrumpir de ninguna manera. Que tenía que tener controles médicos periódicos para ver mi evolución. Eso se lo dijeron también a mi hermana. Ella me visitaba cada día, y me daba ánimos, y me cogía de la mano. Y sabía que no estaba solo. Mi padre apareció una mañana,

iba con el uniforme de general. Le vi hablando con el médico, luego entró en la habitación. Y no recuerdo lo que me dijo, pero sí su terrible mirada de desprecio.

Lo que ocurrió esa tarde, lo que mis amigos y Paloma me contaron días después, lo apunté en uno de los cuadernos. Quizá en uno de color tabaco. Lo empecé cuando tenía diecisiete años. Mi vida reflejada en diferentes cuadernos. A veces me espanta lo que he escrito en esas páginas.

Cierro los ojos, estoy cansado... Me sobresalta el ruido de una moto. A veces pasa alguna más allá del cruce y luego se aleja, pero esta se acerca a casa. Es raro, casi nadie pasa por este camino. Me acerco a la ventana y veo la moto. Parece que va a tomar el camino de la carretera que conduce al pueblo. Se detiene un momento, duda, seguramente se ha perdido. El motorista saca algo del bolsillo, puede ser el móvil. Estará consultando el GPS. Ahora, dará media vuelta y se alejará por la carretera. Arranca la moto y no, no se aleja, viene directo hacia aquí. Siento un cierto desasosiego, sorpresa. Desde que envié mi regalo estoy inquieto, esperando... Detiene la moto al lado de la valla y se baja. Oigo el sonido de la campanilla de la puerta del jardín. No me apetece recibir ninguna visita. No tengo ganas de hablar con nadie. Me he acostumbrado a vivir solo, sin sobresaltos. Seguro que me preguntará cómo se llega al pueblo, o yo qué sé. Vuelve a sonar la campanilla. Salgo al porche, bajo las escaleras y abro la puerta... El motorista se quita el casco y sonrío. Es un chico fuerte y bastante joven.

—Buenos días —me dice—. Es difícil encontrar esta casa.

Esta casa... Entonces, no se ha perdido. No viene a preguntarme cómo se llega al pueblo.

—Sí, bueno... Está un poco apartada.

Me doy cuenta de que estoy tenso, en estado de alerta... ¿Qué querrá?, eso me pregunto, mientras trato de mantener la calma. Él parece muy tranquilo.

—No me he cruzado con nadie desde el desvío. Nadie a quién preguntar... Caminos de tierra que no aparecen en el GPS, sin ninguna indicación, como un laberinto, y por fin he dado con su dirección. Parece la casa de una película de misterio... Apartada y solitaria en medio de los árboles.

—¿De misterio? Nunca lo había pensado. ¿Qué quiere?

—Le traigo un paquete.

—A mí. ¿Un paquete para mí? ¿Está seguro?

—Calle del Enebro, sin número.

—Sí, esta es la calle del Enebro.

—Alejandro Ortiz. ¿Es usted?

—Sí, soy yo.

Un paquete... Nadie sabe que vivo aquí... Bueno, ellos sí lo saben. Seguro que lo saben. Este joven, entonces, puede ser alguien enviado por el grupo. Alguien que viene a amenazarme, a joderme, a darme una paliza, a decirme: «Te vamos a matar, ¿me oyes? Gilipollas. Si nos pones en peligro te meteremos una bala en medio de la puta cabeza...». También puede habérmelo enviado otra persona... Paloma. Claro, puede ser Paloma. Eso tendría sentido, y sería maravilloso, aunque lo lógico sería que me hubiese enviado una carta, y no un paquete. Es absurdo.

—¿Le pasa algo? ¿Se encuentra bien?

—¿Qué? Sí, sí... No me pasa nada.

Y no es cierto. No sé lo que hacer. ¿Y si, con algún pretexto, entro en casa y cojo la pistola de mi padre? Eso sería una buena decisión. Pero no hago nada. Me quedo quieto.

—Saca un paquete envuelto en papel *kraft* de color negro, atado con una cuerda no demasiado gruesa. En la escuela, usábamos este papel para los *collages*. Me lo da. Casi no pesa, es como si fuese una caja vacía. Miro la dirección y el nombre, y no hay duda, va dirigido a mí. No tengo ni idea de lo que puede ser... Qué imbécil soy... Un regalo. Eso es... Un maldito regalo. Siento la respiración entrecortada... El sudor helado en la frente.

—Firme aquí —me dice, y extiende un cuadernillo de notas—. ¿Tiene un boli?, porque el mío no va... Se ha quedado sin tinta.

—Sí, claro, un boli... Espere un momento. —Entro en casa y dejo el paquete encima de la mesa. Cojo un bolígrafo. Tengo una sensación extraña, de desasosiego. ¿Miedo?... Sí, miedo. ¿Qué esperaba, que el grupo no hiciese nada, que se quedasen esperando tranquilamente? Miro el paquete nuevamente. Tengo que coger la pistola.

—¿Me da un vaso de agua?

La voz del mensajero me sobresalta. Se me cae el bolígrafo de la mano. El joven se agacha y me lo da.

—¿No le habré asustado? Es que tengo una sed terrible. Y por aquí no hay

ni un bar, ni nada de nada.

—No, no te preocupes.

Pero sí, me ha asustado. Noto mis movimientos torpes... Voy a la cocina. Mi cabeza no deja de ir de un lado para otro. Cojo un vaso, me tiembla la mano. Mientras lo lleno de agua, pienso que estoy en peligro. Y que tengo que hacer algo rápidamente. La pistola de mi padre está en la mesilla. Debo cogerla, porque ese chico... Ese chico ¿qué? ¿Me va a matar? Es absurdo. Ya lo habría hecho... Todo lo que está ocurriendo es normal. Un joven me trae un paquete. Y tiene sed. Eso es todo. ¿Eso es todo?

Le doy el vaso de agua. Se lo bebe de un trago. No hay nada en él amenazante, ni su forma de mirarme, ni sus gestos. Parece un joven agradable.

—Sí que tenías sed. —Trato de controlar mi ansiedad, que él no note que estoy asustado.

—¿Vive solo?

—¿Qué? —Me sorprende su pregunta. ¿A él qué le importa con quién vivo? ¿Por qué ha entrado a casa? ¿Para beber agua?

—Que si vive solo. Perdona, soy muy curioso... No tiene por qué contestarme. Mi chica dice que soy un poco cotilla. Es que, joder... Vaya sitio para vivir, ¿no? Vamos, que si a usted le gusta, pues cojonudo. Y claro, si vive aquí, es que le gusta. Pero es que le ocurre algo, y se puede dar por jodido. Ni gritos, ni nada... ¿Quién va a oírle? Nadie. Un perro. En estos casos, es una buena compañía... Ladra si oye algo raro. Un perro grande, claro. De esos que intimidan a un desconocido. Pero usted no tiene perro.

Me está amenazando... Quizá ha venido solo para eso. Primer aviso: una amenaza.

—No, no vivo solo... —le miento. Y me siento ridículo mintiéndole. Y no sé si está jugando conmigo, riéndose de mí. Y no sé qué es lo que va a ocurrir en los próximos segundos.

—¿Me echa una firma?

—Claro. —Firmo en el recibo. El joven me da una copia.

—Yo, desde luego, no podría vivir aquí solo. Soy asustadizo. Vamos, que si hay que dar una hostia a alguien se le da, y punto. Pero es que se oye cada cosa... Dos rumanos entran en una casa... Y ya sabe lo que ocurre. Se acabó. Un arma... También eso estaría bien... Por si acaso, ¿me entiende?

—Le entiendo... Por aquí no pasa nada de eso. Nunca ha pasado. Es un lugar tranquilo, solo eso.

—Bueno, gracias por el vaso de agua... Pero yo, si fuera usted, tendría tres o cuatro perros. A mi chica le encantan... Que siga teniendo suerte. Aunque nunca se sabe... Una noche le toca a uno, y otra... Se acabó la suerte. Adiós.

Vuelve a sonreír y se va... Salgo al porche. Le veo subir en la moto y me quedo más tranquilo cuando le veo alejarse. Sabe que vivo solo, sabe que tengo miedo... Desaparece al final del camino de tierra. ¿Y si todo es como parece?: alguien muy hablador me trae un paquete y se va. Alguien que quizá tiene tanto miedo como yo... Fin de la historia. La verdad es que estaría bien tener un perro. Pero ya ¿para qué?

Una caja vacía. Eso es lo que parece. Una caja vacía que me envía... ¿Quién? Desenvuelvo el paquete. Efectivamente, es una caja de cartón de color blanco. No tengo ni idea de lo que me voy a encontrar dentro. Levanto la tapa y siento un escalofrío. Me tiemblan las manos. Dentro de la caja hay un pequeño pájaro, parece un ruiseñor. Un pequeño ruiseñor muerto... Gotas de sangre en el fondo de la caja, a su alrededor... Tiene atravesado el cuerpo con... Parece una astilla afilada. Trago saliva. Siento lástima por ese pequeño pájaro. ¡Son ellos!... ¡Son ellos! ¡Joder! Me devuelven el regalo... Saben que he sido yo... Y me avisan. Primero un pequeño pájaro muerto. Luego un maricón, como tú, también muerto. Plumas de color azul manchadas de sangre. Y me acuerdo del pájaro que de niño vi en casa, o lo imaginé... o lo soñé. Mi madre me dijo: «Dibújalo, Alejandro». Y lo hice. En algún lugar tengo una acuarela de ese pequeño pájaro azul vivo y libre. Salió volando por la ventana del cuarto de baño. No hay ningún mensaje dentro de la caja. Ninguna nota. Nada de nada. Solo un pequeño pájaro azul. Es un regalo terrible, cruel. La muerte es así. Y ahora, ¿qué hago? Me pueden estar vigilando. Así que debo mantener la calma. Si estuvieran seguros de que he sido yo, no me habrían enviado un regalo con un mensajero. Una paliza para divertirse y luego un disparo en la cabeza, y se acabó. Así que estoy en peligro, pero aún tengo algo de tiempo. Debo actuar con cautela. Seguramente hay una lista con diferentes nombres. Y han enviado otros regalos a otras personas de las que también sospechan. Bueno, lo que está claro es que debo darme prisa y terminar mi plan cuanto antes. Mañana ver al notario y poner en orden todos los papeles.

Al menos, ahora tengo una certeza: mi regalo les ha inquietado, y su venganza será despiadada. Siento lástima del pequeño pájaro azul. Lo enterraré en el jardín.

TRES

EL VELERO EN LA BOTELLA

—Me voy, Alejandro —me dijo Paloma mientras iba llenando un par de maletas que estaban sobre su cama. No sé si se daba cuenta de lo que hacía. Abría un cajón y, sin fijarse, mecánicamente, iba cogiendo ropa, o algún libro. Estaba tan triste, los ojos enrojecidos de haber estado llorando toda la noche. Parecía un alma en pena. Y a mí me hubiera gustado abrazarla, atreverme a rodearla con mis brazos, acariciar su espalda suavemente, como otras veces, hasta que su cuerpo aflojase y se sintiese protegida, comprendida, acompañada. Pero no fui capaz. Ni siquiera su mirada se cruzó con la mía. La evitaba. Miraba al suelo, a la ropa que iba seleccionando, a la alfombra, a ningún lugar. Era una mirada perdida, como ella, como yo, como Chema. Todos estábamos perdidos, cayendo en un pozo sin fondo. Rodeados de la oscuridad, de la culpa, del miedo, del asco. De una época terrible en la que nos tocó vivir.

—¿Adónde te vas?... Y Chema, ¿no va contigo? —le dije, temiendo saber la respuesta. Sabiéndola. Se quedó un momento parada con un jersey marrón oscuro en las manos. Suspiró suavemente, levantó la cabeza y me miró. Sí, entonces me miró, sin decir nada. Y fui yo el que bajó la vista, incapaz de mantener su dolorida mirada. Luego, esbozó una mínima sonrisa, tan amarga, tan desoladora. Se pasó la mano por la boca. Mis ojos llegaban hasta allí: hasta su barbilla, su boca, su mano tapándose los labios.

—No me quiere, Alejandro. Me lo dijo en el hospital. Y no había nada de emoción en sus palabras... Un muro invisible se ha levantado entre nosotros. Me habló despacio, sin ningún énfasis... Voz neutra, ¿te acuerdas? En los ensayos, así le gustaba que recitáramos a Brecht...

«El viento lleva olor a hierba en el pelo y el agua grita sin fin pidiendo calma a Dios, y en mi lengua tengo un sabor amargo.»

—Sí, yo también tengo en mi lengua un sabor amargo. Chema está muerto por dentro... Le habéis matado vosotros. Tú, Alejandro, su amigo, le has destrozado la vida... Y me la has destrozado a mí... ¿Cuándo cambiaste, Alejandro? ¿Cuándo te convertiste en el monstruo sin conciencia que eres ahora? ¿Te diste cuenta y no hiciste nada por evitarlo?... ¿Qué pasó? ¿Por qué no hablaste conmigo? ¿Por qué no me pediste ayuda? ¿Por qué yo no supe ver lo que te estaba pasando?

—No lo sé, Paloma... A veces también lo pienso yo. Es como si dentro de mí vivieran dos personas diferentes: la que fui, y la que soy... Voy a cambiar. Tengo que hacerlo, Paloma.

—Sí, inténtalo..., aunque ya es demasiado tarde. Hay cosas que ya no tienen remedio. Lo sabes, ¿verdad? La muerte es así, tajante, sin segundas oportunidades. La muerte es para siempre.

No le dije nada. No sabía qué decirle. Bajé la mirada hasta el suelo, hasta sus zapatos marrones con un poco de tacón. Claro que sabía que era demasiado tarde, y que no había vuelta atrás, que una vez atravesada la línea roja, era complicado regresar. Y si lo consigues, será después de haberte dejado la piel y el alma en el empeño. Y quizá, algún día, un momento de un día, un segundo de ese día imposible, quizá seas capaz de olvidar... Y, sin saber por qué, a lo mejor sonrías... Y cuando pase ese segundo, y vuelvas a la realidad, a tu realidad, la culpa helará esa sonrisa, hasta que llegue otro momento, otro pequeño instante para el olvido.

—Me voy. No puedo seguir viviendo en esta casa. No puedo cruzarme en el pasillo contigo, como si no hubiera pasado nada... No puedo mirarte a los ojos. Me cuesta, ahora, estar hablando contigo. Lo entiendes, ¿verdad? Ojalá cambies; y si es así, me perderé ese milagro. A lo mejor es imposible, ¿sabes? A lo mejor ese ser repugnante que hay dentro de ti es demasiado fuerte y ahoga para siempre al otro Alejandro, al que tanto he querido.

Y sé que ese ser repugnante es muy fuerte, y, desde hace un tiempo, demasiado tiempo, domina todo lo que hago. El odio es más poderoso que la ternura. Pero, a veces, siento que es posible desembarazarse de él.

—No sé si podré conseguirlo, Paloma. No sé si podré convivir con mis recuerdos; con esa mochila tan pesada. No lo sé. Vete, Paloma. Es lo mejor

que puedes hacer. Olvídate de nosotros..., bórranos para siempre.

—«Bórralos para siempre.» Eso habría dicho mamá. La echo de menos. Ella escapó a tiempo. De algún modo, se salvó. La odié cuando se fue de casa. Pero enseguida la entendí. Cuando no puedes vencer al enemigo, o te rindes, o escapas. No soporto ver más a papá... A veces, cuando está alterado, y parece que le falta el aire, y busca sus pastillas, y el ahogo es cada vez más intenso... A veces deseo que se muera... A veces he pensado en esconder sus medicinas... Y yo no quiero odiar... Y le odio con toda mi alma. Quizá él sea el culpable de todo. Lo es.

Paloma guardó unos carteles de teatro en una carpeta. Los miró un instante y, luego, los metió dentro de la maleta. Carteles de obras dirigidas por Chema... *Las brujas de Salem*; *La muerte de un viajante*; *El velero en la botella*, su obra preferida. Fotografías de los ensayos, de las representaciones, de los viajes en la furgoneta. Me sé esas fotografías de memoria. Las hemos visto tantas veces juntos, Paloma y yo, recordando pequeñas anécdotas. Me gustaría volver atrás, a esos carteles, a esos momentos en los que no había pasado nada irremediable. Entonces todo era posible. Paloma salió de la habitación, no quiso llorar delante de mí.

Y abro la carpeta y vuelvo a mirar las fotografías: Paloma maquillándose, Chelo, Ismael, Chipi...

Momentos de un pasado tan reciente en los que aún yo no era el que ahora soy. Saludos después de una representación. Las luces de los focos detrás de ellos. Chema y Paloma, riéndose entre bastidores, en el camerino de un teatro. Se les ve tan felices.

Sí. Yo he matado a Chema. Tienes razón. Ahora es un muerto viviente. Lo sé. Me quedé paralizado, pensando en el daño que le había hecho.

De niño, una vez, intenté matarme, pero no fui lo suficientemente valiente. Vomité. Todas las pastillas que me había tomado se quedaron flotando en el agua del váter. Ojalá hubiera muerto ese día. Y nada de esto hubiera ocurrido.

Me metí de bruces en un mundo de fanáticos, un mundo sórdido, un mundo que tú, mamá, siempre habíais odiado. No sé cómo llegué hasta allí. Supongo que por agradar a mi padre. Supongo que porque me sentía solo. Pero desde el momento en que me negué a matar a Chema lo tuve claro. Estaba fuera del grupo y eso podía ser peligroso. Sabía demasiadas cosas. Así que volvía a estar solo y me tocaba empezar de nuevo. Eso siempre se me ha dado bien. De

niño lo intenté tantas veces... Llegué a creer que el fútbol iba a ser mi salvación. Y lo intenté. Y el fútbol no sirvió para nada. Mi estrategia para pasar desapercibido, para ser uno más, fue un fracaso. En los partidos siempre estaba solo. Nadie contaba conmigo, y alguna vez que jugué fue un desastre, y todos decían que se había perdido por mi culpa. Así que el fútbol, borrado. Me gustaba, sobre todo, ir al cine, pero, muchas veces, mis amigos me daban esquinazo. No querían salir conmigo. Quedaban a mis espaldas. Y yo esperaba que sonase el teléfono y que alguno de ellos me dijera cuál era el plan para esa tarde... No sonaba el teléfono, entonces los llamaba yo, pero no estaban en casa, o si estaban no se ponían. Empecé a ir solo al cine. Al principio me sentía raro. No tenía con quién hablar, ni podía comentar la peli, ni la escena que más me había gustado, ni nada de nada. Y veía a los grupos de amigos a la salida, hablando animadamente, y gastándose bromas, y me daba envidia. Me acostumbré, incluso, poco a poco, llegó a gustarme. En casa, a mi padre le decía que iba con los compañeros de clase. Y terminó el colegio, y empecé a estudiar Arquitectura, y disfrutaba dibujando, pero seguía solo. Un día, al salir del cine, me encontré con Ricardo. Se acercó y estuvo muy simpático. Me preguntó por Paloma. La verdad es que le gustaba mi hermana. Y de repente, me sentí importante. A él le interesaba mi amistad, y yo le contaba cosas de ella. Algunas eran verdaderas, y otras me las inventaba. Y él me preguntaba cada vez con más interés... Que dónde estaba. Qué hacía los sábados. Con quién salía... Me presentó a sus amigos. Todos eran mayores que yo. A ellos, lo que les fascinaba era que fuese el hijo del general Ortiz.

Y, ¿sabes, mamá?, al principio no encajaba, no era uno de ellos. Y se dieron cuenta. No confiaban en mí; quizá por eso tuve que esforzarme más, mucho más. Quería dejar de ser un solitario inadaptado. Y, como siempre, pasó el tiempo, y me adapté a ese grupo. Y, a veces, tenía miedo. En algún momento, cuando buscaban bronca, y se metían con algún chico por su forma de vestir, o de andar, o porque se atrevía a mirarlos.

«¿Qué coño miras?»

Así podía empezar una pelea. Ya no era un juego de niños para ver quién eructaba más fuerte, no. El juego era de hombres, de tener agallas, dos cojones, y jugártela a cara o cruz. Y lo conseguí otra vez, mamá. Me aceptaron en el grupo como uno más. Apliqué la misma estrategia: no desentonar, escuchar atentamente, observar lo que hacían, cómo se comportaban, qué

pensaban. Y, sobre todo, actuar como lo hacían ellos. Mi cabeza podía estar en otro sitio, mis pensamientos muy lejos, mi corazón perdido, pero a resguardo. En este caso, solo mis acciones estaban con ellos. Los engañé, mamá, ¿o no? Creyeron que era uno de los suyos. Quizá no les engañé, porque lo que ocurrió fue que me transformé en uno de ellos. Era una carrera que no tenía fin, que cada día me llevaba más y más lejos... Y ya no pude más. Y sentí angustia porque había traspasado todas las líneas rojas. No era como ellos, me repetía una y mil veces, pero había hecho las mismas atrocidades que ellos. ¿Cómo no me di cuenta de que había elegido el camino equivocado? ¿Por qué no reaccioné a tiempo y paré esa locura? ¡No era como ellos! Desde hacía mucho tiempo no quería seguir, pero no era fácil abandonar el grupo. Eso lo sabía... Eran muy peligrosos, cada vez más fanáticos e intolerantes. O estás con ellos, o estás contra ellos. Y sí es así, sobras.

Había dejado de medicarme desde hacía mucho tiempo. Necesitaba estar alerta, no cometer equivocaciones, ser uno más dispuesto a todo. Y bebía en exceso también desde hacía demasiado tiempo. Exactamente desde el día 1 de abril de 1975. Sí, desde ese maldito día solo podía aguantar emborrachándome. Necesitaba aturdirme, mientras buscaba la manera de escapar definitivamente: la llave escondida en el cofre, oculta en algún lugar de la isla... Tu isla, mamá, no existe; es mentira, como tú... Tu mundo solo sirve para jugar, para engañar a los niños pequeños que se lo creen todo, pero no para vivir. No existe la llave, ¿entiendes? No hay cofres mágicos, ni tres deseos que puedes elegir. Por la noche las pesadillas me volvían loco... Me despertaba empapado en sudor, gritando, reviviendo el espanto en el que había convertido mi vida. Tomaba somníferos, relajantes, lo que fuera para poder descansar, para conseguir que no tuviera energía ni para soñar, ni para vivir. Por las noches salía a correr tratando de llegar al límite de mis fuerzas, tenía que regresar a casa exhausto para que el agotamiento hiciera su trabajo. Pero todo era inútil, y, como si fuera un niño pequeño, empecé a tener miedo de acostarme por la noche, miedo de sentir cómo el sueño me invadía. Así que cambié de estrategia. Durante un tiempo traté de hacer todo lo contrario: no dormir. Me estaba volviendo loco. Tomaba un café detrás de otro, estimulantes, lo que fuera con tal de que el sueño no apareciera; pero al final, me vencía el cansancio, y me dormía. Y empezaba esa película en blanco y negro... Llena de sombras, en la que yo era uno de los protagonistas. A veces,

aunque estaba agotado, salía a caminar por la noche. De madrugada las calles estaban desiertas. Eso me tranquilizaba: sentirme solo, sin nadie a mi alrededor vigilándome, pudiendo ser, de algún modo, yo mismo. Una noche de esas que quería escapar del sueño, sin pensarlo, de un modo natural, como si alguien guiara mis pasos, llegué hasta el paseo de Recoletos, muy cerca del Café Gijón, y me paré en el mismo sitio en el que perdió la vida un joven el 1 de abril de 1975. Recordé a ese chico que en aquel momento no tenía nombre. Hoy sí lo tiene. Hoy sé que se llamaba Dámaso. Sé que era una persona sensible, cariñosa, amante del arte, y muy querido por su madre, y por Silvia, y por sus amigos. Entonces, para mí, no era nadie. Me quedé allí, de pie. Y me puse a llorar. Me agaché imaginando que Dámaso estaba delante de mí, y que aún estaba vivo... Y hablé con él, y le pedí perdón, y le dije que lo sentía.

¿He matado, de verdad, alguna vez? Otra vez la misma pregunta... ¿Es posible que yo le haya quitado la vida a otra persona? Quiero dudar, quiero pensar que todas las imágenes que se agolpan en mi cerebro son solo parte de una pesadilla, que no son reales, que me las invento. Pero no puedo olvidar sus caras... Yo estaba allí. No los defendí. No traté de evitarlo. Sí, soy capaz de matar... Eso lo sé. A veces creo que lo he hecho en varias ocasiones. Pero, la primera vez, la primera vez no era consciente de lo que iba a ocurrir. No lo sabía, sucedió de repente.

Estuvimos bebiendo para celebrar ese día. El día de la victoria de los fascistas: 1 de abril de 1939.

—Tenemos que llegar hasta el final. —Eso dijo Ricardo—. ¿De acuerdo? Ya está bien. Esos hijos de puta no aprenden, y van a aprender. Ya lo creo... Hoy va a ser el comienzo de algo muy importante. Vamos a demostrarles a todos esos maricones comunistas que estamos aquí y que seguiremos velando por la integridad moral de nuestra patria. Maricones y comunistas al paredón. ¿Me entendéis? El Caudillo va a morir... Eso es inevitable... Pero aquí no se va a mover ni Dios... ¿De acuerdo? ¿Tenemos cojones o no tenemos cojones?

Sí, así hablaba Ricardo, como un mesías que iba a salvarnos.

El grupo reaccionó al unísono, con vehemencia, enardecido y dispuesto a todo. Yo me inquieté. Romper los cristales de una librería, echar pintura roja sobre los libros. Hacer una pintada: «Comunistas al paredón». Incluso dar una paliza a un marica. Era algo sin demasiadas consecuencias, excitante. Pero lo que había dicho Ricardo era otra cosa. Enseguida pensé que podía ser una

bravuconada.

El paseo de Recoletos parecía desierto. Eso me tranquilizó. Pensé: «Nos volvemos a casa y ya está». Pero no, seguimos dando vueltas. Como si buscásemos a alguien concreto. Cruzamos la calle y los vimos. Estaban sentados en las sillas del paseo de Recoletos..., abrazándose, besándose, en una zona apartada. Debajo de unos árboles grandes y frondosos. Los escasos faroles daban una luz mortecina. Todo era un mar de sombras.

Otras veces había participado en alguna pelea, pero era solo eso, dar una paliza a alguien, y nada más: romperle la cara. Desfigurarle... Esa era la obsesión de Ricardo, golpearles en la cara y en los huevos.

Nos fuimos acercando con calma, como si estuviésemos charlando. A veces alguien se reía. Eran los nervios. Cuando estábamos casi a su lado, Tito se abalanzó sobre ellos. Los demás hicimos lo mismo. Era otra paliza más a unos maricones de mierda, pero no, no era eso. El más mayor empezó a llorar, mientras los golpes le zarandeaban de un lado a otro, pero pudo escapar corriendo. El más joven era el objetivo principal. No tendría ni veinte años.

Yo le golpeaba con miedo. Pero al final, el sudor, la sangre, los jadeos, los gritos me iban excitando, y a veces, golpeaba más y más fuerte... Poco a poco dejó de protegerse, bajó los brazos y se acurrucó como un niño pequeño. Y yo me quedé mirándole, inmóvil, incapaz de seguir golpeándole... «Basta... Basta... Basta...» Sí, seguro que dije eso. Me aparté unos pasos y me quedé mirando, solo mirando... Pero los demás no, y continuaban dándole patadas. Solo fui capaz de balbucear: «Basta... Basta...». Temblando de miedo. No les dije que parasen. No les grité que le iban a matar. Era muy delgado. La camisa abierta, manchada de sangre. El pelo largo, lacio, le caía sobre los ojos... A cada golpe, su pequeño cuerpo se levantaba del suelo y volvía a caer... Y llegó un momento en el que ya no reaccionaba, y dejé de oír sus quejidos.

Ricardo escribió sobre la acera: «Un maricón comunista menos». Estaba eufórico, y los demás también, como si hubieran cumplido una misión importante, como si ese joven indefenso fuera un enemigo temible al que había que destruir sin ninguna clemencia. Volví la cabeza, la imagen era desoladora: el joven tirado, medio desnudo, ensangrentado. Y seguimos alejándonos. Y volví a mirarle... Y no estaba solo, a su lado, arrodillado, había un niño, de nueve o diez años. Y estaba llorando. Nos miramos. Y su mirada era la imagen de la desolación, del más hondo desencanto. No tenía ni idea de por dónde

había salido ese niño, quizá era su hermano, o vivía cerca. Me preocupaba que los demás pudieran descubrirle, y que pensasen que era un peligro para todos. Estaba claro que nos había visto, que podía identificarnos. Pero eso me daba igual. Bueno, no es que me diera igual... Me importaba el niño. Nadie le vio, y yo respiré tranquilo. Luego seguimos bebiendo, eufóricos, enardecidos, recordando esa paliza terrible que estallaba dentro de mi cerebro. ¿Por qué ese odio? ¿Por qué tanta crueldad? ¿Qué nos había hecho ese chico?... Gritos, voces altisonantes, bravuconadas... Héroes de mierda, asesinos. El mal existe..., ya lo creo que existe.

Fue un crimen sin culpables. No se investigó. Apareció en las páginas de sucesos de algunos periódicos, tratado como un asunto de ajuste de cuentas entre delincuentes comunes. Pero subrayando, sobre todo, la ideología comunista de la víctima. Cosa de maricones y de comunistas. Ese era el mensaje que dejó muy claro uno de los periódicos más adictos al régimen. La muerte de un joven depravado como Dámaso demostraba la falta de valores cristianos y morales. Ya se sabe cómo son los maricas, ateos, enfermos..., escoria.

¿Seguro que dejé de golpearle? No lo sé. Mi padre nos había contado en más de una ocasión que cuando se fusilaba a alguien, durante la guerra, a un cabrón republicano, a un rojo de mierda, a un masón, se elegía a los soldados que iban a integrar el pelotón de fusilamiento. Y se les advertía que tenían que apuntar a zonas vitales. Lo mejor la cabeza, el pecho, el corazón, el cuello... Y que se atuvieran a las consecuencias si alguno erraba el tiro. Y nos dijo que en la mayoría de las ocasiones siempre había algún cobarde que tiraba a fallar. Era difícil averiguar quién había sido. Ojalá yo hubiera sido ese cobarde. Tengo que haber sido yo ese cobarde.

Al llegar a casa tuve una de mis crisis, y me pasé toda la noche delirando, y dando vueltas en la cama... Y golpeaba mi cabeza contra la pared una y otra vez... Y me gustaba sentir el dolor, y seguía haciéndome daño, como si así pudiera borrar todo lo que había ocurrido. El dolor purifica. Eso pensaba.

—Llegaremos hasta el final —dijo Ricardo.

Esa frase la escribí en el cuaderno amarillo. Y la repetí varias veces. Y dibujé zapatos negros, y botas al lado del cuerpo de ese joven tirado en el suelo... sin vida. Y su camisa blanca hecha jirones..., sus heridas de muerte. Cuando entré al baño y vomité... Cuando me lavé las manos y vi cómo el agua

se teñía de rojo... Cuando me quité toda la ropa y me miré al espejo, y vi mi rostro desencajado, decidí que jamás olvidaría lo que había ocurrido esa noche, y lo escribí en mi cuaderno: el día, la hora, el lugar y quiénes formábamos ese grupo fantasmal.

A la mañana siguiente seguía trastornado por lo que habíamos hecho. Era la primera vez que había participado en la muerte de alguien. Era un asesino y me parecía increíble. No podía entenderlo. He sido capaz de matar. ¿Por qué? ¿Por qué?... Y no encontraba respuestas. Necesitaba hablar con mi padre, saber por qué lo habíamos hecho. Qué pensaba él. Lo lógico es que fuera a la policía y me declarase culpable. Iría a la cárcel, bueno, me lo merezco. ¡Dios! Me acerqué a su despacho. La puerta estaba cerrada y le podía oír hablar por teléfono. Esperé, no quería interrumpirle, eso le contrariaba y le ponía de mal humor. Mientras esperaba, en mi mente se repetían los detalles de ese horroroso crimen. Y, sobre todo, los sonidos, los golpes, los lamentos de ese pobre chico. Llamé con los nudillos y oí la voz de mi padre que me decía que pasase. Abrí la puerta con miedo, él estaba trabajando. No me miró, siguió escribiendo, como si yo no estuviera. A eso ya estaba acostumbrado.

—¿Qué quieres? Estoy terminando un informe urgente.

No sabía cómo empezar. Era tan difícil hablar con él. Notaba su rechazo, el poco interés que tenía en saber lo que me pasaba, si tenía algún problema, alguna preocupación. Así que me quedé, un momento, en silencio. Buscando las palabras adecuadas, sin encontrarlas... Los ojos empezaron a parpadear a su voluntad. Él dejó de escribir y me miró... Y supe que no le gustaba lo que veía: la imagen de un hombre asustado, inseguro y débil. Lo que él más odiaba. Por fin encontré una primera palabra.

—Anoche... —Y me paré.

—¿Qué?... Anoche, ¿qué? Arranca, por Dios. No tengo todo el día. —Se ajustó las gafas y volvió a mirar los papeles que tenía delante de él.

—¿No sabes lo que paso anoche?

—Sí, Alejandro... Sí que lo sé... He hablado con Ricardo... Esas cosas pasan, y ya está... Hay que seguir hacia delante.

—Papá, matamos a una persona indefensa.

—No me llames papá, joder. Somos hombres... ¿Eso es todo lo que quieres decirme? Ya continuaremos la conversación en otro momento.

No quería seguir hablando conmigo. Volvía a despreciarme, a

avergonzarse de mí. Pero yo necesitaba contárselo, sacar fuera toda la angustia que me quemaba por dentro.

—Soy un asesino, papá... ¿Lo sabes?

Levantó la cabeza de los papeles y me clavó su mirada más dura y gélida.

—Padre... Perdona..., padre. —Estaba angustiado, me costaba hablar, tartamudeaba—. Soy un asesino, padre. ¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer para seguir viviendo? He matado a una persona.

—Lo primero no llorar, coño... Ni asesino, ni hostias, Alejandro. No digas estupideces. Fue una pelea. O ellos, o nosotros. Y esta vez, perdieron ellos. Ya está. Asunto terminado.

—Fue un crimen. Él no nos había hecho nada... Trató de escapar... Y no le dejamos.

—¿Y tú qué sabes?... Ese tipejo, además de ser un inmoral, un degenerado, era un comunista, un conspirador... Y su padre un republicano que se llevó por delante a muchos de los nuestros. Ojo por ojo... Eso lo entiendes, ¿no?

—No, no lo entiendo... Tengo que entregarme a la policía, ¿verdad?

—¿Qué coño estás diciendo! Nadie va a ir a la policía. ¿Me oyes? Me sacas de quicio.

—Y yo... ¿Cómo puedo seguir viviendo yo?

—Madurando. Haciéndote un hombre de una puta vez. Y óyeme. Ellos te conocen. Ese que quiso huir te conocía... Saben que eres mi hijo. El hijo del general Ortiz, así que irán a por ti... Y si te encuentran solo en la calle, te matarán sin contemplaciones. Y luego, no irán a la policía, ni se pondrán a llorar. ¿Lo entiendes? Ellos o nosotros. Métetelo en la cabeza.

Bajó la vista de nuevo a sus papeles, y luego, casi sin mirarme, me dijo:

—Estoy orgulloso de ti, Alejandro. Ricardo me contó que estuviste a la altura del grupo, que te portaste como uno más. Hemos dado un paso adelante... Y así tenemos que continuar. Nos jugamos mucho, Alejandro... Mucho. No hay lugar para las flaquezas. Y menos ahora con el Caudillo agonizando.

Salí de su despacho y sentí mi corazón helado, como si estuviera cubierto por una costra áspera y fría. Era una sensación extraña, nueva. Está orgulloso de mí. Jamás me había dicho eso. Orgulloso porque había matado a un hombre.

Paloma busca algo en los cajones. Los abre y los cierra automáticamente. Revuelve entre sus cosas y al final encuentra las cartas de Chema atadas con una cinta amarilla. Miro hacia otro lado. Hacia el balcón. Está anocheciendo. Reflejada en el cristal, desdibujada, veo a mi hermana guardando el cepillo de dientes, un frasco de colonia, un pañuelo. Se le cae al suelo una pulsera de cuero, muy gastada. Se la pone. Es su preferida. Se la regaló Chema cuando estuvieron en el festival de teatro de Palermo con *El velero en la botella*. Fue una experiencia increíble... Los aplausos interrumpiendo alguna escena, la participación del público... Las reseñas en los periódicos. «Una puesta en escena valiente y transgresora.» Fue un éxito.

Paloma tiene las manos tan delgadas, tan frágiles. Coge las maletas y sale de la habitación. No lleva muchas cosas. Supongo que para empezar de cero es mejor así, «ligeros de equipaje». Fue el último día que vi a mi hermana. No vino al entierro de nuestro padre. No pude avisarla. Nunca se puso en contacto conmigo. Yo, más tarde, traté de encontrarla, pero no lo conseguí. Nadie sabía dónde estaba, a nadie le dejó una dirección. Lo más seguro es que se hubiera ido a vivir lejos de aquí, a otro país, tratando de rehacer su vida. Y poco a poco, dejé de buscarla.

El velero dentro de una botella. Hay que romper la botella. Eso hizo mi hermana... y se marchó de casa. Escapó.

CUATRO

UN RAMILLETE DE FLORES SILVESTRES

Reuniones y más reuniones. Nervios ante las noticias alarmantes sobre la salud, cada vez más crítica, del Caudillo. Delirios, planes demenciales donde la vida de un hombre no vale nada. Y, de algún modo, lo sobrellevas, cumples las órdenes, vas de un lado a otro como un autómata. Y miras a los demás y ves que no tienen dudas... Han aprendido a odiar y a no hacer preguntas. Se incorporan al grupo dos oficiales jóvenes del ejército, que son de la confianza de mi padre. Y él, cada vez, se siente más seguro, más importante... Como si fuese un iluminado.

—Os voy a contar una historia —dijo mi padre, y encendió un cigarrillo sin prisa..., mientras todos nosotros estábamos atentos a lo que nos iba a decir—. Mi hermano mayor era médico, pero le gustaba escribir cuentos. Él decía que eran cuentos morales... Uno lo recuerdo muy bien: Un joven estaba ordenando unos libros... y descubrió una araña no muy grande, de patas cortas y gruesas. La araña estaba quieta... El joven se quitó una zapatilla... Y entonces, la araña no trató de esconderse detrás de los otros libros, o debajo de la librería, sino que se movió decididamente hacia donde estaba él para atacarle. Y claro, el joven le dio un contundente zapatillazo. «¿Por qué no se escondió la araña?», pensó el joven.

Mi padre sonríe y nos mira para ver cuál es nuestra reacción. Se ajusta las gafas, exhala el humo de su cigarrillo. Se le ve satisfecho, pletórico. Luego continúa con su relato.

—El joven, enseguida, lo tuvo muy claro, la araña no había escapado porque trataba de proteger a sus crías. Eligió morir... Desde ese día, algunas noches de verano, el joven tiene la misma pesadilla. Sueña que una de esas

crías sube a su cama y trata de hacerle daño, vengarse de él picándole en el cuello... ¿Qué os parece?

No sabemos qué responder y esperamos que él continúe. Pienso que las arañas son eso, arañas.

—El joven hizo bien en matar a esa peligrosa araña... Pero, luego, debió buscar a las crías, encontrar esos huevecillos y aplastarlos... Y, entonces, se acabaron las pesadillas y las venganzas. Hay que llegar hasta el final... ¿Entendéis? Esos cabrones, cuando tuvieron poder, quemaron iglesias, asesinaron a la pobre gente indefensa, a los curas les persiguieron. A mi hermano fueron a buscarle a su casa. Estaba desayunando con su hijo... Él no era militar. Era médico. El Alzamiento le pilló en Madrid. Nunca hizo daño a nadie. Se lo llevaron. Y esos comunistas de mierda le asesinaron... Cabrones. Eso no lo podemos olvidar... Los vencimos una vez, pero no los aplastamos del todo, y ahora quieren la revancha. Y sus crías se atreven a conspirar, dispuestas a tomar las calles. Están envalentonados, como hace cuarenta años. Manifestaciones, algaradas... Esperando el momento en el que muera nuestro Caudillo para mordernos en el cuello. Pero Franco no ha muerto... Y aunque muera, quedamos nosotros. ¿Está claro? Y, ahora sí, ahora tenemos que aplastarlos sin piedad.

Mi padre mira, uno a uno, a los miembros del grupo, que le han escuchado en silencio.

—¿Entendido?

—Entendido —responde Ricardo.

El grupo asiente, convencido de cuál es su misión, dispuestos a dar su vida por la patria. Y yo. Yo trato de ser invisible, otra vez, solo eso. Un corazón invisible, un alma invisible... Un espectador que no es responsable de lo que pasa.

—Un maricón comunista menos... ¿Me oyes, Ricardo? Hay que pararles los pies. Darles un escarmiento. Tenemos que estar alerta. Ahora más que nunca. Los quiero acojonados. Escondidos como ratas. Ya los iremos sacando uno a uno de sus madrigueras.

—Y así será, mi general... —contesta uno de los militares, enardecido con las palabras de mi padre.

—Estamos siguiendo la pista de tres estudiantes que se están significando en la universidad —dice Micki con solemnidad—. Pegada de carteles,

panfletos, manifestaciones, concentraciones en la Complutense... Ya sabe... Seguro que son de una célula comunista. Se reúnen con frecuencia en la casa de un director de cine muy popular..., de éxito. Creen que nos engañan. Son unos capullos de mierda. Los tenemos controlados a todos... Y solo esperamos el momento más adecuado. Además, he investigado a las familias... Y son tal para cual.

—Hay una niñata que les debe de poner cachondos... Estaría muy bien darle un susto a esa hija de puta... Va de cabecilla, también. Es de las hijas de puta gritonas. Pero es de una familia respetable. Usted dirá.

—Prefiero no saber los detalles, Tito... Pero, a esa chica, de momento, olvidémosla. No está dentro de nuestros planes.

—Yo creo que esa chica es importante, mi general.

—Ya, Tito, dale un susto, si quieres... Eso se te da cojonudamente... Ricardo, tú decides, ¿de acuerdo?

—No tiene de qué preocuparse. Lo del susto me parece bien. Le bajaremos los humos... Pero sin pasarse. ¿Entendido, Tito?

—Claro. Sería un primer aviso... La he seguido, y de vuelta a casa, atraviesa un amplio y oscuro descampado...

—Vale, Tito. Tú sabrás cómo hacerlo.

Y claro que lo sabe... La seguirá durante un tiempo, disfrutando con lo que va a ocurrir después... Excitándose, viéndola caminar indefensa, y desprevenida, delante de él. Y en el momento adecuado, cuando no haya testigos, se acercará a ella... Y empezarán las palabras..., las palabras torpes de un psicópata. Las amenazas, y cuando ella se dé cuenta de que está en peligro, que delante de ella hay alguien capaz de matar, y trate de escapar... En ese momento, Tito dejará de controlarse, y comenzará a darle de hostias... Y luego la violará... Y sí se le va la mano, o si ella trata de gritar, o de defenderse como dice él... La matará. Y yo, ¿qué hago? ¿Por qué no aviso a esa chica? ¿Por qué no le digo que está en peligro?

—Lo importante, lo que no debemos olvidar es lo que va a ocurrir dentro de tres semanas —dice mi padre, tratando de que el grupo se centre en lo importante—. Ya sabéis. Dentro de tres semanas viene a Madrid a presentar su último libro ese escritor tan comprometido y tan amante de la democracia... Ese demagogo que se pasea por las radios y la televisión pontificando... Y ya está bien.

Mi padre está más alterado que otras veces, golpea con la palma de la mano sobre la mesa y lo hace con fuerza.

—Es un degenerado..., marxista y pederasta. Le gustan los niños. Es asqueroso. Igual que ese director de cine italiano, Pasolini.

Abre la pitillera, pero no saca ningún cigarrillo, juega con ella entre los dedos, y después la cierra. Y nos mira, sabiendo que todos estamos pendientes de sus palabras.

—¿Y qué le acaba de pasar a ese malnacido?... Que un chapero de diecisiete años lo ha matado. Y su muerte ha salido en todos los periódicos. Un marxista degenerado muere a golpes en la playa de Ostia y el mundo de esos cabrones se tambalea. Son unos cobardes y están asustados. Eso es lo que le tiene que ocurrir a nuestro escritor de moda. Aparecer tirado en la calle, medio desnudo, muerto de una paliza... Un maricón comunista menos. Titulares en todos los periódicos. En la televisión. Eso les dejará helados... Así que preparemos el plan cuidadosamente, ¿de acuerdo? Y después, si es necesario, habrá que buscar otro objetivo todavía más contundente.

—Sí, mi general, eso lo tenemos muy claro. Sabemos el hotel donde se va a alojar. Tenemos un contacto dentro. Y hemos encontrado el señuelo perfecto: un jovencito de los que le gustan a ese maricón y que le llevará adonde nosotros le digamos. Es uno de los nuestros, de fiar, alguien que odia a muerte a esos maricones. No va a fallar nada.

La reunión sigue durante un buen rato. Mi padre escucha, y es Ricardo el que le va poniendo al corriente de las acciones que el grupo tiene previstas. Micki habla de que la policía está inquieta, preocupada por la enfermedad del Generalísimo, pero preparada para lo que haga falta. Luego, se comenta el eco que ha tenido en los periódicos la muerte de un universitario exaltado, y peligroso, en una manifestación, y parece el relato de una nueva victoria. La euforia aumenta cada día más y más.

—Hay un asunto muy sencillo —dice Ricardo—. Y dará que hablar... Es un tipo muy popular. Vende flores en el mercado de San Antón. Se llama Paquito. Además de maricón, es un comunista como su padre. Tito se ha informado bien. Familia de republicanos, ya se sabe... Forma parte de una célula comunista.

—Se ve que a todos estos comunistas les va eso de que les den por el culo —dice Tito, y luego mira a mi padre para ver si ha metido la pata.

—Ya sabes, Ricardo, no quiero detalles, confío en ti. Cuantas menos personas sepan lo que estamos haciendo, mejor. Discreción absoluta, ¿entendido?... Dime, Tito, ¿lo has entendido?

—Sí, mi general.

Mi padre recibe una llamada telefónica, parece importante. Su semblante serio así lo indica, cuelga y se despide de nosotros sin dar demasiadas explicaciones.

—Un asunto que hay que resolver de inmediato. Los acontecimientos se precipitan... No bajéis la guardia. Donde, ahora, no puede llegar la policía, ni el ejército, tenemos que llegar nosotros... Esos cabrones quieren la guerra sucia, pues la van a tener.

Cierra la puerta del despacho. A partir de ese momento, Ricardo toma las riendas de la reunión. Se siente halagado por el trato y la deferencia que tiene mi padre con él. Eso le hace sentirse importante delante del grupo. Nadie cuestiona sus órdenes. Es el líder indiscutible, sin fisuras, sin dudas. Aunque él siempre se apoya en Micki, que forma parte de la Brigada Político Social y es hombre de confianza del comisario jefe. Se mueve como pez en el agua en las cloacas del Estado.

—Ya sabéis de qué Paquito estamos hablando. Su padre tenía que haber muerto fusilado, porque era un rojo de mierda, pero se salvó... El muy cobarde se escondió debajo de los cadáveres de sus compañeros. Claro que murió en la puta cárcel. Así que vamos a preparar cuidadosamente la ejecución de ese marica. Y tiene que ser sonado, ¿de acuerdo? Un maricón comunista menos.

El resto del grupo repite esa frase con vehemencia: «¡Un maricón comunista menos!».

Hablaban de ti, Paco. Y yo..., yo solo era un espectador, incapaz de decir nada. No traté de defenderte, ¿sabes? Hasta ese punto llegaba mi cobardía. Me dijeron que yo iba a ser el anzuelo, y no hice ningún comentario. Escuché el plan de Ricardo, lo que yo tenía que hacer... Y lo hice.

A veces pienso que me miraste asustado cuando te diste cuenta de lo que iba a pasar.

Paquito tenía un puesto de flores en el mercado de San Antón. Lo conocía del barrio. Habíamos charlado muchas veces. Era muy amigo de Chema, compartían sus ideas socialistas, la urgencia de acabar con la dictadura, con la

falta de libertad. No fue difícil engañarle. Él confiaba en mí. Le fui a buscar a El Armadillo una cerveza, y luego otra. Fuimos a su casa. Sentí que me deseaba, que quería acariciarme, abrazarme, besarme. Y me gustaba imaginarle a mi lado, quitándome la ropa. Y también me repugnaba. Tenía una sonrisa maravillosa. Puso música y empezó a seducirme, y yo, sabiendo lo que iba a ocurrir, me excitaba cada vez más... El riesgo, el vértigo..., la muerte. Alguien llamó a la puerta. Y yo pensé: «No abras», pero no dije nada; otra vez me quedé callado, otra vez no traté de evitarlo.

Y entraron a tu casa, a tu pequeña casa; a esa buhardilla llena de fotografías de tu madre, y de artistas..., y de flores. Flores que tú elegías cuidadosamente y ponías por toda la casa. Te mataron a golpes, Paquito, y tú me mirabas. Tratando de entender... Y hasta el último momento esperaste a que yo te ayudase, que parase esa locura, pero no lo hice. Luego nos fuimos. En el espejo alguien, no recuerdo quién, puso: «Un maricón comunista menos».

Salí de la casa el último, aturdido por la muerte de Paquito. Necesitaba respirar, asimilar lo que acababa de pasar. Me sequé el sudor con un pañuelo. Mis compañeros se alejaban por el pasillo, un pasillo largo y estrecho, con ventanucos pequeños que daban a los tejados de otras casas. Los perdí de vista. Yo seguí inmóvil, con la espalda apoyada en la pared, tratando de contener las ganas de vomitar, el asco, el terror de saber que acabábamos de matar a otra persona inocente. Empecé a caminar siguiendo los pasos de mis compañeros. Estaba muy cansado y me sentía vacío. Mientras bajaba las escaleras, escuché la música de un piano. Vi a un niño llamando a la puerta. Me miró aterrorizado. Estaba llorando. Me acerqué para hablar con él. No sé por qué lo hice. La puerta se abrió y el desapareció de mi vista. Me quedé un momento escuchando la música. Era un tema que conocía muy bien: la habanera de Carmen, la preferida de mi madre. Y, entonces, no pude contener las lágrimas.

En el cuaderno de color granate, apunté la hora y el día.

«Doce de la noche, 16 de noviembre de 1975. Muerte de Paquito.»

Dibujé flores de colores vivos, *hibiscus* morados y violetas... Y otra vez botas negras aplastando las flores..., pisoteándolas.

No puse «asesinato», solo «muerte». Supongo que no fui capaz de escribir la verdad. Quizá todo lo que he escrito en los cuadernos es mentira. Yo soy

una mentira, pero no le golpeé... Esta vez, no. Estoy seguro... ¿Estoy seguro?

He elegido una flor especial para mi regalo: una *hibiscus* de color rosa intenso... ¿Te acuerdas, Paco? Siempre decías que era tu flor preferida:

«Viven solo un día, pero lo hacen intensamente, a plena luz, sin esconderse. Por la noche, cansadas, mueren.»

Sabía dónde vivían cada uno de ellos, así que les envié mi regalo, mi mensaje encriptado, lleno de pistas, como le gusta decir a Álex.

«Tenéis que pagar por todos vuestros crímenes. Todos tenemos que pagar.»

«Pronto tendréis nuevas noticias mías.» «Os estoy vigilando.»

«Ha llegado la hora.»

Esa frase le encantó a Álex. Imagino su sorpresa cuando abrieron la puerta de la calle y alguien les entregó mi ofrenda. Imagino su ira cuando lo desarrollaron, cuando leyeron las notas. ¿Quién se atrevía a amenazarles a ellos? Después de tantos años alguien removía toda la mierda. Y el olor era insoportable... «Ha llegado la hora.» ¡Genial! Seguramente se llamaron por teléfono y comprobaron que cada uno de ellos había recibido el mismo mensaje. Ya no eran esos jóvenes que actuaban sin pensar, guiados por su instinto. Así que imagino que se tomaron su tiempo, tratando de averiguar qué podía significar toda esa parafernalia. Mantuvieron la calma. Ahora, sin duda, son igual de fascistas y de crueles que antes, pero respetables. No pueden mancharse las manos actuando precipitadamente. Bueno, Tito es diferente..., impulsivo, irracional, violento, un psicópata que disfruta haciendo el trabajo sucio. Micki es más inteligente: asuntos turbios, corrupciones de políticos, vigilancias, extorsiones, escuchas ilícitas, y siempre mucho dinero y mucho poder en juego. Eduardo es un abogado de prestigio, le he visto alguna vez entrevistado en televisión. Pedro se ha transformado en un empresario influyente, de esos que hacen los negocios tomándose un whisky en el palco del presidente de un club de fútbol importante. El grupo había prosperado con la democracia. Ellos sí que habían podido borrar su pasado. Y seguro que dormirán bien por la noche, sin pesadillas. Pero el día que recibieron mi regalo quizá no durmieron tan tranquilos. Imagino que se reunieron en algún lugar discreto y comenzaron a darle vueltas:

¿Quién podía ser el hijo de puta que les había amenazado?

¿Qué es lo que sabía?

¿Iba en serio o era una broma de muy mal gusto?

También, seguramente, pensaron que podía ser una trampa de la policía judicial, de un juez que quería apuntarse un tanto importante a su costa. Quizá sospecharon que estaban siendo vigilados, incluso los teléfonos podían estar intervenidos. Micki, después de una serie de gestiones y llamadas, seguramente les dijo que los tiros no iban por ahí. Que no había ninguna operación de la policía en marcha contra ellos. Sí, se reunieron, y decidieron darle importancia al asunto, cortarlo de raíz antes de que se les fuera de las manos. Pudieron pensar, también, que todo era un chantaje, alguien que quería dinero... Micki les habría dicho que si era así tenían que esperar al siguiente movimiento, porque seguro que volverían a ponerse en contacto con ellos. Tenían que estar atentos. No cometer errores. Eso debió de decirles. Fuese quien fuese el que lo había hecho, iba a pagarlo. Pasados unos días, ya más tranquilos, elaboraron una lista con nombres. Nombres de las personas que les odiaban, a las que habían hecho daño, a las que habían jodido la vida. Una lista muy numerosa, y fueron tachando los nombres uno a uno... Este no, este tampoco, ni este. Comprobaciones, más encuentros, gestiones discretas con compañeros de la policía. Yo estaba en esa lista. Sobre todo desde que comenzó mi relación con Silvia. Eso les puso muy nerviosos. También en ese caso me amenazaron. Y tuve que escapar. Pero ahora, no... Ahora voy a llegar hasta el final. He recibido vuestro macabro mensaje. Y la verdad es que me habéis acojonado, pero aquí estoy, dispuesto a todo. No tengo nada que perder. Un pequeño ruiñón atravesado por una astilla... Sois unos miserables.

Me paso toda la tarde buscando los documentos que guardaba mi padre en su casa y que desenmascaran a la gente del grupo, y también a mí, claro. Aunque mi nombre no aparece en ninguno de esos papeles. No quiero vengarme de ti, papá, no es nada personal. Eso ya está olvidado, pero no hay otro camino. Todas las atrocidades que hiciste saldrán a la luz, se harán públicas. Tus delirios, tus órdenes sin sentido, tu complot para formar un gobierno provisional, si eso fuera necesario para salvaguardar el ideario de vuestro Caudillo. Los nombres de tus incondicionales, de las personas que formaban tu grupo de confianza. Todos aparecen en tus documentos de una manera precisa y meticulosa. Informes sobre su familia, sus amigos y su comunión con la Cruzada de liberación. También los militares con los que se podía contar, y los tibios, que deberían ser vigilados y purgados, si fuera necesario. Consignas y más consignas. Desvaríos de una persona

desequilibrada y rencorosa. Incapaz de perdonar, de aceptar al otro, al diferente. Eras tan metódico, papá. Creías que estabas por encima de la ley, inmune a todo... Y por eso escribías, sin ningún escrúpulo, cada detalle, cada nombre de las víctimas de tu fanatismo. Cada una de las personas que fueron asesinadas por el grupo aparecen en estos papeles. Las fechas y las noticias que publicaban los periódicos. Odio más odio. Todo es delirante. El sueño de la razón produce monstruos. Y tú fuiste un monstruo sin piedad.

Pongo los originales en una carpeta, numerándolos uno a uno por fechas. Trato de no pensar demasiado. Convertirlo todo en un acto mecánico, solamente eso. Pero no puedo evitar que los recuerdos me golpeen con fuerza y me hagan daño. Mañana se lo entregaré todo al notario para que lo custodie hasta mi muerte, con la orden de que en ese momento lo haga público. Y si salgo con vida de todo esto, cosa poco probable, entonces seré yo el que le dé las instrucciones de a quién debe entregárselo y cuándo. Decido incorporar mis cuadernos a toda la documentación, su contenido es muy personal, pero también definitivo. Me preocupa que estén en casa y que el grupo decida venir a hacerme una visita y los encuentre.

También voy escribiendo las cartas a los periódicos, con las fotocopias de los mismos documentos. Un texto breve, directo. Los documentos hablan por sí solos. Hago hincapié en el último crimen, el atropello de un hombre cerca del mercado de San Antón... Un joven director de teatro. Quizá mi hija le conocía, quizá trabajó con él... Y lloró su muerte.

Cuando termino me quedo tranquilo, liberado de una carga que me había acompañado durante toda mi vida. Salgo un momento al porche. Está anocheciendo. El cielo despejado, una ligera brisa. Ha sido un largo viaje que puede estar a punto de terminar. Pero aún me quedan asuntos pendientes: las cartas dirigidas a las personas que más he querido en mi vida. No va a ser fácil escribirlas. Será como una despedida, como un paso más hacia la redención. Y debo ser sincero, no tratar de justificarme, de buscar excusas.

Me siento en el porche, hace algo de frío, así que me pongo un jersey. La oscuridad es cada vez más intensa. No sé por dónde empezar, cómo contar lo que siento, lo que ellos han significado en mi vida. Y los veo, los imagino: Paloma y Chema patinando en la plaza de Chueca. Silvia, en el pequeño piso que alquilamos en Lisboa, peinándose delante del espejo, y yo sentado en la bañera, dibujando sus hombros, su cuello... Y Tania, nuestra hija, corriendo

porque se le ha hecho tarde, y me da un beso, y se aleja por el pasillo, y cierra la puerta, y a los pocos segundos vuelve a entrar porque se le ha olvidado algo: un libro, el cuaderno de apuntes. Sé, estoy seguro de que no voy a volver a verlos, y eso me produce un fuerte dolor, me deja sin aliento, y con unas increíbles ganas de ponerme a llorar. Sigo siendo un pusilánime, papá.

He comprado en la papelería del pueblo un paquete de cuartillas. He elegido las que eran más porosas y pesadas. A lo mejor dibujo algo en cada carta. Me tiemblan las manos y mi escritura parece la de un loco. No soy capaz de poner en orden mis emociones... «Querida Silvia.» ¿Querida?... ¿Es eso lo que quiero decirle?... Querida... Rompo el papel en mil pedazos. «Silvia, mi amor. Fuiste lo más maravilloso que me ocurrió en la vida. Te amé con todas mis fuerzas y tú me aceptaste, y yo no lo supe valorar.» ¿Qué coño estoy escribiendo? ¿A quién quiero convencer? Rompo la carta. «No sé cómo decirte que lo siento...» ¿Lo siento? Palabras vacías... ¿Quiero pedir perdón? ¿Es eso? No lo merezco. La emoción, el vértigo lo siento muy adentro, en medio del corazón. Y cada palabra debería salirme del alma, dolerme profundamente, y no lo consigo. «Pude ser feliz contigo, Silvia. Debí aferrarme a tu mundo, a tu generosidad...» Rompo otra vez la carta. Palabras muertas..., mentiras. «Si lees esta carta, eso querrá decir que he muerto. No, eso no es exacto, querrá decir que me han asesinado.» Sí, eso no es mentira, es la verdad.

Abro una botella de ron añejo. Hace mucho que no bebo, pero hoy lo necesito. Me lo sirvo en una copa pequeña. Dudo si es una buena decisión en este momento en el que tengo que estar lúcido. El color es oscuro, debe de llevar mucho tiempo en casa. Una sola copa no puede hacerme daño, y me dará el valor necesario para escribir con sinceridad. Me la bebo de golpe. Me rasca en la garganta, pero me gusta... Vuelvo a llenar la copa. La última, esta la bebo despacio.

Al final escribo una carta correcta, ordenada, mecánica, y absurda. No quiero hacerle daño con sentimentalismos, con golpes bajos, con excusas sensibleras. No se lo merece. Yo soy el único culpable y no debo buscar su compasión. No sería justo. Y la rompo nuevamente... Y bebo otra copa... Y me siento infinitamente solo, perdido en esta casa. Cuatro cartas sin alma. Cuatro destinatarios: Silvia, la única mujer a la que he amado; Tania, mi hija... Estoy tan orgulloso de ella, pero sé que no existo para ti. Chema, mi

amigo... Y Paloma. Algunas no llegarán a su destino, porque desconozco cuál es ese destino... Serán cartas perdidas, amontonadas en estanterías metálicas antes de consumirse en el fuego. Cartas muertas.

Querida Paloma... Te he buscado durante años, sin obtener ningún resultado. No fue posible encontrarte... Así que, muchas veces, he imaginado nuestro encuentro. En esta casa, donde fuimos muy felices, hasta que mamá nos abandonó. Apareces por el camino de tierra... Yo estoy sentado en el porche, como ahora. Levanto la vista y te veo. Reconozco tu forma de andar. Miras al suelo, y luego levantas la cabeza, y me miras a mí. Me levanto despacio. Bajo las escaleras del porche. Abro la puerta del jardín. Y camino a tu encuentro. Nos paramos cuando estamos muy cerca, y nos miramos fijamente a los ojos. Estoy temblando... Un paso, dos, tres pasos y nos damos un abrazo. Primero titubeante, luego cálido, intenso, lleno de mensajes, de palabras entrecortadas, de recuerdos. Y apenas hablamos. ¿Para qué?... Hueles a jazmín, a hierba recién cortada, a mar. Es mejor el silencio. Ya irán apareciendo las palabras... Se abrirán un hueco en el momento oportuno. Palabras olvidadas que esperaban este momento increíble para surgir llenas de vida.

Estrecharte entre mis brazos es más que un sueño. Has cambiado mucho y no has cambiado nada. Estoy tan nervioso. Hace un momento solo pensaba en morir, y ahora quiero creer que tengo otra oportunidad. Igual no es fácil... Igual nos separa un abismo. Te habría reconocido en medio de una multitud, como si el tiempo no hubiera pasado, como si se hubiese detenido durante todos estos años.

Sí..., sobran las palabras. Los recuerdos se agolpan desordenadamente, pero estoy tranquilo. Una extraña serenidad. Y de repente esas palabras olvidadas surgen a borbotones, sin preguntas, sin explicaciones ni reproches. Entre las palabras, tenemos que caminar con pies de plomo. Detrás de cada una de ellas puede surgir una herida que aún no se ha cerrado, que nunca se cerrará. Este encuentro en el camino de tierra que va directamente a la casa de nuestros abuelos es como una isla en medio de mi vida. Sentirme perdonado me llena de energía y de vida. Un perdón, sin necesidad de decir «lo siento», sin necesidad de decir nada. Quizá algún día me pueda perdonar yo.

¿He imaginado realmente ese encuentro con mi hermana? A veces pienso que sí nos encontramos en el camino de tierra, que nos dimos un abrazo... hace muchos años.

Me he bebido más de media botella y no me encuentro bien. Me duele la cabeza. Hacía mucho que no bebía y no ha sido buena idea hacerlo hoy. Me cuesta levantarme. Los sobres están desordenados sobre la mesa. Y, finalmente, no he sido capaz de escribir todas las cartas. Y tengo que hacerlo. No tengo tiempo que perder. Ahora necesito una ducha. Abro el grifo del agua fría. No está fría, está helada. La piel de gallina. Me froto fuerte con las manos y, poco a poco, entro en reacción. Me preparo un café muy cargado y muy caliente. Eso me entonará, y cuando estoy sentado en la cama, poniéndome los zapatos, oigo un ruido en el salón. Me sobresalto. No espero a nadie. Abro la puerta del dormitorio y veo a Álex sentado frente al tablero de ajedrez.

—Tengo cinco minutos para una partida exprés, ¿vale? Jugamos a escabechina... —me dice Álex, mientras va colocando las piezas sobre el tablero.

—Tengo que escribir unas cartas... Y es un poco tarde, ¿no?

—Me pido las blancas.

—Bueno. Está bien. Pero solo una partida, ¿vale? —le digo.

—Y nada de pensar..., ni de estrategias... Cuando piensas tardas un montón en mover y me aburro.

Peón por caballo, alfil por torre, dama por peón. Caballo por alfil. Peón por peón. Dama por dama. Álex está encantado. Y grita eufórico cuando cambiamos las damas.

—Te he comido la reina —dice—... Y vuelve a reírse.

—Ha sido un ataque increíble. No me lo esperaba.

—He ganado... ¡He ganado!... —grita, mientras se va corriendo.

—¿Dónde vas?

—Voy con mi madre al concierto —me dice, lleno de felicidad—... Se me olvidaba, tengo un plan increíble para acabar con los malos... Es genial... Me ha costado mucho, pero creo que es perfecto, de película.

—Que te diviertas. Saluda a tu madre de mi parte.

Un plan para acabar con los malos. La casa se queda en silencio. Y me gusta. Tengo dolor de cabeza. Necesito algo de tranquilidad. Coloco las piezas ordenadamente... Dama por dama... ¡He ganado! Sí, has ganado. Me siento delante del tablero y hago un primer movimiento: peón cuatro dama. Una apertura poco ortodoxa. Era la preferida de Chema. Él me enseñó a jugar al

ajedrez... Hace tanto tiempo. Me enseñó a amar el teatro. Me abrió un camino lleno de posibilidades y de libertad... Y lo abandoné. «No le echéis margaritas a los cerdos, no saben valorarlas.» Eso decía él. Es muy tarde, no tengo ganas de escribir las cartas ahora, así que me voy a ir a la cama. Leeré algo hasta que me entre el sueño. Apago las luces, pero dejo el porche encendido. Voy cerrando las ventanas, y entonces, veo al otro lado de los árboles una luz. Me quedo quieto. Pienso que pueden ser los faros de un coche. A esta hora no es normal que alguien venga por la carretera de tierra. Igual es el reflejo de la luna... No, es un coche. Las luces se mueven. Se está acercando a casa. Alguien se ha extraviado, seguro, y ha visto la luz del porche, y viene a preguntar cómo se sale de este laberinto de caminos. No es la primera vez que alguien se pierde por aquí. Las señalizaciones son confusas. ¿Por qué trato de engañarme? Antes vino ese joven mensajero, sonriente y tranquilo, y me dejó su horrible regalo, ese pequeño ruiseñor muerto, dentro de una caja... Y se enteró de que vivo solo, que soy vulnerable. ¡Son ellos! Y si es así, eso quiere decir que se les ha acabado la paciencia y que vienen a por mí. No, no puede ser, seguro que es alguien que se ha perdido, y cuando se dé cuenta dará la vuelta. El coche sigue avanzando lentamente. Tengo miedo. Estoy atenazado por el miedo. No sé qué hacer. Tengo que reaccionar, defenderme. El coche sigue acercándose, y yo sigo inmóvil, hipnotizado, mirando esa luz. El coche se detiene, oigo tenuemente el motor. Decido ir al dormitorio, sin encender las luces. Estoy temblando, tropiezo con una silla y el ruido me sobresalta. Abro el cajón de la mesilla, tanteo con la mano y finalmente cojo la pistola de mi padre. Está envuelta en una gamuza. No está cargada, busco las balas. Ya no escucho el motor. Desde la ventana de mi cuarto veo cómo las luces se apagan. Y sé que ahora vendrán a buscarme. Estarán bajando del coche y se acercarán despacio a casa sin hacer ruido. Me tiemblan las manos al agarrar la culata. ¿Qué puedo hacer con una pistola? Nada. Jamás he disparado contra una persona. Odio las armas. Pero me defenderé, y si puedo no me iré solo. Yo también puedo ser peligroso. Lo sé. Pienso en encerrarme en casa, atrancar las puertas y ventanas, y hacerme fuerte dentro. Pero enseguida me doy cuenta de que es una mala idea. Y si llamo a la policía... No llegarán a tiempo. Lo mejor es escapar. El porche está encendido, así que si salgo por ahí me verán. Decido saltar por la ventana del dormitorio. Trato de no hacer ningún ruido. Busco la protección de los árboles del jardín. Camino agachado. Salto la valla de piedra, tratando de

moverme con sigilo. A pocos metros comienza el bosque que rodea la casa. Allí estaré a salvo. Me lo conozco muy bien. Las sienes me van a estallar. Me quedo parado, tratando de oír algo, pero solo escucho mi respiración alterada. Enseguida alcanzo mi objetivo. El bosque es muy tupido, aquí no me encontrarán fácilmente. Trato de no pisar la hojarasca. Me muevo con cautela, a cámara lenta. A veces me sobresalto porque una rama me golpea la cara, o porque pierdo el equilibrio tropezando con unos matorros. Sigo sin escuchar nada sospechoso, ni pasos, ni voces..., nada. Me escondo entre unos matorrales y espero. Pasan los minutos y no hay señales de ellos, ni los veo, ni los oigo. Igual es una pareja que ha buscado la oscuridad de esta carretera y ahora están follando como locos. Algunas parejas lo hacen, pero no se acercan tanto a la casa. Tengo frío. Y, ahora, ¿qué hago? ¿Qué cojones hago?... Esperar. Me he alarmado sin motivo. Es una locura pensar que son ellos y que vienen a matarme. Debería volver a casa, pero claro, quizá están agazapados, esperando a que apague la luz del porche y que me vaya a la cama. Y entonces ya no tendré escapatoria. He visto un coche, eso es seguro. Alguien está en el camino... ¿Quién? No sé el tiempo que pasa, trato de ver más allá de la oscuridad. Mis ojos comienzan a cerrarse, estoy muy cansado, pero tengo muy claro que de aquí no me muevo. Está visto que voy a pasar la noche al raso. Cuando se lo cuente a Álex no se lo va a creer. Se reirá de mí. Me acurruco sobre la hierba, aparto algunas ramas, pequeñas piedras que se me clavan en la espalda y me hacen daño. Prefiero quedarme aquí. Me siento más seguro. A pesar de la incomodidad, sé que me voy a dormir. Los ojos se me cierran. Mi mano se aferra a la culata de la pistola.

Me despierto sobresaltado y tengo la sensación de que han pasado solo cinco minutos, pero no. Empieza a amanecer. Me duele todo el cuerpo. De repente, escucho cerca de mí un ruido, trato de incorporarme sigilosamente y, entre unos arbustos, descubro, a pocos metros, un jabalí bastante grande, y cerca de él varios jabatos. Me tranquiliza verlos. Me observan, pero no se asustan. Se han acostumbrado a nuestra presencia. Poco a poco, se van alejando sin prisa, primero el jabalí grande, y detrás cuento más de ocho jabatos que le siguen, y luego, la que supongo que es la madre, cerrando el grupo. Ha sido buena idea esconderme entre los árboles. Me incorporo y miro a mi alrededor. No veo nada sospechoso. Decido acercarme a casa. La luz del porche sigue encendida. Tomo mis precauciones y doy un rodeo para entrar

por una de las ventanas. La casa está en silencio, el suelo de madera cruje bajo mis pies, como si fuera la escena de una película de suspense. La puerta de la calle está cerrada. Enseguida me doy cuenta de que nadie ha entrado esta noche en casa. Eso me tranquiliza. «Falsa alarma», diría Álex. Definitivamente, debía de ser una pareja la que anoche se acercó por el camino de tierra, así que, de momento, sigo a salvo en la casa de mi abuelo, con un terrible dolor de espalda, y me pica todo el cuerpo, pero a salvo, supongo. Abro la puerta de la calle, ya no está el coche aparcado en el camino. Me acerco a la verja del jardín y descubro, prendido a los barrotes de la puerta, un pequeño ramo de flores silvestres, las flores preferidas de mi madre.

CINCO

EL ASESINO DESPERTÓ ANTES DEL ALBA

Salí del hospital. Seguía lloviendo... Estaba aturdido, eufórico y asustado. Cogí el coche y me dirigí a casa, donde mi padre y el grupo me estaban esperando. Durante el trayecto no pensé en nada... Bueno, sí, en Chema. Y eso me daba valor. Mi padre, cuando le dije que no le había matado, me miró con rabia, con un desprecio terrible. Recuerdo sus labios crispados, apretados en una mueca de odio... Me llamó «maricón». Y lo repitió varias veces en voz baja, como si las palabras le salieran de dentro del estómago, de dentro del alma.

—Maricón... Eres un maricón despreciable. Y un cobarde.

«Cobarde» lo dijo más descontrolado, como si le faltase el aire, pero igualmente le salía de lo más hondo. Era como si todos esos insultos hubieran estado guardados durante mucho tiempo, quizá desde el mismo día en que yo nací, y de repente estallaran en el aire. Era su venganza contenida por no ser el hijo que él deseaba, por no ser un hombre de verdad, hecho y derecho. Por ser un enfermo, un tarado. Al gritarme le saltaban perdigones de saliva que se habían ido acumulando en la comisura de sus labios. Eso le ocurría muchas veces. Estaba descompuesto, sin control, como nunca antes le había visto: la cara pálida, las manos crispadas. Y yo..., yo estaba tiritando de frío, con la ropa empapada por la lluvia, conteniendo mi emoción y mi miedo. Qué imagen tan patética, ¿verdad, papá? En silencio, tratando de desahogar toda la tensión acumulada. Sin palabras, ni excusas..., nada. Esperando el castigo.

Siempre he sabido que mi padre no me quería; pero ver su odio reflejado con tanta dureza y con tanta nitidez me llegó a dar miedo. Su exaltación iba en aumento. Pensé que le podía dar uno de sus ataques. Su mirada era la mirada

de un loco. Por un momento imaginé, como hago cuando estoy viendo una película... Sí, imaginé el desarrollo de la siguiente escena. ¿Qué es lo que podría ocurrir?

Empiezo a llorar... Sí, eso está bien. Siguen las palabras, y más palabras, y reproches. ¿Y... ya está? No... Tenía que ocurrir algo más rotundo, más impactante. Claro. En la siguiente escena mi padre iría a su despacho para coger su arma reglamentaria, la que guardaba en uno de los cajones de su escritorio que siempre estaba cerrado con llave... Eso es... Sería una escena inquietante: un padre militar matando a su hijo que es un marica llorón y pusilánime. El hijo se desploma en el suelo. La cámara descubre solo los pies del padre al lado del cuerpo sin vida de su hijo. También podía coger la pistola, apuntarme y luego... Sí, no es capaz de dispararle a su hijo, y se quita él la vida. Es un militar, y un militar sin honor no es nada. Eso es, se dispara en la boca, delante de su hijo aterrorizado, incapaz de reaccionar, que se sentirá culpable por el resto de su vida. También ese es un buen final para la escena.

Mi padre seguía insultándome. Yo no prestaba atención a sus palabras. Estaba concentrado en mi historia... Y en los detalles. Me fijaba en las venas que recorren sus sienes: estaban hinchadas, a punto de reventar. Su respiración más y más agitada. Su mirada desoladora, sin piedad. En ese momento, en el salón de casa, supe que de verdad quería matarme, que quizá había deseado mi muerte desde hacía mucho tiempo. Hacerme desaparecer. Borrar mi memoria, como si nunca hubiera existido. Yo sabía que era capaz de hacerlo. Lo leí en sus ojos. Y me dio igual.

—¡No maté a Chema! ¡No maté a Chema! —le grité—. Soy otra vez yo, y tú, papá, no te das cuenta. Mamá sí lo habría notado. Soy yo, mírame, papá... Quiero ser una buena persona... ¿Es que te da igual?, ¿es que no te importa?

No se atrevió a matarme. Al fin y al cabo, era su hijo. Y eso supongo que fue lo que le detuvo. Algo atávico, que ni siquiera él pudo controlar. Pensó que debía matarme, que tenía que hacerlo. Lo dijo en voz alta.

—Te voy a matar... Prefiero hacerlo yo, ¿me oyes? No vales nada. Desgraciado... Eres un pobre desgraciado..., como tu madre.

Sí, eso me dijo. Pero solo fueron palabras. No hizo la acción de ir a su despacho. No sacó la pistola del primer cajón. No metió el cargador. No, no hizo nada de eso. No me apuntó a la cabeza, ni disparó una bala precisa en

medio de mi frente. No era tan cabrón como él creía. Además se estaba jugando el cielo o el infierno.

¿Fue eso, papá?... ¡No matarás!... Fue eso, ¿verdad?

Durante los siguientes días, que fueron muy pocos, se acabaron los fingimientos entre nosotros. Yo ya no existía para él... Y él, para mí, tampoco.

«Sí, papá, yo también he imaginado tu muerte muchas veces; y siempre era una liberación.»

Eso escribí en el cuaderno de color gris. Y en la esquina derecha, de espaldas, dibujé a mi padre empuñando una pistola, y del cañón salía una flor roja. Nunca hice un apunte de su cara, ni de sus ojos fríos e implacables. Escorzos, solo escorzos, en los que apenas se veía su rostro.

El paso del tiempo a veces lo desvanece todo, y confundes acontecimientos, personas, imágenes... Para eso están mis cuadernos, para recoger en ellos los detalles más oscuros de mi pasado, pero claro, es imposible que en unas cuantas páginas esté toda una vida, cada uno de los momentos, de las palabras, de las sensaciones que hay en una vida. Yo recuerdo determinadas cosas, imágenes, escenas concretas, que no he escrito en los cuadernos, y lo recuerdo con absoluta nitidez. Ojalá no fuera así. Sé que puedo coger uno de los cuadernos, cualquiera de ellos, y elegir una página al azar. Sé que leer esa página es enfrentarme de nuevo a esas vivencias pasadas que me harán daño. Pero también sé que puedo arrancarla, sacarla fuera del cuaderno, destruirla, quemarla... Quemar todos los cuadernos. Y así, ese dolor que está esperándome agazapado entre las páginas desaparecerá para siempre..., olvidado, borrado. Supongo que tarde o temprano tendré que quemar cada uno de esos cuadernos. Y luego quemar mi cerebro, destruir todos mis recuerdos... A lo mejor hay pastillas para eso.

Dos días después me levanté temprano. Apenas había podido dormir. Desayuné solo. Mi padre debía de estar encerrado en su despacho. Podía escuchar el sonido de la televisión, que seguía hablando de la muerte del dictador Francisco Franco, Caudillo de España. Ese día mi padre se marchó enseguida de casa y no volvió hasta la noche. Le oí hablar por teléfono con otros camaradas. Estaba alterado, pero con las ideas muy claras: «Todo depende de nosotros, del ejército», decía. «Y no podemos tolerar ni una insubordinación. ¿Me oyes?... Mano dura. Y controlar a los medios de comunicación. Cuenta conmigo, ya lo sabes... ¡Arriba España!».

Al día siguiente, seguía muy afectado por la muerte de su admirado Generalísimo; y siguieron las llamadas telefónicas. Iba de un lado a otro de la casa, como un animal enjaulado. Estaba pendiente de la llegada de Ricardo para ir con él, nuevamente, al Palacio de Oriente para reunirse con los compañeros de armas y rendirle los honores debidos. A mí no me dijo nada de que le acompañase. Apenas nos hablábamos. Y yo lo prefería. No tenía nada que decirle. Para él yo era un cobarde y, sobre todo, una vergüenza para toda la familia. Y para mí él era un fanático y un asesino que me había inoculado su odio, su locura. Me encerré en mi habitación. Y, desde muy temprano, estuve mirando viejas fotografías. Sacándolas de los álbumes. Era como si me pudiese unos tapones en los oídos para no escuchar la realidad, lo que estaba sucediendo en mi propia casa, en la calle.

Ahí estaba yo, cuando era un niño, cuando mis terribles problemas aún tenían solución. Mi madre me decía: «Tranquilo, cuéntame, ¿qué te pasa?». Y se lo contaba, y mis miedos quedaban borrados como por arte de magia, como cuando en mi diario escribía algo terrible, sincero pero espantoso, y al verlo escrito me daba miedo que alguien pudiese leerlo. Bueno, me daba miedo que mi padre lo leyera, y entonces, cogía la goma e iba borrando cada una de las palabras que podían desatar su ira.

¿Que si tengo miedo a mi padre? ¿Que por qué? ¿Que si he hecho algo malo? ¿Qué es el pecado para ti?

Esas, y muchas cosas más, me preguntó en una de las sesiones el psiquiatra. Esa vez mi padre no entró conmigo.

—¿Tienes miedo a tu padre?

Su pregunta me dejó sin respiración. Tragué saliva, no sabía qué hacer. Él me miraba fijamente, esperando mi respuesta. No le respondí. No me atreví a decirle lo que sentía realmente por mi padre, así que me callé. Pero él insistía. Me clavé las uñas en la palma de la mano. Podía aguantar mucho el dolor. Me concentré en eso. El dedo con el que más presión podía hacer era el índice. La marca redondeada de la uña me duró varios días en la palma de la mano. Y él seguía con esas preguntas que no me gustaban, pero no le dije nada. Pensé que si le decía que quería a mi padre se acabaría el interrogatorio. Pero no me salía. Entonces pensaba, por un momento, en decir la verdad: «Sí, le tengo miedo». Pero me callaba.

Sonó el teléfono. Eran las nueve de la mañana. Sonó varias veces

seguidas, cinco o seis veces. Nadie contestaba. Yo seguí recortando las fotografías que había seleccionado. Lo hacía despacio, sin precipitarme, disfrutando del momento amargo y dulce. Sentía una extraña mezcla de placer y dolor cuando con las tijeras conseguía desechar la figura de mi padre, separarla del resto de las personas que aparecían en la imagen. La mayoría de las veces mi padre estaba en el centro del grupo y mi hermana a su lado. Yo más apartado, en un segundo plano. Esas fotografías solían hacerse durante alguna fiesta familiar, un cumpleaños, un aniversario o cualquier otra ceremonia empalagosa y aburrida que tanto le gustaban a mi padre. Sentado en el sillón con mi hermana a su lado, como si fuera alguien respetable. De niño recuerdo que intentaba ponerme cerca de él cuando iban a hacer alguna fotografía, pero casi nunca lo conseguía. Me esforzaba, pero siempre, al final, alguien se interponía entre él y yo. A veces, cuando trato de reproducir lo que pasaba un instante antes de que alguno de los invitados hiciera la maldita foto, tengo la sensación, o mejor, la certeza de que era él el que impedía que yo me acercase. Se inventaba cualquier excusa, daba igual.

—Alejandro, deja las gafas en la mesa de mi despacho, con cuidado no vayas a romperlas...

Y yo, como un imbécil, le hacía caso inmediatamente; para mí eso era un detalle de cariño: me confiaba sus gafas. Qué estúpido he sido siempre. Cuando volvía, ya habían hecho la fotografía.

Mi hermana en el día de su cumpleaños. Doce velas. Yo estaba detrás de ella, casi no se me ve, y nuestro padre a su lado, en primer término. Sé que no fue un buen día para mí. Mi madre se acababa de ir de casa hacía unas semanas. Exactamente, diecinueve días, siete horas y once minutos, más o menos. Se fue por la noche, aprovechando que mi padre tenía una reunión fuera de casa. Yo estaba dormido. Supongo que abrió la puerta de mi habitación y me vio acostado en la cama, y quizá se acercó y me dio un beso, y susurró algunas palabras que yo no oí. Mentiras, supongo. Esa noche tuve una pesadilla. Alguien corría por un laberinto de pasillos, y gritaba, y se oían amenazas, puertas que se cierran de golpe. Ruido de cristales al romperse contra el suelo. Voces como susurros, pasos sigilosos. Alguien camina de puntillas para no hacer ruido. Se esconde detrás de una puerta... Su respiración. Pero a mi madre no la escuché. A lo mejor hubo un momento en que dudó, en que pensó en llevarme con ella. Se fue. Debí despertarme en ese

momento, debí sentir sus labios en mi mejilla, y despertarme y mirarla a los ojos, y decirle: «No me dejes, mamá, llévame contigo, por favor». Yo, desde ese día, me sentí desamparado. Esperando y esperando un pequeño milagro que nunca sucedió.

Casi no se me ve en la fotografía, pero sé que estoy enfadado. Quizá ese día se empezó a tejer la tela de araña que iba a atraparme. Mi madre ya no estaba para salvarme, así que... Un día, y otro día, y una semana y un año, y muchos años... Y vas cambiando, transformándote en otro, y te vas hundiendo cada vez más. Ahora, en este momento, estoy atrapado en medio de esa maraña viscosa, y no puedo moverme. La araña probablemente, un día, me arranque la cabeza. La siento hurgando por dentro, despacio, sin precipitarse. Sabe que tiene mucho tiempo, incluso se detiene de vez en cuando, y se queda quieta, como si estuviera muerta, pero no lo está, simplemente espera a que yo me confie.

Recuerdo la letra de la canción de Jim Morrison «The end». Y veo a mi padre nervioso, alterado. Y el grupo, lleno de rabia, reunido en el despacho, conjurados para salvar la patria. Amenazantes, dispuestos a todo. Sus llamadas telefónicas buscando la adhesión incondicional, sin matices. Voces destempladas: «O estás con nosotros, o estás contra España. Sin tibiezas. No es momento de dudas. Hay que estar vigilantes».

*... Es el fin, hermosa amiga.
Es el fin, mi única amiga, el fin
de nuestros elaborados planes...
Es el fin, hermooooosaaaa amiga,
es el fin, mi única amiga.
Me duele dejarte libre, pero sé que nunca me seguirás.
El fin de las risas y las dulces mentiras.
Es el fin, hermooooosaaaa amigaaaaa...*

El sonido de las tijeras rasgando el papel fotográfico. Y, por encima de ese sonido, Jim Morrison. Y «The end». Desde hacía algún tiempo escuchaba ese tema con insistencia. Me obsesionaba, me hacía sentir una extraña y desconocida sensación. Algo se revolvía dentro de mí, y me daba fuerzas, y me enloquecía. Era como una disociación: por dentro entraba en

efervescencia, y por fuera encontraba una cierta paz. Me miraba las manos recortando el papel y me parecía que se movían a cámara lenta. Los trozos de papel, mis rizos cayendo al lavabo.

Extiendo la mano y la pongo sobre la mesa, con los dedos muy separados, y cojo las tijeras, y primero muy despacio las clavo en la mesa en el espacio que queda entre los dedos índice y pulgar. Voy aumentando la velocidad. Y no fallo. Las tijeras casi rozan mi dedo corazón, pero no siento ningún dolor... Y cierro los ojos... Y mantengo la respiración, y oigo cómo las tijeras se van clavando en la madera, en los huecos que dejan mis dedos entreabiertos. A veces necesito hacerme daño y golpeo con fuerza la pared o una puerta. Un puñetazo detrás de otro, hasta que los nudillos, las manos parecen que me van a estallar.

Los pasos de mi padre por el pasillo, pasos cortos, precipitados, se detienen delante de mi puerta; y escucho, finalmente, su voz meliflua y entrecortada. Y la puerta de mi habitación se abre de par en par, y su silueta avejentada en medio del umbral, diciendo como un loco:

—Le han matado... Le han matado... Cabrones... Rojos de mierda.

Su respiración agitada. «Muérete», pensé en ese momento, «ahógate de una puta vez...» Te quiero, papá... Es absurdo, te quiero y te odio. Te odio, te odio, te odio.

—¿Qué dices, papá? Tranquilízate.

—Han matado a Ricardo. ¿Cómo quieres que me tranquilice? Esta mañana muy temprano, a eso de las siete, al salir de casa... ¡Hijos de puta! Cuando iba a ir a la plaza de Oriente. Había quedado en pasar por casa para acompañarme... Me extrañó que no viniese.

Se sienta y me mira esperando que diga algo, que me indigne como él, y yo no soy capaz de reaccionar. Estoy aturdido, como si no pudiera entender sus palabras, descifrarlas adecuadamente. Y me quedo callado, inmóvil, con las tijeras a punto de cortar el cuello de mi padre, separándolo de su cuerpo, dejando un vacío extraño y circular en el centro de la fotografía, como una luna interior pequeña, en medio de un cuarto de estar oscuro y sin vida, una luna irregular, menguante, gris; rodeada por otras cabezas, también redondas, y otros cuerpos unidos a sus troncos.

—Apaga esa maldita música, coño. Muévete, Alejandro, joder. Hay que hacer algo inmediatamente... He llamado a Micki y a Tito. Vendrán pronto.

Ellos sabrán lo que hay que hacer. Creo que el cadáver lo han trasladado al Instituto Anatómico Forense. Pobre familia... También vendrán Pedro y Eduardo.

Bajo el sonido de la música de Morrison, mientras me viene de golpe una estrofa, que se mezcla con las palabras que sigue balbuceando mi padre. Y miro su cara y descubro que tiene miedo. Y, para mí, es un extraño y desconocido placer: su puto miedo. Casi me hace sonreír. Seguro que esbozo una mueca absurda, un gesto entrecortado.

En el fondo, aunque me joda, mi padre siempre me impresionó. De niño, a veces, tartamudeaba cuando hablaba con él y me pedía explicaciones por algo que había hecho mal. Me clavaba las uñas en la palma de la mano hasta hacerme sangre; solo así era capaz de controlar mis nervios.

«El asesino despertó antes del alba, se puso sus botas, cogió una fotografía de la antigua galería y atravesó el corredooooooooor... Padre..., quiero matarte...»

Eso dice la canción de Morrison. Mientras bajo el sonido de la música, justo cuando Morrison repite esa estrofa que me sé de memoria. Es curioso, habla de un asesino, de un hijo asesino y de un padre. Coincidencias, solo coincidencias.

—¿Quién ha podido ser?... ¿Quién ha sido el malnacido? Eso se veía venir... Muerto el Generalísimo, esos comunistas se han envalentonado, pero van a pagar por esto. Ya lo creo.

—El asesino despertó antes del alba —le digo. Y no sé por qué lo digo en voz alta, por qué se lo digo a él.

—¿Qué?... —responde mi padre, sin entenderme. Y repito ese verso de la canción otra vez. Y oigo mi voz tranquila, sin ningún tipo de tartamudeo, limpia, y en un tono lo suficientemente alto como para que me escuche con claridad, aunque no me entienda. ¿Qué importa que me entienda o no me entienda? Nunca me ha entendido. Nunca ha hecho el menor esfuerzo por entenderme.

—El asesino despertó antes del alba —le digo.

Y veo su perplejidad, su incapacidad para comprender mis palabras. Y me río, no puedo evitarlo, me río. No es una risa enloquecida, es, sobre todo, una risa amarga y cansada. Acabo de enterarme de que han matado a Ricardo, y Ricardo es un amigo, un buen amigo. O no; quizá no sea eso exactamente,

quizá sea un cómplice, alguien que te arrastra y que te hace sentir bien y mal, fuerte y cobarde. Y que te enfrenta a lo peor que hay dentro de ti. Y te lo saca de lo más profundo y te lo pone delante de la cara... Y lo aceptas; y ese desalmado que hay dentro de ti deja su escondite para mostrarse cada vez con más descaro, con más insolencia. Y tú, a veces, quieres que vuelva a su rincón oscuro de donde nunca debió salir, pero no lo consigues; sin él, eres un pusilánime de mierda, un indeciso asustadizo y frágil. Él te hace fuerte. Además, él forma parte de ti. Tú eres también ese personaje que te asusta, te sorprende, te ahoga. Y te atrae porque es fuerte, porque te hace poderoso y temible. Y con él tirando de ti, te precipitas al abismo... Y cierras los ojos y no pasa nada. Falsa alarma... Y dices: «Nunca más». Y es mentira, y sabes que es mentira. Y te acostumbras a él... Y él a ti. De algún modo os complementáis, pero ese equilibrio, día a día, va desapareciendo, y la balanza empieza a caer de su lado. Él manda y tú te dejas llevar. Ya no tienes que pensar qué es lo que está bien o está mal. Eso lo decide él. Y no te reconoces. ¿Él? ¿Yo? ¿Me estoy volviendo loco? ¿Cuándo empecé a volverme loco?

«Ricardo ha muerto», me dice mi padre, y yo me río. Es una risa desesperada, pequeña, como una mueca. Mi padre me golpea en la cara con todas sus fuerzas. Aprieto con firmeza las tijeras. Por un momento se me cruza una idea por la cabeza.

«The end.» «The end.»

—Eres un desgraciado, un enfermo. No digas nada, ¿me oyes? Cállate de una vez... Y deja de sonreír, tarado, que eres un tarado.

Ha gritado, esta vez no ha susurrado sus palabras.

—Eres un degenerado, un enfermo..., un maricón.

No, esta vez no me lo ha dicho al oído, acercando su boca a mi cara, mascando las palabras. Me dan igual sus palabras, me resbalan sus palabras. A veces pienso que tiene razón. Y que sí, que soy un enfermo capaz de las mayores atrocidades. A lo mejor por eso no puedo dejar de reír. Y él vuelve a golpearme otra vez, y siento mi cabeza como si fuera un tentetieso que no deja de oscilar de un lado a otro. Saboreo la sangre que ha empezado a formarse en la comisura de mis labios. Y sé que sigo riéndome como un demente.

—«The end.» Es una canción de Jim Morrison, papá. ¿Sabes quién es Jim Morrison, papá? Se suicidó a los veintisiete años... Estaba cansado, supongo... Y vio el fin, se dio cuenta de que había llegado el final... Y lo

aceptó... Algunos dicen que es una despedida y que en la canción habla con la muerte... Me quiero morir, papá... No puedo más.

Mi padre me mira sin saber qué hacer ni qué decir. Baja la cabeza.

—Sí, papá... No quiero seguir viviendo. No puedo seguir ni un minuto más. Pero soy cobarde y no me atrevo... Jim Morrison sí se atrevió. Él sí tuvo el valor. Dicen que suicidarse es de cobardes, pero no estoy de acuerdo. Hay que tener mucho valor para hacerlo. A lo mejor un día soy capaz.

Mi padre estaba acojonado. Me gustó verlo así, con la mirada extraviada, secándose el sudor de la frente con un pañuelo, balbuceando palabras sin sentido, amenazas baldías, palabras inútiles y rabia. Estaba lleno de rabia. Una estupenda imagen que no he olvidado nunca. Es curioso, jamás he hecho un retrato de mi padre.

—Ha sido Chema, tu amigo... Tú no tuviste los cojones de matarle, y mira, el muy cabrón ha asesinado a Ricardo. Le ha atropellado. Y, ahora, ¿qué dices? Tú también eres culpable de su muerte.

Me miró con desprecio cuando le dije:

—Chema no ha podido matar a nadie, papá. Está en su casa, sin poder moverse. Salió ayer del hospital en una silla de ruedas. ¿Lo recuerdas? Vosotros intentasteis matarle. Tirasteis su coche por un barranco, pero se salvó... Murieron sus amigos, solo sus amigos... Tranquilízate, papá. ¿Por qué no esperamos a que vengan los demás y, entonces, decidimos qué es lo que hay que hacer?

—¿Decidimos? Tú no tienes nada que decidir. Han matado a Ricardo. Eso es lo importante. Pero el ejército está alerta, ¿me oyes? Ruido de sables. Sí, ruido de sables... Eso acojona a esos cobardes asesinos... El Generalísimo lo ha dicho: «Está todo atado y bien atado». Ricardo era para mí como un hijo... Un hombre valiente... Y ahora está muerto..., muerto.

Mi padre se queda callado, como ausente. La respiración sigue muy agitada. Es un viejo asustado el que está delante de mí, sentado en una silla, sin ser capaz de comprender, pero sintiendo el dolor en su propio cuerpo.

—La reunión, papá. ¿Te acuerdas? Vendrán todos... Micki, Pedro, Tito, Eduardo... Todos.

—Sí, claro. Han matado a Ricardo... La reunión.

—Tienes que serenarte, papá. Estás muy alterado. Y ellos llegarán de un momento a otro. No sería bueno para ti que te vieran tan nervioso. Asustado.

Te perderían el respeto. Y eso, en estos momentos, podría resultar muy peligroso.

Le hablaba a mi padre suavemente, con aparente tranquilidad. Y eso le desconcertaba. Sentía que mis palabras le hacían daño. Hurgaban dentro de él, de sus dudas, de sus miedos.

—Yo no estoy asustado... No sabes lo que dices... Y no me hables así, ¿me oyes?

—Sí, papá, lo estás, reconócelo. Y lo entiendo... Porque si a Ricardo le han asesinado y no ha sido un accidente, entonces él es solo el primero de una lista que alguien ha escrito en un papel. Su nombre ahora estará tachado, ¿lo entiendes? El primero de la lista tachado... Luego, mañana, o dentro de una semana, vendrán a por cada uno de nosotros. Vendrán por ti, papá. Y tacharán también tu nombre, y el mío... ¿Lo entiendes?

—Estás loco. No sabes lo que dices. Ese malnacido, sea quien sea, tiene los días contados. Micki dará con él, y entonces se acabó.

La comisura de sus labios se iba llenando, poco a poco, de esa secreción blanquecina y espesa.

—Tendrías que tomar las pastillas, papá... —le digo, como si no le hubiera escuchado—. Y lavarte la cara. No querrás que te vean así..., sudoroso, despeinado... Llevas la corbata torcida, papá. No pareces tú.

Disfrutaba demostrándole que era más fuerte que él. Y que a mí me daba igual todo.

—Ricardo era tu amigo. ¿No te importa su muerte? Dime, ¿te importa? No, seguro que no... No te conozco. No sé quién eres. ¿Y Paloma?, ¿dónde está? Llámala, quiero hablar con ella.

—Se fue, papá. ¿No lo recuerdas? Le daba asco vivir con nosotros. Nos odia.

—Eso son tonterías. Se le pasará... Soy su padre y sé que me quiere. Búscala. Tiene que estar aquí, con nosotros.

—No, papá... Te odia con todas sus fuerzas... No va a volver jamás. ¿No has entrado en su habitación? Entra... Abre los armarios... Se ha llevado pocas cosas, ¿sabes?... Las pastillas, papá.

Mi padre me miró, como si estuviera delante de un desconocido. Abrió los ojos exageradamente y no era capaz de articular ninguna palabra. Le faltaba el aire. Se volvió a sentar en la silla y volvió a secarse el sudor de la frente.

Parecía un viejo cansado y enfermo, un viejo que necesitaba ayuda. Y yo no quería ayudarlo.

—Sí, tienes razón, tráeme las pastillas, hijo. Date prisa. No me encuentro bien.

Dudé un momento. Recordé las palabras de mi hermana y pensé que si me quedaba quieto, a su lado, esperando, lo más seguro es que le diese un ataque, y lo más seguro es que se muriese delante de mí. Sí, dudé un momento. Pero no podía hacerlo. Era mi padre, mi odiado padre. Y yo no debía hacerlo. Y me levanté, y fui a la cocina a por un vaso de agua, y cogí las pastillas que estaban en su despacho. Y se las di. Y me miró, sorprendido. Como si estuviese seguro de que le iba a dejar morir. Y sus ojos se humedecieron y, ante mi asombro, lloró. Por primera vez en mi vida, vi a mi padre llorando. Por primera vez en mi vida, había ganado una batalla importante.

Mecostó mucho decirle que quería morirme. No sé por qué se lo dije. Quizá esperaba que me tendiese la mano, pero no. Él, como tantas veces, no me miró, no escuchó mis palabras... Y me dejó solo.

Y entonces, solo en mi habitación, me di cuenta de que no tenía miedo, ni parpadeaba constantemente, ni entró por la ventana un pájaro azul salvador... Estaba bien. Consciente de todo lo que estaba pasando. Habían matado a Ricardo y lo acepté con tranquilidad. Lo entendí. Y me dio paz entenderlo. Por fin alguien nos iba a detener, alguien se iba a enfrentar a tanta locura, a tanto odio irracional. Y así todo volvería a ser como al principio. Primero Ricardo, luego, quizá sea mi padre, o yo. Ha muerto el primero, solo el primero de una lista con diferentes nombres, diferentes personas, diferentes hijos de puta, asesinos, fanáticos.

«The end...»

Ha comenzado el fin...

Subo la música. La canción de Jim Morrison está terminando. El volumen a tope...

Padre, quiero matarte...

Madre, quiero follarte...

Matar, matar, matar, matar...

Este es el final, hermosa amiga...

El fin de las risas y las suaves mentiras...

El fin de interminables noches en que intentamos morir...
Es el fin...

SEIS

UN ENCUENTRO INESPERADO

Estoy muy cansado. Me duele todo el cuerpo. Dormir en el campo, al raso, ha sido la gran aventura de un hombre que solo sabe esconderse, esperando que en cualquier momento aparezcan esos asesinos desalmados y se vaya todo a la mierda. He pasado tanto miedo, apretando con fuerza la culata de la pistola. ¿Habría sido capaz de disparar?... No lo sé.

Me quedo mirando el pequeño ramillete de flores. ¿Quién lo habrá puesto en la puerta del jardín? ¿Qué quieren decir esas flores? Es un mensaje diferente al del rui señor muerto... No hay rencor, ni odio, solo cariño, nostalgia. Una persona diferente, un mensaje diferente. Cojo el pequeño ramo y lo pongo dentro de una jarra con agua. Las flores preferidas de mi madre. Y los recuerdos surgen de golpe... La acompañaba en esos paseos sin prisa, en los que sentía la felicidad, sin saberlo. Buscaba las flores que a ella le gustaban. Era como un juego. A veces estaban a la vista y otras era difícil descubrirlas, escondidas entre la maleza. Y cuando las encontraba, se las llevaba corriendo y se las daba... Y ella me decía que eran preciosas. Y así, mientras me contaba historias increíbles de bosques encantados, y de cofres que guardaban una llave mágica, íbamos formando un ramillete, igual que el que han dejado esta noche en nuestra casa... Y lo poníamos en un búcaro con agua. Y la casa, entonces, estaba viva, llena de colores. Ahora es triste, gris. Las persianas echadas para mitigar el paso de la luz. Silencio y oscuridad donde antes había vida y alegría. Me preparo un café muy cargado y muy caliente. Estoy lleno de curiosidad. Alguien, después de tantos años, se acuerda de mi madre. Y la conoce muy bien y la quiere. Yo también la quiero, a pesar de todo. Siempre la he querido. Por un momento pienso que ha podido

ser mi hermana. Y esa idea me altera y me llena de inquietud. Eso querría decir que ha venido a verme, que me ha perdonado, pero, claro, yo no estaba, no había nadie en casa, y se ha ido, pero volverá más tarde. Eso es... Y entonces, nos daremos un abrazo. No serán necesarias las palabras, ni las explicaciones. Siempre pienso en mi hermana... Ayer, una amenaza de muerte, ahora una puerta abierta a la esperanza.

La ducha me ha hecho reaccionar. Me cambio de ropa, salgo de casa y me acerco con cautela al lugar donde anoche vi el coche que se acercaba a casa. La señal de las ruedas se pierde por un camino de tierra muy estrecho y angosto, como si la maleza quisiera apoderarse de él. El camino conduce a una vieja casa de piedra que lleva muchos años deshabitada. A medida que me acerco, me parece escuchar la música de un piano. Es una habanera, una de las piezas que solía tocar mi madre. Siento una extraña sensación, irreal, sin sentido. La verja del jardín está abierta. Dudo un momento. Agito una campana que hay cerca de la puerta y espero. Nadie parece oírla, así que, finalmente, me decido a entrar. El jardín está todavía más abandonado que el de mi casa; los arbustos, la madreseña, la hiedra se enreda y trepa por los árboles, y se extiende por el suelo. Piñas caídas, ramas secas de enebro, la hojarasca de los pinos, esas agujas que forman un tapiz descontrolado. La persona que toca el piano repite una y otra vez la misma estrofa, como si también la música se enredara y no fuera capaz de seguir adelante. Camino por esa especie de selva desbocada. Ya no oigo la música y descubro la vieja casa. Alguna vez, de niño, estuve con mi madre de visita. Pero no recuerdo nada especial, ni a las personas que vivían en ella. Dudo entre seguir andando o marcharme. En ese momento, veo a una mujer mayor que camina apoyada en un bastón. Me detengo. La mujer mira hacia el horizonte, está de espaldas a mí. Me acerco, a cada paso que doy siento una terrible excitación. Estoy muy cerca de ella, no me ha oído llegar.

—Madre, ¿eres tú?

Sí, eso es lo que digo. Y me tiembla la voz... Y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. La mujer se sobresalta y se vuelve a mirarme. No está asustada, pero sí muy sorprendida. No es mi madre, claro, pero por un momento lo creí.

—Perdone... Siento haberla asustado... Escuché la música y...

—Tú eres Alejandro, ¿verdad?

—Sí... ¿Me conoce?

—Claro que te conozco. Ya no eres ese crío inquieto y soñador... El tiempo pasa... Alejandro... Ya lo creo que pasa. Pero los recuerdos siguen vivos, como si fuera ayer. Y te veo venir con tu madre, y te doy una galleta, y te subes al columpio, y te balanceas de un lado a otro, mientras que tu madre y yo charlamos, sin prisa. Y luego te pierdes por el jardín, y te quedas mirando a unas ardillas mientras suben y bajan por los árboles, y descubres a Tormenta, mi gato... ¿No te acuerdas de él?

—No, no me acuerdo.

—Te preocupaba que pudiese hacer daño a las ardillas. Y te quedabas vigilando para defenderlas... Tormenta nunca le hizo nada a ninguna ardilla.

La mujer se tambalea, parece que fuese a perder el equilibrio, y trata de agarrarse a la barandilla de la escalera. Yo me acerco y la sujeto del brazo. Su respiración es muy agitada.

—No te preocupes. No me pasa nada... Un mareo, eso es todo... Y la emoción de verte... Me he acordado tanto de ti, y de tu hermana, durante estos años. No sabes quién soy, ¿verdad?

—No... Pero no tengo buena memoria.

Aparece una mujer joven que corre hacia nosotros, muy preocupada.

—Isabel, ¿estás bien?... Apóyate en mí. No has debido bajar sola al jardín.

—Tranquila... Se me ha ido la cabeza. Cosas de vieja... —Y me mira dulcemente—. Ahora no me encuentro muy bien. Necesito descansar... Ven a verme... mañana. ¿Podrás?... No tardes. Alejandro, qué feliz me hace volver a verte. Tenemos tantas cosas de las que hablar.

Y suben la escalera del porche muy despacio, y yo me quedo mirándolas, incapaz de decir nada, incapaz de recordar ese columpio, y las ardillas, y las galletas. Siempre he sido muy goloso. Esa mujer me produce ternura. Y conoce a mi madre. A lo mejor sabe dónde está. A lo mejor me puede hablar de ella, decirme qué fue de su vida, por qué se marchó de casa, por qué nunca se ha puesto en contacto con nosotros. A lo mejor nos escribió cartas y mi padre las destruyó. Este encuentro me ha producido una fuerte excitación. Y de repente una casa deja de estar abandonada, cerrada durante años, y aparecen dos mujeres con acento mexicano, y me hablan de mi madre... Y abren una ventana que se llena de luz, y que también llevaba cerrada muchos años. Me siento

muy inquieto, como si me faltase el aire para respirar. Llego a casa, y me preparo una infusión. Estoy deseando volver a visitarla. Pero eso será mañana. Tengo que esperar.

Por fin ordeno las cartas y decido bajar al pueblo para ver al notario. Cojo el coche, no tengo ganas de andar. Miro a mi alrededor, no veo nada sospechoso... Pero quizá, ahora, en este momento, me estén vigilando. Doy vueltas por diferentes calles, antes de aparcar. Creo que no me sigue nadie. La notaría está en una moderna casa con jardín. El césped muy cuidado, rosales de diferentes colores, adelfas espectaculares, y macizos de margaritas y amapolas. Un estallido de color, quizá excesivo. El notario me recibe con cordialidad. Nuestra familia es muy conocida en el pueblo. Sobre todo mis abuelos. Me dice que se alegra de que, ahora yo, su nieto, viva en la antigua casa. Le agradezco sus palabras. Es un hombre joven, de unos cuarenta años. Pelo engominado, barba recortada, manos muy cuidadas... Y habla sin prisa. Eso me tranquiliza. Toma nota de lo que le voy diciendo. Escribe con una pluma estilográfica de color negro. La letra es muy armoniosa, con carácter. Todo discurre con normalidad, hasta que deja de escribir y me mira, tratando de comprender mis últimas palabras. Pensando que no las ha entendido.

—¿Qué es lo que quiere decir, exactamente? —me pregunta respetuosamente.

—Que es posible que en los próximos días muera de una forma, digamos, antinatural... ¿Me entiende?

Le cuesta responder. No se esperaba una confesión como la que acaba de escuchar.

—No, no le entiendo... ¿Es que está enfermo?

—Hablo de un accidente de coche, una caída al pantano... Unos delincuentes que entran en mi casa y me golpean hasta matarme...

—Eso es poco probable, ¿no? —Trata de relajar la conversación y reconducirla a un tono más convencional.

—No, en mi caso no es poco probable. Confidencialmente, creo que me quieren asesinar... Eso se lo explico en una de las cartas que tendrá que abrir si, como le digo, yo muero repentinamente..., y no de un infarto cerebral, o un ataque al corazón. ¿Me entiende?

El notario no lo está pasando bien y no sabe cómo encajar la conversación. Ni qué decir. Se ha quedado lívido y trata de mantener la compostura,

refugiarse en los formalismos, pero claro, yo le estoy hablando de mi propia muerte, y eso es demasiado trágico y poco habitual.

—Si hay alguien que quiere... matarle, como usted dice, ¿por qué no acude a la policía? Ellos le protegerán. Sabrán lo que tienen que hacer. Ese es su trabajo.

—No es tan fácil. He descartado la policía, ¿sabe?... Es muy largo de explicar. La policía, en mi caso, debe quedar al margen, aunque agradezco su interés. No voy a hacer ninguna denuncia. Sé que no es fácil para usted, pero le agradecería su colaboración estrictamente profesional. No debe involucrarse... Igual no pasa nada y mis sospechas están infundadas.

Él acepta mi decisión, sin entenderla. Sigo exponiéndole lo que debe hacer. Le entrego toda la documentación, mis cuadernos y también las cartas que quiero que envíe en el momento adecuado.

—Desconozco la dirección de dos personas —le digo—, pero me gustaría que usted haga todo lo posible por localizarlos. Es muy importante para mí. Y le estaría eternamente agradecido.

—Bien... Lo intentaré. Trabajo con un despacho especializado en la búsqueda de personas. Ya sabe, son muy discretos y de total confianza.

—Por último, me gustaría grabar un vídeo. Será una confesión de determinados hechos que ocurrieron hace muchos años y en los que yo participé. También incluiría una acusación formal contra unas personas concretas. Algunas muy respetables y poderosas. ¿Me entiende?

—Sí, creo que sí.

El notario trata de mantener la tranquilidad y, sobre todo, la profesionalidad.

—Si esas personas se enterasen de que usted tiene toda esta documentación, su vida podría correr peligro. Está a tiempo de dejarlo, y yo lo comprendería.

—No se preocupe. Nadie va a enterarse de lo que estamos hablando en este despacho. Nuestra conversación es absolutamente confidencial, y la documentación que me ha entregado estará guardada con la máxima seguridad.

—Cuantas menos personas conozcan nuestra conversación, mejor.

El notario me propone que la grabación se haga al día siguiente. Que él me avisará cuando tenga todo dispuesto.

—De acuerdo. Espero sus noticias, y le agradezco toda su ayuda.

—Discúlpeme, pero tengo que intentarlo nuevamente. ¿Por qué no acude a la policía?

—Es imposible... Pero gracias por su interés.

Nos damos la mano y salgo a la calle. He preferido no hablarle del regalo amenazante que recibí ayer. Mejor no complicar las cosas. Me siento tranquilo, pienso que he dado un paso importante, necesario. A lo mejor, al final de mi vida, consigo hacer las paces conmigo mismo. Decido comer en un restaurante muy agradable y acogedor, lo lleva una mujer especial, se llama Estrella, y cocina muy bien. Una ensalada de pasta agri dulce con queso y pasas, y después unos escalopines con una salsa a la pimienta, con un toque personal. Una copa de vino Ribera del Duero, y de postre crema catalana quemada. Soy goloso. Miro a través del gran ventanal, veo pasar a la gente, y, por un momento, imagino cómo será mi encuentro con Isabel, con esa mujer mayor que conoció a mi madre y que me habló con tanto cariño.

SIETE

SILVIA... UN SOPLO DE VIDA

El día del entierro de Ricardo vi a Silvia por primera vez. Lo recuerdo con toda claridad... Hacía frío, era un día desapacible.

Los pies se arrastran sobre la gravilla. Varios hombres llevan el ataúd de Ricardo sobre los hombros, quizá debería ser yo uno de ellos. Eso le gustaría a mi padre, pero sabe que no voy a hacerlo. Uniformes militares, abrigos oscuros, zapatos negros, botas, policías de paisano, más militares. Gestos crispados. Conozco a la mayoría de ellos. Un cierto aire marcial, desafiante, bravucón. Los pasos marcan, de algún modo, un ritmo pautado, monótono, hasta que se detienen cerca de la fosa.

—¿Podemos proceder?... —dice uno de los enterradores. Hacen palanca con unas cuñas de madera, para luego colocar debajo del ataúd unos rodillos. Las gruesas sogas rascan el fondo de la caja, la arena dura, helada, cruje bajo el peso del cuerpo sin vida de Ricardo. Ahora que empiezo a estar al otro lado, y ya no llevo un bate de béisbol en el maletero del coche, me encuentro fuera de lugar. No estoy con el dolor sincero y profundo de la familia, ni con los amigos, los camaradas, la gente del grupo. No estoy con nadie, ni con los que se alegran con su muerte, ni con los que le lloran. No estoy en este cementerio en medio de toda esta gente compungida y airada. Estoy tan lejos de todos... «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ¡Presente! ¡Asesinos!... ¡Asesinos! ...»

Gritan, llenos de odio.

Ya sé que no soy uno de ellos. Lo he sido, pero ya no. Puedo cambiar. Te lo dije, Paloma, ¿te acuerdas?

Las palas hurgan en la tierra, casi helada, y la depositan sobre la caja. El ruido es desasosegante, pero te acostumbras a él. Ahora depositan en el interior las coronas de flores. Uno de ellos debe de ser el capataz, mira a la familia. La madre afirma levemente con un movimiento de cabeza. Empiezan a cubrir la fosa. Una niña arroja unas flores blancas, lleva un abrigo azul marino con botonadura dorada, quizá sea la hermana pequeña de Ricardo. Ángeles de piedra, crucifijos, imágenes de santos son testigos mudos de esta despedida.

Veo a mi padre muy afectado. Se aferra al brazo de Tito. Quiere mantener la entereza, pero no ha podido evitar las lágrimas, el llanto entrecortado. Lleva un pañuelo blanco en la mano y se lo pasa por los ojos.

Manos que se encuentran en un saludo firme, abrazos, voces rotundas, voces afiladas que hieren como cuchillos. Silencio. Apenas unos susurros. La procesión de amigos, familiares, camaradas se mueve lentamente, se acercan a la madre y comienza ese desfile de balbuceos, de golpes en la espalda. La madre de Ricardo se mantiene fuerte, entera. No voy a dar el pésame a la familia. Tampoco me acerco a ningún grupo. Sigo alejado, ausente. Pasados unos minutos, los veo alejarse serpenteando entre las tumbas. Se meten dentro de los coches. Ruido de portezuelas, de motores que arrancan. El sol casi se oculta en el horizonte de tumbas, de cruces, de ángeles majestuosos. Espero un momento disfrutando del silencio. El dolor con dolor se paga. El odio con más odio. La violencia con más violencia.

Una señora mayor, ajena a toda esa crispación patriótica, está arreglando una sepultura. No nos ha prestado ninguna atención. Ella está a lo suyo, a su pequeño dolor, sin alharacas, sin gritos. Me quedo mirándola. Es una mujer menuda, pero no parece frágil. Utiliza una pequeña escobilla para barrer la tierra que hay encima de la piedra. Lo hace con cuidado y con determinación. Pasa la palma de la mano por encima de la inscripción, que no soy capaz de ver. Se inclina y quita las flores ajadas, secas, de un pequeño búcaro. Limpia su interior. Luego saca de una bolsa un ramo de flores amarillas, como margaritas, que aún gotean a través de los tallos. Desata la cuerda que las une y esponja el pequeño ramo. Otras manos más jóvenes la ayudan. Son unas manos muy blancas y se mueven con delicadeza. Desvío la mirada y descubro a una joven más o menos de mi edad. Imagino que será su hija. Y me sobresalto cuando, por un momento, le veo la cara... Es solo un instante, y no sé lo que me ha pasado, pero tengo la certeza de que conozco a esa joven de

pelo castaño muy claro, que lo lleva recogido en una coleta. La mujer mayor se sienta sobre la losa, y en un gesto pequeño, vuelve a pasar la mano por encima de la lápida, como una caricia. Se la ve muy cansada. La mujer joven que le acompaña termina de arreglar las flores dentro del búcaro. Ahora solo veo sus brazos y sus manos. Sus movimientos siguen siendo pausados, armónicos. Se queda mirando la lápida. Las dos mujeres se abrazan. Es un abrazo sosegado, la mano de la más joven acaricia la espalda de la mujer mayor. Le arregla el pelo y le da un beso. Se apartan y vuelvo a verle el rostro. Está mirando el ramo de flores, añade unas ramas verdes entre las margaritas. Lo hace con cuidado. Y, de pronto, se para, detiene todos sus gestos y concentra la mirada, quizá en el nombre de esa persona querida que descansa debajo de la piedra de mármol. Quizá lee la inscripción. Creo que está llorando. No lo sé, pero no se lleva la mano a los ojos, ni a las mejillas. Imagino que las lágrimas caen mansamente, como gotas de lluvia, sobre esa tumba fría. La mujer mayor sigue sentada, se lleva la mano a la boca. Los dedos sobre los labios. Va vestida de oscuro, pelo blanco cuidadosamente peinado. Es la imagen de la entereza, de la dignidad, del dolor contenido, y quizá, del cansancio, del hastío de seguir viviendo. Un niño corretea entre los árboles. No debe de tener más de diez años. No puedo verle bien. Seguro que no es consciente de lo que está pasando, que no siente el dolor como lo sienten las dos mujeres. Y pienso en mí a su edad, cuando murió mi abuelo Jorge, y no me dejaron ir a verle porque era demasiado pequeño, pero todo ese día estuve triste, y sentí su pérdida, ya lo creo que lo sentí. Y me acordé de él muchos días después, muchas semanas después. Cada vez que miraba algo con detenimiento me acordaba de él.

«Hay que saber mirar.»

Tienes razón, abuelo. No sabemos hacerlo. Solo vemos lo evidente, lo que está en primer término.

Busco al niño de nuevo, pero no le veo. Quién pudiera viajar en el tiempo y desandar lo andado. Y ser como ese niño.

Conocí a Silvia en el cementerio de La Almudena, el mismo día del entierro de Ricardo, uno de los máximos responsables del grupo. Un entierro lleno de gente importante, personalidades del régimen, falangistas, militares. Brazos en alto, gritos. Apartada de ese bullicio lleno de cólera y de miedo, estaba ella, llorando, al lado de la tumba de su hermano. Allí la conocí, el 23

de noviembre de 1975. Me acerqué, y al leer la lápida descubrí el nombre de Dámaso, la fecha de su muerte, y por un momento sentí vértigo, y un dolor muy profundo.

«Dámaso. 12 de enero de 1956. 1 de abril de 1975. Descanse en paz. Tu madre y tu hermana no te olvidan. Señor, recíbele con la misma alegría con la que vivió.»

1 de abril de 1975. Esa es la primera fecha que aparece en mi cuaderno de color amarillo... 1 de abril de 1975. Arriba, en la primera página a la izquierda. Por un momento creo que voy a perder el equilibrio y me tengo que sentar sobre la lápida. Siento que me falta el aire. Un frío helador recorre mi espalda y me hace temblar... ¿Cómo es posible? Sería una increíble paradoja. Hay muchas personas que mueren el mismo día... Pero sé que es él. Diecinueve años... Dámaso, ese nombre pone en la lápida. ¿Por qué tuviste que cruzarte en nuestro camino? El azar nos ha vuelto a reunir. Primero en el paseo de Recoletos. ¿Por qué no estuviste atento y te alejaste nada más vernos? ¿Por qué decidimos bajar esa noche? ¿Por qué no saliste corriendo? ¿Por qué no dije «basta»? ¿Por qué?... ¿Por qué?

Sí, allí estaba la lápida de ese joven al que matamos a golpes en el paseo de Recoletos una maldita noche de odio y de locura. Ese joven indefenso y anónimo que no pudo imaginar que unos locos desalmados le iban a arrancar la vida. Que hasta el último momento pensó: «Una paliza, solo es una paliza más, pero no podrán conmigo». Ahora tienes nombre: Dámaso. Ahora sé que hay gente que te quiere, una madre, quizá una hermana. Y no puedo contener la congoja, las lágrimas, y siento que los sollozos agitan mis hombros, mi cabeza, mi alma. Busco un pañuelo, y en ese momento una mano de mujer me acerca el suyo. Es un pequeño pañuelo con diminutas flores azules... Y lo cojo, sin atreverme a levantar la cabeza... Y enjugo mis lágrimas, o más bien me cubro el rostro, los ojos, para no ver nada, para no tener que levantar la mirada y encontrarme con la de ella. Pero es inevitable. Sé que es inevitable.

—¿Te encuentras mal? —me dijo, y se agachó pasándome el brazo por la espalda—. Estás muy pálido...

Me miró, y yo no sabía qué decirle. Estaba demasiado aturdido.

—¿Conocías a mi hermano?...

—¿Qué?

Está refrescando... Ya no me duele la cabeza.

—Sí..., le conocía —le dije con un hilo de voz. Allí, sentado sobre la lápida donde descansaba su hermano, me sentí culpable. Mi primer impulso fue escapar, marcharme, pero no tenía fuerzas. Además, me sentía a gusto cerca de ella, oyendo su voz. Imaginé que la abrazaba y que le pedía perdón. No lo hice, pero me quedé allí, a su lado.

—Mi hermano era muy entrañable y cálido, ¿verdad?...

—Sí..., sí que lo era.

Silvia se sentó cerca de mí.

—Mamá, es un amigo de Dámaso.

Su madre se acercó, me levanté y cuando iba a darle la mano, la madre me abrazó. Fue un abrazo tranquilo. Me quedé con ellas mientras siguieron arreglando la tumba de Dámaso. Silvia me miraba con afecto, con gratitud.

—Gracias por estar aquí con nosotras.

Esa mañana fría de noviembre supe que quería ser su amigo, aunque no debía serlo. No podía serlo. Imaginé que me enamoraría de ella. Y eso tampoco tenía ningún sentido. Y que ella también iba a enamorarse de mí. Me engañé pensando que de esa manera tan fácil podía cerrarse su herida: el asesinato de su hermano. El encuentro fue intenso, emocionante. Ese encuentro me alejó del mundo de las tinieblas, y me hizo disfrutar de la luz, de la serenidad..., de la belleza.

Y no puedo hablar. Y no es solo la sorpresa. Es algo más profundo, es la sensación de que vivo un momento mágico, y terrible, un momento que me ahoga, que me hace sentir una profunda tristeza. Ahora es su mano sobre mi hombro, y no puedo soportarlo. Voy a estallar. Voy a gritar... ¡No puedo más!

«¡No merezco tu compasión, ni tu pena!»

Grito con toda mi alma, pero nadie me oye, nadie puede oírme. Mis gritos se ahogan dentro de mi corazón. Se sienta a mi lado, en silencio, respetando mi dolor. Y ella no sabe, no imagina, que yo soy su asesino, su verdugo, su peor enemigo, un ser despreciable que recibe un consuelo sincero que no merece.

Se levanta una cierta brisa. Trato de respirar. Tengo que tomar aliento. Pienso en alejarme, sin mirarla, pero eso me parece ruin. Y sé que, a pesar de todo, debo hacerlo. Debo huir por el bien de los dos, pero sobre todo por el bien de ella. No puedo permitir que sienta piedad de mí. Pero no me muevo, y vuelvo a oír su voz tranquila y próxima. Y me hace bien escucharla.

—Dámaso siempre decía que lo mejor que le había pasado eran sus amigos. Y es verdad, tenía razón. Era tan generoso, y tan abierto, tan confiado. No pasaba por su cabeza que alguien quisiese hacerle daño, pero ya ves... En eso se equivocó. Y esa noche... se cruzó... con unos desalmados y le mataron... ¿Cómo fueron capaces de hacerlo? ¿Cómo no se dieron cuenta de que estaban matando a un ángel? Dámaso era la bondad y...

No puede seguir hablando. Oigo su respiración profunda. Se queda callada un momento. Y entonces me escucho, es mi voz la que suena, mis palabras...

—Dámaso era alguien... diferente, especial. —Y sé que estoy mintiendo, inventándome cada palabra, y sé que digo la verdad, y me siento bien hablando de un desconocido con su hermana. Y me brotan las palabras que imagino, que sé que ella quiere escuchar. Pienso que este encuentro no es una casualidad, es una señal que marca un camino de no retorno. Un camino de redención. Un camino que estoy dispuesto a recorrer.

—Era muy fácil hablar con él. Enseguida sentías una corriente de cariño, de amistad..., como tú dices. Era muy generoso... y confiado.

Y me vuelvo hacia ella... Y nos miramos a los ojos... Y se abraza a mí. Siento cómo su respiración se acompasa con la mía. Y sé que he elegido un sendero en el bosque, y que voy a caminar por él hasta dónde pueda, y que no voy a dejar migajas por si quiero escapar, y me arrepiento, y regresar. Este es mi camino. Es posible cambiar. Voy a cambiar.

Esas palabras están escritas en otro de mis cuadernos... El de color azul zafiro.

Lo empecé el día del entierro de Ricardo. En él están los momentos más maravillosos y más amargos que he vivido con Silvia a lo largo de los años. La primera parte recoge el momento en el que la conocí. Una tarde fría y desapacible. Con ella descubrí muchos rincones desconocidos de mi alma, de mi corazón. Volví a encontrarme con el niño que fui y que había dejado olvidado desde hacía mucho tiempo. Hice las paces con él, le pedí perdón por haberle fallado, por haberle arrastrado a la oscuridad durante tanto tiempo. Y me sentí, de algún modo, liberado, y todo se lo debo a Silvia. Es de color azul zafiro y tiene una goma elástica para cerrarlo. Azul intenso, como los ojos de Silvia, como el mar de los cuadros de Sorolla.

Mi madre me decía que, a veces, es imposible enfrentarse a la realidad, aceptar lo que ocurre. Es demasiado horrible y doloroso, y crees que no hay

salida, pero hay que buscarla.

Me cogía en brazos y, mientras me cantaba en voz muy baja un tango, bailábamos en medio del salón, o en el pasillo.

—Ríe siempre milonguera... Deja de pensar en cosas que no pueden ser... Corre un velo a tu pasado... Alma de loca...

Su cantante preferido era el Polaco. Le conoció en una actuación en Buenos Aires. Me hablaba de él, de que cantaba de otra manera, diferente a todos los demás.

—Suave, arrastrando las palabras..., como si fuera un maravilloso poema. «Tienes alma de loca... Ríe siempre... Ríe.» Eso me decía el Polaco... Y tenía razón. Tengo alma de loca. De loca enjaulada en una cárcel de oro... Y de las cárceles hay que escapar siempre..., siempre. No lo olvides, Alejandro.

«Ríe siempre... Ríe... Corre un velo a tu pasado.»

Yo, entonces, no entendía muy bien lo que quería decir mi madre. Ahora sí.

«Corre un velo a tu pasado.»

Ojalá esa fuera la solución, pero no lo es.

—Alejandro, si algún día yo desaparezco, no te asustes. Me habré ido volando a través de las ventanas abiertas de par en par, como en los cuentos, impulsada por un tornado me alejaré de aquí, de esta casa, y llegaré hasta el arcoíris de Oz. Y cuando esté allí, te buscaré para que vengas conmigo. ¿De acuerdo?

—Sí —le contesté—. Me parece un plan genial... Pero prefiero que no te vayas ni volando, ni de ninguna manera, ¿vale, mamá?...

—Es solo un cuento, Alejandro. Claro que no me voy a ir. Y a ti no se te ocurra intentar volar... ¿Me lo prometes?

Se lo prometí. Yo cumplí mi palabra. Pero ella se fue, y no vino jamás a buscarme. Al principio la esperé convencido de que vendría a por mí. Y me asomaba por la ventana de mi habitación, para ver si la veía por encima de los tejados. Nunca la vi. Me traicionó.

Hubo un tiempo en que la busqué. Iba por las calles esperando encontrarla. En alguna ocasión creí verla entrando a unos grandes almacenes. Y corrí entre la gente, para no perderla, pero cuando llegaba a su lado, no era ella... Nunca fue ella. Hice una lista de los teatros donde había dado algún concierto. Y fui a cada uno de ellos, pero tampoco la encontré. Pregunté por ella, pero nadie

supo decirme nada. Una tarde, entré en la iglesia de Santa Bárbara. Me arrodillé muy cerca del altar y le pedí a Dios que volviese mi madre, que me ayudara a encontrarla, que la necesitaba... Y recé un padrenuestro y tres avemarías. Luego me confesé, sí, confesé la rabia que me ahogaba porque mi madre se había ido, el odio a mi padre, los malos pensamientos. Le dije al sacerdote que había intentado matarme. Se asustó. Y me dijo que eso era un pecado mortal y que iría directo al infierno, a las tinieblas más horribles para toda la eternidad. Me habló del daño que le había hecho a Jesucristo con esa acción. Me dijo que la vida era un regalo y que teníamos que vivirla hasta el final. A su manera, trató de reconfortarme, pero del paradero de mi madre no me dijo nada.

Una mañana entré en el cuarto de baño y me corté el pelo. Ese pelo que tanto te gustaba, mamá. Primero con las tijeras, con esas con las que me cortabas las puntas.

—Solo las puntas, Alejandro. Estás muy guapo. A tu padre le diremos que te lo hemos cortado a su gusto y ni se dará cuenta.

Y te llevabas el dedo índice a los labios: «Chiiisst». Y sonreías y yo también.

Los pequeños mechones rubios y ondulados que tanto te gustaban se fueron amontonando en el lavabo. Y yo tenía ganas de llorar. Siempre he sido un pusilánime. Eso a papá le irritaba. Pero, ese día, seguí hasta el final, y fui capaz de contener las lágrimas, bueno, un poco. Tuve valor. Cuando las tijeras ya no me servían seguí con su maquinilla de afeitar. Me lo dejé al cero. Me miré al espejo y no era yo... Era otro chico diferente. A lo mejor ese día, en ese instante, ocupó mi cuerpo, el otro, el desconocido, el odioso que vivía como un parásito esperando pacientemente a que llegase su momento. Y cuando se dio cuenta de mi debilidad, empezó a ahogarme, obligándome a dejar de ser yo, arrastrándome a la oscuridad más absoluta. Y yo estaba tan enfadado contigo, mamá, tan confuso, que no me di cuenta y le dejé el camino libre hasta que por fin reaccioné y conseguí echarle. Bueno, aunque cuando menos me lo espero aparece nuevamente, pero no le hago caso, y se cansa y vuelve a marcharse.

Frente al espejo traté de sonreír, pero no podía. Mi pelo llenaba casi el lavabo. Lo arrojé al váter, flotaba, como si rechazara el contacto con el agua y no quisiera mojarse. Formaba una tupida red de rizados mal cortados que se

apelotonaban, enredándose unos con otros, haciéndose fuertes. Tiré de la cadena. El agua comenzó a caer precipitadamente, formando círculos y remolinos. Al poco tiempo mi pelo desapareció por el desagüe. Me había hecho algún corte, nada de importancia, cerca de la oreja, y también en la frente... Y fui al despacho para que me viera mi padre y se sintiese orgulloso de mí... Pero la verdad es que me había cortado el pelo por ella, por mi madre, para hacerle daño, aunque no pudiera verme. Sentía tanta rabia... No lo entendía.

¿Por qué no me llevaste contigo?!

Todo habría sido tan diferente... No me habría transformado en esa persona rencorosa, mezquina, llena de odio. No, contigo seguro que habría sido un niño feliz y generoso, y sin miedo. Para ti no existía el miedo.

Me dijo que era un enfermo. Levantó los ojos de la mesa, del papel en el que estaba leyendo. Se quitó las gafas y me miró fijamente, y su mirada fue acojonante. Una mirada llena de desprecio, de asco. Yo solo tenía nueve años. Y volví a sentirme tan ridículo... Daba igual lo que hiciese. No me quería. Yo representaba todo lo que él más odiaba. Quería insultarme, gritarme con todas sus fuerzas, sacar fuera su repugnancia, pero, esa vez, no se atrevió.

Me dejó castigado en casa hasta que me creciera el pelo. Durante ese tiempo, apenas me hablaba. Un día entró en mi habitación y me dijo que habías muerto en un accidente. Yo le respondí que eso era mentira, que se lo estaba inventando.

—Ha muerto... ¿Y sabes lo peor? Que se ha ido directamente al infierno. Allí pagará por todos sus pecados.

Cuando se agitaba, su cara cambiaba de color, de un pálido blanquecino y acerado, a un tono rojizo, y se le formaban dos rosetones casi redondos en las mejillas. A veces, se congestionaba, y parecía que le faltase el aire, como si fuera a ahogarse delante de mí. Pero no, tragaba saliva, y se apoyaba en la pared, y recobraba el aliento, y volvía a gritarme, a susurrarme, a confesarme que eras una puta y que habías muerto de un modo horrible. Sola, asustada, con una larga y dolorosa agonía.

Pero yo me tapaba los oídos con las manos y no paraba de repetir:

«Es mentira, mentira, mentira... Bla, bla, bla, bla.»

Y eso le crispaba cada vez más y trataba de quitarme las manos de la cara. Y cuando lo conseguía, me decía esas terribles palabras, y sonreía, como si

por fin hubiera encontrado la manera de vengarse de ti.

—No ha muerto. Sé que no ha muerto —volví a repetir.

—Tu madre no te quería. Tu madre era una golfa y una enferma como tú. Sois tal para cual.

Me abalancé contra él y comencé a pegarle con todas mis fuerzas. Pero él seguía hablando y hablando, diciendo mentiras, terribles y odiosas mentiras. Me empujó y me tiró al suelo.

—No salgas de tu habitación en todo el día. Estás castigado... ¿Me oyes?

Luego salió y cerró la puerta. En ese momento hubiera querido tener la fuerza suficiente para matarle. Pero no le maté. Eso sí, esa misma tarde, me escapé de casa, y mientras corría sin sentido, te recordaba, y sabía que no podías estar muerta, que era una mentira más de él. Fui a la plaza de París buscando a mi hermana. Estaba patinando. Cuando me vio se acercó a mí, asustada.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás llorando?

—Mamá no ha muerto, ¿verdad?... ¿Verdad que no ha muerto?

—No, claro que no... Tranquilízate... Pero ¿qué ocurre?

—Y si no ha muerto, ¿por qué no vuelve? Tenía que haber vuelto ya.

—No lo sé... Respira con calma y no te agobies... Se fue. No le des más vueltas. Deja de llorar, Alejandro... —Me abrazó, y poco a poco me fui tranquilizando—. Anda, cierra los ojos... Y respira...

Dejé de parpadear como un loco. Y me sentí mejor. Mi hermana era la única persona que me daba paz y que conseguía detener mis crisis de ansiedad.

—¿Mamá es una puta? ¿A que no? ¿A que no lo es?

—Pero ¿qué dices? —Me miró extrañada.

—Papá dice que es una golfa y que...

No pude seguir hablando. No me salían las palabras. Me ahogaba.

—No le hagas caso... No sé por qué se ha ido mamá... Y no sé si volverá algún día, pero tú y yo siempre estaremos juntos. ¿Vale?

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Paloma volvió a abrazarme—. ¿Estás mejor?

—Sí.

Llegó Chema, y ella se levantó y se fue patinando con él. De espaldas,

mirándome y sonriendo, deslizándose sobre los patines. Paloma se parecía bastante a mi madre. Patinaba genial.

Recuerdo que Paloma y yo, cuando éramos niños, muchas mañanas íbamos a comprar el periódico a mi padre. El quiosco estaba cerca de casa. En la plaza, al lado de la iglesia de Santa Bárbara. Hacíamos carreras para ver quién llegaba antes. Ganaba mi hermana. Yo era más pequeño, y, aunque me esforzaba, no podía alcanzarla. Envidia, sí, siempre te he envidiado, Paloma... Rebelde, con las ideas claras, capaz de discutir con mi padre y hasta, en algunas ocasiones, convencerle. Ella me decía:

—No te engañes, Alejandro, son solo pequeñas escaramuzas, las batallas importantes siempre las gana él.

Quiero creer que ahora, estés donde estés, serás feliz y habrás vuelto a renacer. Tú lo conseguiste, conseguiste volar, como decía mamá.

—A veces es necesario volar. —Eso decía mi madre—. Olvidarte de lo que ocurre a tu alrededor... Tachar la realidad... Borrarla... Eso no me gusta, ni eso, ni eso... ¡Ya está..., borrado!

Y hacía un gesto divertido con los brazos, y yo la imitaba. Era un juego divertido.

—Eso es, Alejandro. Hay que borrarlo... —Y repetíamos el mismo gesto y nos reíamos.

—Parece fácil, pero hay que esforzarse. No existe nada más que lo que tú quieres que exista... ¿De acuerdo, Alejandro? Elegir. En eso consiste el juego..., elegir, solo eso. Elegir un lugar diferente, otras personas, otra vida..., otra identidad... Y vivir intensamente. Eso es lo más importante: encontrar tu lugar en el mundo.

Ahora me doy cuenta de que, desde niño, era eso lo que yo hacía, lo que mi madre me había dicho tantas veces: buscar mi lugar en este mundo terrible. Paisajes mágicos... Personajes maravillosos con los que podía hablar, y que eran mis confidentes, mis amigos, y me entendían. Con ellos no había secretos. Más tarde, cuando me fui haciendo mayor, cuando dejé de ser un niño, y todavía mucho más tarde, cuando me olvidé de ese niño y le enterré, entonces los sueños se transformaron en pesadillas. Mis personajes imaginados fueron sustituidos por otros más odiosos y reales.

OCHO

UN PÁJARO AZUL REVOLOTEA A MI ALREDEDOR

Han pasado muchos años, y cada día me pregunto si Chema me habrá perdonado, y enseguida me respondo: nunca. Jamás me perdonará. Esté donde esté, cada mañana se levantará y seguirá odiándome con todas sus fuerzas. Me gustaría encontrarle y pedirle perdón. Nunca le he pedido perdón. No he tenido la oportunidad. Y cuando imaginé que aquella noche, cuando yo estaba recortando las fotografías familiares, vendría a buscarme y me mataría, no vino. Esa noche tuve miedo, pero era lo normal. No podía dormir. Veía la cara de mi padre descompuesta, repitiendo una y otra vez: «Han matado a Ricardo... Han matado a Ricardo... Comunistas de mierda. ¡Hijos de puta!».

A las cuatro de la mañana me desperté sobresaltado, pensando que Chema estaba a mi lado. Creí oír su respiración.

—¿Estás ahí, Chema? —Nadie me respondió. Me puse el batín y salí de mi habitación. El suelo de madera del pasillo crujía bajo mis pies. No encendí ninguna luz, iba tanteando con las manos para no tropezar con alguno de los muebles. De vez en cuando, me quedaba en silencio escuchando, pero no oía nada. Pasé por delante de la habitación de Paloma. Me detuve y entré. Ella no estaba, claro. Se había ido para siempre. Pero allí seguían algunas de sus cosas, todo lo que no había metido en esas dos maletas. El armario con su ropa. Algunas perchas vacías, pocas. Olía a Paloma, a su perfume. Si cerraba los ojos podía imaginar que estaba allí, conmigo, y que me ayudaría, y que juntos pensaríamos en la manera de salir del laberinto en el que estaba atrapado. Abrí la puerta de la calle. Mi padre, esa noche, había echado todos los cerrojos, incluso la gruesa cadena que solo permitía abrir la puerta un poco, lo suficiente para saber quién estaba al otro lado. Después de la muerte

de Ricardo mi padre estaba asustado, él podría ser el siguiente. Me asomé al rellano de la escalera. Solo oía mi respiración agitada. Hacía frío. Respiré profundamente, preparándome para lo que pudiese ocurrir. Parecía que no había nadie. A pesar de eso, me quedé un rato escuchando. El silencio de la escalera era un silencio contaminado por pequeños ruidos diferentes, y difíciles de localizar. El viento colándose por la rendija de alguna de las ventanas que daban al patio y que cerraban mal; la madera vieja de los escalones, crujiendo sin que nadie la pisara; el sonido lejano de la calle. La luz de la escalera se apagó y me sobresalté. Estaba muy nervioso, excitado ante la idea de la muerte. Pero seguí aferrado a la barandilla, esperándote. Dicen que cuando estás a punto de morir pasa tu vida en imágenes muy rápidas, pero nítidas, que te recuerdan los momentos más importantes de tu vida, pequeños detalles... Alguien sopla las velas de una tarta, una canción, una carrera por el parque. Me escondo debajo de la cama. Mi madre cantando en el salón y tocando el piano. Las personas que has querido, que te han acompañado siempre, las personas que has odiado, a las que quizá ni conocías, y a las que has golpeado, destrozado. Un tráiler que te atrapa, que te espanta, y te anuncia que no hay salida para gente como tú. Que el cielo, si existe, te cerrará sus puertas. Oigo cómo un pájaro entra por el ventanuco de la escalera. La luz de la luna se cuele por ese ventanuco que debía de estar mal cerrado. No soy capaz de verlo, pero sé que está volando a mi alrededor, el pájaro se posa sobre la barandilla, muy cerca de mí, pero no me presta atención. Yo sí, me quedo atrapado mirándole. Parece un pequeño ruiseñor de color azulado. Estiro la mano y sé que no se va a espantar, que seguirá moviendo su cuello de un modo sincopado y nervioso. Se desplaza por la barandilla, manteniendo un equilibrio extraño, balanceando su cuerpo, luego levanta el vuelo y dejo de verle, se pierde en la oscuridad, pero le vuelvo a oír dando vueltas por el hueco amplio de la escalera. Quizá sea un presagio, quizá se ha escapado de su jaula y tiene frío, y no sabe cómo volver. Recuerdo el pájaro que vi en el cuarto de baño, cuando estaba con mamá, escondido para que no me descubriera mi padre; era también azul. Me asomo a la barandilla. La oscuridad me impide ver la distancia que hay hasta el suelo y pienso que quizá la solución sería volar como ese ruiseñor que se ha perdido, saltar al vacío y terminar de una vez. Oigo ruido de cristales rotos. El ruiseñor azul debe de haber atravesado el cristal de alguna ventana que se ha roto en pequeños pedazos que caen mansamente y vuelven a romperse al chocar con

los barrotes de la barandilla. Sonido de campanillas, de polvo de estrellas que brillan en la oscuridad. No sé si el pájaro ha sido capaz de escapar o si se habrá precipitado contra el suelo. No entiendo qué hace ese ruiseñor, de noche, volando por el hueco de la escalera.

A lo mejor nunca existió. A lo mejor me lo he inventado, como algunas cosas que imagino, que veo y que no existen, aunque, para mí, están ahí y sé que son verdaderas.

¿Te acuerdas, mamá? Entré para esconderme. Tú me abriste la puerta y te llevaste los dedos a los labios: «Chiiisst». Yo estaba muy asustado. Papá había descubierto en mi mesa el pintalabios que tú habías usado para maquillarme de payaso y que yo guardé en uno de los cajones. Te lo quise explicar, pero me susurraste que dejara de hablar. Entonces, ¿te acuerdas? Me dijiste que me tranquilizara, que no me iba a pasar nada. Tenías el pelo recogido y un cigarro en los labios. Me encantaba verte fumar. Ninguna de las madres de mis amigos fumaba. Ninguna era como tú. No vestían como tú, ni se movían como tú. Verte, estar contigo, siempre me daba tranquilidad, confianza. Oí a papá llamándome. Su voz sonaba crispada, imperativa. Llegó hasta la puerta del cuarto de baño y trató de abrirla; el pomo se movió y yo me sobresalté, pero tú habías echado el cerrojo. Llamó con los nudillos insistentemente. Yo no apartaba mi vista del picaporte, pero tú, ni por un momento, te alteraste.

—Alejandro, ¿estás ahí? ¿Me oyes? Abre la puerta. Es mejor que la abras inmediatamente. ¿A qué esperas?

Yo te miré sin saber qué hacer. Mis ojos, como tantas otras veces, empezaron a parpadear a su voluntad. Estaba muy asustado. Tú te arrodillaste y me abrazaste, pasándome la palma de la mano por el pelo. Luego, te apartaste de mí y le diste, con toda parsimonia, una larga calada al cigarrillo. El humo llegó hasta la puerta del baño, y quizá se metió por alguna ranura por debajo de la puerta, y llegó hasta papá, y le oí toser. Y me entraron ganas de reír. Pero no lo hice.

—Querido, el niño no está aquí —dijiste con toda naturalidad—. Me has asustado... ¿Has mirado en su habitación?

«¿Querido?»... ¿Quién podía hablar, en un momento tan terrible, de ese modo, con esa entonación desenfadada, y a mi padre?

«Querido.»

Como tú lo decías, sonaba a película de espías. Sonaba a Rita Hayworth en *Gilda*. Ella también fumaba en una larga boquilla, y también decía esas cosas. Hoy, tanto tiempo después, guardo un cartel de la película. Ella lleva un vestido largo, ajustado, increíble, y en su mano izquierda un cigarrillo humeante... ¿Por qué te fuiste, mamá?... ¿Por qué?

Mientras tú hablabas con papá, sentada en la tapa del váter, tratando de convencerle, y te pintabas las uñas de los pies despacio y con mucho cuidado, mis nervios estaban a punto de estallar. Sabía que a tu lado estaba a salvo, pero también sabía que papá, en demasiadas ocasiones, perdía los nervios, y era capaz de darle una patada a la puerta y hacer saltar el pequeño cerrojo. A veces sentía que me faltaba la respiración, y pensaba que había heredado la insuficiencia respiratoria de él. Entonces, quizá fue por el humo del cigarrillo, sentí un fuerte picor en la garganta, y supe que era inevitable que me pusiese a toser y que papá me oyera. Y, entonces, descubriría tus mentiras, y te verías obligada a abrir la puerta. Iba a toser, te miré angustiado, pero tú, en ese momento, solo estabas pendiente de tus dedos, de pasar delicadamente el esmalte por las uñas. Cerré los ojos, y al abrirlos, vi entrar por la ventana un pájaro azulón, de un azul intenso, vivo. Era muy pequeño, con las alas ligeramente sonrosadas; voló un instante por el cuarto de baño. El pequeño pájaro no estaba asustado, su vuelo era armonioso y sereno, como a cámara lenta. Se posó en la barra que sujetaba la cortina de la ducha. Y empezó a moverse de un lado a otro. Y yo me tranquilicé mirándole. Las ganas de toser desaparecieron y dejé de parpadear. Era tan relajante verle volar allí dentro, sin chocar con ninguno de los objetos, como si ese espacio, para él, fuese familiar, conocido. Se detuvo en el alféizar de la ventana y me miró. Eso me pareció a mí. Papá, esa tarde, no entró al cuarto de baño; y yo, después, me quedé sentado, mirando cómo te peinabas. Cómo pasabas el cepillo lentamente por tu melena. Y cómo bajabas la cabeza y el pelo casi te llegaba hasta el suelo, y seguías peinándolo, para, finalmente, con un gesto teatral y maravilloso, levantar la cabeza de golpe. Y tu melena rubia, entonces, volaba a cámara lenta... Y me miraste, ¿te acuerdas?, y me guiñaste un ojo... Y yo corrí a tu lado, y te hablé del pequeño pájaro que estuvo volando por el cuarto de baño, pensando que no me ibas a creer, pero, mientras te mirabas en el espejo, me preguntaste de qué color era... Te dije que azul.

«Me lo he perdido», me contestaste, «qué pena. ¿Por qué no lo dibujas?».

Y lo dibujé, mamá... ¿Te acuerdas? Lo dibujé en un bloc que tú me habías regalado por mi cumpleaños.

A lo mejor nunca existió ese pájaro azul, ni el ruiseñor revoloteando en la escalera. A lo mejor, tú, mamá, no has existido nunca... Y te he inventado, ya no sé distinguir entre la realidad y la imaginación. Y me da igual.

Esperé unos minutos con la luz de la escalera apagada, pero no pasó nada. Entré en casa y dejé la puerta entornada. Busqué, casi a tientas, el carrito con las bebidas. Estaba en la esquina del salón, cerca del reloj de pared. El sonido del segundero me sirvió de guía. Cogí una botella y un vaso ancho y corto. Me senté en el pequeño sillón del *hall* a esperar, y bebiendo para conseguir paliar mi angustia. Recuerdo que a veces me dormía, era solo un momento, una cabezada, y me sobresaltaba al escuchar el sonido del ascensor o los pasos de algún vecino trasnochador que subía por las escaleras. Entonces, me quedaba quieto, conteniendo la respiración, atento a esos pasos, temiendo que se fueran acercando, deseando que se fuesen acercando. Por la ranura entreabierta de la puerta se colaba un haz de luz amarilla y mortecina. Empezaba a amanecer. Yo, en más de una ocasión, imaginé que eras tú, Chema, el que subía por la escalera. Quería que fueses tú. Oía cómo los pasos se acercaban, y cuando estaba seguro de que eras tú, mientras mantenía fija la mirada en la puerta, esperando que se abriera me daba cuenta de que, en ese momento, no tenía miedo. Era como si quisiese que de una vez se acabara todo.

Chema abre la puerta sigilosamente. Me ve sentado, esperándole, y no se sorprende. Me conoce muy bien. Quizá lleva una pistola escondida en el bolsillo del abrigo, aunque eso de la pistola no va con él. Nos miramos. Él se sienta en el otro sillón que hay enfrente de mí. Está muy delgado y débil, demacrado. La piel extremadamente pálida. Me mira y veo cómo se le entrecruzan las imágenes, los sentimientos, los recuerdos. Tiene que matarme. Yo lo sé, y él también lo sabe. Está a punto de llorar. Trata de evitarlo. Intenta contener las lágrimas, pero no puede.

Dispara, Chema, dispara, por favor. Hazlo por mí, y hazlo pronto, y descansaré por fin... Mi vida es horrible, dispara, amigo, aunque te duela... Por favor.

El reloj del salón dio siete campanadas.

Estaba seguro de que vendría, pero no, esa noche no abrió la puerta de la calle, ni se sentó enfrente de mí, ni me apuntó con la pistola, ni disparó, ni yo

le dije «lo siento», ni tampoco le pedí perdón, ni le rogué que me matase, que lo entendía, que era lo mejor para todos.

«¿Puedo abrazarte?»... Eso le habría dicho. «¿Puedo abrazarte, Chema, por favor?» No sé lo que habría respondido él porque esa noche no subió a casa. Eran algo más de las siete de la mañana cuando cerré la puerta de la calle. Estaba aterido de frío. Me preparé un vaso caliente de leche y, al pasar por delante del balcón, imaginé que no habías subido, pero que estabas en la calle, en la acera de enfrente, en el mismo lugar donde de niño acostumbrabas a tocar la armónica para que te escuchase mi hermana. Tuve la seguridad de que si me asomaba al balcón te vería esperando, quizá escondido en el portalón que da entrada a la Sociedad General de Autores. Qué imbécil he sido. No has subido porque me estás esperando. Soy yo el que tengo que bajar. Eso es. Tú estarás dentro de un coche, aparcado delante de casa. Claro, era absurdo imaginarte con una pistola como en las películas. Esto era real. Mi muerte será real, y me libraré de mis pesadillas.

Descorrí los visillos. La calle estaba desierta. Abrí las puertas del balcón y tuve la sensación de que el tiempo se había detenido, congelado. Nada se movía, nadie, ningún coche. La esquina de enfrente, donde tú, cuando tenías trece, o catorce años, te ponías a tocar la armónica, y mirabas a nuestros balcones para ver si se asomaba mi hermana, estaba solitaria. Yo, entonces, te observaba, oía tenuemente las canciones que tocabas, y, en ese momento, quizá no me di cuenta, pero empecé a quererte de un modo que para mí era desconocido, extraño. Me daba vergüenza cuando mi hermana me descubría. Tenía la sensación de que se iba a dar cuenta de algo, pero no. En ese momento nuestra vida era maravillosa, éramos inocentes, y nada anunciaba que yo fuera a transformarme en un miserable, en alguien cruel, en un desalmado. No, entonces yo era alguien frágil, incapaz de hacer daño a nadie. Disfrutaba tanto con tu amistad. A veces iba con vosotros al cine, o a patinar... Yo patinaba muy mal y me caía constantemente. No podía seguiros, pero os veía sonreír y deciros secretos al oído, y, como en las fotografías familiares, mi hermana era la protagonista y mi sitio estaba alejado de ti... Paloma te quería tanto. Imagino que debe de seguir queriéndote.

Bajé a la calle. Te buscaba. Crucé despacio y me quedé en medio, justo encima de la raya blanca que divide la calle en dos mitades. Hacía frío y algo de viento. Me apreté el cinturón del batín y esperé. A lo lejos vi los faros de

un coche que se acercaba. Me temblaban las piernas. Mis ojos clavados en los faros, en esa luz que se iba aproximando. Imaginaba que eras tú quien conducía ese coche y que en pocos segundos me ocurriría lo mismo que a Ricardo. Mis ojos empezaron a parpadear como locos. Los cerré. El sonido del motor se acercaba más y más. Y yo no era capaz de pensar en nada. Sí, pensé en mi madre. El coche pasó de largo y tocó el claxon. Me sobresalté, pero no me moví. Continué allí, de pie, en medio de la calle. Durante un momento seguí con los ojos cerrados, y supe que habías decidido darme otro día más de vida.

Esa noche tuve una terrible crisis. Estaba en la cama y no podía dormir, y oía la voz de Chema que me susurraba al oído: «Despierta..., despierta..., despierta...». Y abría los ojos y no había nadie a mi lado. Tenía fiebre, estaba empapado en sudor y quería dormir, olvidar todo lo que había ocurrido. El teléfono me sobresaltó, nadie lo cogía, y yo estaba agotado, y con la resaca habitual, después de una noche de whisky, y ginebra... y miedo. No hice caso a la llamada. Estaba medio adormilado, sin poder dejar de pensar en ti, y quería dormir, solo eso. Más tarde volvió a sonar el teléfono, me levanté. El sonido del maldito teléfono me machacaba la cabeza... Me dolía intensamente. Tendría que haber tomado algún calmante, si no los tomo al notar el primer síntoma, luego es imposible, y el dolor se instala todo el día. ¿Es que nadie va a contestar?!... Seas quien seas cuelga de una puta vez, deja de insistir... ¿Me oyes?... ¿Me oyes?!

Descuelgo.

—Sí... Dígame.

—El primero de la lista ya ha caído... Falta el siguiente... ¿Quién crees que será el siguiente, Alejandro?

Me quedé helado. Las sienas parecían a punto de estallarme.

—¿Quién es?... ¿Eres tú, Chema?... Dime. Anoche te esperé, pero no viniste... ¿Por qué no viniste?... ¿Quieres que deje la puerta abierta?... Contesta... ¡Contesta!... Sé que eres tú, oigo tu respiración... ¿Qué quieres de mí?

Veo a mi padre que viene por el pasillo. El pelo alborotado, seguramente se ha quedado dormido.

—¿Con quién hablas?...

No sé qué contestarle, si le digo que es Chema, irán a por él, le matarán

sin piedad. Debo callarme.

—Chema, tengo que colgar...

Hablo en voz muy baja. No quiero que me escuche mi padre. Cuelgo el teléfono.

—¿Quién era?

—Una equivocación... No era nadie.

Miento, era Chema, avisándome de que el siguiente en la lista podía ser yo. Me va a estallar la cabeza.

Esta fue su primera llamada.

Por la noche volví a tener otra de mis terribles crisis. Estaba en mi habitación y oía una y otra vez las palabras que Chema me había dicho por teléfono, y me tapaba los oídos, pero era inútil, seguían machacándome el cerebro, y empecé a escribir en las paredes lo que él me había dicho:

«El primero de la lista ya ha caído... Falta el siguiente... ¿Quién crees que será el siguiente?»

¡¿Quién crees que será el siguiente?!... Yo... Yo...
¡Yooooooooooooooooooooo!

Sí, en mi cuaderno verde escribí esa frase repetida muchas veces, como si fuera una planilla de caligrafía... Son los cuadernos de un loco, de alguien atormentado que no tiene paz.

Está anocheciendo y empiezo a tener frío. Se abre la puerta del jardín y entra Álex, deja la bicicleta apoyada en la pared, enciende la luz del porche.

—¿A qué edad empezaste a fumar?

—¿Qué? No lo sé... No me acuerdo...

—Yo creo que ya tengo edad para poder fumar.

—Eso es cosa de mayores, y tú eres un crío. Cuando seas mayor, hablaremos.

—No quiero ser mayor, ya lo sabes. Me da miedo. ¿Tú crees que cuando sea mayor seré como tú?

Se levanta y entra dentro de la casa. Oigo cómo abre la nevera y la cierra. Ahora está en el salón. Se mueve por la casa a su antojo, quizá estará buscando algo, o simplemente se aburre y no sabe qué hacer. «No, no me gustaría que fueras como yo.» Vuelve al porche, lleva un cuento en las manos. Eso es lo que buscaba. Vuelve a sentarse.

—¿A qué edad se es mayor?

Me hace gracia su pregunta, apenas tiene once años y ya sabe que no quiere ser mayor. Quiere ser un niño eternamente. No estaría mal eso: elegir un momento de tu vida y quedarte en él instalado para siempre. Yo también elegiría mi infancia, y mi vida en Lisboa.

—Los niños que de pequeños son malos, luego de mayores siguen siéndolo, ¿verdad?

—No, qué cosas dices, la mayoría terminan siendo unas personas estupendas. Se puede cambiar, claro que se puede cambiar.

—Entonces, la gente del grupo que nos quiere hacer daño, de niños a lo mejor eran buenísimos y simpáticos y se apuntaban a clases de *ballet*. ¿Quieres decir eso?

—Sí..., más o menos. —Y sonrío. Me los imagino con el tutú puesto. Tito haciendo barra... y Micki de puntillas, dando giros y más giros—. Quizá lo de las clases de *ballet* es excesivo. Y olvídate del grupo... ¿Por qué hablas del grupo?

—Porque tú en sueños hablas de él... Y gritas, y dices cosas terribles... Yo voy a ser bailarín como Billy Elliot... ¿A ti te gusta bailar?

—Sí, pero no se me da muy bien.

Álex se levanta y empieza a dar vueltas y vueltas por el porche, y salta los escalones, y vuelve a subirlos... «Te vas a marear», le digo, pero no me hace caso y sigue jugando a ser Billy Elliot. Me gustó esa película... Pelear por tus sueños, enfrentarte a las dificultades. Un niño valiente.

—Los malos nunca se apuntarían a una clase de *ballet*... Seguro que no.

—Olvídate... ¿Por qué no echamos una partida de ajedrez?

—Seguro que de niños eran unos broncas, de esos que te empujan en los pasillos o te ponen la zancadilla. Serían los matones de la clase. Con ellos nunca se puede porque van en grupo y son peligrosos. Lo mejor es pasar desapercibido, porque si la toman contigo... estás muerto. Yo no estoy muerto porque me camuflé muy bien, como hacen los camaleones. Y no me ven... ¿A ti te gustan los camaleones?

—Sí, claro que sí.

A veces habla como un niño, y otras dice cosas que me sorprenden. Su obsesión por la muerte, su miedo, sus pesadillas que no le dejan dormir.

—Me da rabia.

—¿El qué te da rabia?

—Que los malos siempre se salgan con la suya.

—Estás muy pesado, Álex. Los malos..., borrados. ¿De acuerdo?

Se ríe al oírme. Y hace el mismo gesto con la mano que hacía mi madre. Paloma y yo también la imitábamos, y nos divertía... Era maravilloso poder borrar todo lo que no nos gustaba, lo que nos daba miedo, los castigos, las miradas de odio.

—Me gustaría tener superpoderes y vencerles... Pero no los tengo. Y encima no se me ocurra nada. Un plan para defendernos cuando vengan..., ¿me entiendes? Por la noche te oigo cerrar las ventanas y echar el cerrojo de la puerta... Tienes miedo, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Yo también creo que vendrán por la noche, como hacen los cobardes.

—No van a venir ni por la noche, ni por el día.

—Esta casa es tu escondite... ¿A que sí?

—Me gusta esta casa.

—A mí también. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Yo sí tengo miedo... Siempre he sido miedoso. Cuando mi madre me deja solo en casa, o cuando llega muy tarde, después de un concierto, paso mucho miedo. Pero a ella, no se lo digo. No quiero preocuparla... Una noche, hace tiempo, tuvimos que escapar a toda pastilla. Se acercó a mi cama y me dijo muy bajito: «Levántate..., nos vamos». Hicimos la maleta en un segundo y salimos corriendo... Mi madre miraba en todas direcciones. Estaba muy asustada, aunque trataba de disimularlo. Mi madre es genial. Y ella también tiene miedo, así que no pasa nada por tener miedo. ¿A que no?

Y pienso que mi madre también una noche me dio un beso, pero no me despertó ni me dijo: «Levántate, nos vamos». Se fue ella... sola.

—¿Quién os perseguía?

—No lo sé muy bien... Mi madre nunca quiere hablar de eso... Pero estoy seguro de que querían matarla.

Otra vez la muerte.

—¿Matarla? Creo que exageras. Ya estás inventándote historias. No

paras...

—No exagero.

—Vale, no exageras.

Álex, de golpe, empieza a hablar muy bajito, como si temiera que alguien nos pudiera estar escuchando.

—Te voy a contar un secreto... Siempre he pensado que era mi padre el que quería matarla, y que por eso nos perseguía... Yo nunca he querido a mi padre, ¿sabes? Mi padre es malo... Y estoy seguro de que de niño también lo era. Uno de esos niños que abusa de los otros niños más débiles y que jamás se apuntaría a clases de *ballet*.

Se queda con la mirada perdida. Está muy triste, a punto de echarse a llorar. No sé cómo consolarle. Me mira y sonrío.

—Me tengo que ir. Mi madre hoy toca en el Teatro Real. Me gusta mucho ese teatro.

—Y a mí.

Y, sin más, sale corriendo. Se sube en la bici y se aleja. Yo me quedo con un terrible mal sabor de boca: «Mi padre quería matar a mi madre». Eso ha dicho. Es terrible. Inventa cosas terribles. Estoy mareado. Hace tiempo que no tomo la medicación... «Mi padre es malo.» Eso ha dicho también... La nube de polvo por el camino de tierra... Ya casi no le distingo... Mi madre también tocaba el piano.

—¡Adiooooos, hasta mañana!

Álex agita la mano y se pierde entre los árboles.

NUEVE

¿Y SI NOS VAMOS A LISBOA?

—Tú eres gilipollas, ¿no? ¿Sabes quién es la mujer con la que estás saliendo?... Tú eres gilipollas, totalmente gilipollas.

Tito me agarró por los hombros con fuerza. Tardé en reaccionar. No me lo esperaba, y, sin embargo, había imaginado que tarde o temprano aparecerían. Desde el entierro de Ricardo no había vuelto a verlos.

—Tranquilo, Tito. ¿Qué pasa?... No sé qué quieres decir.

Había quedado con Silvia en el Museo Sorolla. La estaba esperando cuando apareció él. Me sobresalté al verle. Su actitud desde el principio fue bronca, amenazadora. No se anduvo con rodeos, mientras hablábamos, me manoteaba en el pecho. Terminó empujándome hasta la verja del museo.

—Te estamos vigilando, ¿me oyes? No nos fiamos de ti. Y nos tienes hasta los cojones. Sabía que eras un hijo de puta, pero que no tenías cerebro..., eso no lo tenía del todo claro... Es que es acojonante... ¿Qué coño haces con esa tía? Te vio un día Micki y no se lo podía creer... Tú, con la hermana de ese maricón... ¿Qué quieres, que nos la carguemos también? ¿Es eso lo que quieres? Gilipollas, que eres un puto gilipollas.

—Vale ya. No tienes ningún derecho...

—¿Que no tengo qué?... Mira, Alejandro, como hagas una tontería, y nos pongas en peligro, la primera persona que lo va a pagar es tu amiguita... Así que lo mejor que puedes hacer es dejar de verla. No sabía que además de maricón eras tonto del culo.

A veces levantaba la voz, y otras me hablaba pegando su boca a mi oído.

—No va a ocurrir nada, de verdad... Por favor, no tenéis de qué

preocuparos.

—Cojonudo. Mira, Alejandro, ya no está tu papá para echarte una mano. A él lo respetábamos. Era un tío con dos cojones, no como tú. Tampoco está Ricardo, que, no sé por qué, te apreciaba. Bueno, sí..., estaba encoñado con tu hermana. Tenía dos buenas tetas, tu hermana, pero tampoco tenía dos dedos de frente... Se enamoró de Chema, un comunista de mierda... Vuestro padre, el general, debía de estar de vosotros hasta los huevos... Ya lo sabes, a mí nunca me has gustado. Lo sabes, ¿verdad? Los blanditos como tú me atacan los nervios. O sea, que según tú, no tenemos de qué preocuparnos... Y tú, ¿tú tienes de qué preocuparte? Dime, Alejandro.

Me dio un puñetazo en el estómago. Se me doblaron las piernas. Me iba a caer al suelo, pero él me agarró con fuerza. Me faltaba el aire para respirar.

—Qué frágil eres..., hostia.

Se rio mientras trataba de mantenerme de pie.

—Es que a veces se me va la mano..., ya lo sabes.

—Por favor, Tito, está a punto de llegar Silvia... Ella no sabe nada... No le he hablado nunca de vosotros..., ni pienso hacerlo. Os lo juro. Si quieres nos vemos en otro momento. Yo os doy todas las explicaciones que sean necesarias. Ella lo ha pasado muy mal, ¿entiendes?

—Tranquilo, no va a venir... Tu amiga está ocupada en otros asuntos. Tenemos todo el tiempo del mundo. Tú y yo, solitos. Y ya me conoces, soy una rata que no tiene remordimientos, así que te puedo dar una paliza de esas que no vas a olvidar en tu puta vida. Y yo, ni frío, ni calor... Según me dé.

Y volvió a reírse, salpicándome de saliva la cara.

—¿Qué? ¿Qué le habéis hecho?

Me agarró con fuerza de la barbilla y comenzó a apretarme cada vez más y más fuerte. Empotrándome la cabeza contra los barrotes de la verja. Parecía que la mandíbula fuera a estallarme.

—Tranquilo, y no levantes la voz, porque te doy de hostias... ¿De acuerdo? Te ha quedado clarito, ¿no? Te acojonas enseguida, Alejandro. Me das pena. Silvia... Se llama así, ¿verdad?... Un hermano marica y un novio también marica... Porque tú eres su novio, o algo así, ¿no? Es para cagarse... Hay tías que tienen muy mala suerte.

—No le hagáis daño, por favor... De verdad. No le he contado nada —le supliqué, sabiendo que eso no valía para nada. Bueno, valía para que se

sintiese más importante, y seguro. Suspiró profundamente, y movió el cuello de un lado a otro, como si escucharme y estar a mi lado le desagradara. Aflojó su presión sobre mi cara.

—Me tengo que controlar, pero me cuesta... Ya sabes, a veces pierdo los nervios. Con su hermano me quedé bien a gusto... Es una de esas palizas que te relajan. Un maricón menos... Tiene gracia, ¿verdad?

Seguramente, el grupo le había dicho: «Habla con Alejandro, solo eso, ¿de acuerdo?». A él le hubiera gustado tener carta blanca. Nunca me había soportado, pero ser el hijo del general Ortiz le obligó a controlarse durante mucho tiempo.

La gente pasaba a nuestro lado, pero nadie reparaba en nosotros. Nadie vio el puñetazo que me dio en el estómago. Nadie se daba cuenta de que estaba en peligro. Y si Tito volvía a golpearme, seguramente, nos mirarían, sin atreverse a intervenir.

—¿Dónde está Silvia? Ella no tiene la culpa. Os prometo que dejo de verla. Os lo prometo, de verdad.

—Que te calles, joder. Y deja de gimotear como una nenaza, coño.

Me cogió del brazo y me obligó a entrar en el museo. Sentía su mano apretándome con fuerza. Por mi cabeza pasaba todo lo que podían haberle hecho a Silvia. Y solo de imaginarlo me entraban ganas de vomitar. Había querido ayudarla, y ahora... Ahora su vida estaba en peligro.

—Tito, estoy asustado. Eso ya lo sabes, pero si le habéis hecho daño os denunciaré. ¿Me oyes bien? Hay una carta mía en el notario... Te puedes imaginar el contenido... Si le pasa algo a ella, o a mí, daos por jodidos. ¿Me has oído?

Me sorprendí al escuchar mis palabras. La seguridad y la contundencia con la que las había pronunciado.

—Joder, Alejandro... Eres una caja de sorpresas: maricón, pero te gustan las tías, y además de eso, tienes los huevos de amenazarnos... ¿Te la has tirado ya, o eso son palabras mayores?

—No estoy hablando en broma, Tito.

—Ya, ya... Ni yo, Alejandro. Tú lo sabes... Yo siempre voy en serio. No tengo ningún sentido del humor. Pero eso no quiere decir nada... Por ejemplo, ahora estoy pasándolo de puta madre... Y todo esto me hace mucha gracia, y me pone a cien... La adrenalina, ¿sabes?

Pasamos por diferentes salas del museo hasta que nos detuvimos en una en la que no había nadie, justo delante del cuadro de un niño en la playa con sombrero de paja, saliendo del agua con un caballo blanco. Había copiado algunas veces ese cuadro. Fragmentos de él, detalles: la cara del niño y la cabeza del caballo sin apenas sombras. Tito suspiró profundamente.

—Primero nos la vamos a tirar, que seguro que le gusta, porque tú la tienes seca, ¿no? Sí, primero nos la tiramos.

—No sigas por ahí —le dije, mientras trataba de soltarme. Pero él me agarró más fuerte y me dio un golpe seco en medio del pecho que me dejó sin respiración.

—Que te calles, joder. Y tranquilo. Porque te voy a contar un secreto. Te tengo muchas ganas. Eso ya te lo he dicho... Es que a veces me repito. Y eso me jode. Micki dice que me rallo... Traca, traca, traca... Qué cabrón... Micki tiene el pico de oro, qué bien se explica... Bueno, yo a mi estilo no lo hago mal. Me dan asco los cobardes, ¿me entiendes? Los cobardes y los traidores de mierda como tú. Así que ahora estamos solos, y a lo mejor no son solo dos hostias, a lo mejor te pego un tiro en la cabeza... o donde me salga de los cojones. ¿Te queda claro? Sí, por la cara que has puesto, te ha quedado clarísimo. Las coges al vuelo.

Sabía que no era de los que amenazaba en balde, y que si lo cabreaba y se ponía nervioso, perdería el control y sería capaz de cumplir sus amenazas. No tenía mucho cerebro, ni pensaba en las consecuencias. Alguien se ocuparía de sacarle las castañas del fuego. Siempre había sido así.

—Te recuerdo que hay una carta... —le repetí, tratando de mostrarme seguro.

—Y dale con la puta carta. Me paso tu carta por el forro de los cojones, ¿me oyes? Me estoy cabreando, así que ten cuidado... Y cállate, joder. Nos la tiramos... Iba por ahí, ¿no?... Sí... Y después...

—Hacedme a mí lo que queráis, pero dejadla a ella tranquila...

—Pobrecita, un hermano maricón y un novio todavía más maricón. Joder, eso ya te lo he dicho antes... Vuelvo a repetirme, hostia... Y me da por culo, no creas... Oye, no me he fijado: Silvia, ¿qué tal anda de tetas? Porque tú se las habrás visto, ¿no?... Se mira, pero no se toca... ¡Qué cabrón!

Vuelve a reírse. Y parece un demente sin control. Los ojos juntos, pequeños, labios finos, apretados. Y sé que es capaz de matarme. Sabía que

mis amenazas no le iban a detener. Me sentía impotente, como tantas otras veces.

—Poco pecho, seguro... Eso a los maricas os pone más. Poco pecho, poco culo... Vamos, como un tío. Eres asqueroso, Alejandro. Me das náuseas, si te aprieto un poco más te cagas en los pantalones, o ¿ya te has cagado?

—Tengo dinero... Te daré lo que me pidas.

—Así que tienes dinero, cojonudo... El dinero de papá, ¿no?...

Se quedó mirando el cuadro que teníamos delante durante unos segundos.

—Un niño en pelotas saliendo del mar... Por eso la traes aquí... ¿Qué cojones habrá visto esa chica en un hombre como tú? Eres un vicioso, Alejandro. ¿Cuánto pagas por tirarte a un crío así?... No dices nada... Mejor. Mucho mejor. Calladito.

Entraron en la sala un grupo de personas acompañados de una mujer que les iba hablando de la pintura de Sorolla, sus influencias, la época en que vivió, y yo recobré el aliento. De momento estaba a salvo, pero no sabía lo que podía haberle ocurrido a Silvia. La sala, milagrosamente, se fue llenando. Salimos al exterior. Algunas personas paseaban por el jardín y se paraban delante de la escultura del pintor, haciéndose una fotografía, mientras esperaban para poder entrar. Entonces vi a Silvia, venía acompañada de un hombre al que no conocía. Se acercaron a nosotros. Tito, entonces, me dijo: «Alejandro, este es el primer aviso, ya sabes. Dame una excusa, y la próxima vez te mato. Ten cuidado». Le miré, sabiendo que no hablaba en broma. Silvia me abrazó. Estaba temblando. Sentí cómo un escalofrío me recorría todo el cuerpo, pero en ese momento, mientras la estrechaba entre mis brazos, tuve la seguridad de que, de momento, estábamos a salvo. Y la abracé con más fuerza. Y supe que la quería, y que iba a dedicar mi vida a hacerle lo más feliz que pudiese. Tenía que reparar todo el daño que le había hecho. Tito y su amigo desaparecieron sin decir nada. Silvia, cuando se tranquilizó, me contó que le habían robado el bolso en la calle, y que al forcejear con el ladrón había recibido un fuerte golpe en la cabeza que, por un momento, le hizo perder el conocimiento.

—La gente se arremolinó a mi alrededor. Yo estaba muy aturdida. Me dolía mucho la cabeza... Y tenía miedo, ¿sabes? Nunca me había ocurrido algo así.

—Tranquilízate. Ya ha pasado todo. —Volví a abrazarla.

En la frente tenía una herida cubierta por una tirita. Me dijo que el hombre que la había acompañado era médico y que la ayudó desde el principio.

—Me llevó a una cafetería que estaba cerca y me dieron un vaso de agua y un calmante... Fue muy amable. Se empeñó en acompañarme hasta aquí. Y ahora se ha ido sin despedirse... Qué raro.

Pensé que habíamos tenido suerte esta vez, y que debía andar con mucho cuidado. Me sentí en medio de la nada. Hacía mucho que me había separado de ellos, pero, ahora, era su enemigo, y me vigilarían, y si cometía algún error, o les ponía en peligro, pagaría todas las consecuencias. Y empezarían por Silvia. Lo mejor era marcharse, abandonar Madrid. Y hacerlo cuanto antes.

A pesar de todo lo ocurrido, entramos en el museo. A Silvia le encantaba Sorolla. Había venido algunas veces con su hermano. Y volvió a hablarme de él y no pudo contener las lágrimas.

—Dámaso se detenía delante de cada cuadro, sin prisa..., y si veíamos solo una sala, mejor... Primero no decía nada, solo miraba, luego te arrollaba con su emoción.

Ella hablaba de su hermano y yo solo tenía una imagen: la de su muerte. Pero claro, ese era mi secreto. Un secreto que me atravesaba el corazón y que no podía compartir con ella... Verdades y mentiras. Mi vida siempre ha sido así.

Oyendo a Silvia, y viendo las obras de ese pintor maravilloso: sus mañanas inundadas por la luz, la vida, las imágenes llenas de sensualidad en las que el tiempo parecía haberse detenido... Dos mujeres paseando por la playa, un ligero viento mueve su ropa. Llevan sombreros amplios de paja, con flores, y una sombrilla... Vestidos blancos, vaporosos, largos hasta los pies.

—Es una escena que da paz... —me dice—. Puedes imaginar que son felices, ¿verdad?, que no tienen preocupaciones y que disfrutan de un agradable paseo.

—Sí.

—¿Crees que algún día podré olvidar lo que le pasó a mi hermano? —Me mira esperando una respuesta, un consuelo que no puedo darle.

—No lo sé... Pero lo intentaremos. El tiempo nos ayudará.

—No es que quiera olvidar, ¿sabes? Jamás le olvidaré... Quiero sentirme viva... y encontrar pequeños momentos de felicidad... A tu lado me siento bien. Abrázame.

Nos abrazamos delante del cuadro con dos niñas jugando en el agua azulada... Dos niñas que tienen toda una vida por delante, y que cuando sean mayores recordarán su infancia con una sonrisa de felicidad... Unos niños desnudos dejándose bañar por el agua de la orilla... Una barca al fondo. Personajes que no tienen un pasado oscuro, turbio como el mío, que no se despiertan de golpe, en medio de una pesadilla terrible, empapados en sudor. Fotogramas íntimos con los que se podría montar una película inmensamente bella, luminosa, sosegada. Una película donde no hay cabida para personas como yo. La felicidad solo saben contarla directores como Capra: *Qué bello es vivir*. La bondad triunfa sobre la usura... ¿Qué pasaría si yo desapareciera? Eso le pregunta el personaje de James Stewart a su ángel de la guarda cuando piensa en el suicidio, como yo he pensado tantas veces. A él le salva ese ángel. No está mal tener un ángel para ti solo. Mi madre me contaba esa película y a mí me gustaba escucharla, me emocionaba esa historia sencilla e increíble. En mi película, en la que vivo yo desde hace tantos años, no hay lugar para ángeles, solo para sombras, claroscuros... Maldad. Personajes como Tito, Micki, capaces de romper la armonía, el equilibrio. Podrían matar a una de esas mujeres que aparecen en las obras de Sorolla, esas mujeres que pasean por la playa, a sus hijos, a esos niños que juegan inocentemente. Solo tienen que recibir una orden y se pondrían en marcha, sin poner reparos, sin detenerse ante nada, disfrutando con su trabajo. Alguna vez, comentaron las torturas salvajes, las palizas que daban a la gente de izquierdas en los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

—Desnudos, y con una bolsa de plástico alrededor de la cabeza, esos líderes comunistas se cagan de miedo. Lloran como nenazas.

Eso decía Micki tranquilamente mientras se tomaba un gin-tonic. Era como oír a unos sádicos que disfrutaban de una total impunidad, barra libre ante los enemigos del régimen. Les daba igual que fueran hombres o mujeres. Una vez encerrados en los calabozos de la Puerta del Sol, todo podía pasar, todo era lícito. Se sentían poderosos, capaces de decidir sobre la vida y la muerte.

Después de lo ocurrido en el museo me sentí vigilado, aunque imagino que enseguida se dieron cuenta de que yo seguía siendo inofensivo. Y que mi relación con Silvia no les iba a causar problemas. Y era verdad, yo, entonces, solo quería sobrevivir y olvidar. Solo eso. Me preocupaba haber puesto en peligro a Silvia. Acababa de conocerla hacía unas pocas semanas y lo que

quería, por encima de todo, era ayudarla, hacerle compañía. Nos caímos bien desde el principio. Ella, con su sinceridad, me cautivó. Yo fui construyendo el personaje que hubiera querido ser, olvidándome del que realmente era. Me angustiaba la idea de que volvieran a molestarla, de que la amenazaran. Y, por eso, sin pensarlo demasiado, le propuse marcharnos fuera de Madrid.

—Quiero irme contigo a Lisboa...

Se lo dije una tarde al salir del cine; acabábamos de ver *Repulsión* de Polanski, a ella le había impresionado mucho. La verdad es que no le había gustado. A mí me cautivó.

—¿Qué?... ¿Irnos a Lisboa? Te has vuelto loco. —Me lo dijo extrañada, pero no le disgustó mi proposición.

—Sí... O donde tú quieras. ¿Dónde te gustaría ir?

—No lo sé... Me da vértigo pensar en un viaje.

—Yo lo necesito, y me gustaría que me acompañaras... Nos vendrá bien. Me dijo que sí.

—No conozco Lisboa.

—Yo tampoco... La descubriremos juntos.

Al día siguiente seguía pensando en el viaje. La idea cada vez me atraía más, me llenaba de energía. Estaba terminando de afeitarme cuando sonó el teléfono. Me limpié el jabón de la cara y contesté.

—Sí, dígame. —Silencio... y una respiración tranquila, eso es lo que escuché—. ¿Eres tú, Silvia?... —Nadie me respondió, pero seguí escuchando la respiración.

Colgué inmediatamente. Me inquietó la llamada, desde hacía unos días ocurría lo mismo: sonaba el teléfono, y cuando contestaba nadie me respondía, pero siempre podía percibir que había alguien al otro lado, esperando. Esperando ¿qué? Pensé que podía ser Tito, o Micki, que trataban de recordarme que seguían vigilándome y que tenía que andar con cuidado y no equivocarme. La verdad es que estaba preocupado, y nervioso, y el viaje a Lisboa me parecía la mejor solución. También podía ser una equivocación, solo eso. Claro, alguien que llama y se equivoca, nada más que eso. También podía ser una nueva llamada de Chema. Chema no se iba a olvidar de mí, y ya me avisó.

«El primero de la lista ha caído, ¿quién será el segundo?»

Había quedado con Silvia para ir a casa de su madre y acompañarla a la estación. Su madre iba a pasar unos días con su hermana en Suances. La casa le ahogaba. Allí había vivido con Dámaso, y cada objeto, cada rincón, le recordaba a su hijo. Silvia estuvo de acuerdo con ella en que era lo mejor. Se llevaba muy bien con su hermana, y podrían darse largos paseos por la orilla del mar. Y, de algún modo, tratar de seguir viviendo, si es que se puede vivir cuando matan a tu hijo. Llegamos con tiempo a la estación del Norte; Ángela estaba intranquila por su hija, por dejarla sola.

—No se preocupe, Ángela. Estoy yo con ella.

—Claro... La dejo en buena compañía... —Me cogió de la mano y me miró, sonriendo—. Eres un buen chico.

No, no lo soy, Ángela, pero trataré de serlo. Cuando era un niño, mi abuelo también me dijo que sería un buen chico y se equivocó. Ahora me toca enmendar mis errores, si es posible.

—Mamá, iré a verte, ¿vale? No tengas prisa por regresar a Madrid. Con la tía estarás muy bien.

—Mi hermana pequeña ahora tiene que cuidar de mí... Todo al revés... Mi hijo muere antes que yo... No había cumplido los veinte años... Era todavía un niño, un niño bueno, muy bueno...

Silvia se quedó triste viendo cómo se alejaba el tren.

—Tengo que ir a verla.

—Si quieres te acompaño.

—Claro. ¿Conoces Suances?

—No, pero me apetece ir contigo.

Tres días después nos fuimos a Lisboa.

Ese día comenzó un viaje que jamás olvidaré y que cambió mi vida. La idea era estar en Lisboa un par de semanas, y luego ir recorriendo la costa. Primero Galicia, Asturias y Suances. Sin prisas... El viaje duró algo más de siete horas. A Silvia y a mí nos gustaba parar, tomar un café, charlar de mil cosas diferentes, conocernos un poco más. Y, de repente, imaginé que terminaría enamorándome de ella. Que quería besarla y abrazarla. Y volví a pensar que todo era una locura. Esa noche, cuando llegamos a Lisboa, buscamos un hotel en el Barrio Alto, habitación doble, camas separadas. Cenamos en un pequeño restaurante, dimos un paseo. Y descubrimos la iglesia de Santo Domingo de Guzmán. Aunque era tarde, permanecía abierta.

Entramos y nos sobrecogió. Paredes rojizas, columnas desgastadas. Hacía mucho que no entraba en ninguna iglesia, me arrodillé y pedí perdón... Y me acordé de Chema, imaginé que estaba a mi lado, que ese viaje a Lisboa lo había hecho con él.

—Un espacio perfecto para representar una obra de Shakespeare. —Eso habría dicho Chema—. ¿Te imaginas *El rey Lear*? ¡Increíble!, ¿verdad?... *Esperando a Godot*... Qué mejor lugar que este para esperarle. —Y sonreiría.

Le apasionaba el teatro de Samuel Beckett. Y habríamos empezado a hacer planes, a hablar de actores, del reparto, y yo le estaría escuchando cautivado, deseando decirle: «Te quiero... Te quiero, Chema... Te quiero con toda mi alma».

Silvia me cogió de la mano. La tenía muy fría.

Veinte de febrero de 1976. Esa fecha está escrita en el cuaderno azul zafiro, y a su lado dibujé los ojos de Silvia..., profundos y mágicos. No puse nada de Chema.

DIEZ

EL ÚLTIMO VIAJE

A primera hora de la tarde ha venido la joven que cuida a Isabel. Estaba muy preocupada y nerviosa. Me ha dicho que han pasado la noche en urgencias y que aún no le han dado el alta. Me cuenta que Isabel está muy débil, que tiene problemas respiratorios muy graves.

—La quimio y la radiación le afectaron gravemente al pulmón... Y se fatiga con facilidad... Tiene un derrame pleural maligno, ¿sabes? Y a su edad no hay mucha esperanza... Ayer estaba tranquila, pero cuando te vio, se alteró muchísimo. Ya lo viste.

—Sí, lo siento... Quizá no debí entrar a la casa. Se asustó...

—Hiciste bien. Ella quiere verte... Dice que tiene que hablar contigo de muchas cosas, y le da miedo que no le dé tiempo... Le asusta morir antes de que habléis. Y eso le produce angustia y todo se complica un poco más... No sé qué hacer... Le tengo mucho cariño, ¿sabes?

—Ya... La he visto solo un momento, pero me ha parecido una mujer muy dulce y cariñosa.

—Lo es, ya lo creo. Es mi tía abuela. No sé si te lo he dicho... Aunque para mí es mi abuela. Me crie con ella... Y fueron años maravillosos.

—Te entiendo... Fue ella la que dejó el ramo de flores en la puerta de casa, ¿verdad?

—Sí... Bueno, lo dejé yo. Ella estaba agotada. Por la tarde estuvimos eligiéndolas una a una... Nos parábamos y se sentaba para tomar aliento. No quería que yo me diese cuenta. No le gusta quejarse. El paseo la emocionó mucho... Recordando y recordando. Lugares, conversaciones... No paraba de

hablar de tu madre.

Tengo que hacer un esfuerzo para controlar mis emociones, y cada vez deseo más y más poder hablar con esa mujer especial que ha conocido a mi madre, y que la quiere, y que, a pesar del tiempo pasado, la sigue recordando.

—Sí, la recuerdas, ya lo creo... Llegamos hace tres días de México. Los médicos se opusieron al viaje, ¿sabes? Pero a ella le dio igual. Es muy cabezota. Sabe que no le queda demasiado tiempo y me dijo que tenía que venir, que era necesario... Ha hecho ese larguísimo viaje para veros a ti y a tu hermana Paloma.

Me cuesta hablar, ordenar mis pensamientos y mis emociones... Sé que estoy a punto de vivir un momento inolvidable, algo que he estado esperando toda mi vida. Y, ahora, por fin, cuando menos lo esperaba, va a producirse ese extraño milagro. Alguien que viene de México quizá me desvele el misterio que rodea la desaparición de mi madre, el abandono... Su silencio. Su terrible silencio.

—Me tendrá que ver a mí solo... Mi hermana no sé muy bien dónde está en este momento... Hemos perdido el contacto, ¿sabes? Ojalá estuviera aquí.

Y me acuerdo de Paloma, y me gustaría compartir con ella el encuentro con Isabel... Pero será imposible.

—Ya... Lo siento... Perdona, quiero decir que... Bueno, Isabel está muy feliz por haberte encontrado... Ha sido para ella algo muy especial..., algo que deseaba con todas sus fuerzas. A pesar de su debilidad, quiere que vayas a verla. Yo le he dicho que hay que esperar un poco, que debe recuperarse... Y no me hace caso. Ha insistido en que fueras inmediatamente, y se ahogaba al hablar... Le faltaba el aire... Creí que le iba a dar otro ataque... Al final la he convencido. Le he dado un tranquilizante y se ha quedado dormida.

—Claro... Yo estoy deseando verla de nuevo y hablar con ella, pero lo entiendo... No me gustaría que por mi culpa se pusiese peor.

—Si le dan el alta hoy... podrías pasar por casa mañana por la mañana, ¿te parece?

—Claro... No puede ser antes, ¿verdad?... Perdona..., mañana. Estoy muy nervioso, perdona... Isabel ha conocido a mi madre. No sé si lo entiendes... Imagino que no... Pero para mí poder hablar con ella significa muchísimo. Me va a hablar de mi madre... Hace más de cincuenta años que no sé nada de ella... Si está viva, si está muerta... Nada.

—Lo entiendo... Tiene que ser horrible esa incertidumbre, pero te toca esperar un poco.

—Sí..., que se recupere. Eso es lo más importante. ¿A qué hora puedo ir?

—A las doce, más o menos. Quiere estar guapa cuando tú vengas.

—Ya la quiero y no la conozco.

—Ella es así..., muy fácil de querer. Me llamo Lucía... Tampoco sé si te lo he dicho.

—No. Gracias, Lucía. De corazón, gracias. Cuídala.

—Eso trato de hacer desde hace muchos años. Tranquilo. Es una mujer muy fuerte, y testaruda. Si ha venido hasta aquí para hablar contigo, hablará... Nada ni nadie se lo puede impedir. Hasta mañana.

Lucía se va, y yo me siento en el porche embargado de una turbación desconocida. No estoy nervioso. Es un estado de ánimo sereno y lleno de paz. Veo alejarse a Lucía. Pienso que es una mujer muy especial, fuerte y cálida; supongo que tiene la misma edad de mi hija. Hace unos días solo esperaba poder morir en paz... Qué locura. Ahora mi vida se agita, se llena de luz y de tinieblas... Y yo necesito estar más vivo que nunca. Alerta. Sé que será muy difícil esperar hasta mañana para saber lo que me va a contar Isabel sobre mi madre... Debe de ser algo muy importante para haber hecho un viaje tan largo, poniendo en riesgo su salud. El tiempo va a pasar muy lentamente. ¿Qué me podrá contar? Igual está viva... No sé, no quiero imaginar nada. No soy capaz de imaginarlo. La mente en blanco. Eso es lo mejor, eso diría Chema. Podría tomarme un valium y acostarme, así pasaría todo más rápido.

El sonido del teléfono me sobresalta. Descuelgo; es el notario. Me dice que ya tiene todo dispuesto para que se pueda hacer la grabación. Siento otro golpe fuerte en medio del pecho. De la calma a la tempestad. Le digo que en una hora podría estar en su despacho. Me dice que muy bien. Cuelgo. Y me vienen a la cabeza todas las palabras que quiero decir. Y sé que debo estar convincente, firme, sin dudas. Del amor paso al odio, a la venganza, de la paz a la violencia, de la vida a la muerte. Y me vuelvo a acordar de Chema. Ha terminado una escena y comenzamos otra diferente. Eso diría, hablando con suavidad, sugiriendo, sin imponer nada... «Hay que prepararla con cuidado», les decía a los actores. «Libérate de todo lo que te perturbe, no acumules información innecesaria. Deja la mente en blanco... Concéntrate solo en lo que tienes que hacer ahora, en este instante. No anticipes nada de lo que pueda

pasar después. Vive solo el presente.»

Tengo que olvidarme de mi madre, y de Isabel, y de lo que pueda pasar mañana... Olvido sus rostros, su mirada, sus gestos, y los sustituyo por los de las personas que encarnan la maldad, el odio: Tito, Eduardo, Micki, Pedro... Tengo que escribir lo que quiero decir en la grabación. Una especie de escaleta, con los puntos más importantes. Busco un papel. Me siento en el porche. ¿Cómo empiezo? ¿Cómo?

«Si están viendo este vídeo quiere decir que yo he muerto asesinado...»

Llego a la notaría a la hora exacta. Me recibe el notario, sin hacerme esperar. Me da la mano con cordialidad, y también con cierta pesadumbre. Pasamos a una pequeña sala de juntas. Está dispuesta una silla, y enfrente la cámara de vídeo. Al lado de la silla, una pequeña mesa auxiliar con un vaso de agua, unos cuantos folios en blanco y lapiceros y bolígrafos.

—Cuando usted quiera —me dice con cierta solemnidad.

—De acuerdo... —le digo, tratando de mostrar normalidad.

Me pide que me siente, y él mismo ajusta la cámara y el trípode.

—Un plano corto —le digo—. Por los hombros, quizá algo más amplio.

—Bien... Ya está. Supongo que prefiere estar solo...

—Sí, es mejor... ¿No cree?

—Lo que usted diga.

Antes de salir de la habitación me explica el funcionamiento de la cámara. Es todo muy sencillo. Apretar un botón, dejar unos segundos y comenzar a hablar.

Cierra la puerta y me tomo un tiempo para tranquilizarme. Respiro profundamente. Saco los papeles que he preparado en casa y los pongo encima de la mesa. Las manos me tiemblan. Bebo un sorbo de agua. Pongo en marcha la cámara. Empiezo a hablar.

«Me llamo Alejandro Ortiz del Rey. Estoy en pleno uso de mis facultades mentales. Si están viendo esta grabación quiere decir que yo he muerto asesinado...»

Imágenes, palabras, nombres..., fechas...

Consigo hacer la grabación a la primera, con titubeos, dudas. A veces me faltaba el aire, pero he continuado hasta el final. Cuando he terminado me he quedado unos segundos en silencio, exhausto. He apagado la cámara y me he

sentido bien, como si al confesar en voz alta todas esas atrocidades en las que he participado hubiese dado un paso más, liberándome de una carga insoportable. No han sido más de cinco minutos. Trescientos segundos sumergido en el horror, en la violencia irracional. Nombres de los asesinos y de las víctimas. Detalles de lo que ocurrió en cada crimen, el lugar exacto: la plaza de Chueca, el paseo de Recoletos, la casa de Paco en la calle Augusto Figueroa. He dejado para el final el último crimen, el del director de teatro que murió asesinado enfrente del mercado de San Antón.

He avisado al notario de que ya había terminado la grabación. Me ha preguntado si todo ha ido bien y le he dicho que sí. No ha habido más preguntas. Ha guardado la tarjeta de memoria dentro de una pequeña caja. Le he insistido en la total discreción, y él ha vuelto a darme toda clase de seguridades. Nos hemos despedido y me ha deseado suerte. Su discreción ha hecho que todo haya sido más fácil, y se lo agradezco profundamente.

Vuelvo a casa y releo el texto que acabo de grabar, y de repente, me acuerdo de la película *El informe Pelicano*. Uno de los personajes que se siente amenazado, como yo, graba en vídeo una confesión, acusando a unos abogados corruptos. Y muere asesinado... Y la grabación ve la luz, y ayuda a desenmascarar a los culpables, y su mujer terriblemente afectada y rota, se siente orgullosa de su marido.

Oigo los gritos de Álex, y no me apetece verle ahora, quiero estar tranquilo, pero también pienso que me distraerá con sus locuras y que el tiempo pasará más rápidamente. Abre la puerta del jardín y comienza a dar vueltas alrededor de la casa, sin parar de gritar. Parece muy contento. Deja la bici en el suelo y sube los escalones del porche a toda velocidad.

—¡Lo tengo, lo tengo! ¡Es genial! Yo me tiro en medio de la carretera... Me hago el muerto. A mí me encanta hacerme el muerto. Lo hago muy bien. Contengo la respiración, y cuando ya no puedo más..., entonces respiro muy poquito... El coche, en ese momento, aparece...

Álex está muy fatigado y sudoroso. No para de hablar, y lo hace muy deprisa, mientras hace gestos continuos con las manos, tratando de explicarme algo que no entiendo. Se queda sin aliento, pero sigue imperturbable, como si le hubieran dado cuerda.

—No sé de qué me hablas... ¿Por qué te tiras en medio de la carretera? ¿Te has caído de la bici? ¿Estás bien? Te veo muy agitado... ¿Quieres un

refresco de limón?

—Escucha. Nunca me escuchas... —me dice, enfadado.

—Te escucho, pero no entiendo nada de nada. Habla más despacio.

—Vale. Es mi plan, y es increíble... Yo me hago el muerto justo unos metros después del cruce con la carretera cortada.

Álex, ahora, no solo habla muy despacio, sino también muy bajito, y deletreando cada palabra cuidadosamente. Parece hablar a cámara lenta.

—Entonces el coche para... Y tú arrancas el Land Rover del abuelo... ¿Qué? ¿Por qué pones esa cara? ¿Qué es lo que no has entendido, esta vez?

—Nada... ¿Qué cara pongo?

—¿No te gusta el plan? Pues llevo toda la mañana pensándolo... Te lo voy a explicar como para mayores... Ellos han recibido nuestro regalo, ¿de acuerdo? ¿Eso lo entiendes? El grupo ha recibido nuestro regalo... Nuestro mensaje cifrado, lleno de claves secretas..., el de la flor y las cintas...

—Sí, de acuerdo... Lo entiendo.

Álex disfruta contándome su plan imposible. Probablemente sea algo que ha visto en una película. Pero, sea lo que sea, está entusiasmado. Camina de un lado a otro del porche, y se para y me mira, y vuelve a caminar, y se apoya en la mesa, y se acerca mucho a mí y me cuenta su plan secreto al oído, para que nadie le oiga. Y, de repente, se sube a la silla y sigue hablando y hablando. Parece un abogado tratando de persuadir al jurado. Y yo, sin darme cuenta, olvido mi visita al notario, mi terrible confesión.

—Los malos descubren que hemos sido nosotros. Eso está cantado... Son policías corruptos, pero al fin y al cabo policías... Y averiguan nuestro paradero... Y vienen a buscarnos..., a liquidarnos, como en la peli *Solo ante el peligro*... Pero tú no estás solo, estás conmigo. ¿Por dónde vienen?

Me pregunta, esperando una respuesta inteligente. No digo nada. No sé qué decir. Y él me mira fijamente. Y habla mucho más despacio:

—Por las curvas del río Manzanares. ¿Por dónde van a venir, si no? ¿Y cómo son las curvas del río Manzanares?

Ahora sí tengo una buena respuesta.

—Malas, fatales. Están llenas de socavones, y a veces son muy estrechas... y muy cerradas, con muy mala visibilidad. Además, no tienen quitamiedos. Lo peor es cuando te encuentras de golpe un coche en sentido

contrario. Hay que frenar y tener mucho cuidado. Yo, siempre que puedo, voy por otro camino... Por cierto, hay un coche en el fondo del barranco que debió de caerse hace bastante tiempo.

Le ha gustado mi respuesta y aplaude entusiasmado, y yo me animo, sin saber muy bien por qué.

—Eso es... Y los coches van muy despacio... Ellos, los malos, no conocen el camino... Son treinta y tres curvas. Sí, no me mires así, son treinta y tres curvas, las he contado. Y las hay muy, muy peligrosas... Está atardeciendo. A la salida de una curva, el sol deslumbra al conductor, instintivamente pisa el pedal del freno. El coche derrapa, algunas piedras caen al fondo del barranco. El conductor aminora la velocidad... No le gusta nada el camino... Cada vez va más despacio.

Álex, ahora, me cuenta su plan como si fuera una película de misterio.

—Y entonces ven el puente que atraviesa el barranco. El conductor para. Piensa que el coche no va a caber por ahí. No sabe qué hacer. Dar marcha atrás es todavía más peligroso. Así que, finalmente, arranca el coche, y lentamente empiezan a atravesar el puente del diablo... Ya sabes, ese tan estrecho, por el que solo cabe un coche.

—Ya, ya..., lo conozco. Impresiona.

—El puente del diablo... Ya lo creo que impresiona. Bueno, pasan el puente. Podían caerse al barranco y, entonces, ya estaría todo solucionado, pero lo más seguro es que no se caigan. Todos respiran aliviados... Los malos, ¿entiendes?

—Sí, claro que lo entiendo.

—Y, entonces, llegan a la curva más cerrada de todas... Es la más cerrada, ¿no?

—Terriblemente cerrada... —le digo, aunque realmente no sé de qué curva me está hablando.

—Y me descubren tirado en la carretera... No saben qué hacer... Dudan. Es el efecto sorpresa, ¿entiendes? Te hablé el otro día del efecto sorpresa, ¿te acuerdas?

—Sí, claro... ¿Y qué haces tú tirado en la carretera?

—Eso es parte del plan... Yo estoy tirado en la carretera haciéndome el muerto para que ellos paren el coche justo en el cruce con la carretera cortada. ¿Lo entiendes o no lo entiendes?...

—Sí... No sé. O sea, que estás tirado en medio de la carretera.

—Sí. Bueno, sigo... Y ellos, entonces, te pregunto, ¿qué van a hacer al verme tirado?

Vuelve a mirarme de forma desafiante, como diciendo: «¿Qué te parece mi plan?».

—Pasan por encima de ti... —le digo—. Eso es lo que van a hacer. Y se acabó el plan.

—Pero no pueden hacer eso... Soy un niño.

—Ya lo creo que pueden... Son los malos, ¿no te acuerdas?

Mi respuesta no le ha gustado. Busca una solución de emergencia... y no la encuentra. Así que trata de ganar tiempo mientras se le ocurre algo diferente.

—Vale, son los malos, y los malos no paran el coche porque haya un niño tirado en la carretera... Los malos no socorren a los niños... Es eso lo que me quieres decir, ¿no?

—Sí, más o menos.

—Pero si paran... Ya lo sé, la probabilidad de que paren es del cincuenta por ciento. Si no paran, me atropellan y me matan... Y claro, si me matan... pues es un desastre de plan. Hay que descartarlo... Bueno..., imaginemos que no me matan, ¿vale?... Me ven y paran... ¿Vale? Y entonces... ¿qué?

Vuelve a mirarme, aunque le veo menos convencido.

—Entonces ¿qué? —le pregunto.

—Tú sales a toda velocidad de la carretera cortada y les envistes con el Land Rover del abuelo y los mandas al fondo del barranco. Y se acabó... Los malos, *kaputt*.

—Los malos, *kaputt*... Ya lo entiendo, y me gusta... Un plan estupendo, Álex. Si sale mal..., tú, *kaputt*... Bueno, hay una probabilidad del cincuenta por ciento, pero si sale bien..., genial.

Ahora soy yo el que le mira y le veo lleno de dudas. No sabe si estoy hablando en serio o en broma.

—No sé. Tengo que darle vueltas al asunto, pequeños cabos sueltos... —dice—. El cincuenta por ciento es como cara o cruz..., ¿no? ¿Tienes una moneda?

Álex entra en la casa, y creo que ya no le gusta demasiado su plan. A mí sí, con algunos cambios, me encanta. Álex tirado en la carretera, suprimido, pero

si descubriesen que yo les he enviado el «regalo», y viniesen a por mí por las curvas del río Manzanares..., y, por algún motivo, parasen el coche en el cruce con la carreta cortada, y el Land Rover del abuelo aún funcionara, y yo estuviera allí, esperando, y lo arrancase y le metiera todo el gas posible... Sería el plan definitivo. Ni cartas, ni periódicos... Ojo por ojo, y diente por diente. Los malos, *kaputt*, en el fondo del barranco.

—He tirado la moneda diez veces..., seis cara y cuatro cruz... ¿Cómo lo ves?

ONCE

UNA PECERA ENTRE DOS PISOS...

Ocho días después de la muerte de Ricardo, murió mi padre. Apareció en el ascensor de casa, entre dos pisos. Los ojos muy abiertos, espantados. Los médicos dijeron que había sido un infarto. Pero yo supe que había sido Chema... Que mi padre era el segundo de la lista. No le hizo falta atropellarle. Imagino lo que pasó:

Mi padre se baja del coche oficial y entra en el portal de casa. El conserje le saluda ceremonioso. Llama al ascensor, y espera unos segundos; cuando el ascensor llega, abre las puertas de cristal, y pasa al interior, y cuando va a cerrarlas, alguien se lo impide, alguien que entra, y luego cierra, alguien que él conoce muy bien. Ese hombre es el que pulsa el botón del sexto piso. Y le mira, solo le mira, quizá le recuerda los nombres de las personas que el grupo ha asesinado, quizá tiene un arma y el plan es dispararle en la cabeza, pero no hace falta. Mi padre no puede soportar la mirada de ese hombre, su tristeza, su determinación, su dolor. Busca las medicinas en los bolsillos, no las encuentra. Le falta el aire... El ascensor sigue subiendo muy despacio, mi padre no es capaz de pedir ayuda, el hombre que le acompaña guarda silencio, mi padre balbucea palabras ininteligibles..., perdón, clemencia, odio. No obtiene ninguna respuesta. Mi padre muere con los ojos abiertos, espantados, entre el piso quinto y sexto. Su cadáver se podía ver desde la escalera, tirado en el suelo, la espalda contra la pared de madera del ascensor, la frente apoyada en el cristal, la boca abierta. Un vecino pulsó la alarma. El conserje subió corriendo al escuchar las voces cada vez más destempladas. Luego llamaron a casa, fueron golpes fuertes contra la puerta. No pulsaron el timbre. Salí alarmado, no entendía muy bien lo que me decían. Subí corriendo las

escaleras y le vi a través de las paredes de cristal. Por fin mi padre había muerto. Mi deseo se había cumplido. Y, sin embargo, no me sentía feliz, ni liberado, sino todo lo contrario, vacío, desarmado, perdido..., huérfano.

El informe del forense dictaminó que había fallecido de muerte natural, un infarto, incompatible con la vida.

El funeral, el entierro, los pésames, los amigos, las palabras cariñosas, los abrazos, los recuerdos... Y odio, cada vez más odio, y más deseo de venganza. El grupo tenía miedo.

Después del entierro llego a casa, cierro la puerta. Apoyo la espalda contra la pared, y solo escucho mi respiración, y el tictac del reloj de pared del salón. Ahora sí, ahora estoy totalmente solo. Paso varios días sin salir a la calle, apenas como. No tengo hambre. Ya no puedo odiar a mi padre, y eso me deja desarmado. Vacío un par de botellas de whisky. Mi aspecto es horroroso. No puedo dejar de pensar en él, en su muerte dentro de esa pequeña pecera, con la boca abierta, tratando de respirar. La cabina del ascensor entre dos pisos, la puerta entreabierta, expuesto a las miradas de los curiosos.

Nos hemos odiado, padre. Nos hemos odiado tanto, tanta incomprensión y tanta soledad. Híela la sangre saber que solo el odio y el rencor han anidado dentro de ti. Por eso yo tengo que escapar; aún estoy a tiempo. Tengo que recomenzar, reinventarme, dar la vuelta a mi vida. Echar fuera toda la mierda que me impregna, pero no sé si me dará tiempo. Ricardo ha sido el primero, ocho días después, tú, el segundo. Quizá ahora sea mi turno.

Abro una nueva botella y tiro las otras a la basura. Me lavo la cara, y en ese instante, cuando veo mi rostro reflejado en el espejo..., siento miedo, pienso que a lo mejor no estoy tan solo, quizá alguien está pendiente de mí, de lo que hago. Me observa, me vigila desde los balcones de enfrente. Anota en una libreta todos mis movimientos, mis costumbres, las horas a las que me levanto, cuándo salgo a la calle, todo. Me acerco al balcón, retiro discretamente el visillo. Estoy nervioso. No veo a nadie en los balcones de enfrente, pero puede estar escondido, como yo... Suena el teléfono y no me sobresalto, lo estaba esperando. Pienso que ha tardado demasiado... No me muevo, sigo mirando a través de los cristales del balcón y veo mi reflejo desvaído. Estoy demacrado, pálido, con grandes ojeras. Me paso la mano por la cara. Deja de sonar el teléfono. No respiro aliviado, y hago bien, porque en pocos segundos vuelvo a oír el repiqueteo de esa llamada que no quiero

contestar, de esa llamada que me enfrentará a mi destino.

Descuelgo. No digo nada, solo espero en silencio...

«Hola, Alejandro, siento la muerte de tu padre, pero era inevitable... Ya hay dos nombres tachados en la lista, ahora falta el tercero.»

No respondo. Me quedo con el auricular en la mano; finalmente cuelgo. Me toca esperar. Quizá unas horas, o un día, o una semana... Quién sabe. No sé si tengo miedo. No sé si me he vuelto insensible a la muerte... No sé si quiero seguir viviendo.

Pasan unos segundos, unos minutos, horas, días... Ya no me quedan botellas que vaciar. Nadie va a salvarme, y eso me desasosiega. A nadie le importo. Mi hermana quizá haya leído la noticia de la muerte de nuestro padre, pero tampoco vendrá a salvarme, no me lo merezco.

Mi casa empieza a parecerse a la casa de la película *Repulsión*... Incluso puede que haya un grifo goteando, y restos de comida sobre la mesa de la cocina, y moscas, cucarachas... Y por fin me enfrento a la realidad.

Nunca sabré cuándo Chema decidirá matarme. Esa es la verdad, así que debo seguir viviendo. Una vida de mierda, y está bien, me merezco una vida así.

Y, de repente, me acuerdo de Silvia... Y la llamo por teléfono, y sé que no debo hacerlo... Y hablamos, y me siento bien, y quedo con ella para dar una vuelta y charlar... Es una cita. Y ella me dice que sí.

Abro los balcones y las ventanas de par en par, como hacíamos la noche de fin de año, cuando vivía con nosotros mi madre.

«Que se airee la casa, que se renueve, que se vayan los malos espíritus.» Eso decía ella.

Me enfrento a los armarios llenos con la ropa de mi padre. A los cajones cerrados con llave, a sus secretos, siempre inaccesibles para mí, y que ahora tengo a mi alcance. Y no sé por qué, de repente, me doy cuenta de que estoy buscando alguna pista que me lleve hasta mi madre, una carta, un mensaje oculto en el fondo de un armario, en la ranura de la pared. Pero no encuentro nada. Es como si mi madre solo hubiese sido fruto de mi imaginación. No ha quedado en esta casa muerta nada, ninguna huella de su vida. Siempre imaginé que me habría escrito infinidad de cartas, explicándome todo, contándome un plan infalible para reunirse conmigo, para burlar la vigilancia de nuestro carcelero. Revuelvo más papeles, las carpetas de mi padre, los ficheros,

documentación sobre el grupo... Datos, fechas, nombres. Me revuelve el estómago leerlo, pero lo hago. No encuentro nada que me conduzca hasta ella. Busco en el dormitorio, voy poniendo la ropa de mi padre sobre la cama... Colores negros, grises, azules oscuros... Nada. Nada en los armarios ordenados, pulcros, fríos. Vuelvo al despacho; los cajones de su mesa abiertos, las puertas de la librería de par en par... Documentos y más documentos que no me interesan. Y, de repente, veo un pequeño maletín de viaje en el fondo de la librería. Me había pasado desapercibido; lo abro, y lo primero que descubro es un pañuelo de seda, un pañuelo... verde musgo.

Mi madre baila en el salón, descalza, y ondea un pañuelo que se queda suspendido en el aire... Es su pañuelo preferido, verde musgo con unos suaves trazos desdibujados, como si fueran tallos de una planta disuelta en el espacio. Hojas empujadas por el viento, flotando... Y entonces mi madre se gira y repite las últimas palabras que Isadora Duncan dijo antes de subir al coche donde murió estrangulada:

«Adiós, amigos, me voy a la gloria... Me voy al amor.»

Mi madre me hablaba con frecuencia de Isadora.

—Me hubiera gustado tocar para ella, cantar para ella... Sentir que sus movimientos nacían a la vez que mi música... Era una niña solitaria, ensimismada. Fascinada por el mar, por el movimiento de las olas..., como sus manos, como sus brazos desnudos..., como sus pies andando por la playa, sintiendo el frío del agua... La chalina flotando avivada por la brisa del mar... La influencia del mar, la libertad, la infancia...

«¿Sabes, Alejandro?, yo fui una niña feliz, muy feliz. Fui una niña libre. Mis padres eran maravillosos... Y tú, Alejandro, ¿eres feliz? Tienes que serlo al precio que sea.»

El pañuelo huele a ella, a su perfume, suave y ligeramente dulce. Lanza el pañuelo al aire y cae mansamente como una pluma. Me lo pongo alrededor del cuello. En el maletín también hay una billetera antigua, gastada; es de mi padre, dentro hay un sobre azulado. No me atrevo a cogerlo. Me tiemblan las manos. Es una carta dirigida a Paloma y a mí.

Calle Fernando VI, número 27, Madrid.

Y, en ese momento, estoy seguro de que es una carta de mi madre, de que esa es su letra. El sobre está vacío y roto. El nombre del remitente y el matasellos han desaparecido. Busco nuevamente dentro de ese pequeño

maletín. No hay nada más. Revuelvo entre los papeles. Abro las mismas carpetas, una y otra vez, y me desespero, y me entran unas terribles ganas de gritar. Nada, no hay ninguna señal más de mi madre. Solo su pañuelo rodeando mi cuello. Imagino sus cartas perdidas, muertas, llenas de palabras de amor que no llegaron a ninguna parte. Mi padre debió de destruirlas una a una. Seguramente ni las leyó, pero un sobre, solo un sobre roto, vació, me hace creer que mi madre se acordó de nosotros. En algún momento... Un sobre vacío y un pañuelo verde musgo, de seda, esas son las únicas señales que han quedado de mi madre en esta casa.

Ahora, mientras doy un paseo por el jardín cuando está a punto de atardecer y empieza a correr una brisa que me ha obligado a ponerme el jersey gris de cuello vuelto, me doy cuenta de que yo ahora soy más mayor que tú. Es curioso, en mi recuerdo eres tan joven, tan divertida... Así te recuerdo yo, pero igual todo es fruto de mi imaginación. No sé lo que me contará Isabel. No sé si quiero saberlo. Igual me llevo una sorpresa desagradable. Igual me doy cuenta de que nunca me has querido... Que Paloma y yo no hemos significado nada para ti... Que nos olvidaste enseguida... Que empezaste una nueva vida y has sido feliz sin nosotros... Que tuviste un accidente... y que el avión en el que ibas se estrelló.

Recuerdo que tenía quince años recién cumplidos y estaba dibujando en el cuarto de baño cuando entró Paloma. La vi a través del espejo y me sobresalté... Era como si tú hubieras regresado de repente.

—Quédate quieta un momento, por favor. No te muevas...

Comencé una página nueva de mi bloc. Y no sé por qué, lo primero que dibujé fue su nariz.

—¿Qué pasa? Tengo prisa, Alejandro —dijo Paloma.

Seguía viendo a mi hermana a través del espejo... Y era genial... La misma nariz, el mismo pelo, la misma forma de moverse. Y la luz de la ventana reflejándose sobre sus hombros.

—Tengo que peinarme... Y voy a llegar tarde. Además, no encuentro mi reloj...

—Cada vez te pareces más a mamá... Es solo un segundo, ¿vale?...

—Alejandro, eres muy pesado. Tenemos que hablar... Bueno, la verdad es que ya lo hemos hablado mil veces, pero te entra por un oído y te sale por el otro.

—¿Qué pasa? —le dije—. Si no voy a tardar nada... Es un esbozo... Luego lo termino en mi habitación. —Seguí dibujando.

—Ya no eres un niño, Alejandro. Tienes bigote, como es rubio no se te nota demasiado, pero lo tienes.

—Sí, es verdad... Alguna vez he pensado en afeitármelo... ¿Crees que debo afeitármelo?

—No... Bueno, no lo sé... No es de tu bigote de lo que quiero hablar... No te enfades, ¿vale?...

—¿Ha pasado algo? ¿He hecho algo mal?

—No, no pasa nada... Bueno, sí pasa... Te sigues acordando de mamá, ¿verdad?

Se sentó en la bañera. Desapareció su imagen del espejo, y yo dejé de dibujar.

—Sí, a veces, claro... Es normal, ¿no?

—Yo también me acuerdo... Pero han pasado siete años, ¿sabes?... Al principio, pensé que podía volver, como tú, pero ya no... Hace mucho que dejé de pensar eso... No sé si ha muerto o no ha muerto. No tengo ni idea... Pero creo que ya da igual... Se fue... Y nos dejó aquí con papá... Y él, a su manera, cuida de nosotros...

—Ya lo sé. Siete años y...

—No me digas las semanas, los días y las horas, ¿vale?

Nos reímos. Ella sabía que, en eso, era bastante maniático.

—¿Nunca has imaginado dónde puede estar? Quiero decir, ahora, en este momento. ¿Estará dando un concierto? ¿Saliendo de su casa en Buenos Aires? ¿Estará viajando en un avión? ¿A lo mejor vive cerca de nosotros, pero no se atreve a visitarnos? Nos espía a la salida del colegio... Ha perdido la memoria...

—Vale... Una historia de la pobre mamá que ha abandonado a sus hijos y que vaga de un lado a otro porque no recuerda su pasado. Como un cuento de Dickens. Claro que me acuerdo de ella, pero... no imagino nada especial. Ojalá sea feliz, allí donde esté, y si ha muerto, como dice papa, pues que descance en paz... No le guardo rencor.

—Entendido... No más dibujos de mamá. Es eso, ¿no?

—Vive tu vida, Alejandro. Échate una novia. Llévala al cine. Olvídala un

poco.

—«Ríe siempre milonguera, pensando en cosas que no pueden ser... Corre un velo a tu pasado.»

—¿Qué? —me dice, y pone cara de que no ha entendido nada de nada. Se lo vuelvo a repetir...

—¿Te contó alguna vez mamá que conoció en Buenos Aires a un cantante de tangos? El Polaco, así se llamaba.

—Ah, el Polaco... Tienes razón. Sí, me lo contó... Qué memoria tienes.

—Roberto Goyeneche, *el Polaco*. Hace tiempo, mucho tiempo, le escribí una carta... No te enfades... Fue hace casi dos años... Entonces era solo un niño.

—¿Qué le escribiste? Pero ¿qué dices? Estás loco, Alejandro.

Mi hermana sonrió sorprendida, y yo también. Se muerde el labio inferior... Y no le digo que ese gesto también es de mamá.

—Era un niño.

—Ya, un niño muy raro... Perdona, perdona... «Raro»..., tachado, borrado... ¿Vale?

—Vale. No me contestó... Es que imaginé que mamá se había ido a Argentina para encontrarse con él... Y vivir juntos una loca aventura... Y que iban de gira por toda América.

—Pero ¿sabías las señas?

—No..., pero puse en el sobre su nombre: Roberto Goyeneche, *el Polaco*, y debajo añadí: «El mejor cantante de tangos de toda Argentina». Pensé que me iba a contestar.

—La querías muchísimo, ¿verdad?

—Con toda mi alma... Demasiado, supongo.

—Era increíble, sorprendente... Tan distinta a papá... Pero nos dejó, así que ha llegado el momento de pasar página.

—De acuerdo... No más dibujos, ni apuntes, ni acuarelas, ni nada de nada. Me echo una novia y voy al cine con ella. Y fumar, ¿puedo ya fumar?

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy pesado?

—Sí... ¿Te han dicho alguna vez que eres la mejor hermana del mundo?

Paloma me abraza y mira los pocos trazos que hay en la lámina del bloc.

—Serás un dibujante increíble... Se me ha hecho tarde... Y cuándo no,

¿verdad?

Sale corriendo del baño. Y yo me quedo mirando el dibujo y entiendo a mi hermana. Y sé que tengo que olvidarme, aunque sea solo un poco... Y sé que va a ser muy difícil. Tengo el impulso de romper la hoja, pero no lo hago, y sigo dibujando. Terminó la nariz, y sigo por el labio superior... en forma de corazón.

A veces pienso que el cariño que siento por mi madre no es natural. Y eso me inquieta... A veces pienso que es turbio..., desmedido. Quizá mi madre se marchó huyendo de mí, de mi obsesión. Recuerdo que cuando era adolescente, tuve un sueño recurrente... Una bañera luminosa en medio de un espacio oscuro, indeterminado. Sobre la bañera caía una luz irreal, hipnótica... Una bañera llena de espuma azulada. Me gustaba cómo empezaba el sueño: la bañera, la luz mágica, y mi madre sumergida en ese mar de espuma, fumando tranquilamente. Me fascinaba ver fumar a mi madre, cómo encendía el cigarrillo y se lo llevaba a los labios... Movía las manos de una manera especial. Sus manos nunca se podían quedar calladas, siempre estaban enviando mensajes secretos que yo solo era capaz de descifrar. Podía verle la cabeza sobresaliendo por el borde de la bañera, el pelo recogido en un moño desordenado, y el arranque del cuello, y los hombros desnudos... Hacía volutas de humo que se quedaban suspendidas en el aire, flotando, como la niebla que inunda cada uno de mis cuadros... Luego se deshacían y, entonces, ella desaparecía. Siempre ocurría lo mismo: su mano derecha conducía el cigarrillo hasta sus labios entreabiertos; y se quedaba allí un instante, detenida, después mi madre exhalaba el humo que iba inundándolo todo y se hundía en el agua turbia sin que yo pudiera hacer nada. Yo sabía que eso iba a ocurrir, pero no reaccionaba a tiempo. Solo era capaz de observar. Entonces, cuando dejaba de verla, me asustaba imaginando que se había ahogado, y la buscaba metiendo los brazos dentro del agua, pero no estaba allí... Y la llamaba desesperadamente, pero todo era inútil. Me despertaba inquieto y me acordaba de un amigo de la universidad, capaz de dominar el relato de los sueños. Y pensaba: «En alguna ocasión tengo que conseguir cambiar el final». Controlar los sueños sigue siendo para mí imposible.

La bañera espumosa y asfixiante permaneció durante mucho tiempo como un elemento fundamental de mis sueños, que luego se fue transformando; a veces era menos luminosa y más cutre... Una cortina de plástico translúcida, y

la silueta de una mujer mayor, extraña, con un cuchillo en la mano que entraba al cuarto de baño, donde la maravillosa Janet Leigh estaba duchándose, ajena a todo. El agua cayendo sobre su rostro. La sombra amenazadora que se acerca. Y yo, durante un segundo, pienso que la mujer que se está duchando es mi madre, y no hago nada, no soy capaz de gritar, ni de avisarle... Solo miro... Una cuchillada, otra y otra. El desagüe teñido del color oscuro de la sangre, en blanco y negro. La cortina desenganchándose de la barra que la sujetaba. Era una escena desasosegante. Sobre todo me impresionaba el sonido del agua y ese desagüe capaz de engullir la vida... Y el sonido chirriante y reiterativo de la música destemplada, mientras ese cuchillo enorme subía y bajaba, hundiéndose en el cuerpo de esa mujer, en el cuerpo de mi madre. Quizá lo que deseo es que esté muerta. Imaginarla muerta me tranquiliza... Qué locura, ¿no? Así no puede ser de nadie, mía tampoco... Una puta locura. Quizá mañana sepa la verdad.

DOCE

SENTADO, DESNUDO, EN EL BORDE DE LA CAMA

Silvia y yo nos volvimos a ver más veces. Íbamos al cine, o a dar una vuelta y tomar una cerveza. Y también volvimos al Museo Sorolla. A través de ella, fui conociendo cada vez mejor a Dámaso. Estudiaba Bellas Artes y estaba preparando una pequeña exposición en la galería de un amigo... Dibujos del natural, a carboncillo y a sanguina. Los estuvimos viendo una tarde en su casa. Era una colección de escenas cotidianas, sencillas. La mayoría desnudos, en los que él, muchas veces, era el artista y el modelo... Levantándose de la cama, sábanas arrugadas, la mano sobre la almohada, el pelo desordenado... Asomándose a la ventana, de espaldas, huesos largos y delgados, frágiles, cintura estrecha... Desayunando, y sobre su hombro la mano de alguien al que no vemos. Solo había dos apuntes de Silvia, también eran desnudos... Recogiéndose el pelo delante de un espejo, como mi dibujo inacabado de Paloma. Y el otro apunte era de los dos... sentados en el suelo, apoyados en la pared, las rodillas recogidas sobre el pecho, y aguantando la risa. Era un dibujo muy hermoso. Se parecían tanto. Las manos de ella las había trabajado con detalle, las de él solo estaban esbozadas. Hablamos de que podíamos intentar hacer realidad esa exposición. Le gustó la idea.

Y seguimos viéndonos, y quedamos un día para ir al Museo Sorolla, y apareció Tito, y me amenazó, y me golpeó contra la verja del museo, y me llamó maricón... Y, a ella, se lo hicieron pasar mal, simularon un robo y la arrastraron por el suelo... Y, entonces, decidimos irnos fuera de Madrid... Lejos.

—No conozco Lisboa —me dijo.

—Yo tampoco —le contesté—. La descubriremos juntos...

Y sí, la descubrimos. Y jamás he olvidado los lugares en los que vivimos, donde fuimos inmensamente felices.

No he olvidado el café Martinho da Arcada. Un lugar amplio, pero acogedor, donde nos tomamos dos pasteles de nata, de esos que no se pueden olvidar, y un café delicioso con espuma. Si cierro los ojos aún puedo oler ese café. Y recuerdo un pequeño restaurante donde fuimos a cenar, O Chiado, en el Barrio Bajo. Estábamos a punto de pedir el postre, yo estaba mirando la carta para ver si había alguna sorpresa casera y deliciosamente dulce. Siempre he sido muy goloso. Silvia, por un instante, se quedó callada, mirándome, y me dijo:

—¿Cuándo te diste cuenta de que te atraían los hombres? ¿Te molesta que hablemos de eso?

—No... Un poco... —Le mentí, porque la verdad es que es un tema tabú, del que no he hablado con nadie. Su pregunta, además, me pilló desprevenido. Por un momento sentí que me turbaba... No sabía qué decirle.

—Dejémoslo, ¿vale? He sido muy inoportuna... Siempre lo soy... Inoportuna y metepatas. Estábamos tan a gusto, y voy y lo fastidio.

—No has fastidiado nada... Alguna vez tenía que ser la primera, ¿no?... Pero no me va a resultar fácil... Es algo que llevo encerrado muy dentro desde hace mucho tiempo... Y que me arrastra a la culpa, al miedo..., a la vergüenza.

—Debe de ser jodido, al principio..., ¿no? Vamos, quiero decir...

No puedo evitar sonreír al ver la cara que pone.

—Sé lo que quieres decir. Y sí, es muy jodido...

Nos reímos, y bebemos un sorbo de vino.

—Todos tus amigos, desde el colegio, hablando de tías, de qué tetas tiene Marta..., y te sientes diferente... Tienes que improvisar... Jugar a mimetizarte, a pasar desapercibido... Un día, un amigo llevó al colegio unas fotografías de mujeres desnudas, en blanco y negro. Se armó un buen alboroto. Y piensas que es una putada, que ojalá te excitara ver a esas mujeres, pero no... Entré al váter con una de esas fotos... Todos lo hacían... Y salían diciendo que había sido la bomba... Al cerrar la puerta... Lo intenté, pero no dio resultado, y me puse a llorar. Ya te darás cuenta con el tiempo de que soy muy llorón.

—No ha sido buena idea... Perdóname...

Revivo ese momento con todo detalle, puedo escuchar las voces de mis

amigos, el temblor de mi mano sujetando la fotografía.

—Metido en el váter, con los compañeros jaleándote fuera, piensas que estás nervioso, que todo son imaginaciones tuyas... Y que eres normal, como los demás..., pero diferente. Siempre he sido diferente, raro... Mi hermana me tenía prohibido utilizar la palabra «raro». Decía que era como todos los chicos... Bueno, ella decía que yo era maravilloso... y que los demás eran unos inmaduros... La verdad es que he tenido pocos amigos...

—Me gusta tu hermana.

—Os llevaríais muy bien.

—Eso de no ser como la mayoría es un problema... Además, asusta... A mi hermano le asustaba.

Silvia, con frecuencia, habla de Dámaso, como si se aferrara a la idea de que no va a olvidarlo jamás, de que lo tiene que tener siempre presente. Y su recuerdo me hace daño, pero lo entiendo, y trato de que no me afecte demasiado.

—Al salir del váter, dije que había sido la hostia... como habían dicho todos. ¿Un poco de vino?

—Sí... Ya nos hemos tomado una botella.

—Es lo que tiene el vino blanco y muy frío... Estás guapísima.

—Gracias.

Llamo al camarero y pido otra botella. Y me doy cuenta de que mi vida, desde siempre, ha sido una gran mentira, y que me he acostumbrado a vivir así. Me da miedo incluir a Silvia en ese mundo falso, donde nada es lo que parece.

—¿Has hecho el amor? Perdona..., no me contestes si no quieres, por favor... Lo siento... Bórralo.

Eso es lo que hubiese dicho mi madre: «Borrado». Me gusta la espontaneidad de Silvia, su sinceridad. A pesar de todo su dolor, está llena de vida.

—Deja de pedirme perdón... No, no he hecho el amor con ningún hombre, si es eso lo que quieres saber. Pero lo he imaginado muchas veces, y también lo he deseado... No me he atrevido... Eso es todo.

Y recuerdo una noche, en la Escuela de Arquitectura... Estábamos encajando *El Discóbolo*. Es una escultura complicada. A la mayoría se le caía.

La dibujaban y parecía a punto de caerse fuera del papel. A mí, no. Un compañero se acercó y se quedó mirando mientras yo estaba trabajando las luces y las sombras, carboncillo grueso y muy blando, y un trozo de tela. Luego sería el momento de utilizar la goma y el perfilador. Se acercó mucho al trípode y me dijo: «Voy al baño». Y se fue. Me quedé helado. Yo también me había fijado en él, pero nunca me habría atrevido a decirle nada. Llevaba mi homosexualidad con total discreción. Quise seguir dibujando, pero no pude. Fui al baño también. Me esperaba sentado en la taza del váter. Me quedé mirándole sin saber qué coño estaba haciendo allí. Me sonrió: «Anda, pasa, y cierra la puerta». Lo hice... «Eres guapísimo», me dijo... «Me pones a mil.» Se acercó y me besó con fiereza en los labios; yo no respondí a ese beso robado, y que no me esperaba, aunque lo desease... Sentí que el calor inundaba mi cuerpo, y le besé yo también. Luego me bajó la cremallera de la bragueta y me dijo: «Te voy a hacer una mamada que no vas a olvidar en tu puta vida».

En el cuaderno marrón dibujé la puerta de los lavabos de Arquitectura y un chico joven de espaldas, y otro al fondo, mirando. No me atreví a ser más explícito.

—Soy una entrometida... Eso decía mi hermano... Confesión por confesión: yo sí he hecho el amor con otros hombres. Pero creo que nunca he estado enamorada de verdad. Ninguno de ellos me movió el alma... Pero me lo pasé bien. Ahora parezco frívola, ¿no?

—¿Por qué no serás un chico?... Es broma.

—Puedo ser un chico si tú quieres.

Sonríe. Me coge la mano y me acaricia.

—¿Muchos hombres?... Perdona, yo también tengo curiosidad.

—Estamos conociéndonos, ¿no?... Una pregunta cada uno..., puede ser un juego excitante.

—Vale... Repito la pregunta: ¿muchos hombres?

—Algunos..., pocos... Dos... —Y sonrío cómplice. Bebe el vino que le queda en la copa y la deja sobre la mesa. Me mira.

—¿Brindamos?

—Vale... —Le sirvo vino.

—Por nuestra amistad... —Chocamos las copas.

—Y si me enamoro de ti, ¿qué hacemos? —me dice, mirándome a los ojos. Y reconozco que es bellísima, dulce, enigmática y bastante atrevida.

—No sé qué decirte. Tienes el don de dejarme sin palabras.

—Alejandro, no quiero perder tu amistad. Eso está por encima de todo... Podemos ser amigos eternos... Pero ¿sabes?... Llevaba tanto tiempo anclada al pasado, sin ser capaz de reaccionar, como si aún estuviera KO y no quisiera levantarme del suelo... y solo deseara seguir tirada, como si estuviese muerta... Disfrutando con el embotamiento de mi cabeza... Sintiéndome culpable si hago planes, si pienso en el futuro, si me río, si, por un momento, me olvido de Dámaso... Estaba tan cansada, tan desorientada... Y de repente, apareces tú, y te veo cada día a mi lado..., y pienso que me gustaría compartir mi vida contigo... Y me siento culpable por pensar eso.

Me mira esperando que diga algo. Cojo la copa de vino y bebo un trago... Y pienso que yo también me siento culpable cada vez que me olvido de mi pasado, pero, a veces, lo consigo, y engaño a los remordimientos.

—Ya sé que no te sientes atraído por mí..., quiero decir...

Le da vergüenza hablar de mis inclinaciones sexuales, pero es sincera, y dice lo que piensa... Y lo dice sin querer hacer daño.

—... como mujer. Pero quién sabe, ¿no? A lo mejor eres bisexual.

Suelto una carcajada y ella también.

—Es el vino blanco. Yo no soy así.

—Claro que eres así, y me gusta que seas así... Me atraes... Eres una mujer maravillosa. Yo también siento por ti algo que aún no tengo muy claro, que no soy capaz de descifrar, y que no había sentido antes por otras mujeres... Conocerte, vivir contigo todos estos días... ha dado sentido a mi vida. Yo también tengo miedo de olvidar... También me siento culpable.

Y sé que nunca podré decirle por qué me siento tan culpable. Ese será mi gran secreto. Si algún día lo descubriera, su cariño se transformaría en odio, en asco...

Coge la copa de vino y se la queda mirando, luego da un trago largo. Y respira profundamente.

—Puede ser un juego, solo un juego, ¿vale? O todo, o nada... Estoy cansada de las camas separadas en los hoteles, de cerrar la puerta del baño cuando me ducho... De tener sueños muy especiales contigo y, luego, hacer como si nada, y tratarte como a un colega... ¿Te estás asustando? —me dice

— Yo también me estoy asustando al escucharme... Tengo fantasías sexuales contigo... Qué descarada soy, ¿no?... Estoy un poco piripi... Así que mañana podemos hacer como si hoy no te hubiera dicho nada.

—Ya, pero me lo has dicho... Y me desconcierta, y me gusta... Me halaga que te sientas atraída por mí... Es la primera vez que alguien me lo dice a la cara.

—Seguramente te parece más atractivo el conserje del hotel que yo.

Nos reímos nuevamente. Ella agacha la cabeza y la melena le tapa la cara.

—Cuando crees que no te veo le miras de un modo muy especial... Todo eso lo sé... y lo entiendo. Pero también sé que el amor no entiende de géneros, ni la pasión..., ni el deseo. Eso me gustaría pensar... ¿Amistad o sexo?... El vino me está volviendo loca, Alejandro. Loca por ti.

—Tendría que haber bebido un poco más para estar a tu altura... Definitivamente, estás ligando conmigo, ¿creo?

—Más o menos... Me he puesto este vestido de tirantes porque sé que con él soy irresistible. ¿Lo soy?

—Lo eres... O sea, que te estás insinuando.

—Sí... ¿Me das un beso?... Pero no de amigo, ¿vale?... Es un experimento... Pero tenemos que ser sinceros siempre... Prometido... Pase lo que pase.

—Prometido.

Silvia cierra los ojos. Me acerco a ella, le cojo suavemente la cara con las manos y le doy un beso en la boca, un beso suave y largo que me hace estremecer. Tiene los labios cálidos y me gusta sentir sus labios entre los míos... Quizá el amor, como dice Silvia, no entiende de géneros.

Esa noche seguimos bebiendo, y al llegar al hotel no miré al conserje. Bueno, la verdad es que por la noche solía estar un hombre mayor, y no el guapísimo Joao, que estaba por las mañanas. Cogimos el ascensor. Y Silvia me volvió a besar. Esa noche hicimos el amor. Ella fue la maestra de ceremonias, y consiguió que yo bajara la guardia, que disfrutara como nunca al sentir su piel sobre la mía, su perfume, sus manos recorriendo mi cuerpo, entregado a ella... Fue una noche sin culpa, sin crispación, sin urgencia. Quizá fue la noche más larga que he vivido despierto. Dormimos abrazados.

Se levantó antes que yo. Me despertó el sonido de la ducha. Me senté en el borde de la cama... Desnudo, como en el dibujo de Dámaso, la puerta del

baño estaba abierta... Sonreí, me acerqué a ella y la besé en la espalda, en el cuello. Nos abrazamos debajo del agua, y nos besamos, y sentí que me excitaba.

Borrado... Borrado... Todo lo que me hace daño... Borrado.

—Tengo un regalo para ti... Cierra los ojos...

Miro el cuerpo desnudo de Silvia a través del espejo del baño y le pongo alrededor del cuello el pañuelo de color verde musgo, el preferido de mi madre. Me gusta su imagen, frágil y vulnerable, la piel tan blanca y el pañuelo verde. Sus ojos, su cuello. Me sentía bien, muy bien... Y también me sentía sucio, asqueroso, indigno... Y trataba de quitarme esa sensación de la cabeza. Mis manos que habían golpeado a Dámaso. Esas mismas manos habían acariciado el cuerpo de Silvia. En mi cabeza se mezclaban las imágenes, la sangre de él, el sudor, la pasión de Silvia... El placer de abrazarla, y la locura, la aberración que estaba consumando. Tenía que escapar de una puta vez. No ahondar más en el daño... Desaparecer.

Nos quedamos en Portugal más tiempo del previsto. Y vivimos momentos mágicos. Silvia daba clases de francés, y yo hacía dibujos a los turistas en la playa de Cascais... Y hacíamos el amor a cualquier hora y en cualquier sitio. Una vez, cuando la abrazaba, cuando la besaba, su cara se transmutó en la de Chema... Y no me gustó. Luché contra esa imagen, contra ese deseo que ensuciaba nuestra relación. Era como si la estuviera engañando con él, aunque fuese solo con el pensamiento. Pero todo eso me turbaba. Me impedía ser feliz.

Lejos había quedado Madrid, el grupo... Una noche, cuando regresábamos a casa, empezó a quitarme la ropa en las escaleras, mientras no dejaba de reír. Llegamos a nuestra habitación casi desnudos, tuvimos la suerte de que no nos cruzamos con nadie... Y, como en las películas románticas, fuimos dejando un reguero de zapatillas, camisas por el suelo... Y volví a ver a Chema... A sentir que Chema era el que me desnudaba. Me aterrorizaba la idea de que ella se diera cuenta. Era como si fuese incapaz de disfrutar el momento, de vivir el regalo de unos meses maravillosos. Temía que volviesen mis obsesiones, que, por el momento, habían desaparecido, pero que sabía que podían regresar cuando menos me las esperase. Temía que Silvia se diera cuenta y que no las pudiera soportar.

Una mañana me habló de tener un hijo. Yo no supe que responderle. Me

gustó la idea y me aterró... ¿Sería un buen padre?... ¿o la defraudaría?... Quizá, un día, la abandonase... Quizá fuese un padre autoritario, lleno de miedos, y sobre todo, lleno de secretos inconfesables... ¿Qué estaba haciendo? ¿Hasta dónde iba a ser capaz de arrastrar a Silvia?

Y me olvidaba, borraba esos pensamientos, porque era feliz, hasta donde yo podía serlo. Y recuerdo conversaciones fragmentadas con Silvia... Proyectos de futuro y, sobre todo, la intensidad con la que vivíamos el presente. Durante un tiempo llegué a pensar que esta situación podía durar eternamente, y que los fantasmas y las mentiras se irían olvidando. Y me daba miedo acostumbrarme a esa felicidad que sabía que no merecía. Y, por eso, estaba alerta, tratando de mantener el control, porque yo sabía que toda esa falsa felicidad podía de golpe estallar por los aires. Y, por nada del mundo, quería herir a Silvia.

Eran cerca de las nueve de la noche, Silvia acababa de llegar de una de sus clases, venía contenta. Se quedó de pie delante de mí mirándome, sin decir nada, y empezó a desnudarse lentamente, mientras sonreía.

—Y tú..., ¿no vas a hacer nada? ¿Solo mirar?

Me acerqué a ella y me fui quitando también la ropa. Y nos quedamos de pie, uno enfrente del otro... Muy cerca. Y Silvia cerró los ojos y yo también... Y sentí sus dedos, sus manos recorriendo mi cuerpo, como si quisiera aprendérselo de memoria... Deteniéndose, sin prisa, en mis ojos, en los labios, en el cuello... Y se abrazó a mí, y entonces fueron sus labios los que bucearon más allá de mi piel... Silvia comenzó a moverse despacio, su cuerpo acariciando el mío, como si fuera una danza suave y excitante... Y abrió los ojos, y saltó sobre mí, y la cogí en brazos, y empezamos a dar vueltas y más vueltas por la habitación. Mi espalda contra la pared, apretando su cuerpo contra el mío. Haciendo el amor como nunca, o como siempre... Frenéticamente. Nos quedamos exhaustos, tirados en el suelo, uno al lado del otro... Mientras nuestra respiración se iba acompasando.

—Ahora has estado conmigo... —me dice, y sus palabras parecen una pequeña victoria, tranquila y sincera.

—Claro... No me lo podía perder.

—A veces, te lo pierdes... Un momento solo, ¿sabes?

—Sí...

—A veces..., no siempre, de repente te vas... Me abrazas muy fuerte, casi

me haces daño... Y te veo tan lejos... inalcanzable, y vuelves rápidamente y, otra vez, solo existo yo... Pero no sé de dónde vienes... No sé qué hace que tu mirada se llene de sombras... De dudas. Te veo sufrir... ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que estoy segura de que, poco a poco, solo estarás conmigo. Te quiero... Te quiero con toda mi alma... Y te deseo... Y quiero hacer el amor contigo a todas horas... No lo olvides... Soy la mujer de tu vida.

Se incorpora y se queda de rodillas a mi lado. No sé qué decir... Me pone su dedo índice en los labios y sonrío. Y me da tanta paz su sonrisa... Y grito... ¿Por qué no? ¿Por qué no? Y volvemos a hacer el amor... Ella sobre mí... Y esta vez me quedo con ella, solo con ella, con su cuerpo desnudo, sudoroso, con mis manos acariciándola, tratando de disipar sus dudas y las mías.

—Me voy a dar una ducha...

La felicidad es Silvia... Solo Silvia... Tengo que olvidar mi locura, mis obsesiones. Lo tengo que conseguir. Sigo tumbado en el suelo, cuando suena el teléfono. Descuelgo, y mis fantasmas, esos que quiero olvidar, aparecen de golpe, y yo no me sorprendo.

—Eres un asesino, Alejandro, no te olvides...

—¿Qué?...

—Un asesino...

—¿Qué quieres?... Dime... ¿Qué es lo que quieres? Ha pasado demasiado tiempo. ¿No vas a olvidar nunca?

No me contesta, pero puedo escuchar su respiración, como otras veces. Y sé que es Chema... Chema ha descubierto dónde estoy... Y su llamada es un nuevo aviso para que sepa que tenemos una deuda pendiente. Voy a colgar cuando me dice:

—Te espero en el Mirador de San Pedro de Alcántara. Es mejor que no tardes, y que vayas solo.

Le digo a Silvia que tengo que llevar un dibujo a un cliente y que no tardaré... Y, nada más decírselo, no sé si volveré a verla, y no sé por qué acudo a esa cita con Chema. Supongo que no puedo elegir. Cojo el funicular de color amarillo que sale de la plaza de los Restauradores. La cuesta que nos lleva del Barrio Baixo al Alto es muy pronunciada. El tranvía es pequeño. No vamos demasiadas personas. Las miro sin interés, ajeno a todo lo que pasa delante de mí. Mi felicidad, mi vida con Silvia, la posibilidad de cambiar, de

ser otra vez el que fui, pueden terminar esta noche, cuando el funicular se detenga en el Mirador. Quizá por fin, esta vez, vea a Chema. Quizá podamos hablar. Quizá me deje pedirle perdón... No lo sé.

Apenas hay gente en el Mirador; ya es tarde, hace tiempo que ha anochecido. No veo a Chema. Tampoco esperaba que estuviese sentado en un banco, esperándome. Estoy tranquilo; a lo mejor esta noche es la que Chema ha elegido para matarme, pero estoy tranquilo. Trataré de decirle que... No sé qué es lo que puedo decirle. Corre una suave brisa. Puedo ver una espectacular panorámica de la ciudad... A lo lejos las ventanas de las casas iluminadas, los edificios difuminados, plazas pequeñas y un tramo del río Tajo... Un paisaje hermoso. Sé que lo es, pero a mí, en ese momento, no me dice nada. Supongo que mi mirada carece del sentido del recuerdo. Mi abuelo Jorge me diría:

—Mira despacio, sin precipitarte... La pequeña plaza, la que parece de juguete... ¿La ves?

—Sí, la veo, pero está demasiado lejos.

—Faroles encendidos, sombras y luces, y unos niños jugando... ¿No es eso?

—Sí... Eso es...

—¿Y?

—No sé... Espero a Chema, abuelo, y sé que quiere matarme, que mató a Ricardo, y a mi padre... Bueno, eso no lo sé con certeza, pero lo imagino. Los dos murieron cerca de casa. Enseguida aparecieron amigos, conocidos que lloraron por ellos, pero si yo muero, aquí, en este momento... ¿Cuánto tiempo pasará hasta que alguien se atreva a acercarse?... Pensarán que soy un borracho, un vagabundo... Me mirarán y no serán capaces de verme... Solo tendrán ojos para ese pequeño recodo del río lleno de reflejos, de magia. Me hubiera gustado morir en otro sitio, ¿sabes? Me preocupa Silvia... Está terminando de ducharse. Esta noche íbamos a ir a cenar a un restaurante pequeño, cerca del puerto. Me espera, y quizá nunca más volvamos a vernos. Se asustará, no sabrá qué hacer, a quién acudir. Saldrá a buscarme por la ribera del río. Volverá a vivir el horror de la muerte, de la muerte irracional, inesperada.

—Hola, ¿qué haces aquí?

Salgo de mi ensimismamiento, y descubro, a mi lado, a Álex. Y me da

alegría verle... No es Chema el que me ha saludado... No he oído su voz, no... Ha sido Álex.

—Qué sorpresa, Álex; y tú, estás muy lejos de casa, ¿no?

—Sí, mi madre da un concierto en el Teatro Nacional, y he venido acompañándola... Siempre lo hago. Me gusta ir con ella, aunque, a veces, me toca dar vueltas y vueltas, cuando ensaya, o cuando tiene alguna reunión... Me dice que me quede, pero es un rollo, y me aburro... He bajado hasta el Tajo. Es increíble, ¿verdad? Parece el mar.

—Sí, ya lo creo... ¿Vais a estar muchos días?

—No lo sé. Con mi madre nunca se sabe... Esta noche estaba nerviosa. Trataba de disimular delante de mí, pero la conozco muy bien... Sé que pasa algo... Y eso puede querer decir que tendremos que irnos deprisa, sin despedirnos de nadie... Ella dice que le gusta viajar, conocer otros lugares, pero yo sé que estamos escapando... Llevamos mucho tiempo así.

Álex sale corriendo hacia unos columpios. Se sube en uno de ellos.

—¡Ven..., corre!

No sé qué hacer. No quiero poner en peligro la vida de Álex. No sé si Chema vendrá a la cita o no... Quizá esté escondido observándome. Quizá espera a que Álex se vaya.

—Corre. Es alucinante...

Álex se impulsa cada vez con más fuerza. El columpio va cogiendo altura... Parece que estuviese volando.

—Ten cuidado —le digo.

—¡Sin manos!

Y grita lleno de júbilo. Me da miedo que pueda caerse. Corro hacia los columpios.

—Bájate, Álex, por favor.

Álex no me hace caso. Se pone de pie en el columpio y abre los brazos en cruz.

—Por favor, para... Te vas a caer.

—Es increíble. ¡¡¡Increíble!!! Puedo volar... Puedo volar...

—Por favor, Álex, no hagas más locuras, baja, baja.

Me da miedo verle ahí arriba, balanceándose, pero tengo la certeza de que no va a caerse... A lo mejor es que Álex puede volar, y eso me tranquiliza. Y

me río de mi ocurrencia. El columpio va perdiendo velocidad... Ya casi está parado. Me siento en el otro columpio que hay al lado.

—¿Por qué no lo intentas? Es genial.

—Ya... No me atrevo. Además, tengo vértigo.

—Desde hace tiempo quiero decirte algo, pero no sé cómo hacerlo.

—Dime lo que quieras.

—Vale...

Se queda mirándome durante unos segundos, como si buscara las palabras adecuadas, y eso me sorprende, porque él es impulsivo y sincero.

—Tú no eres como ellos... Eso quería decirte desde hace mucho tiempo.

No entiendo qué es lo que quiere decirme. Pero me doy cuenta de que no es un juego, es algo importante para él. Por eso, quizá, se ha puesto muy serio... Y me desconcierta.

—¿Como quién? No sé qué quieres decir, Álex.

—Como tus amigos, con los que ibas antes... Porque, entonces, eran tus amigos, ¿no?

Noto mi respiración muy agitada. Sé muy bien de qué me habla, pero me sorprende que un niño me hable de esa manera... Tengo la certeza de que me conoce perfectamente, y me acepta tal y como soy.

—No te disgustes —me dice—. Eres diferente... Ellos son malos, ¿sabes? Malas personas... Hacen daño a la gente; tú también, hace tiempo, has hecho daño, pero no era lo mismo... Tú siempre actuabas como si interpretases un personaje... Un personaje terrible, claro... Ellos no... Ellos son así, y disfrutaban haciendo daño... No eres un asesino, ¿sabes?

—Claro que no soy un asesino... ¿Qué estás diciendo?

Oigo el sonido de un claxon. Álex se baja del columpio.

—Es mi madre. Me tengo que ir... Me gusta cómo eres ahora, ya no me das miedo. Has cambiado, lo has conseguido... Por eso soy tu amigo... Adiós.

Sale corriendo hacia un coche blanco que ha parado muy cerca. Los faros lanzan destellos. Alguien le llama.

—¡Álex..., Álex!

Es la voz de una mujer. Debe de ser su madre.

Álex se detiene delante del coche. Se vuelve hacia mí y grita muy fuerte:

—¡Adiós!!!

Sube al coche y los veo alejarse... Y empiezo a llorar como un imbécil. Me pongo de pie en el columpio y me doy impulso, primero lo hago con miedo, pero, poco a poco, me siento bien... Y consigo que el columpio se eleve más y más. Parece que pudiese alcanzar el cielo... Y, entonces, grito con todas mis fuerzas:

—¡No soy un asesino! ¡No soy un asesino!

Chema tampoco vino esa noche.

En el cuaderno azul zafiro veo un dibujo de Silvia sentada en el borde de la cama... Sus pies desnudos, las sábanas revueltas... Y recuerdo de golpe el camino que nos llevó hasta el Elevador de Santa Justa, a esa insólita torre de hierro desde la que se veía la plaza del Rossio... Y recuerdo también la habitación donde hicimos el amor por primera vez... Y sé que eso no lo olvidaré jamás..., ni lo que desayunamos a la mañana siguiente..., ni su cuerpo desnudo envuelto por el pañuelo verde musgo de mi madre. Le dije que quería hacerle un retrato... Y, allí, en esa habitación, dibujé cada uno de los milímetros de su piel... Y traté de capturar el misterio de su mirada, la fragilidad de su cuerpo, su capacidad de amar, de entregarse sin reservas. Hice muchos apuntes de nuestra vida en Lisboa; uno de ellos, quizá el que más me gusta es el que imaginé en los columpios del mirador de San Pedro de Alcántara... Silvia columpiándose, y supongo que gritando feliz, y mi escorzo en primer término, en una esquina del papel, como un gozoso observador que contempla un ángel volando. Y así era mi vida, como una larga aventura que recogí en el cuaderno azul zafiro. Un azul radiante, como el estuario del Tajo, como los cielos de Lisboa... Ese cuaderno me recuerda que hubo un tiempo en el que fui feliz.

Y pasan los días, las semanas, los meses, y sigo dibujando y pintando frenéticamente. Apuntes de sus primeros días de embarazo, de la transformación de su cuerpo... Detalles de sus manos acariciándose el vientre, de Tania recién nacida... Y, por un momento, vuelvo a olvidar, y arrojó mis miedos al olvido, y gozo de una cierta plenitud. Y todo gracias a Silvia. Y me atrevo a decir en voz alta: «Soy feliz». Y me veo jugando con la niña, revolcándome por el suelo, riéndome como si fuera un padre normal y corriente. Y bajo la guardia... Y vuelvo a dejar de medicarme... Y me encuentro bien, lleno de energía, haciendo planes de futuro con Silvia... Y sigo pintando... Y, sin darme cuenta, los colores luminosos desaparecen poco

a poco. Ya, apenas, hago dibujos de Silvia y de la niña. Comienzo de nuevo a sumergirme en un mundo obsesivo y oscuro. Un mundo que me atrapa, y me emociona, y me excita. Una noche empiezo a dibujar compulsivamente los retratos de mis enemigos. Primero son apuntes rápidos, sin control, como estallidos que recogen todo el odio que siento por ellos y que no he podido olvidar. Sí, mis fantasmas vuelven a acompañarme, y me parece bien, y disfruto trasladando sus rostros desencajados al papel. Haciéndoles protagonistas de todos sus crímenes. Reviviendo esas imágenes que sé que jamás olvidaré.

TRECE

VESTIDA DE BLANCO... Y CON UNA REBECA POR LOS HOMBROS, COMO EN LA FOTOGRAFÍA

Lucía me dice que Isabel me está esperando, pero que no se encuentra bien, que está muy cansada y le cuesta hablar.

—Si por mí fuera, te pediría que no entres a verla, que lo dejes para otro día... Pero ella no me lo perdonaría, insiste en que necesita hablar contigo, y que se le acaba el tiempo... ¿Entiendes lo que quiere decir? Está obsesionada con que no le queda tiempo.

—Sí... ¿Qué quieres que haga? Dímelo... Yo no sé qué hacer.

—¿Eres tú, Alejandro?... ¿Eres tú?

La voz de Isabel es como un hilo a punto de romperse. Lucía se asusta y, corriendo, sube a su habitación, y oigo sus voces... Bueno, solo la de Lucía, la de Isabel es un susurro lejano y angustioso. Una respiración entrecortada.

—Por favor, abuela, vuelve a la cama... ¿Qué es lo que quieres? ¿Morirte?, ¿es eso?... Claro que no... No se va a ir... De verdad... Por favor, tienes que tranquilizarte... Por favor. Hazlo por mí.

Dejo de escucharlas, y pienso que soy muy egoísta, que lo que tengo que hacer es marcharme y volver más tarde. Pero no me voy y me quedo esperando... Quiero hablar con ella, necesito hablar con ella a pesar de todo. Sé que estoy a punto de descubrir un misterio que me acompaña desde la infancia, que me angustia... Y eso me da miedo, y me inquieta... Y también me llena de esperanza.

—Tranquila... Anda, bebe un poco de agua... No se ha ido... Te doy un lexatin, ¿de acuerdo?

Espero, trato de estar tranquilo. Me muevo por la habitación deseando escuchar la voz de Lucía que me diga que ya puedo pasar, y por primera vez me doy cuenta de que la casa, a pesar de su abandono, es acogedora. Me acerco a un velador que está al lado de un gran ventanal. Hay varias fotografías enseguida, una de ellas llama mi atención... Son dos mujeres jóvenes, vestidas para jugar al tenis. Y me sobresalto, y siento mi respiración agitada... La más alta de las dos es mi madre, estoy seguro... Su mirada, su leve sonrisa... Está guapísima, el pelo recogido por una diadema, falda blanca, no muy larga, abotonada por delante, y con un cinturón estrecho ceñido a su cintura, camisa de manga corta y una rebeca por encima de los hombros, también de color blanco. En la mano derecha una raqueta de tenis de madera. Su compañera es algo más joven que ella. También va vestida de blanco, imagino que debe de ser Isabel. Llevan las manos cogidas, y parecen felices. Me emociona ver esta imagen. El rostro de mi madre me devuelve recuerdos pasados, miradas, gestos... Los había olvidado. Alguna vez la vi jugar al tenis... Alguna vez fue feliz... Alguna vez yo también lo fui... Alguna vez estuvimos juntos. Aparece Lucía y se queda a mi lado.

—Tu madre era guapísima. Las dos..., ¿verdad?

—Sí, ya lo creo. Había olvidado que jugaba al tenis... El paso del tiempo lo borra todo. No, eso no es verdad. Ojalá lo fuera. No la recordaba así..., tranquila, sonriente... Isabel es la otra mujer, ¿verdad?

—Eran muy amigas. Para mi abuela, tu madre ha sido especial, le enseñó a jugar al tenis, y le daba clases de piano. ¿Te acuerdas de eso?

—No, bueno... Se las ve tan bien.

—Sí... Pero como dices tú, el tiempo pasa. A veces muy deprisa, de golpe. Y se para.

Lucía está a punto de ponerse a llorar. Imagino que la salud de Isabel se ha ido debilitando, y eso la entristece, y le preocupa.

—Lo siento, la veo ahí tan joven, tan llena de vida. Podría ser una mujer de hoy, una mujer moderna, libre, feliz. He vivido con ella tanto tiempo... Y hemos sido muy felices, aunque siempre he sabido que algo la atormentaba. A veces se quedaba absorta, sin decir nada. A mi lado, y muy lejos de mí. Me miraba y sonreía... «Eres mi ángel», me decía. Me culpo por haber hecho este viaje, por no haber sido capaz de quitárselo de la cabeza... A veces pienso que soy una mujer fuerte, y otras, me doy cuenta de que soy demasiado débil.

—Te entiendo, y no sé qué decirte... Me alegro de que estéis aquí, y lamento que la salud de Isabel sea tan frágil. Y que mi presencia lo complique todo.

—Olvídalo. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Cómo está?

—Regular... Mal. Era lo lógico... El viaje, las emociones... Pero es lo que ella quería. Siempre he sabido que había algo que le dolía profundamente, algo que tenía que resolver y que le asustaba. Su terrible secreto, decía. Y lo iba dejando. Y, a veces, parecía tener la necesidad de contármelo... Empezaba con miedo, buscando palabras que no encontraba, y se quedaba callada, y me miraba... «No puedo, Lucía... No puedo. Me siento culpable, ¿sabes? Terriblemente culpable.» Por eso hemos hecho este viaje, para que te cuente ese secreto que la atormenta. Para que se libere de esa pesada carga. Está muy asustada, ¿sabes? Le da miedo hablar contigo, hacerte daño.

—¿Qué hacemos?

—Ya la he peinado y la he puesto guapa. Te está esperando, pero no tiene fuerzas. No lo olvides... Perdona, sé que no lo vas a olvidar.

—No te preocupes...

Subimos al primer piso, los peldaños de la escalera crujen como los de la casa de mi abuelo. Lucía va delante de mí. Llegamos a un distribuidor amplio que tiene una barandilla de madera. Abajo veo el salón. Lucía se detiene delante de una puerta. Me dice que la espere un momento. Ella entra, y yo me quedo pensando en el terrible dolor de Isabel, en la culpa, en los remordimientos, que conozco tan bien. «No puedo... No puedo...» Eso le dijo a Lucía. Cuando algo duele tan intensamente, piensas que ese dolor se aliviará sacándolo fuera, compartiéndolo con alguien que te comprenda, que te ayude, pero, a veces, es imposible, y vivimos con ese peso todos los días de nuestra vida. Ocultando nuestro gran secreto a la gente que nos rodea, que nos quiere... Nos avergonzamos del monstruo que vive dentro de nosotros. Yo sé que tendría que hablar con Silvia, lo sé desde hace muchos años, pero también he pensado: «No puedo... No puedo». Comprendo a Isabel, sé lo que está pasando ahora por su cabeza y por su corazón.

Aparece Lucía, sonrío... Supongo que quiere tranquilizarme.

—Pasa... Está deseando verte. Ya sabes... Por favor. No sé lo que va a decirte, pero intenta comprenderla... Es muy mayor. No la juzgues.

—No te preocupes, Lucía. No quiero hacerle daño, nunca se lo haría. Si ella quiere contarme algo, lo hará, y si no... No pasa nada, esperaré.

Entramos a la habitación. Es muy amplia. Las cortinas están casi cerradas. A través de los visillos se filtra una luz tenue, que apenas deja entrever las siluetas de los muebles. Isabel está recostada. Su cabeza descansa sobre unos almohadones que le permiten estar incorporada. Se ve que Lucía la ha peinado. Sus mejillas tienen algo de colorete. Es la imagen de una mujer muy cansada, pero que aún conserva la belleza de otros tiempos. Me acerco, Isabel me mira y me dice que me sienta en una silla que hay al lado de la cama. Lo hago. Me coge de la mano.

—¿Cómo estás, Isabel?

Tarda en responderme. Primero afirma con la cabeza... Mira a Lucía... Sus ojos sonrían y se hacen muy pequeños. Es una sonrisa triste y abatida. Está nerviosa y respira con dificultad.

—Bien... Estoy bien... Asustada. No quiero hacerte daño, ¿sabes?... Y te lo voy a hacer...

Deja de hablar por un momento. Toma aire y trata de tranquilizarse.

—Quería mucho a tu madre... La sigo queriendo, y jamás, ¿me oyes?, jamás la he olvidado. Cómo voy a poder olvidarla... Olvido nombres, lugares en los que dicen que he estado... Y algunas personas también han desaparecido de mi cabeza... Tu madre, no.

Se le ilumina el rostro hablando de mi madre. Se emociona, y durante unos segundos se queda en silencio, tratando de concentrarse solo en la respiración. Respira muy despacio, entreabriendo la boca ligeramente, y le falta el aire, como si no llegara a sus pulmones heridos. Su voz suena muy apagada, como un susurro... A veces, se queda con la mirada perdida, y supongo que está viajando a un lugar muy lejano, a otra época. Y es así... Sus recuerdos la alejan de nosotros, y seguramente la acercan a mi madre. Ahora, quizá, está a su lado.

—Abuela, ¿quieres que me vaya? —dice Lucía—. A lo mejor te sientes más cómoda.

—No, cariño... Tú también tienes que saberlo todo. Me va a costar mucho... Lo he intentado otras veces, tú lo sabes. Nunca he tenido el valor suficiente.

Lucía asiente con la cabeza. Y trata de darle ánimos.

—Anda, acércate... Casi no te veo la cara.

Lucía se sienta en el borde de la cama.

—Te quiero, abuela.

—Y yo a ti... Eres mi ángel, Lucía... Y hoy me haces mucha falta... Os voy a contar un secreto... Eso es, mi terrible secreto, algo que me ha atormentado toda la vida... Está encerrado dentro de mi corazón, y me hace daño, me hiere... Supongo que quiere salir... Estallar de una vez. Cada día al levantarme, siento ese dolor... Por la noche, cuando cierro los ojos, sigue ahí... Y no trato de evitarlo. Me parece bien. Me lo merezco.

Su voz suena sincera, conectada con su verdad, con sus emociones, con las imágenes que recuerda, que quizá, como me ocurre a mí, están distorsionadas, modificadas por el paso del tiempo y por nuestra imaginación. Se para un momento y nos mira, y luego sus ojos se llenan de lágrimas que trata de contener... Se pasa un pequeño pañuelo por los ojos, por las mejillas. Un gesto pequeño, inadvertido, sin melodramas, sin protagonismo.

Lucía me mira preocupada. Ella sabe el terrible esfuerzo que hay detrás de cada palabra, de cada silencio... Entrelaza las manos, incapaz de ayudar a su abuela. Sabe que es un viaje que debe hacer sola.

—Alejandro, tienes que saber que...

Duda un momento. Imagino que busca la palabra más adecuada y no la encuentra. A veces las palabras traicionan nuestros sentimientos, nos engañan.

—Hace muchos años fui muy cobarde... Y toda mi vida me he reprochado esa cobardía. Lo que hice... Bueno, lo que no hice. Estuve a punto de escribiros una carta a ti y a tu hermana... Y las empezaba, y las tiraba a la papelera. Dejaba pasar el tiempo, pero el miedo me seguía atenazando, no se disipaba. Siempre había un aviso, una llamada, una visita que me recordaba mi pacto de silencio. Que estaba en peligro, que mis padres también lo estaban... Coartadas y más coartadas.

Me mira, y su expresión se hace distante y dura.

—A veces, solo a veces, te miro y veo a tu padre... Y se me hiela el alma. Pero es solo un momento. Odio a tu padre, ¿sabes?... Profundamente. A ti no, a ti te adoro... Tu madre siempre hablaba de ti, de tu imaginación, de tu sensibilidad... «Es un niño especial», decía. Te quería tanto... Va a ser muy difícil, más de lo que había imaginado.

Vuelve a ensimismarse en sus recuerdos. Lucía sigue intranquila, y yo

siento que la emoción me desborda al oír la hablar de mi madre, de su cariño... Y de su odio hacia mi padre. ¿Por qué ese odio? Siguen las preguntas, las dudas, las suposiciones. La inquietud.

—Os he engañado a todos, y es tan difícil vivir así... Día a día..., día a día... No siendo tú misma. Queriendo redimirte con el recuerdo que te ahoga, con esa penitencia demasiado leve comparada con la culpa, con el pecado, y tratando, al mismo tiempo, de anular de mi mente todo lo que pasó, todos esos momentos angustiosos, arrancarlos de tu vida. Y es imposible. Lo que quieres que desaparezca se queda contigo para siempre... Y lo que quieres retener va desvaneciéndose. Imágenes que quieres eliminar de tu memoria, y que cada noche te golpean con fuerza... Y te despiertas espantada.

No puede seguir hablando. Está muy agitada. Se pone la mascarilla de oxígeno que tiene sobre la cama, y, por un momento, sus ojos asustados se cierran, mientras trata de recobrar el aliento.

—Abuela, por favor... Te estás haciendo daño... Todo esto no es necesario... Eres una mujer maravillosa, llena de generosidad. Buena... Eres una mujer buena. Olvídate de lo que pasó. Todos nos hemos equivocado alguna vez... Por favor, no te castigues más.

Isabel mira a Lucía, llena de agradecimiento.

—No pasa nada, cariño... Nada. Estoy bien.

Y su cuerpo enfermo se debilita a cada segundo que pasa... Y se hace diminuto, entre esos almohadones que la sostienen a duras penas.

—¿Quieres un vaso de agua? ¿Lo dejamos para más tarde? Es lo mejor, Alejandro..., ¿verdad que es lo mejor?

—Sí..., claro... Como tú digas.

Y lo digo sin convicción. Lucía está asustada por lo que le pueda pasar a Isabel y trata de que yo la ayude... Y la entiendo. Pero Isabel sigue como si no la hubiera escuchado.

—Hace muchos años, más de cincuenta... Yo tenía entonces veinticuatro. Parece mentira, pero sí los tuve... Y era muy feliz, estaba enamorada... Un amor imposible..., ¿sabes?

Su rostro, por un momento, se relaja, y recobra una cierta vitalidad, unas ganas de seguir adelante, de llegar al final, como esos deportistas que corren la maratón, y llegan exhaustos, casi a rastras, y se caen al suelo a pocos metros de su objetivo. Y se levantan y vuelven a caer... Y alcanzan por fin la meta.

—He imaginado muchas veces este encuentro, contigo y con Paloma... Y pensaba: «Mejor callar, mejor no decirles nada. ¿Para qué? Ha pasado demasiado tiempo... Quizá han enterrado ese pasado. Quizá las heridas se han cerrado, y son felices, y viven el presente, y yo voy a perturbar sus vidas. Quizá me odiarás, y no quiero que me odies, pero lo entenderé». Porque el odio, como el amor, no se pueden controlar. Escapan a nuestra voluntad.

No digo nada... La cojo de la mano. Está temblando. Su mano pequeña, frágil y cálida se acurruca dentro de la mía. Y la miro, y la veo dispuesta a saldar su deuda, y por fin descargar su alma.

—Tu madre, Diana, tenía treinta y un años... Y era la mujer más maravillosa del mundo... Pero eso tú lo sabes. Alegre, vital, llena de proyectos, de sueños... Y también de amargura. Pero eso se lo guardaba solo para ella. En el salón, cerca del mirador, teníamos un piano, el mismo que hay ahora, que también ha envejecido, como yo. Me daba clases de piano. Clases de vida. Tu madre venía a casa y para mí, ese día, era un regalo... Verla llegar en bicicleta por el jardín «canturreando», como decía ella. Y cantaba como los ángeles... Era un torbellino de esperanza, de luz, de fuerza.

La miro, y sé que está viendo a mi madre, que en este momento la ve entrar en la habitación. Sus ojos se iluminan y no puede seguir hablando. Yo también trato de imaginar a mi madre y, por un momento, también la veo... Vestida de blanco y con una rebeca por los hombros, como en la fotografía. Y siento un nudo en la garganta.

—A veces, mientras tocaba el piano, también cantaba, lo hacía muy bajito... «Para nosotras dos, solo», me decía. Y me miraba con complicidad. Me enamoré de ella. Os parecerá absurdo, ¿no?... En aquellos tiempos no era absurdo, era una aberración, una enfermedad. Un día se lo dije, avergonzada... Me temblaba la voz. Y me escuchó, y no se rio de mí, ni se enfadó. Me cogió las manos y me las besó. Y luego, como si no hubiera ocurrido nada, seguimos con la clase. Yo sentía las mejillas encendidas... Estaba tan turbada que no era capaz de mirarla... Agachaba la cabeza. Entonces ella me cogió de la barbilla. Nos miramos... y me besó en los labios fugazmente... Y volvió a sonreír, como si no hubiera pasado nada. Esa tarde la recuerdo muy bien, terminamos jugando al tenis, hablando de mil cosas, de mis sueños y de los suyos. El verano estaba terminando... Era el mes de septiembre, y nuestra amistad se transformó en algo diferente... Ternura, y sobre todo complicidad... Y algo

parecido al amor... Un amor imposible.

Trata de coger el vaso de agua que hay encima de la mesilla, pero le tiembla la mano. Lucía se levanta y se lo acerca. Isabel bebe a pequeños sorbos.

—¿Te molesta algo de lo que he dicho, Lucía?

—Para nada, abuela... Nada de lo que digas me puede molestar... Jamás... El amor es así, ¿no?

—Sí, es así.

Me mira antes de seguir hablando. Y aprieta mi mano suavemente.

—Días más tarde me dijo que tenía que abandonar a tu padre, marcharse de casa... Y que no sabía cómo hacerlo.

»“Marcharte ¿adónde?” —le dije—. “¿Qué está pasando?”.

»“Lejos, muy lejos... Me tengo que ir, Isabel. Escapar... Y tengo que hacerlo pronto. Lo tengo que hacer muy pronto.”

»“¿Ha ocurrido algo?” —le pregunté.

»“La vida con él es imposible... Lo he intentado, ¿sabes? He tratado de que no afectara a nuestra familia... Pero ya no puedo más. A veces le miro y siento pánico. Creo que un día puede llegar a matarme... Sí, a matarme, o que haga daño a los niños para hacérmelo a mí. He dejado la música por él, mi carrera, todo. No soportaba la idea de verme rodeada de los músicos de la orquesta..., fuera de casa. Cuando volvía de un ensayo, o de un concierto, me agobiaba con preguntas, con reproches.”

»Y entonces me contó lo que había pasado después de una reunión en casa de unos amigos: “Durante la cena, Paco estuvo muy nervioso, yo me temía lo peor. Le conozco muy bien, así que traté de tranquilizarle, le cogí de la mano y se soltó bruscamente. Al terminar, me pidieron que tocara algo al piano, y lo hice; claro, tampoco le gustó... Los aplausos, las felicitaciones... Estaba desencajado. De regreso a casa, en el coche, me acusó de coquetear con uno de los invitados, de comportarme como una buscona, de dejarle en ridículo delante de sus amigos. Yo trataba de cambiar el tema de la conversación, pero él estaba cada vez más irritado y no dejaba de insultarme. Salí del coche sin esperarle... Él vino detrás de mí y empezó a gritarme en la calle. Nunca antes lo había hecho. Yo quería llegar a casa. Me sentía tan mal... Sus insultos me hacían daño y no lo entendía. Estábamos subiendo las escaleras y me agarró con fuerza de la muñeca; traté de soltarme... Me levantó la mano para

pegarme, y entonces no pude aguantar más, saqué toda mi rabia y mi indignación, y le grité con toda mi alma: *¡Ni se te ocurra! ¡Si me pones la mano encima, me voy de casa! ¿Me oyes? Esta misma noche me voy con los niños... Y hablo en serio. No puedo aguantar más.* Me empujó por las escaleras... Perdí el equilibrio, pero, finalmente, pude agarrarme a la barandilla. Le miré, aterrorizada, y dispuesta a terminar de una vez. Y él, entonces, me pidió perdón: que había tropezado, que lo sentía, que era la mujer de su vida, que estaba muy nervioso. Mentiras, ¿sabes? Lo vi en sus ojos... Quería matarme, Isabel... Esa vez había fallado, pero lo volvería a intentar, y tarde o temprano lo conseguirá. Me miró con tanto odio... ¿Qué será de los niños? ¿Qué será de Alejandro si no estoy yo? ¿Lo entiendes? Por eso tengo que marcharme cuanto antes. No sé adónde ir... Fuera de España, donde no pueda encontrarme. A Buenos Aires... Sí, eso estaría bien. Allí conozco a gente, me ayudarán. Está obsesionado por los celos. Me vigila... Sé que abre mis armarios cuando no estoy, los cajones, buscando una prueba de mi infidelidad.”

Siento un escalofrío. Imagino a mi padre empujándola por la escalera, queriendo matarla, y luego, disculpándose. Nunca percibí su miedo. Creí que, a pesar de todo, mi padre la respetaba.

—Me dijo que tu padre la maltrataba desde hacía tiempo... Eso me dijo, llorando de rabia... Nos abrazamos.

»“¿Cómo he podido casarme con ese hombre?... Es un fanático... Y cada vez más peligroso... A veces, por las noches, se levanta y se queda de pie delante de mí, mirándome. Yo hago como que estoy dormida... Y siento terror. Pienso que va a coger la almohada y me va a ahogar. No puedo vivir así... ¿Lo entiendes?”

»“Claro que lo entiendo...”

»“Vivir con él es un infierno. Él sabe que quiero escapar... No se fía de mí, cree que le engaño, que veo a otros hombres... Y es mentira. Todo son imaginaciones suyas. No le gusta que salga de casa, ni que quede con mis amigas. Y, poco a poco, he dejado de llamarlas. A veces tengo la sensación de que alguien me sigue por la calle. Es como un presentimiento. Me vuelvo de golpe y sé que hay alguien acechándome, que me vigila, y que, luego, se lo cuenta todo a él... Quiere controlarme, pero yo soy libre... Tengo que vivir.”

»“Vámonos hoy, ahora” —le dije.

»«Sí, nos iremos, pero tengo que llevarme a los niños... Debo ser muy cuidadosa, no cometer ningún error. Necesito que él se confíe, que crea que me ha vencido, que estoy sometida a su voluntad... Ni una discusión más, ni un motivo de queja. Nada de nada... Seré dócil, obediente, respetuosa... Y cuando él menos se lo espere, nos iremos para siempre.»

»Pero todo se precipitó. Tu padre estaba alerta, ¿entiendes? Y ella no veía la manera de escapar con vosotros... Fue imposible. Lo intentó varias veces, pero, al final, no se atrevió. No quería ponerlos en peligro.

—Y se fue... Eso es todo lo que tienes que contarme, ¿no?... Huyendo de mi padre, y dejándonos a Paloma y a mí, indefensos, atrapados en un mundo de locos... Mi padre nunca me quiso. Me odiaba. Me jodió la vida. Pero ella se fue... Nos abandonó... Ese es el gran secreto, ¿no? ¿Fuisteis felices? Dime, ¿lo fuisteis?

—Por favor, Alejandro, cálmate —me dice Lucía.

—Perdona... Lo siento... Lo siento...

Estoy indignado, lleno de rabia. Tengo que controlarme y no puedo. El gran secreto es que mi madre escapó, se fue, y nos dejó. A la mierda. Eso ya lo sabía. Ya lo había imaginado... Y se fue a Buenos Aires a vivir, a ser libre. Y quizá pensó en venir un día a buscarnos, y pasó el tiempo... Y lo fue dejando... Y quizá nos escribió alguna carta... O ni eso... El sobre azul dirigido a Paloma y a mí es una quimera. ¿Para qué iba a escribirnos? ¿Qué nos iba a contar? Sabía, además, que mi padre nunca nos entregaría una carta suya. El sobre azul es otra mentira. Una mentira más que yo he imaginado. Solo eso.

—No sabes lo que dices, Alejandro. Nunca pensó en abandonaros, jamás... Siempre hablaba de irse con vosotros.

Isabel está muy agitada, pero yo sigo enrabiado, como si fuera un niño pequeño. Me levanto de la silla y me muevo por la habitación, inquieto, y reacciono sin ningún miramiento, olvidándome de que Isabel es una mujer muy enferma... Y la veo inquieta, respirando con mucha dificultad... Y no reacciono.

—Tienes que creerme, Alejandro...

—No sé por qué me ha contado todo esto... No lo entiendo... ¿Qué quieres? ¿Que la perdone? No voy a perdonarla.

—Por favor, Alejandro... O te tranquilizas, o te vas. ¿Me oyes? ¿Me oyes?

Lucía está indignada conmigo. Y yo me siento ridículo. Y cruel... Vuelco mi frustración sobre una mujer enferma... Es que no he aprendido nada...

—¡No pudo ir a buscaros!

—Perdonad... Lo siento. He perdido los nervios. Lo mejor es que me vaya y me tranquilice. Lo siento, Isabel.

—¡No pudo!... ¡No pudo!

Su grito es como un lamento desgarrado. Sus manos se mueven en el aire... Se ahoga... Isabel trata, a pesar de todo, de hablar, pero ya no puede. Lucía le pone nuevamente la mascarilla de oxígeno. Y yo me arrepiento por haberme comportado como un loco. Por hacer daño a Isabel. Por no ser capaz de controlar mi odio, mi rencor. Esperaba otra confesión, algo que me acercara a mi madre, que me devolviera la paz.

—Perdóname, Isabel. Perdóname... Yo adoraba a mi madre. Escapó... y se olvidó de nosotros... No lo puedo soportar... Lo siento.

—Tu madre murió dos días después... ¡Murió!... ¡Murió!... ¡Murió! ¿Me oyes bien, Alejandro? ¿Me oyes? Tenía treinta y un años... Murió al final del verano de 1961... El 25 de septiembre. Sí..., ¡murió! ¡Eso es lo que pasó!

Isabel se derrumba. No puede aguantar más, la cabeza descolgada, inerte. Es incapaz de respirar. Se está ahogando y nos mira asustada. Lucía le vuelve a poner la mascarilla y aumenta el flujo de oxígeno. Y me dice que llame a urgencias, que me dé prisa. Marco el número. Isabel no reacciona. Pierde el conocimiento. Los ojos muy abiertos.

—Abuela, por favor..., aguanta... La ambulancia no tardará en llegar.

CATORCE

UN COCHE SE ALEJA, Y YO ME QUEDO EN MEDIO DE LA CALLE HASTA QUE DESAPARECE

En el alambre, por encima de los tejados, con la mirada al frente, temiendo en cada instante que pueda caerme al vacío... Y doy un paso más, y otro... Tania, desde una azotea, deja de jugar con una sábana y me mira. Se sorprende de verme ahí arriba y me señala con el dedo: «Es papá... ¿Me va a hacer daño?». Y corre a esconderse en un rincón. No está asustada, pero juega a tener miedo... Miedo de papá. Un nudo en la garganta...

Silvia prepara una infusión. Está muy preocupada, triste.

—¡Lo siento!... —le digo.

—¿Por qué, Alejandro?... No entiendo nada, llevamos muchos años juntos, y de repente es como si no te conociera.

Silvia se sienta a mi lado, deja sobre la mesa la tetera y dos tazas, y me mira desconcertada, esperando alguna explicación que le dé tranquilidad, que le permita creerme. Entre sus dedos el pijama de Tania completamente manchado de pintura, como mis manos.

—Recuerdo solo un cable de acero, por encima de nuestra casa... En la azotea tú con la niña, tendiendo ropa, ropa blanca que se movía al viento. Yo os miraba. Me gustaba veros tranquilas, haciendo bromas, en armonía... La cúpula de la iglesia de Santa Bárbara, impresionante... Algunos andamios a su alrededor. Y de repente la niña se asoma por la azotea... Está en el borde, a punto de caerse... Y grito, grito... Y no soy yo, eres tú la que está llamándome, la que me pide que me tranquilice... Salimos del cuarto de Tania, vamos por el pasillo...

—¿No recuerdas lo que ha pasado?... ¿Eso quieres decirme? No sé el tiempo que llevabas en la habitación de Tania... Pero ha debido de ser mucho... Y no lo recuerdas... ¿Te ha pasado más veces?

—Sí... No recuerdo haber entrado en la habitación de Tania... Eso no lo recuerdo.

—Entonces, te ha pasado más veces... y no me has dicho nada.

—Amnesia... Durante las crisis, a veces, solo a veces... Pero hacía mucho que no me ocurría.

—¿Tienes amnesia?... Nunca me lo has dicho... ¡Dime algo, por favor, algo que me permita entenderte!... Perdona, Alejandro... Estoy muy nerviosa...

—Puede que esté loco, no lo sé. Me tengo que medicar. Desde niño, ¿sabes? Y entonces, todo está controlado. Pero me confié. Me encontraba muy bien, de verdad, y creí que mis crisis eran cosa del pasado... Y no lo son... No lo son...

No recuerdo nada, y eso me agobia, y me desespera... Y veo a Silvia a mi lado, esperando un milagro, una explicación que lo resuelva todo. Y no la tengo.

—Llevo toda la vida al borde del precipicio. ¿Me caeré, no me caeré?... Una enfermedad que me devora... No puedo más, Silvia... Quiero tener una vida normal contigo, con la niña... He podido hacerle daño. ¡Dios!

—Tranquilízate, por favor. Tenías que habérmelo dicho, y juntos nos habríamos enfrentado a tu enfermedad... ¿Por qué no has confiado en mí, joder?

—Confío en ti, de verdad. ¿En quién voy a confiar, si no? Pero la exposición es muy importante... En nuestra galería, un sueño hecho realidad... Necesitaba toda mi energía. No puedo medicarme cuando estoy pintando, es como si no tuviera sangre en las venas, y yo necesito emocionarme, pegarme con los lienzos, con las pinturas... Estar en trance. Sacar fuera toda la mierda que tengo... Pero creí que era capaz de controlar. Darme cuenta de que algo iba mal y poner remedio... He sido un irresponsable. Nunca más volverá a ocurrir.

¿Nunca más volverá a ocurrir? ¿Estoy seguro de eso? No lo sé... No tengo respuestas. ¿Estoy mintiendo a Silvia? Sí... O al menos no le estoy diciendo toda la verdad.

—Claro que no puede volver a ocurrir... Y para eso tienes que ir al médico... ¿Lo entiendes?

—Sí, claro... Lo que tú digas.

Estoy hablando con Silvia, y mi mente va de un lado a otro, de ella a Tania, y a los lienzos... Estoy haciendo algo importante... Una obra colosal... Eso es... Silvia sigue hablando, y yo no la escucho... Y tengo que escucharla. Pero también tengo que seguir pintando. No puedo perder tiempo.

—Me asusté cuando te vi en la habitación de la niña, pintando la pared como un loco... Te llamé, pero no me oías, no me mirabas, era como si yo no existiera. No sabía qué hacer. Me dabas miedo..., estabas como enajenado, hablando y hablando sin parar. Tania estaba en el suelo, dormida, acurrucada. Y la cogías en brazos, y la mirabas detenidamente, y volvías a dejarla en el suelo... Y seguías pintando en la pared... Traté de sacarla de la habitación, y no me dejaste. Me mirabas, pero no me reconocías. «Le falta luz..., le falta luz...» Eso decías una y otra vez.

—Me dio miedo perderte, y por eso nunca me atreví a confesarte lo que me pasaba... Y Tania, ¿cómo está? La quiero con toda mi alma. Tú lo sabes... ¿Verdad que lo sabes?

—Sí, lo sé. Tania está tranquila. No sé si se ha enterado de algo. Ahora está dormida.

—No le he hecho daño, ¿verdad? Dime... ¿Le he hecho daño?... Por favor...

—No. Tenía la ropa manchada de pintura, y la cara, y los brazos.

Y me enseña su pijama, su pequeño pijama... Manchas rojas... y negras... ¿Es que quería matar a mi hija?

—Pobre Tania. Lo siento, Silvia, lo siento.

Solo sé decir «lo siento..., lo siento...». Y es verdad. Pero sé que puede volver a ocurrir, que debo estar alerta, y no confiarme.

—La has dibujado en medio de la pared, con un camisón blanco y una muñeca de trapo en la mano... Y a su alrededor has pintado todo de color rojo y negro... Círculos y más círculos... Es terrible, Alejandro. Has puesto en riesgo su vida, ¿lo sabes, verdad?

—Sí, lo sé...

—No puedes dejar el tratamiento cuando a ti te parece.

Silvia, a pesar de su desasosiego, trata de mantener la calma.

—Pero yo necesito pintar, tener energía para estar con Tania, contigo... Sentir la emoción de las imágenes que bullen dentro mi cabeza, y la medicación no me deja.

Silvia empieza a perder la paciencia... Bebe un pequeño sorbo de té y trata de mantenerse tranquila.

—Tienes que ir al médico lo antes posible. Irás, ¿verdad? Iremos los dos. Y le cuentas todo lo que te pasa. A lo mejor hay otro tipo de tratamiento. Cada día aparecen nuevos fármacos. Y, de momento, dejas la pintura... Quizá es solo cuestión de semanas... Todo se va a arreglar.

—Sí, iré..., claro. Estoy pintando algo importante, ¿sabes?

—¿Quieres olvidarte por un momento de tu obra, de tus pinturas tan importantes, y pensar en nosotras? No me vale que digas que lo sientes... Me tienes que prometer que vamos a ir a ese médico, ¿me oyes? Necesito saber que vas a poner remedio a todo lo que te pasa.

Silvia trata de contener las lágrimas y la rabia. Se levanta y abre el grifo, y bebe un vaso de agua, y se refresca la cara... Y yo no reacciono... ¿Qué cojones me está pasando? Claro que tengo que ir al médico... Claro que debo dejar de pintar... Y medicarme, y cuidar a mi familia... Y vivir feliz, si es que puedo.

—Que el médico decida qué es lo que tienes que hacer. Y si no puedes pintar durante una temporada, no pintas. Así de claro.

A lo mejor Silvia también me tiene miedo... Puedo ver la angustia en su rostro.

—¿Me has escuchado? Dime algo, Alejandro.

—Iré al médico... Eso es. Tranquila.

Lo digo, escucho mi voz, pero sé que necesito seguir pintando... Acabar mi obra. Ella no se da cuenta de lo importante que es..., pero yo sí.

—Me estás mintiendo, ¿verdad?

La miro y sé lo que quiere escuchar, y me quedo callado. Y debería ser generoso, intentar reparar su dolor.

—Eres un irresponsable. No piensas en Tania y en mí. Te damos igual. Contéstame.

Y sigo en silencio, mientras trato de quitarme la pintura de los dedos.

—Yo no quiero ser así... Yo no quiero que mi hija se asuste cuando me vea. No quiero que me tenga miedo... El miedo no es bueno... Yo lo sé. Voy a ir al médico. Cuando termine los cuadros de la exposición vuelvo a medicarme... De verdad. Te lo prometo.

—¿Qué coño estás diciendo! ¿Es que estás loco de verdad?

—En dos semanas se habrá acabado todo... Dos semanas. Necesito dos semanas.

—Hablas como un loco. Te comportas como un loco... ¿Has podido matar a tu hija! Y encima dices que necesitas dos semanas. Has jugado con la vida de Tania... ¡Reacciona, por Dios!

—Volveré a pintar toda la habitación de blanco, o del color que tú digas.

—Me importa una mierda de qué color pintes la habitación... Me das miedo, Alejandro... Miedo. ¿Es que no te das cuenta?

—No temas... Sé cómo controlar... Lo sé. Lo que pasa es que no he estado atento. Eso ha sido todo.

—Vete a la mierda, Alejandro. No has confiado en mí, y por eso hoy ha podido ocurrir una tragedia. Tienes que confiar en los demás, joder... ¿Cuántos secretos tienes guardados? Dime. ¿Es que estoy viviendo con un extraño? ¿Es eso? No sé nada de ti... ¿Por qué se fue tu hermana? ¿Qué pasó entre vosotros?... Algo de lo que no podemos hablar... Y quieres a tu hermana, me dices... Pero se fue... Y es tu secreto, no lo compartes conmigo... ¿Por qué ese odio entre tu padre y tú?... ¿Por qué no podemos hablar de ese odio? Te haría bien... Pero no... Es tu secreto... ¿Por qué no tienes amigos?... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué me ocultas, Alejandro?

—Es mejor que la niña no entre a su cuarto, se puede asustar... Lo pintaré de blanco. Hoy mismo compro la pintura.

—Contéstame, por favor. No me dejes sola. Mírame... ¡Mírame! No quiero gritarte... No quiero que nuestra vida sea así, yo perdiendo los nervios y tú... No sé dónde estás en este momento... Lejos de nosotras. Muy lejos... Lo siento, Alejandro, no confío en ti... Ahora no. Me voy con la niña a casa de mi madre hasta que pase todo esto. No me dejas otra salida. Hasta que recobres la sensatez y vayas al médico, y te mediques... Y mandes a la mierda la exposición. ¿O es que es más importante la exposición que tu hija?

—No, claro que no... Te llevas a la niña, ¿verdad? Le gusta ver a tu madre... La quiere mucho. Estará bien allí.

—Sí, ya te lo he dicho, me la llevo... Te da igual, ¿no?... Silencio... El silencio se va a instalar entre nosotros y no vas a hacer nada por evitarlo.

Silvia empieza a llorar sin ningún control. Su expresión es desoladora. Y yo debería abrazarla, decirle que la quiero, que no se preocupe, que olvidaré la exposición... Pero no la abrazo. Tengo las manos llenas de pintura. Se asustaría. Y no quiero que se asuste. Y no puedo olvidarme de la exposición. Es imposible, la tengo metida dentro del cerebro.

—Tengo alucinaciones. ¿Te he dicho que tengo alucinaciones?... Pero no son peligrosas... Aparecen y se van. Si tienes que hacer compras, o algo así, déjame a Tania. Yo cuidaré de ella. Le gusta verme pintar.

—Necesitas ayuda... ¿Cómo no me he dado cuenta de lo que te pasaba?

—Estoy más tranquilo, cariño, mucho mejor. Voy a hacerle un retrato a Tania... Un retrato muy bonito en colores suaves... Nada de rojos y negros... Con pájaros en el pelo, y en los hombros, y flores amarillas, y azules.

Silvia sale de la cocina. No le digo que se quede. No trato de convencerla... Me siento más tranquilo, pero, al mismo tiempo, me doy cuenta de que me cuesta pensar con orden... Y que no controlo mis emociones. Mis ideas van de un lado a otro, muy despacio, pero no se quedan quietas. Bebo un sorbo de té... Está frío.

Silvia prepara una pequeña maleta con algo de ropa y los juguetes preferidos de Tania. Está muy triste, desamparada. Yo veo todo desde lejos, como si no fuera conmigo, como si se tratara de una película que no me afecta. Tania quiere entrar en su habitación, pero Silvia no la deja. Tiene una rabieta, y Silvia, que siempre es muy paciente, pierde los nervios y le grita... Y la niña se asusta, y se pone a llorar desconsoladamente. Hemos cerrado la puerta de su habitación para que no vea la monstruosidad que he pintado en las paredes. No sé qué hacer, ni qué decir... Estoy fuera de lugar. Vuelvo a sentirme culpable... Y me aterroriza pensar que he podido hacerle daño a Tania. Pero me obsesiona todavía más la maldita exposición.

La viene a buscar una amiga en su coche. Conversaciones a media voz, susurros... La casa empieza a estar en manos del silencio. La niña nos mira sorprendida, y hasta ella habla en voz baja. Igual cree que estamos jugando. Salen de casa. Las acompaño hasta la calle. Silvia, antes de entrar en el coche, me pide que por favor vaya al médico. Está perdida, sin fuerzas, sin haber podido asimilar todo lo que ha pasado. Tania corre hacia mí y la cojo en

brazos.

—¿Tú no vienes, papá? —Me lo dice hablando muy bajo.

—Sí... Más tarde.

Suben al coche... El ruido de las puertas al cerrarse... Una última mirada a través de los cristales... La mano de Tania, despidiéndose... El coche se aleja... Y yo, en medio de la calle, pienso en Paloma. En el pasillo de casa y Paloma alejándose de mí con dos pequeñas maletas, para no regresar nunca más.

¿Y si no vuelvo a verlas?

Tardé muchas horas en reaccionar. Me movía por la casa como un sonámbulo. Mi obsesión era pintar de blanco, cuanto antes, la habitación de Tania. Compré varios botes de pintura y brochas. A Silvia no le dije que estaba tomando estimulantes, pero llevaba varias semanas dopado. Era la única forma de no dormir y poder robarle horas al sueño para seguir pintando los cuadros que me faltaban por terminar. Me excitaba la próxima exposición. Y me agobiaba no llegar a tiempo. Que fuera un fracaso. Y también me daba miedo ver lo que estaba pintando, que los demás lo vieran... Era la pintura de un loco, de un borracho, de un enfermo mental... Pero la necesitaba, me atraía, era auténtica. No quise enseñarle nada a Silvia. Ella, al principio, insistía en ver lo que estaba haciendo, pero yo le decía que no.

Esas pinturas eran las que me removían por dentro, las que me llevaban al umbral de la paranoia, las que me hacían estar fuera de mí. Por eso entré en la habitación de Tania y me comporté como un demente... Tenía que seguir, sin pensar demasiado, sin detenerme. Solo eran dos semanas. Alerta, pero sin vacilaciones, dispuesto a llegar hasta el final... Y seguí pintando, un día, otro, los lienzos, las tablas, tirados por el suelo, y yo, con las manos impregnadas de pintura, arrastrándome entre ellos, manoseando lo pintado una y otra vez, acentuando la sonrisa irónica de esos cabrones desalmados que habían sido mis compañeros. En algún momento sentí que estaba a punto de caer en una nueva crisis y traté de controlar mi excitación, pero en el fondo me daba igual, no me importaba. Estaba solo en casa. No podía hacer daño a nadie. Necesitaba trasladar mis fantasmas más íntimos al lienzo, hacerlos salir de dentro de mi alma. Cada trazo respondía a una imagen real, concreta, que machacaba mi cerebro: las baldosas grises de una acera; la silueta de un hombre caído en el suelo, acurrucado, con la ropa hecha girones, muerto; velas

a su alrededor; y un aquelarre de rostros desencajados con la boca abierta y los ojos extraviados. La mueca cínica del mal. Unos rostros macilentos, angulosos, pómulos prominentes, mejillas hundidas... Rostros que eran los de mi propio padre, los de Ricardo, Tito, Eduardo, Micki... Todo el grupo estaba allí..., y yo también. Sí... ¡Yo también! Con bates de béisbol en la mano, con cadenas y barras de hierro... Un baño de sangre... Rojo y negro, y azul desvaído en el fondo, y camisas blancas manchadas de sangre oscura, casi marrón. Los escenarios iban cambiando, pero los protagonistas principales eran los mismos... Las escaleras malolientes y tenebrosas de los urinarios de la plaza de Chueca sustituían a la acera amplia del paseo de Recoletos... En primer término una mano crispada que se aferra a los barrotes de la barandilla... Al fondo, casi perdida, su cabeza estallada, rota.

Me siento pletórico pintando, y también siento que me estoy desgarrando por dentro. Es como estar escarbando y escarbando en la basura. Y cada vez todo es más lóbrego, y más auténtico, y pienso en ellos, en la gente del grupo. Quiero imaginar sus caras el día que vayan a la exposición: «Somos nosotros», dirán. Y Silvia, cuando los vea... Será un golpe durísimo para ella, pero ¿qué hago? No puedo seguir guardando mi secreto por más tiempo. Soy alguien repugnante, odioso, lo sé. Soy un cabrón, y le voy a hacer tanto daño..., y la perderé para siempre, y a Tania... ¿Qué puedo hacer? Se lo debo a Paquito, a Dámaso..., a Chema.

Noche tras noche, fui a todos esos lugares que no había podido borrar de mi memoria, y que eran el escenario de mis mayores atrocidades... Y, allí, una y otra vez, abocetaba ideas, trazos, imágenes, olores pestilentes, dolor, espanto.

El último día dibujé en el suelo del paseo de Recoletos, y en las escaleras de la plaza de Chueca, y en el portal donde vivía Paquito, la silueta de un hombre muerto... Dámaso acurrucado como un niño pequeño en medio de la acera; Paquito, como si estuviese dormido, rodeado de flores rotas, y el joven sin nombre de la plaza de Chueca en medio de una escalera hedionda.

Esas imágenes quedaban abrazadas por velas iluminadas como pequeñas antorchas... Velas que eran estallidos de luz, de fuego, de justicia... Y al fondo, escrito con letras puntiagudas: la fecha de su muerte y el nombre de esas víctimas indefensas que habían sido asesinadas.

Dámaso... Paquito... El joven sin nombre. 1975.

«Murieron por ser homosexuales. Sus asesinos fascistas siguen libres.»

Hice varias fotografías. Me quedé mirando esos altares a ras de suelo, y me arrodillé, y recé una oración por ellos, y por mí.

Luego me fui, dejando ese pequeño homenaje. Imagino que la gente, esa noche, y a la mañana siguiente, se pararía sorprendida al ver esa locura, y quizá se preguntaría qué es lo que había ocurrido... Porque ya todos lo han olvidado, y lo volverán a olvidar.

Envié las fotografías, de una forma anónima, a distintos periódicos, incluyendo la información que no me delataba y que podía tener más gente: los familiares, los amigos, alguien de la policía.

¿Es posible que esté pintando los retratos de esos asesinos? ¿Que sus caras me sirvan de modelo para esa ceremonia cruel? Mi cara, entre las suyas, como una más... Estoy loco, seguramente. Si expongo estos cuadros estaré confesando sus crímenes... y los míos.

«... Vendrán por ti, por ti, por mí, por todos y también por ti. Aquí no se salva ni Dios. Lo asesinaron.» Blas de Otero.

Ese poema que tanto le gustaba a Paloma lo escribí en el cuaderno rojo. Y a su lado dibujé sus caras y la mía.

Si cuelgo en las paredes de la galería estos cuadros, Silvia será la primera en descubrirlo todo, y destruiré su vida para siempre, y la de Tania... Y tendré que subir a la azotea y ver cómo los coches se hacen pequeños, casi de juguete... Y sentir cómo un viento helado me recorre el cuerpo y me impulsa a saltar al vacío. ¿Es que estoy loco? Y ellos, los seres que más odio y desprecio, me buscarán para matarme... ¿Es que estoy loco? Y luego irán a por mi familia... ¿Es que estoy loco?

El periódico *El País* publicó, varias semanas después, un reportaje sobre los asesinatos de la extrema derecha. Utilizó una de las fotografías que yo le había enviado: la del asesinato de Dámaso frente del Café Gijón. El pie de foto decía: «Homenaje anónimo a un joven asesinado por la ultraderecha por ser homosexual».

También, en el mismo reportaje, publicaron la fotografía de una joven estudiante comunista que fue violada y asesinada en las afueras de Madrid, y pensé en Tito, cuando habló de darle un susto, un aviso, a una joven universitaria... A lo mejor es la misma. «Contrólate», le dijo Micki. Pero no se controló... Un psicópata sin capacidad de empatía, de piedad, sin

remordimientos, ni culpa. La otra fotografía era la de un joven asesinado en un parque por ir en vaqueros y llevar el pelo largo. Más de ochenta muertos a manos de la extrema derecha entre los años 1975 y 1982... Eso decía el periódico.

El reportaje terminaba subrayando que muchos de esos casos no se habían juzgado, o no se había descubierto a los culpables, o no había pruebas suficientes.

Cuando se publicó el reportaje, Silvia ya había vuelto a casa con Tania y le impactó muchísimo, sobre todo cuando vio la fotografía del lugar donde había muerto su hermano. Fue un momento desgarrador. Traté de consolarla.

—¿Sabes?, no he olvidado nunca a mi hermano —me dijo mientras miraba la fotografía del periódico—, pero ver el lugar donde perdió la vida, rodeado de velas encendidas, darme cuenta de que alguien también lo recuerda, alguien que le ha querido, que le quiere, y que como yo no le olvida, me emociona, me hace sentirme bien... No le olvidaremos nunca, ¿verdad?

—Claro que no... Nunca.

—Pase lo que pase entre nosotros recordaremos que el día 1 de abril de 1975, de madrugada, se fue para siempre un ser maravilloso, pero que vivirá en nuestro recuerdo eternamente.

Y me mira y sonrío, inundada por una paz y un sosiego que ilumina su rostro.

—Me gustaría saber quién ha sido el que ha hecho algo tan maravilloso por Dámaso.

Soy yo, Silvia. El mismo que no hizo nada para salvarle... Ni un gesto... Nada.

—Mi madre dice que vayamos hoy al paseo de Recoletos y recemos por él... No para de llorar, pero la veo fuerte, muy fuerte. Podríamos ir con ella y con Tania. Ya es mayor para comprender algunas cosas... ¿Qué te parece?

—Bien, muy bien.

—No creo en el rencor porque te ahoga y te hace morir en vida, pero sí creo en la justicia, en el recuerdo, en la memoria, en no olvidar a las personas que nos dejaron... Y en que los culpables paguen por lo que hicieron... No puede haber impunidad. Tenemos que recordar que el odio nos condujo a una época terrible que ha durado demasiados años.

—Te quiero, Silvia. Y pase lo que pase, te querré siempre.

—Nos estamos poniendo muy solemnes.

—A veces no hay más remedio.

Silvia me abraza y se queda acurrucada, respirando con tranquilidad, inundada por un sosiego que le ayuda a cerrar heridas y a vivir.

Fuimos al paseo de Recoletos y rezamos una oración, y pusimos cuatro velas encendidas. La primera la puso la madre de Silvia, luego Tania y yo... Y finalmente, Silvia... Y hubo lágrimas, y algunas personas se pararon y nos acompañaron mientras rezábamos. Y nos dimos un abrazo.

—Ojalá todo esto sirva para que investiguen lo que ocurrió y cojan a esos cabrones asesinos y se pudran en la cárcel.

Eso sentenció la madre de Silvia. Pero pasados los días, las semanas, todo volvió a la normalidad y al olvido. Ni siquiera recibí la visita de Tito o de otro miembro del grupo para interrogarme, para saber si tenía idea de quién había podido ser el responsable de remover la noticia de esas muertes. Supongo que imaginaron que habría sido algún familiar o un periodista. Mi heroicidad, si es que fue eso, no sirvió para nada. O sí..., para recuperar a Silvia y a Tania.

La habitación de Tania la pinté totalmente de blanco, con flores azules muy pequeñas y de distintas tonalidades. A ella le encantó.

Todo parece indicar que fue una crisis psicótica aguda. «¿Hace mucho que has dejado la medicación?», me preguntó el doctor. «Hace meses», le contesté, pero le dije que hacía mucho que no tenía ninguna crisis, y menos tan inexplicable, tan alucinante como esta. No me di cuenta de nada de lo que hacía. No recuerdo lo que ocurrió esa noche. El doctor me dijo que eso era normal, y siguió hablando y hablando... Y empecé el tratamiento, que podía durar seis meses, años, toda la vida.

Así que me olvidé de la exposición, de mi denuncia demencial, del aquelarre fantasmagórico con los rostros de esos desalmados. Estuve a punto de destruir los cuadros, pero no lo hice. Ahora esa secuencia de retratos alucinados y desgarrados está escondida en una de las habitaciones de la galería... Envuelta y guardada lejos de la mirada de los demás. Y, como siempre, Silvia me ayudó. Con ella todo era fácil. Incluso, después de mis crisis, volví a pintar... Y a ella le gustaban mis nuevas obras, decía que eran muy estimulantes y armoniosas. A Tania también le encantaban y me daba ideas, y yo, a veces, le hacía caso... Y ella era feliz. «Lo hemos pintado papá

y yo», decía. Alguna exposición sin ninguna trascendencia. Mi obra era muy aburrida, previsible, eso decían. Y tenían razón. Solo eran imágenes melancólicas, tediosas, sin vida. Luego, poco a poco, llegó la época de los bodegones... Horrorosos bodegones..., jardines..., flores... «Preciosas flores», decía Silvia. Y lo decía para animarme. Y seguía medicándome. No quería asustarla. Luego, un día me cansé y dejé de pintar definitivamente. Mi gran exposición, mi caos más sincero y profundo, nunca vio la luz. Nunca más volví a poner en riesgo la vida de Tania con una de mis crisis incontrolables. Ser padre fue algo inesperado y luminoso. De algún modo, a medida que iba creciendo Tania, fueron desapareciendo mis obsesiones, o al menos eso ocurrió durante unos años, y se quedaron en un segundo plano. Digamos que aprendí a convivir con ellas, aunque siempre he sabido que están ahí, acechando. Además, sabía que siempre podía volver a pintar bodegones y quizá ser feliz, como le ocurrió a la increíble pintora Ángeles Santos... Una artista a la que admiro profundamente y con la que me identifico de una manera especial. Con dieciocho años, en 1929, creó una obra que paralizó y conmocionó a las vanguardias: *Un mundo*, una pintura prodigiosa cargada de un dolor tenebrista, inundado por las sombras y la oscuridad de sus propias obsesiones... Realidad y sueño. Una conmoción interior... Pero también ella tenía desequilibrios emocionales. La ingresaron en un sanatorio, y a su salida pasó de la oscuridad más obsesiva a la luz de los retratos, de los bodegones y las flores... Abandonó sus pesadillas en el infierno, los cementerios, los ángeles perdidos... Y fue feliz, seguramente, pintando paisajes.

¡A la mierda los bodegones! ¡Y las flores de colores vivos metidas en jarrones luminosos!

Me transformé en un niño bueno y aburrido, y sin energía. Mi vida con Silvia cambió poco a poco. Nuestra relación se fue enfriando. Yo ya no le movía el alma, ni le arrebatan mis abrazos y mis besos, ni tenía sueños eróticos inconfesables conmigo, pero nos seguíamos queriendo. Y teníamos paz... Y teníamos a Tania, sobre todo a Tania.

Verla crecer, reír, jugar, correr, soñar... valía la pena. Pusimos en marcha otras exposiciones, y una de ellas fue con los dibujos de Dámaso... Y eso, a Silvia, le hizo muy feliz.

Y yo vivía sumergido en el tedio, sin estímulos... La medicación bloqueaba mi vitalidad, mis sueños, mis deseos sexuales... Y nuestros juegos

arrebatados desaparecieron, nuestras caricias espontáneas, nuestra pasión. Empecé a verme como lo que era realmente, un homosexual reprimido... Un impostor. A veces, con demasiada frecuencia, dejaba de tomar la medicación, sin que nadie lo supiese, porque me ahogaba y no podía aguantar más, y necesitaba vivir la pasión, el vértigo de sentirme deseado, y de desear... Pero ya no siempre me refugiaba entre los brazos de Silvia. Y empecé a buscar hombres anónimos, desconocidos. Nada serio, sexo puro y duro. Pasión de un día, locura y placer de unos minutos, y remordimientos eternos... Y otra vez la angustia de vivir enfangado en la mentira. De inventar los minutos, las horas en las que no estaba en ningún lugar... Y llegar tarde por la noche... Y descubrir nuevas mentiras, y darme cuenta de que a Silvia empezaba a darle igual. Se estaba acostumbrando a vivir así. Y yo, cada día, necesitaba más, más riesgo, más locura. Y no controlaba las nuevas crisis que me asediaban... Y cuando me daba cuenta, volvía a la medicación, a la desgana, a la somnolencia, a la nada. Tania era nuestro ángel, ella nos mantenía unidos y le daba sentido a nuestras vidas.

El tiempo, que todo lo devora, pasa inexorable. Apenas apunto nada nuevo en mis cuadernos. Apenas me pasa nada interesante. Dolores de cabeza intermitentes, pesadillas... Encuentros fugaces con otros hombres... Más pesadillas... Más cobardía... Nada.

QUINCE

ADIÓS, ISADORA... Y EL COCHE SE ALEJA POR EL CAMINO DE TIERRA

La ambulancia llega a los pocos minutos, pero a nosotros nos parece una eternidad... Durante esa tensa espera, y gracias a los cuidados de Lucía, Isabel, dentro de su gravedad, se va sosegando, aunque sigue respirando con mucha dificultad. Y, de repente, parece que se ahoga, le falta el aire y nos miramos asustados, hasta que volvemos a escuchar su débil respiración sibilante y arrítmica. Y yo me siento culpable, y lo soy... Cómo no me di cuenta del tremendo esfuerzo que estaba haciendo Isabel... Cómo no pensé en su fragilidad. Mi comportamiento no tiene justificación. He sido un irresponsable, y solo anhelo que Isabel aguante hasta que llegue la ambulancia, que no se rinda... El sonido de la ambulancia, la aparición de los sanitarios, su actuación decidida, va devolviéndome la paz, la esperanza de que mi locura tenga un final feliz. Lucía se queda con ellos en la habitación, y oigo cómo les cuenta el historial médico de su abuela. Mientras espero en el pasillo, y me siento, y vuelvo a levantarme, y las voces que escucho me van tranquilizando, me doy cuenta de que nunca he sido capaz de enfrentarme a la muerte de mi madre, como si esa suposición fuera imposible. Miro su fotografía... Ahí está, viva, vestida con ropa de tenis, sonriendo, llena de futuro... Tan joven. Y recuerdo a mi hija, podían ser amigas, de la misma edad, con los mismos sueños y ansias de libertad. Siento una rabia infinita. Esa mujer maravillosa está muerta. Días después de ese instante de felicidad, murió. Y me siento vacío y vulnerable. Ya no hay lugar para las quimeras, ni para los reproches, ni para que, de repente, un día aparezca por el camino de tierra subida en su bicicleta y nos demos un abrazo... Sin preguntas, ¿verdad, mamá?, sin

quejas... Qué pronto te fuiste. Y yo pensando que nos habías abandonado, qué injusto he sido contigo. Cómo pude creer que eras capaz de dejarnos y marcharte. Me gustaría que estuviese Paloma, ahora aquí, conmigo, compartir con ella este vacío, este terrible desconsuelo, esta verdad que borra las sospechas, los malos pensamientos. Yo, maldiciéndote, pensando cosas atroces... Y estabas muerta... A los treinta y un años... muerta. Cómo no lo presentí, cómo no me di cuenta de que eso era lo único que te podía impedir quedarte con nosotros... Quiero acordarme de tu voz, quiero sentir cómo era tu olor... Tu forma de caminar... Tu manera de mirarme... Tu sonrisa... Tu vitalidad... Tus pasos por el pasillo: abrías la puerta de mi habitación y todo era posible. No había barreras. Necesito aferrarme a los recuerdos, pero son demasiado endebles y escurridizos... y se desvanecen sin que pueda hacer nada por retenerlos. Y necesito tenerlos cerca de mí.

Las luces amarillas de la ambulancia por fin se alejan. Isabel se ha recuperado y ha preferido quedarse en casa. «No más hospitales», ha dicho. Lucía, más tranquila, vuelve a la habitación con ella. Y no hay ningún reproche, ninguna queja. Salgo al jardín, hace frío. Me gusta que haga frío... No sé qué hacer... En la parte de atrás de la casa descubro la cancha de tenis, abandonada, cubierta de hojas, de malas hierbas, de la hiedra que se extiende sin que nada la detenga. El paso del tiempo lo confunde todo, lo borra. Ya no es una pista de tenis, ya no es ese lugar donde mi madre jugaba con Isabel, donde surgían las confidencias. No, ahora no es nada... Es como si nunca hubieran existido. Camino por encima del cemento agrietado, y me paro, y guardo silencio. Y, sí... Oigo el sonido de la pelota que va de un lado a otro... Los pies que se arrastran. Y soy capaz de imaginar a mi madre. Por un momento la veo con claridad, pero enseguida su imagen se difumina... Y la veo muerta, sobre la pista de tenis... Sus piernas desaparecen entre la hojarasca, su cabello se enreda entre las raíces. Inerte..., los ojos cerrados, y sus manos entrelazadas sobre el pecho. No sé nada de tu muerte. No sé cómo fue... Un accidente, quizá... ¿Qué ocurrió ese maldito 25 de septiembre? No lo sé.

—Está mejor.

La voz de Lucía me devuelve a la realidad.

—No te he oído llegar... Lo siento, Lucía, perdóname.

—Tranquilo... Ya ha pasado. Creí que se iba a morir, ¿sabes?... Y me

sentía culpable por no haber sido capaz de quitarle este viaje absurdo de la cabeza. Pero no. A pesar de su fragilidad, de su salud tan crítica, no está dispuesta a morir. Eso me ha dicho: «Lucía, me moriré cuando me dé la gana. Y no va a ser ahora. Así que tranquila. Te prometo que volveremos a México. Y pasearemos por la calle Regina, y nos tomaremos una margarita con sabor a limón y tamarindo, con poca tequila... Y luego, si me tengo que ir, me iré. Dios dirá... Sí, Lucía, entonces, que sea lo que Dios quiera; pero ahora, de ningún modo». Isabel es de las que cumplen su palabra.

—Mi madre y ella debían de ser almas gemelas, libres, en un momento terrible, en un país odioso, gris y lleno de odio... ¿Qué hago? ¿Me voy, Lucía? Dime, ¿qué hago?

—No, Alejandro. No te puedes ir, Isabel te espera. Hasta que no hable contigo no se quedará en paz. Y no volveremos a México... Y yo quiero volver, y tomarme una margarita con ella, y verla tranquila, en paz, sin sombras.

Isabel se aparta la mascarilla y me mira, y ya no veo a una mujer frágil al borde la muerte. No, nada de eso. Ha vencido la vida. Sus ganas de vivir la han transformado. Y me coge de la mano, y trato de disculparme, y no me deja... Se lleva la mano a los labios, y la veo fuerte, decidida a terminar esa larga travesía... Sin miedo.

—Calla, Alejandro... No digas nada... La verdad, si es que existe, a veces es terrible, definitiva, tajante, y se abre paso a golpes, sin miramientos, sin palabras delicadas. Y si tiene que hacer daño, lo hace. Y no sirven las dulces mentiras... Esas mentiras que nos permiten seguir viviendo, que nos ayudan a levantarnos cada día, respirar, peinarnos, salir a la calle.

—Mi vida está llena de esas mentiras, Isabel. Mentiras que día a día he ido alimentando y que ya no soy capaz de distinguir de la realidad... La realidad no la puedo soportar, me ahoga, me deja sin aliento... Las mentiras, sí... Mentiras... ni demasiado dulces, ni demasiado amargas... Por eso, siempre quise creer que mi madre se había ido a Buenos Aires... Y que allí fue feliz, que volvió a tocar el piano y a cantar. Y que se encontró con el mejor cantante de tangos del mundo, con el Polaco... Le admiraba, ¿sabes? Y juntos recorrieron todos los rincones de América. Sí... Mi madre se fue a Buenos Aires, escapó y fue feliz... Y nos abandonó. Y esa mentira me dolía, pero hacía que todo fuera más real, y podía imaginar, creer que un día regresaría.

—Yo te traigo la verdad, Alejandro..., la horrible verdad, y lo lamento.

Me mira, y en sus ojos veo la determinación, la presencia de esa verdad despiadada, el golpe certero, sin resquicios, sin suposiciones de esa cruda realidad de la que siempre he tratado de escapar. Y me preparo para recibir ese trallazo certero que no entiende de sutilezas ni de componendas.

—No se fue a ningún sitio... No se fue a ningún sitio... ¿Dónde iba a ir sin vosotros?

Lucía abraza a Isabel... Y le acaricia el pelo y la besa con infinita ternura.

—Esa fatídica noche todos sus sueños murieron con ella... Esa noche. Ese maldito 25 de septiembre vino a casa. Nunca he podido olvidar esa fecha... Era muy tarde, y estaba nerviosa, atemorizada. Jamás la había visto así. Tu madre era muy valiente, difícil de amedrentar... Y esa noche tenía miedo. Había visto la muerte de cerca. Se abrazó a mí con fuerza, estaba temblando... Pero no lloraba, ¿sabes? Tenía la blusa manchada de sangre, el pómulo con cortes y el cuello enrojecido... Sangraba por la nariz... Sus brazos con magulladuras. Me asusté.

»“Ha estado a punto de matarme” —me dijo en voz muy baja, sin ninguna crispación, con la mirada perdida más allá de la ventana.

»“Sí, quería matarme... Se ha vuelto loco... No era él... Me engaño, claro que era él. Ya lo creo. Estábamos tranquilos, y no sé por qué le comenté que pensaba volver a tocar el piano, prepararme para dar nuevamente conciertos... Y se puso tenso. No dijo nada. Siguió ojeando el periódico. Yo debí darme cuenta de lo que iba a pasar, pero no estuve atenta, y seguí hablándole de mis sueños... Hablando de mis sueños con un asesino. Qué insensata he sido. Nunca le han importado mis sueños... Se fue poniendo cada vez más nervioso, dejó el periódico sobre la mesa y me dijo que me olvidara... Que si tanto me gustaba tocar el piano, que lo hiciera en casa, cuando vinieran los amigos. Que era una mujer casada y con hijos... Y yo le respondí, ingenuamente, que era algo que deseaba con toda mi alma, y que no se preocupara, que tendría tiempo para los niños y para él... Que sería maravilloso.”

»“Te he dicho que no, ¿es que no me escuchas...? Y no es no. ¿Entendido? ... Cambiemos de tema.”

»“Hay gente que es capaz de herir con las palabras, de hacer daño, sin miramientos. Sus palabras eran tan afiladas, tan certeras, pero no me hirieron.

Esta vez, no... Y seguí como una tonta sin darme cuenta de las señales. Le dije que estaba decidida. Que todo saldría bien. *El piano es mi vida, tú lo sabes...* Y le cogí de las manos. Se levantó de golpe. Entonces, en ese momento, me di cuenta de lo que iba a pasar. Estaba pálido. Y empezó a gritar. A ir de un lado a otro de la habitación, como una fiera enjaulada. Quise reaccionar, reconducir la conversación, pero ya era tarde. Tonta, fui una tonta... Empezó a darle golpes a los muebles, a tirar las sillas... Y me miró lleno de rabia.”

»“¡He dicho que no! ¡Joder!... Te daría de hostias, Diana. Y deja de mirarme como una loca. ¿En qué coño piensas?”

»“Me quedé mirando sus nudillos blancos, su mano crispada contra la silla. Otras veces, esa mano, se había levantado contra mí... Traté de tranquilizarle. Le dije que los niños estaban durmiendo, que ya hablaríamos en otro momento, pero no entraba en razón. Me acerqué a él y me dio un empujón que me tiró al suelo... No supe cómo reaccionar. Quise levantarme, pero comenzó a darme patadas... Nunca había actuado así, de una manera tan violenta. Yo estaba aterrada... No era capaz de entender lo que estaba pasando. Me agarró del pelo y me levantó en vilo. Y luego puñetazos... Sus nudillos contra mi cara, contra mi pecho... Manotazos, insultos y golpes por todo el cuerpo... Y gritos. Me tapaba la boca, me apretaba el cuello. Y yo casi no podía respirar. Trataba de defenderme como podía... Escapar. Pero su locura había estallado sin control.”

»“Lo jodes todo. ¡Siempre lo jodes todo! Diana, vete a la mierda con tu piano... A la puta mierda... Eres mi esposa... Eso es lo único que eres. Métetelo en tu maldita cabeza. Te crees importante, una gran artista, y solo eres una mujer ridícula. Mi mujer, mía, de mi propiedad... Puedo hacer contigo lo que me dé la gana... Puedo matarte ahora mismo, puedo perdonarte la vida, puedo follarte y luego...”

»“Cogí una botella y se la tiré a la cabeza... Eso me dio tiempo para refugiarme en el cuarto de baño... Y él comenzó a golpear la puerta cada vez con más fuerza... Con más rabia... Y no paraba de amenazarme... Creí que iba a tirar la puerta abajo. Luego, poco a poco, se fue tranquilizando y me pidió perdón... Y sus palabras volvían a sonar crueles, frías. Me dijo que lo sentía. Y era mentira... Que estaba muy nervioso... Y yo le veía agazapado al otro lado de la puerta, dispuesto a darme el golpe definitivo... Que ya pasó todo, que abriera la puerta y que hablaríamos tranquilamente...”

»“Dar conciertos. ¿Por qué no?”

»“Otra mentira más...”

»“Puede estar bien —me dijo—. Te quiero, te quiero, Diana...”

»“Más mentiras...”

»“No tengas miedo. Conciertos en el teatro de la Zarzuela... En el Liceo... Puede ser una buena idea... Te espero en la salita...”

»“Para matarte...”

»“No tardes... Tenemos que hacer planes.”

»“Quería matarme. A pesar de su aparente calma, solo deseaba mi muerte. Le oí alejarse. Pero aún esperé unos minutos. Temía que estuviese escondido en el pasillo. Salí, tratando de no hacer ningún ruido. Seguía muy aturdida. No sabía qué hacer. Le vi en la salita, asomado al balcón. Entré a ver a los niños, dormían tranquilamente. Parecía que no se habían enterado de nada, eso me tranquilizó. Pensé en despertarlos y marcharme con ellos, pero sabía que si nos descubría, sería terrible. La otra opción era ir a hablar con él, como si no hubiera ocurrido nada importante. Escuchar sus disculpas, sus mentiras... Quizá un beso... No podía quedarme, lo entiendes, ¿verdad? De momento he escapado de mi asesino... Y aquí estoy, y no sé lo que va a ocurrir. Ni lo que va a hacer él. Está loco, Isabel..., loco. Lleno de furia. Ahora me estará buscando, cuando se dé cuenta de que me he marchado de casa, se volverá más peligroso. Le tengo que llamar, inventaré algo para que no sospeche nada... Le diré que estoy en casa de una amiga, que es lo mejor para los dos, y que no se preocupe, que siento todo lo que ha ocurrido, que todo ha sido por mi culpa, que me perdone... Que volveré enseguida... Mañana, cuando estemos más tranquilos... Eso es. *Mañana hablamos*, le diré. Necesito que se confíe. Que piense que estoy arrepentida... Que me dé algo de tiempo. Volveré a casa muy temprano y le diré que tiene razón, que los conciertos son una locura, que todo volverá a ser como antes. Y esperaré a que se marche al ministerio, y entonces recogeré a los niños... Y nos iremos lejos, donde nunca pueda encontrarnos... Y empezaremos una nueva vida, sin miedo. Perdona que haya venido aquí... No sabía adónde ir.”

»“Tranquila” —le dije—... “Has hecho muy bien.”

»“¿Y tus padres qué dirán?”

»“No te preocupes por ellos... No están en casa, se han ido a Gijón a una boda... No volverán hasta dentro de tres días... Aquí estaremos seguras.”

»Le curé las heridas y le preparé una tila... Se fue tranquilizando, pero seguía obsesionada con vosotros.

»«Los niños. Quizá se han despertado... Y estarán asustados, y preguntarán por mí... No sé qué les dirá... Tengo que llamarle por teléfono para que se calme... He estado a punto de ir a casa de mi padre, ¿sabes?, pero está muy mayor... Y un disgusto así no lo podría soportar.»

»Entonces oímos un coche que se acercaba a casa... Venía por el camino de tierra. Era tu padre.

»«Es él... Ha debido de seguirme... ¿Qué puedo hacer?»

»«No sé... Pero de aquí no te vas. Llamo a la policía, eso es lo que tenemos que hacer.»

»«No, espera... La policía no... Eso no lo podría soportar, además él es coronel del ejército y le darán la razón... Yo he abandonado la casa, a mis hijos... No, no podemos llamar a la policía.»

»Le vimos bajar del coche. Le acompañaba un militar joven, que se quedó esperándole. Tu padre llamó a la puerta. No debimos abrirle.

Isabel bebe un poco de agua. Se cansa. Habla despacio, toma el aire a pequeños sorbos y no se precipita... Y yo no la atosigo con mis preguntas, con mi necesidad de saber lo que pasó esa noche... Ella está recorriendo su particular viacrucis, hurgando en sus heridas, y lo hace lentamente..., con miedo a equivocarse, a no elegir las palabras más adecuadas. Mientras que yo me adelanto, anticipo lo que va a ocurrir... Imagino esa escena terrible con mi padre: el coche que llega, el encuentro entre los dos.

—Tu padre parecía muy tranquilo y hablaba con mucha calma.

»«Vamos, Diana... No compliquemos más las cosas.» —Sí, eso dijo, y no sonaba a amenaza—. “Ya sabes que lo siento. Estaba un poco nervioso. Tenemos que volver a casa. Se ha hecho muy tarde.”

»Tu madre me miró... No estaba asustada. Sentía rabia, impotencia. Cogió el bolso que estaba sobre una mesa y también, disimuladamente, un abre cartas, y lo ocultó en su mano.

»«Adiós, Isa... Adiós, Isadora...” —Eso dijo, casi en un susurro, y sonrió. A veces me llamaba así... Se fue con tu padre sin ofrecer ninguna resistencia. Sin discutir... El coche se fue alejando, y yo me quedé en el porche, llorando, sin haber sido capaz de hacer nada. Estaba decidida a llamar a la policía, pero antes de llegar a la curva, la puerta del coche se abrió de golpe... Y vi que

alguien caía al camino, o saltaba. El coche se detuvo... Y yo, entonces, salí corriendo. Quería ayudar a tu madre, quería hacerlo... Cuando llegué cerca del coche, no vi a nadie, pero pude oírlos... Tu padre gritaba... Diana trataba de tranquilizarle...

»“Por favor..., cálmate.”

»“Estoy muy tranquilo, Diana... La que ha perdido la cabeza eres tú. Deja de corretear como si estuvieras loca, cojones.”

»A veces se perdía el sonido de sus voces... La oscuridad me impedía orientarme... Iba de un lado a otro, a ciegas, incapaz de encontrarlos. Me quedaba quieta, pero no oía nada... De repente, volví a escuchar la voz de tu padre...

»“Se acabó, Diana.”

»“No quiero volver contigo... ¿Es que no lo entiendes? Lo mejor es que me vaya... Y que los niños se vengan conmigo... No te acerques. Si me haces daño, te denunciaré. ¿Me oyes? Sabes que soy capaz de hacerlo.”

»“Ahora me amenazas... Eres una puta... Una malnacida... Y no me vas a joder la vida. No me vas a poner en ridículo. ¿Me oyes?... ¡¿Me oyes?! Se acabó, Diana... Se acabó.”

»“¿Vas a empujarme por las escaleras, otra vez?... Dime... Eres un fanático... Odias todo lo que está vivo... Estás enfermo. Déjame... Te lo suplico.”

»“Me lo suplicas... Te odio. Odio cómo me miras. Te crees superior, ¿verdad? Más inteligente... Más culta... Y eres una puta mierda.”

»Los vi... Estaban uno muy cerca del otro... Entonces tu padre sacó una pistola. Y yo me quedé helada.

»“Por favor... ¿Es que has perdido la cabeza? ¿Qué vas a hacer?... ¿Matarme?”

»“No me dejas otra salida, Diana.”

»“Eres un cobarde... Un maldito cobarde.”

»Se quedaron un momento mirándose. Tu padre disparó dos veces... Diana cayó desplomada al suelo. Él volvió a dispararle con absoluta frialdad... Yo seguía escondida detrás de unos arbustos, sin atreverme a hacer nada. No la ayudé. El pánico se apoderó de mí... Luego apareció el otro militar y yo me tiré en el suelo, tratando de no hacer ningún ruido. Lo siento, Alejandro. Lo

siento.

En ese momento, me doy cuenta de que he imaginado la muerte de mi madre muchas veces y de maneras diferentes... Un accidente de avión, o de carretera, cuando iba a dar un concierto... Una enfermedad... Pero también he imaginado que mi padre la había matado. Él era capaz de hacerlo. Era un asesino... Nos la robó. Y así pudo continuar con su odio, con su locura... He sido tan injusto con ella, ¿cómo pude dudar?... Claro que no vino a buscarme... Claro que no llegó volando por encima de los tejados y entró por mi ventana... Estaba muerta. Y no sé lo que siento en este momento... Melancolía... Sí, añoro todos los abrazos que nunca pudo darme... Que no me dará jamás. Sus besos... Su sonrisa... Su música... ¿Cómo he podido vivir todos estos años sin ella?... Quizá es que no he vivido.

—Fui tan cobarde... Ni siquiera grité. Estaba aterrada..., aterrada.

—¿Y qué ibas a hacer, Isabel? Nada... Mi padre te hubiera matado también a ti. No te sientas culpable. La quisiste, la quieres con todo tu corazón... Y ella también te quiso a ti, así que nos une su amor, su recuerdo. Me has devuelto a mi madre, ¿sabes?... Gracias, Isabel... Gracias.

—Quise denunciarle... Pero, al volver a casa, me estaban esperando... Tu padre sentado dentro del coche. El otro hombre se acercó y me dijo, casi en un susurro: «¿Quieres morir ahora? ¿Quieres que mueran tus padres en un accidente? ¿O quieres vivir? Elige». Sacó la pistola y me apuntó en la frente.

»Volví a México, y siguieron las llamadas, las amenazas, las visitas de algún desconocido que me recordaba que la muerte nos acechaba.

Me siento en la cama, y la cojo de la mano, y se la beso, como hizo mi madre hace muchos años. Ella se abraza a mí. Está temblando. Trato de calmarla y escucho sus sollozos... Y yo ya no puedo contener las lágrimas... Lloramos por mi madre, por una mujer única, valiente, maravillosa. Los dos la hemos querido con toda nuestra alma. Y nuestro cariño la mantendrá viva. Durante un rato no decimos nada... El silencio es un buen homenaje..., sincero, auténtico, lleno de vida. Las imágenes son cada vez más nítidas. Recuerdo momentos que ya había olvidado... Y su voz... Su voz suena con claridad... Palabras dulces, divertidas, sonrisas..., juegos. Mi madre está viva. La siento dentro de mí y me da paz.

Isabel está muy cansada, apagamos la luz para que trate de dormir. Por fin se ha liberado de un peso terrible. Ha hecho las paces consigo misma. De

algún modo, ha saldado su deuda... Lucía me acompaña, sin decir nada, otra vez el silencio reparador y auténtico. Está impresionada por todo lo que acabamos de vivir. Por esa terrible historia que Isabel tenía escondida dentro de su corazón... y no la dejaba respirar.

—¿Cómo estás? —me dice.

—No sé, vacío. Y en paz... Como si hubiera cerrado una herida que llevaba abierta muchos años. Y que ahora me permite ver a mi madre tal y como era: valiente, generosa y llena de vida. Me duele saber cómo murió... Sola. Infinitamente triste, sin haber podido escapar con nosotros. Pero me tranquiliza que no nos abandonara. Soy muy egoísta... Porque ahora, cada vez que la recuerde, será sin ninguna sombra, ninguna duda... Mi padre, ese ser espantoso, la mató... Y siguió viviendo una vida de odio..., de rencor. Y murió solo, y nadie le recordará con cariño. No vivirá en nuestro recuerdo. Está muerto. Definitivamente muerto. Gracias, Lucía... Gracias por todo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No... Prefiero ir solo... Pero te lo agradezco. Cuida de Isabel, para ella ha tenido que ser muy duro recordar ese desgraciado día... Es una persona maravillosa...

—Sí, lo es. Tengo la suerte de poder disfrutarla... Espero que durante mucho tiempo... Y me alegro de haber hecho ese largo viaje para llegar hasta aquí... Era necesario.

Lucía me abraza... Y me siento menos solo. Quizá yo sí viva en el recuerdo de otras personas.

Voy por el camino de tierra, acercándome al lugar donde mi madre saltó del coche en marcha... Tratando de escapar. Sigo sus huellas despacio, a través de ese prado de encinas y enebros. Está amaneciendo, y enseguida descubro ese muro de rocas enormes, caprichosamente dispuestas, unas sobre otras, como si estuvieran a punto de caerse. Allí murió mi madre... Es un lugar hermoso. Me siento sobre la hierba y miro a mi alrededor... Y, por un momento, la veo... Y está viva.

Al día siguiente, saco fuerzas no sé de dónde y decido salir de casa. Cojo el coche con la idea de dar una vuelta. Sin rumbo fijo... Y llego a las curvas del río Manzanares. A las treinta y tres curvas que Álex ha contado. La carretera es muy estrecha, y cada vez voy más despacio, piso suavemente el freno cuando la pendiente es algo pronunciada... Creo que llevo recorridas

dieciséis curvas, aunque la verdad es que he perdido la cuenta varias veces. Por fin veo el puente del diablo. Es un pequeño puente, solo eso... Y recuerdo el plan increíble de Álex... Y sonrío... Y me gusta esa sensación. Atravieso el puente... Y, entonces, imagino a Álex tumbado en medio de la carretera. La cara que puso cuando le dije que los malos no pararían. Me meto por el camino de gravilla, que termina en un fondo de saco, y aprovecho un pequeño ensanchamiento para dar un giro con el coche. Lo detengo justo donde dijo Álex. Y me quedo allí, parado..., pensando en mi padre, en su imagen horrible. Y si ahora, porque sí, porque a veces ocurren cosas inexplicables, aparecen ellos y detienen el coche exactamente donde imaginó Álex, enfrente de esta carretera cortada... No saben qué hacer... Quizá se han perdido... Y pasa un segundo, dos... Están delante de mí. Si acelero y me estrello contra su coche, los arrojaré al precipicio... ¿Lo haría? ¿Sería capaz de hacerlo? Delante de mí están las personas que más odio. No está mi padre y lo siento. Pero puedo imaginarlo... Va en el asiento de atrás. El asesino de mi madre está tranquilo, seguro. No le teme a nada, no tiene remordimientos, ni pesadillas. Piso el acelerador, pero mantengo el freno de mano echado. Lo suelto de golpe, y el coche da un brinco espectacular. Ellos siguen detenidos, no me han visto. Faltan pocos metros para impactar contra su coche... Y, entonces, me descubren y miran aterrados, incapaces de reaccionar. Veo claramente la mueca de espanto de mi padre. El sol a punto de meterse por detrás de las montañas me deslumbra. Y soy consciente de que si no freno, si no doy un volantazo, en pocos segundos me precipitaré al fondo del barranco, y todo, por fin, se irá a la puta mierda. ¡Quiero morir! Es lo único que sé. Mi madre me está esperando. Quiero reunirme con ella... Y, sin embargo, piso el freno a fondo, reduzco la marcha... El coche derrapa, y consigo detenerlo al borde del precipicio. Y soy consciente de que he estado a punto de matarme. Apoyo la cabeza sobre el volante y comienzo a llorar desconsoladamente. He intentado tantas veces quitarme la vida, pero al final, me aferro a seguir viviendo, aunque mi vida sea miserable... Y, entonces, mi madre me sonrío.

Cuando vuelvo a casa, ya ha anochecido. Pienso en ir a visitar a Isabel para saber cómo se encuentra, pero estoy muy cansado y lo dejo para mañana. Me bajo del coche. La puerta del jardín está entreabierta. Siempre la dejo cerrada, pero hoy ha sido un día lleno de fuertes emociones, así que... Subo las escaleras del porche y me fatigo subiendo los cinco escalones. Me apoyo

en la barandilla. Hace mucho que he dejado de medicarme y no me encuentro bien. Estoy algo mareado. Abro la puerta de casa, y cuando voy a encender la luz, recibo un golpe en medio del estómago. Caigo de rodillas, me falta el aliento... Ahora es una patada en el costado. El dolor es insoportable... Los golpes continúan. Trato de cubrirme la cabeza con los brazos, pero es inútil. Intento arrastrarme por el suelo... Necesito llegar a mi habitación. En la mesilla está la pistola de mi padre... Otra patada más me aleja de mis pensamientos. Solo quiero coger esa puta pistola... Son ellos... y me van a matar. Lo sabía, pero no he tomado precauciones... Soy un imbécil... Ya no me defiendo... Ya no me cubro la cabeza... Solo quiero respirar unos segundos más. Antes de perder el conocimiento, alguien me susurra al oído: «Te estamos vigilando, maricón. Este es nuestro último aviso». Me ponen una bolsa de plástico alrededor de la cabeza. Una patada más. No puedo respirar. La puerta de la calle se cierra. Trato de arrancarme la bolsa... Un último esfuerzo, no puedo, sigo intentándolo. Cierro los ojos... y me da miedo cerrarlos. ¿Y si no despierto nunca más? Ya no siento el dolor de los golpes... No siento nada. Nada.

Silencio, solo silencio. A lo mejor me estoy muriendo, a lo mejor ya estoy muerto... Y si estoy muerto por fin podré descansar... ¿No es eso lo que quería? No lo sé. Nunca sé lo que quiero. Mi venganza se va a la mierda... Ellos han vuelto a vencer. Me gustaría que, cuando me encuentren, la expresión de mi cara fuera tranquila... Qué tontería, qué importancia tiene eso. Mi madre seguro que murió con serenidad... Y con tristeza. Sintió que la vida se le escapaba... Que nos perdía para siempre... Quizá una lágrima en sus ojos... Pero miedo, no. Estoy seguro... No le dio ese gusto a su asesino, y eso desconcertó a mi padre... «¿Me vas a matar?... Eres un cobarde...» ¿Dónde estará enterrada?... No lo sé... ¿Y si dejo de darle vueltas a las cosas y me muero en paz? La mente en blanco... Eso diría Chema... Respiración diafragmática... No puedo aguantar sin saber si estoy vivo o si estoy muerto. Tengo mucha curiosidad. Calma... Déjate ir... No luches... No te resistas. Voy a tratar de abrir los ojos... A lo mejor eso ya no es posible, y entonces eso querrá decir que se acabó. Pero si los abro, si puedo abrirlos... es que estoy vivo. Qué estupideces estoy pensando. Los abro. De momento, solo oscuridad. Tengo algo pegajoso alrededor de la cabeza, una bolsa de plástico... rota. Termino de quitármela. Distingo algunas formas. Apenas puedo ver dónde

estoy. Acercó mi mano al pecho, y siento que mi corazón está latiendo. Eso debe de significar que estoy vivo. Lo que es seguro es que estoy tirado en el suelo... Y el suelo es de madera, como el de la casa de mi abuelo. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad... Estoy en el salón. Eso es... Mi cabeza muy cerca de uno de los sillones. Debo de llevar bastante tiempo tirado. Empiezo a notar mi cuerpo y un dolor insoportable. Estoy agotado. Una crisis... Sí, quizá haya sido eso... No soy capaz de acordarme de nada. Siempre después de una crisis me siento así. Me duele todo el cuerpo... La espalda, el cuello y sobre todo la cabeza... Tengo sangre en la frente y en la nariz... Aún está caliente. Muchas veces, durante las crisis, me hago daño en los brazos, en las manos... Heridas... Golpeo los muebles, las puertas, las paredes, y tiro al suelo todo lo que encuentro a mi paso, y no paro de manotear sin sentido, como si me fuese a ahogar y necesitara aire. Tengo la camisa húmeda por el sudor... Y frío. Es de noche. La casa está a oscuras. ¿Qué coño me ha pasado? No recuerdo nada. He debido de marearme. Muchas veces sufro convulsiones, como un ataque de epilepsia. Es agotador. Me costará levantarme. Voy a intentarlo. Me fallan las piernas. Pienso en lo útiles que son los codos... Me arrastro hasta el sillón apoyándome en los codos y en las manos. Me siento en el suelo. Mejor que estar tirado. Siguiendo paso: ponerme de pie y llegar a la cocina. Tengo mucha sed. La cocina parece que esté lejísimos. Me apoyo en las paredes. Tengo angustia. Me cuesta dar cada paso..., llegar a la cocina me parece toda una aventura, pero lo consigo. Enciendo la luz. Tengo que cerrar los ojos un momento. Me deslumbra la luz. Los abro poco a poco. La cocina está hecha un asco. No me sorprende. Abro el grifo. Tengo heridas en las manos y en la cabeza. Me lavo la cara y el cuello... El agua fría me va despejando. Me mojo el pelo. Debo de haberme dado algún golpe en la cabeza... Noto un estupendo chichón. Bebo un vaso de agua. Me siento en una silla. He vuelto a la vida... A mi vida. Y todo sigue igual que antes... Hecho una auténtica mierda. Me cuesta respirar, definitivamente, he tenido una de mis maravillosas crisis... Debería tomar la medicación. Es la única manera de controlar mis ataques de locura... Mi madre ha muerto. Me sobresalto... Estuve en el bosque donde mi padre la mató... Y luego en el puente del diablo. Tenía una bolsa de plástico alrededor de la cabeza. No he sufrido una crisis. Entré en casa y estaban escondidos... Ahora lo recuerdo muy bien. Me dieron una paliza. Creí que me iban a matar... «Te estamos vigilando...» Eso me dijeron... ¿Por qué no me han matado?... Ha sido un aviso... Eso es... A Tito le gustaba dar esos avisos.

Disfrutaba con el miedo de sus víctimas, esperando, sin saber ni cómo ni cuándo, llegaría el castigo. Enciendo la luz del salón, la casa está patas arriba... Cajones abiertos, papeles por el suelo. Buscaban algo... Los documentos de mi padre, pero ya no los tengo, ni mis cuadernos. No han podido encontrar nada. Me he adelantado a vosotros. Primero un regalo macabro, solo para acojonarme, y ahora un aviso más contundente, más a vuestro estilo... ¿Qué quiere decir todo esto? Que aún no sabéis quién coño os ha amenazado... Estáis perdidos, desconcertados, y cada vez más nerviosos. Terminaréis en la cárcel, y entonces estaréis bien jodidos. Entro en el dormitorio. Veo la pistola de mi padre sobre la cama, al lado de los cajones de la mesilla, de la ropa tirada. ¿Y si es esa la pistola con la que mató a mi madre?

Suena el teléfono. La cabeza parece que me va a estallar... ¿Serán ellos, nuevamente? Sí..., un nuevo aviso, una nueva amenaza. Quizá estén fuera y vuelvan a entrar.

—Sí, dígame... Sí, soy yo...

No es nadie del grupo. Es alguien amable, educado... No me amenaza con darme un tiro en la cabeza, ni me insulta, ni me llama maricón... Pero no sé quién es. No sé de qué me habla. Estoy aturdido, le digo que no le oigo bien... Y comienza a hablarme más despacio. Que quiere verme. Que quiere hablar conmigo.

—¿Sobre qué?... —le digo, aunque la verdad es que estoy muy cansado y lo que quiero es colgar de una vez y acostarme... Y dormir. Solo eso, dormir.

Que está escribiendo un libro... Muy bien... No sé qué decirle... No creo que pueda ayudarme.

Él sigue hablando. No tiene prisa. Ya no quiero colgar. Me siento para escucharle con atención... Mi pulso se acelera cada vez más. Las sienes van a explotarme.

—Sí... Sí, es un tema interesante, muy interesante... —Trato de mantener la calma—. Claro..., claro que me importa... Bien... Cuando quiera... Pasado mañana jueves. De acuerdo..., a las once. No faltaré. Hasta el jueves.

Cuelgo el teléfono, estoy sorprendido. Acabo de hablar con un periodista que está escribiendo un libro muy especial: un libro sobre los asesinatos fascistas en la Transición. Jóvenes universitarios, abogados, líderes estudiantiles, trabajadores..., homosexuales. Personas que murieron por sus

ideas en las calles, en las comisarías o en las manifestaciones... Arrojadlos por un balcón, atropellados por un coche, golpeados con un bate de béisbol. La trama negra de la policía franquista. Eso me ha dicho. «Grupos fascistas, neonazis... Ya sabe.» Y yo me he quedado sin habla, sin saber qué decir. ¿Es posible que haya alguien que quiera escribir un libro sobre ese tema?... La respuesta es que sí. Dentro de dos días he quedado con él y no sé lo que quiere de mí. Seguramente habrá investigado sobre el asunto. A lo mejor tiene información que me afecta directamente. Información sobre el grupo..., sobre mí. Igual me precipito... y no sabe nada de nada... Pero entonces ¿por qué me llama? ¿Qué quiere? Quizá lo sabe todo y trata de hacerme chantaje. A lo mejor hay alguien dispuesto a remover la mierda del pasado... Ojalá sea eso. Me asusta un poco. Miento... Me asusta mucho. Pero también tengo curiosidad. ¿Qué sabrá? ¿Y si no es un periodista? Puede ser un policía que esté investigando lo que ocurrió hace más de cuarenta años... Pero esos crímenes ya han prescrito. Nadie va a pagar por esos crímenes... Bueno, el jueves saldré de dudas, me enteraré de lo que quiere. Alguien, a lo mejor, ha decidido hacer justicia. Necesito dormir o me estallará la cabeza. Un orfidal...

¡Mi madre está muerta!... ¡Mi madre está muerta!

DIECISÉIS

HOY...

Anoche, Silvia y yo nos quedamos viendo la televisión hasta tarde. Tania nos acompañó durante un rato, pero después se fue a su habitación, tenía que preparar un examen difícil en la universidad. Una asignatura hueso con un profesor insoportable y muy pesado. No recuerdo qué es lo que vimos. Tardé en dormirme. Estaba muy inquieto. Silvia leyó un rato, pero enseguida apagó la luz y se durmió. Podía oír su respiración profunda y tranquila. Yo daba vueltas en la cama. Trataba de dejar la mente en blanco. Necesitaba descansar. Llevábamos demasiados días con mucho trabajo, y nervios y problemas. Estábamos preparando la inauguración de una nueva exposición. Era la obra de un pintor joven. No demasiado bueno, pero efectista. La exposición era un error, y lo supe desde el principio, una locura. Sabía lo que iba a ocurrir. Debí decirle que no, que su obra no encajaba en nuestra galería, pero no lo hice.

Nada más despertarme tuve la sensación de haber tenido una pesadilla angustiada, una de esas pesadillas que parece que están esperando agazapadas durante la vigilia, buscando el momento oportuno para apoderarse de ti, y machacarte con imágenes, sonidos y sensaciones que tú quieres olvidar, que necesitas borrar de tu mente para poder seguir levantándote cada día por la mañana, tomarte un café y continuar viviendo como si no hubiese pasado nada. Estás indefenso ante esos malditos horrores nocturnos que te persiguen y que, a veces, parecen tan reales que piensas que si abres los ojos nada se detendrá y seguirás viviendo esa tortura eternamente. Algunas veces, cuando me despierto empapado en sudor, no recuerdo nada, y eso es un gran alivio, pero en la mayoría de las ocasiones se han fijado en mi memoria insignificantes detalles desdibujados, inconexos, que, poco a poco, cobran un sentido claro y

terrible. Es como si tuviera un pequeño alien adherido a mi cerebro, cuya única misión fuera recordarme aquellos momentos de mi vida que me atormentan y me ahogan. A mi alien le resulta muy fácil atraparme. Soy una presa demasiado frágil, llena de culpa y de remordimientos.

«Hoy...»

¿Qué es lo que había soñado? ¿Por qué seguía tan inquieto? Quizá en esa pesadilla que no puedo recordar aparecía un pasillo desierto e interminable, como el de ese hotel perdido en las montañas, donde Jack Nicholson aterrorizaba a su familia. Recuerdo a un niño asustado recorriendo los solitarios pasillos de moqueta rojiza con figuras geométricas. Y el ruido de un triciclo, monótono y estridente. Puertas y más puertas cerradas esperando que te decidas a abrirlas, y que cambie, así, tu suerte. *El resplandor* fue una película que me impresionó cuando la vi por primera vez, hace muchos años. De algún modo, ese niño era yo. No, era más valiente que yo, más decidido. Me hubiera gustado parecerme a él.

«No debes entrar, ¿me entiendes? No entres.»

Es una advertencia que le hace un empleado del hotel, pero el niño no va a hacerle caso.

La puerta del despacho de mi padre, siempre cerrada, me acerco... No entres. No debes entrar... No le molestes.

Es un niño raro, como lo era yo, diferente, como lo era yo, que tiene un dedo mágico, creo que es el dedo índice. Ese dedo es un personaje imaginario, aunque para él es real: su amigo. Habla con él. Le confiesa sus miedos. Y su amigo le contesta. No, el niño no hace caso de la advertencia.

«No entres.»

Eso le han dicho... Y el niño se detiene delante de la puerta prohibida. Y abre la puerta... Y entra. Y yo... Yo no me atrevo... No soy capaz de abrir esa puerta. Me falta valor.

Abrí el balcón y me asomé a la calle. Era un día increíble de primavera. La plaza de las Salesas estaba tranquila. Un perro pequeño olisqueaba meticulosamente cada arbusto... ¡Kira!... Una mujer joven le llama, y Kira corre hacia ella... La mujer se agacha, y Kira revolotea a su alrededor dando pequeños saltos.

Tenía que olvidarme de la maldita pesadilla, y sobre todo no obsesionarme. Me iba a dar una ducha cuando escuché la entrada de un

mensaje, y eso me puso alerta. ¿Por qué? No había ningún motivo. El mensaje podía ser de la imprenta, o de la carpintería. Seguramente me decían que los marcos ya estaban listos. El móvil estaba sobre la mesilla.

«Hoy...»

Eso era lo único que ponía el mensaje: «Hoy...». El número desconocido... ¿Qué podía significar esa palabra? ¿Qué quería decir ese mensaje? ¿Hoy qué? Parecía inacabado, como si la persona que lo había enviado no hubiera terminado de escribirlo o se hubiera arrepentido. Borré el mensaje. No lo dudé ni un segundo. Lo vi en la pantalla del móvil y sentí un impulso incontrolable de eliminarlo, como si de esa manera pudiera borrar su significado, pero me equivoqué, el mensaje ya se había instalado en mi cabeza.

¿Hoy qué? ¿Qué? Dejé el móvil sobre la mesilla y traté de calmarme. Me senté esperando recibir un nuevo mensaje que completara el anterior. Seguramente sería un error. Un mensaje que iba destinado a otra persona... Una respuesta a una pregunta previa, eso era todo. Volví a mirar el móvil, el mensaje ya no estaba. Asunto terminado. Había más mensajes, pero, en este caso, todos eran de Óscar: mensajes histéricos, gritos de auxilio, gemidos desesperados tan habituales en él: «Estoy aterrado... Soy un desastre... Hay que suspender la exposición... Soy un fraude, ayúdame, ¿qué hago?». Yo, yo, yo... ¡¡¡¡¡Yoooooooo!!!!

Salí al pasillo. Pude escuchar la conversación tranquila que me llegaba desde la cocina, el ruido del microondas, algunas risas. Todo iba bien en casa. Eso me tranquilizó, pero yo sabía que algo iba a ocurrir... Quizá era un presentimiento. «Hoy.» Eso es... Hoy iba a ocurrir algo. Qué estupidez, era un error. La gente se equivoca, cambia un número por otro y envía un mensaje a la persona equivocada.

En la cocina, Silvia y Tania estaban terminando de desayunar. Me gustaba compartir con ellas ese momento, aunque solo fuera un encuentro breve en el que todos teníamos prisa. Pero, a pesar de eso, siempre había tiempo para charlar, gastar bromas, hacer planes. Quería olvidar mis malos augurios, borrar de mi mente ese mensaje estúpido, hablar de cualquier cosa con ellas, que todo pareciese normal. No pude evitar preguntarles si, por la noche, habíamos visto en la tele alguna peli de terror o algo así... *El resplandor...* Se rieron.

—¿De terror?... No sé... —contestó Tania—. Nos gustó mucho un reportaje de La Mandrágora. ¿Te acuerdas? Era inquietante, apasionado: una bailarina desnuda, muy atractiva, deslizándose sobre un suelo brillante, empapado de aceite... Se levantaba y volvía a caer y a dar vueltas... y más vueltas... Y su cuerpo iba impregnándose de aceite. Seguro que has soñado con ella, papá.

—Tu padre solo tiene ojos para la belleza y el arte.

—Ya, si tú lo dices... Era algo hipnótico, y muy físico... La bailarina era guapísima, por cierto.

—Sí, lo recuerdo... El baile tenía algo de agónico, de lucha..., como si quisiera escapar. No parecía feliz.

—¿Has tenido pesadillas? —me preguntó Silvia, tratando de no darle importancia a la pregunta, para que Tania no se preocupara.

—No, para nada... Es que no me acordaba de lo que habíamos visto anoche... Y es verdad que fue algo muy emocionante.

—Y muy erótico... Tenía un cuerpo increíble, ¿o no lo tenía? —comentó Silvia—. Debe de terminar completamente magullada.

Tania, como era lo habitual, de repente se dio cuenta de que se le había hecho muy tarde para llegar a la universidad, y salió de la cocina corriendo con una tostada en la mano, y volvió al instante porque, como siempre, se había dejado el cuaderno de apuntes, un libro..., en fin. Tenía la cabeza en varios lugares a la vez. Yo, desde hacía algunos días, la notaba inquieta, pero feliz..., diferente. Silvia le dijo que tuviera cuidado, que no corriese demasiado con la moto y que se acordase de que por la tarde tenían hora con el ginecólogo. Oímos el sonido de la puerta, al mismo tiempo que ella gritaba un «¡Síiiii, mamá!».

—¿Le pasa algo?... La veo diferente... No sé...

—Está enamorada. Eso es lo que le pasa... —Me contestó Silvia, mientras se reía de un modo enigmático y seguía recogiendo los restos del desayuno.

—¿Y sabes...?

—No sé nada de nada, misterio. Ya nos lo contará si la cosa va en serio. Tiene veintiún años, el día menos pensado se va de casa y empieza una nueva vida... La veo tan mayor. ¿Estás tomando las medicinas?

—Sí, claro... No te preocupes.

Pero he dejado de medicarme nuevamente... Y sé que no hago bien. Me tomo el café con tranquilidad, tratando de liberarme de todas las tensiones. Silvia me dice que irá más tarde a la galería, que antes tiene que hacer algunas compras.

—Me gusta mirarte —le digo. Y me sorprendo por haberle dicho eso, aunque es verdad.

—Ya, siempre te ha cautivado mi forma de moverme... A lo mejor soy una bailarina a punto de ser descubierta... Quizá un poco tarde, ¿no? Además, no pienso embadurnarme en aceite —me contesta sonriente.

Nos queremos... Pero solo eso no basta.

—Coges el vaso, abres el grifo. Dejas correr el agua un momento, apoyas la mano en la cadera, bebes despacio, guardas los platos en el armario... Te giras, tiras algo al cubo de la basura, y todo es diferente. Cada uno de esos gestos. Tú los haces diferentes, nuevos, como si acabaran de ser inventados por ti.

—¿Qué te pasa a ti hoy? O sea que tiro muy bien las servilletas de papel al cubo de la basura. ¿Es eso?

—No sé lo que es. Me da miedo perderte, Silvia.

Se lo digo sin pensar, y es verdad. Y sé que la puedo perder.

—Ya... Hoy te has levantado sentimental. Bueno, ya veremos qué pasa. Depende de nosotros, ¿no?

Me mira un momento, y luego abre nuevamente el grifo y enjuaga el vaso de agua. Y sé que la estoy desconcertando, y que terminará sintiéndose incómoda.

Pero yo, esa mañana, necesitaba decírselo. Esa mañana, que era igual a todas las demás mañanas, pero que, también, no era como las otras. Estaba seguro de que algo iba a ocurrir... «Hoy.»

—Podríamos irnos este fin de semana a un hotel. Tú y yo solos..., como hacíamos antes... ¿Te acuerdas? Decíamos a la familia y a los amigos que nos íbamos de vacaciones a la sierra, a Segovia, y nos quedábamos en Madrid, en un hotel, y paseábamos por las calles como turistas en nuestra propia ciudad... Íbamos a la plaza de Oriente y nos hacíamos fotografías delante de los reyes godos: Ataúlfo, Eurico...

—Leovigildo, Suintila, Wamba... Sí, me acuerdo.

—En mi época de estudiante, los dibujé muchas veces... Apuntes de urgencia, a carboncillo. El más complicado para mí era Eurico, porque parecía que iba a caerse... Te hice una fotografía abrazada a él, como si le estuvieras apuntalando. Tu sonrisa era increíble. Comíamos algo en el Alabardero. Los camareros nos tomaban por turistas. Entonces tú les decías que estábamos preparando una guía, como hacía William Hurt en *El turista accidental*, y les preguntabas cómo se iba a la Puerta del Sol. Yo tenía que hacer esfuerzos para no reírme. Nos gustó esa película... La tristeza del protagonista porque había muerto su hijo, su soledad, su apatía... No tiene ganas de vivir... Y, entonces, aparece Muriel. Para mí, tú siempre has sido como ella, alguien que me salvó cuando estaba ahogándome. Geena Davis entra en la vida de ese hombre y le da la vuelta a sus pensamientos oscuros. Le rescata... Tú también zarandeaste mi vida, le diste sentido. Me liberaste de ese ensimismamiento que me consumía.

Me siento muy abatido mientras recuerdo nuestras escapadas por Madrid, esos momentos de intensa felicidad que se habían ido perdiendo.

—¿Te acuerdas?

—Sí, claro que sí. Antes hacíamos muchas cosas, pero todo ha ido cambiando poco a poco... Sin darnos cuenta, o quizá, sabiendo que ya nada podía ser como era antes.

Lo dice con una mezcla de nostalgia y amargura, como si le doliera recordar aquellos momentos.

—Hemos cambiado, Alejandro... Ojalá no hubiera sido así. Ojalá todo volviera a ser como al principio, pero eso es imposible. Han pasado demasiadas cosas y no hemos reaccionado... Hemos sido muy cobardes.

—Sí... Tienes razón... Habrá que dejar el hotel para otro día. Quién sabe, ¿no? ¿Te apetece ir al cine?... Una de misterio, para que puedas gritar a gusto cada vez que aparezca el asesino psicópata..., ¿vale?

—¿Es que no vas a parar? —Me contesta, tratando de bromear, pero sus ojos me dicen otra cosa—. Has vuelto a tener pesadillas, ¿verdad? —me lo pregunta con cierta inquietud.

—No... Eso se acabó... Bueno, sí, he soñado, pero he soñado contigo.

—Ya... No me engañes, ¿vale? Sigues tomando las medicinas, ¿verdad?

—Claro... Nada de pesadillas, tranquila.

—¿Cómo va la paranoia de Óscar? Ayer estaba inaguantable. Me dieron

ganas de darle un grito para que se callara de una vez, aunque sabía que lo mejor era dejarle por imposible. Anoche volviste muy tarde, ¿conseguiste tranquilizarle? —me dice, mientras coge las llaves del coche que están sobre la encimera.

Su pregunta me devolvió de golpe a la realidad. La miré con un cierto desencanto, como si hubiese recibido un golpe bajo. No sabía qué responderle. Ella se dio cuenta y dejó su frenética actividad para mirarme.

—Perdona... He estado muy poco oportuna... Solo quería cambiar de conversación... Lo siento. De verdad, Alejandro, lo siento. Yo también estoy un poco nerviosa. No me hagas caso, ¿vale?

—No tiene importancia. Es difícil, eso de andar con pies de plomo.

—Me voy. Se me hace tarde. Luego te veo en la galería. No te obsesiones, ¿de acuerdo? Todo saldrá bien, más o menos... Hasta luego.

—Y tú no te preocupes por mí. Estoy bien.

Salió de la cocina y supe que la conversación la había puesto triste. Las cosas no iban bien. Tratábamos con todas nuestras fuerzas de salvar este nuevo bache. Lo hacíamos por Tania, y por nosotros... Pero los dos sabíamos que era una batalla perdida. Buscar el equilibrio imposible. La verdad es que me daba miedo que se rompiera nuestro matrimonio. Sin ella estaría otra vez extraviado. Oí la puerta de la calle al cerrarse... Y me sobresaltó la imagen de Silvia saliendo de casa, bajando la escalera, escapando.

Pensé en Óscar, y todo me parecía absurdo, sin sentido. Me asomé a la ventana... Silvia cruzó la calle, atravesó la plaza y la perdí entre los árboles. Nunca supe muy bien adónde iba. Nunca se lo pregunté, ni ella a mí. Era como un acuerdo de convivencia, y de silencio, como poner barreras invisibles que el otro debía respetar. No pasar: zona privada. Miré el móvil... Ahí estaban los mensajes de Óscar, con sus ataques de pánico y de vanidad de artista insufrible. Sabía que tenía que tomar una decisión, y hacerlo pronto. Solo tenía que pensar en Silvia y en Tania, lo demás era un lastre que me arrastraba y me hundía.

Estaba a punto de irme a la galería cuando sonó el teléfono. Dudé un momento... No contesté, pero me quedé esperando al lado de la puerta de la calle, y, como temía, volvió a sonar. Y descolgué.

—Hoy, Alejandro, a las once de la mañana te voy a matar.

Eso fue lo que escuché. Me quedé helado, sin aliento. Me senté en el suelo,

con el teléfono en la mano, sin ser capaz de reaccionar.

«Hoy, Alejandro, a las once de la mañana te voy a matar.»

No era una broma de mal gusto. Conocía esa voz. Estuve sentado un buen rato sin saber qué hacer. Eran las diez y media... Tenía treinta minutos para marcharme de casa y escapar. Su amenaza, esta vez, podía ir en serio. No tenía demasiado tiempo. Podía llamar a la policía, pero claro, me harían preguntas... Y yo..., ¿yo qué podía responder?... Nada. Al final me quedé en casa, viendo pasar los minutos... Tres, cinco..., quince... Las manecillas del reloj del salón se movían muy despacio. Y luego, cada vez más deprisa... El tiempo se agotaba... El sonido del segundero era obsesivo, inclemente. Las once menos diez. Escuché un ruido en la puerta. Supe que era él. No me moví, seguí sentado, esperando. La puerta se abrió, pero cuando esperaba ver a Chema, dispuesto a saldar las viejas cuentas pendientes, y que todo terminara definitivamente, no apareció él, sino mi hija. Se le había olvidado algo, apenas si se fijó en mí, en mi expresión angustiada. Oí sus pasos corriendo por el pasillo. Abrió la puerta de su habitación. Yo quería que se fuese, pero qué podía hacer. Si le explicaba lo que estaba pasando pensaría que me había vuelto loco. Me levanté y salí al pasillo. La puerta de la calle estaba abierta. Me acerqué temiendo que apareciese Chema... Pero no... No había nadie. Apenas habían pasado cinco minutos cuando Tania salió de su habitación corriendo, me dio un beso y se marchó. La escuché bajar la escalera. Las once menos cuatro minutos. No cerré la puerta de la calle... Tuve un ataque de nervios, me di cuenta de todo lo que iba a perder: a mi hija, a Silvia. Seguía paralizado por el miedo. El reloj del salón dio las once campanadas... Pasaron unos segundos que me parecieron eternos y volvió a sonar el teléfono... No lo cogí... No era capaz de moverme. Sonó otra vez. Descolgué.

—Tu hija te ha salvado la vida, de momento.

No me dio tiempo a decirle nada. Me quedé al lado del teléfono, pero no hubo más llamadas. Pude morir ese día, sentado en el pasillo, con el teléfono en la mano. Me faltaba el aire. Me dolía su odio, y lo entendía, claro que lo entendía.

«Hoy...»

Hoy es el día que has elegido para recordarme que no olvidas, y que no me perdonarás jamás... El regreso de Chema, el vengador... Película de serie B en la que el protagonista mata siempre a la misma persona, a la que odia, y a

la que no puede perdonar. Pero cada vez lo hace de un modo diferente. Con un cuchillo mientras duerme. Varias puñaladas en la espalda, el cuello. Las sábanas empapadas en sangre. Empujándole por la escalera... Rueda y rueda hasta que se rompe el cuello, y se queda quieto, como un juguete roto. Atropellándole en la calle cuando sale de casa... Las ruedas le pasan por encima del pecho y el corazón le estalla... Y pasa el tiempo, primavera, verano, otoño..., invierno... Un año, y otro más... Y se repite la misma muerte, pero siempre distinta.

Mi hija me ha salvado la vida. Eso has dicho... «De momento.» No quieres que descanse nunca, ¿verdad?

Todo lo que me había pasado esa mañana no fue un presentimiento, fue una certeza. La evidencia inexplicable de que, en cualquier momento, mi vida podía acabarse. Eso es lo que Chema me quiso recordar, que mi vida le pertenecía. Me tomé otro café con dos tonopanes y me quedé sentado en la cocina con la mirada perdida... Apretando cada vez con más fuerza la taza... Me hacía daño en la mano. Golpeé una vez, dos veces, once veces la taza contra la mesa, como si quisiera repetir las once campanadas que había escuchado en el reloj de pared del salón. La taza de café se iba rompiendo entre mis manos... Y yo seguía golpeando. Destrocé tazas, platos, vasos..., los tiré contra el fregadero, contra la pared. Me hice algunos cortes en las manos, en la cara. Luego, cuando estuve más tranquilo, limpié y eliminé todos los restos que estaban desperdigados por la cocina. Me desasosegaba ver lo que había hecho. Ese nuevo estallido de locura. Metí una taza y un par de platos, que se habían salvado de la batalla, en el lavavajillas. Esa mañana me tomé un orfidal, lo necesitaba. Había sido un fuerte descontrol, debido a los nervios, al pánico que había vivido... Era normal. Nada de crisis psicóticas. Nada de volver al psiquiatra. Los médicos borrados. Solo sabían atiborrarme a pastillas, y entonces mi vida era como la de un sonámbulo.

Tenía que vivir el presente, disfrutar de él, porque, a lo mejor, Chema no aparecería nunca más. Tenía que borrar a Chema de mi vida. Así que imaginé que Silvia y yo seríamos capaces de sanar nuestras heridas y aceptar que éramos una pareja diferente, pero que, a nuestra manera, nos queríamos. Los momentos más increíbles de mi vida están ligados a ella.

Esa mañana, a pesar de mis buenos propósitos y de haber esquivado a la muerte, me inundaba la terrible sensación de la pérdida, de presentir que algo

se estaba terminando. Recordé la canción de Jim Morrison, «The end». El fin..., el abismo. Abrí la ventana de par en par... Y volví a sentir que era un día luminoso, como lo fue ayer y lo será mañana... Y habrá días de calor, de frío, de lluvia, como siempre. Hay un tiempo para vivir y un tiempo para morir. Y, ahora, la vida continúa para mí, y yo tenía que vivirla, me costase lo que me costase. Pelear por Silvia. Dejar de cometer errores. Estar pendiente de ella y de Tania. Eso era lo importante. Salí de casa decidido a solucionar mis problemas, a enfrentarme con ellos. Y a liberarme de mis obsesiones. Quería disfrutar ese día que Chema me regalaba, como si fuera el último.

«Hoy...»

Con esa palabra, y después de mucho tiempo, comienzo un nuevo cuaderno... Es de color chocolate..., chocolate negro.

DIECISIETE

UNA LLAMADA INESPERADA

Me duele todo el cuerpo. Pero, a pesar de eso, puedo decir que no me encuentro demasiado mal. Al menos estoy lúcido. Mientras me tomo un café, observo las medicinas que tengo delante de mí. Las miro detenidamente. Finalmente elijo un ibuprofeno. Esos cabrones de anoche me han dejado magullado. Creí que iban a matarme. Cuando sentí la bolsa de plástico cubriéndome la cabeza me dejé llevar. Hay momentos en que la pelea, el enfrentamiento es imposible. Pero no me mataron... No les habían encargado mi asesinato. Aún no. «Es solo un aviso..., maricón.» Eso me dijo uno de ellos. Un aviso, mientras siguen buscando al culpable de sus desvelos, de su incertidumbre, de su rabia. Otros quizá hayan recibido una visita similar a la mía, un primer aviso. Y, ahora, como yo, estarán asustados, aunque ellos sin saber por qué. Yo sí lo sé... Quería inquietarlos, que reaccionaran... Y han reaccionado de la única manera que saben hacerlo. Eso lo he conseguido. Tengo que poner en orden mis ideas... Y no es fácil. Adelantarme a su siguiente movimiento. Que no sé cuándo se producirá. Quizá ha llegado el momento de enviar toda la documentación a los periódicos. Eso estaría bien... Un periodista, o un grupo de periodistas, reciben esa documentación, la analizan y pueden darle credibilidad, o no... Y puede interesarles la información, o pensar que es agua pasada, que no merece la pena remover ese fango, que hay otros temas más importantes... Y pasa un día, o varios, y cuando reaccionan, a lo mejor, yo ya estoy muerto. No podré disfrutar del placer de abrir un periódico y leer el titular que les incrimina, el texto donde se vierte toda la información de sus crímenes. Ni sabré cuál será su reacción... Me siento tan solo, tan insignificante. Huérfano, así me siento en

este momento. Mi madre acaba de morir para mí, acaba de ser asesinada, aún, si me doy prisa, puedo encontrar su cadáver tirado sobre la hierba. Aún puedo darle un beso en su mejilla helada. Qué crimen tan horroroso. ¿Cómo fuiste capaz de matar a la mujer más maravillosa del mundo? Imagino que la maldad ciega, enturbia los sentidos, confunde lo execrable con la pureza, con la vida, con la libertad. No me queda suficiente odio para odiarte, padre. Qué horror saber que quizá, en algún momento que yo no recuerdo, me abrazaste, incluso, en ese momento, me querías. ¿Fuiste capaz de querer en algún momento? ¿Fuiste generoso alguna vez? ¿Sentiste piedad? No, sé que no... Tus enemigos solo merecen la muerte, el desprecio... Dos disparos en medio de la cabeza. Y para ti, mi madre, se transformó en un enemigo. Quizá lo fue siempre.

Tu cabeza contra el cristal del ascensor. La boca abierta en una mueca ridícula. Tus ojos espantados. Una muerte indigna, la que se merecen los desalmados, los cobardes. Salgo al porche y miro hacia la curva del camino de tierra. Y veo a mi madre perdiéndose entre los árboles. Tratando de escapar... «¿Me vas a matar? Dime... ¿Me vas a matar?» Eso te dijo. Y tú no la escuchaste.

Camino despacio buscando las flores que le gustaban a ella. Su asesinato, su muerte, inunda todos mis pensamientos... Quizá, en algún momento, imaginó que tú no serías capaz de matarla, que bajarías el arma... «Vete, sal de mi vida, solo eso. Déjame vivir en paz con mis hijos.» Mi padre la asesinó como solo lo puede hacer un desalmado. Dos disparos rompieron el silencio de esa fatídica noche... Y luego, otro disparo más. Mi madre yace en el suelo. Ella también ha perdido la última batalla. Mi padre guarda la pistola. No siente nada al ver a mi madre tirada sobre la hierba, ningún remordimiento. El odio le hace inmune. Y ¿ahora qué? Mi padre ha muerto. Chema hizo justicia. Pero mi padre son ellos... Su odio es el de ellos. Su locura es la de ellos. Y ellos siguen matando a gente inocente. Siguen persiguiéndola de manera implacable y fríamente la asesinan... Porque son diferentes, porque piensan de otro modo... y sienten de otro modo. Sigues vivo, padre, y voy a intentar aplastarte, destruirte, que no quede nada de tu recuerdo. Lo juro.

Dejo las flores a los pies de la pared de granito. Enormes rocas que se elevan hacia el cielo, que parece que van a desmoronarse de un momento a otro, pero se mantienen firmes, resistiendo el paso del tiempo. Elijo, entre todas las ramas caídas en el suelo, una pequeña, insignificante, y escribo tu

nombre: Diana. Y pienso que no sé dónde estás enterrada, si es que lo estás en algún lugar. Si es que tu asesino, al menos, te dio sepultura para que pudieses descansar. Me gustaría ir a verte, hablar contigo. Tengo tantas cosas que decirte. Me sentaría a tu lado, sin prisa, y te diría que jamás te olvidaré, y te confesaría que he sido una mala persona, y que lo siento, pero que he conseguido cambiar, que ahora soy como tú querías que fuese. Y me quedaría callado. Y tararearía una canción para que tú la escuchases: la habanera «La paloma»...

«Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona...»

Pero no, no hubo cariño ni clemencia. Solo la crueldad de un asesino.

Entre los árboles veo a Álex. No sé el tiempo que lleva ahí, quieto, mirándome. Se acerca despacio y se sienta a mi lado.

—Me gusta su nombre: Diana.

—Sí, a mí también... ¿Sabes lo que significa?

—No.

—Luz..., pureza... Mi madre era capaz de iluminar las tinieblas más profundas. Con ella todo se llenaba de vida.

—¿Quieres que recemos por ella?

—Sí, claro. Seguro que le gustará.

Y rezamos, lo hacemos en voz muy baja, como un susurro. Y nos quedamos allí, mientras el sol se esconde al otro lado de las montañas. Luego, casi sin hablar, volvemos a casa. Álex va dando patadas a alguna piedra. Está muy triste. Yo llevo en la mano esa pequeña rama con la que he escrito el nombre de mi madre en la arena. Y pienso que debo seguir adelante con mi misión, que la vida continúa y que tengo que estar alerta. Avisar a Silvia... Eso es importante. Tania y ella pueden estar en peligro. Tengo que bajar a Madrid cuanto antes y convencerla de que durante unos días desaparezcan. Que aunque no lo entiendan, confíen en mí. Que, en su momento, les contaré todo. ¿Seré capaz de hacerlo alguna vez? Lo voy aplazando día tras día. No es fácil decirle que soy un asesino. Que lo fui. Pero que ahora... ¿Ahora qué? Quizá esta noche me hagan otra visita. Es muy probable. Quizá hayan descartado a los otros sospechosos y vengán a darme el tiro de gracia.

Entro a mi dormitorio; la pistola sigue encima de la cama. Dudo un momento, pero al final la cojo. En el salón, Álex mueve las piezas del ajedrez.

—Álex... Me tengo que ir.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—¿Qué? Sí... Sí, tengo miedo.

El peso de la pistola en el bolsillo me desasosiega, pero también me da tranquilidad.

—Hace unos días manché los calzoncillos... Me cagué de miedo. No lo pude evitar, fue horroroso. No te vas a reír, ¿verdad?

—¿Qué dices? Claro que no. ¿Qué ocurrió?

—Estaba jugando cerca del puente del diablo...

—Ya te he dicho mil veces que no vayas por ahí, que es peligroso. Nunca me haces caso.

—Estaba jugando, midiendo los pasos que hay desde la carretera cortada, donde te vas a esconder tú con el coche del abuelo, hasta el precipicio... Y, de repente, los vi.

—¿Qué?... ¿A quién viste?

—Me escondí debajo del puente. Tuve como un presentimiento, ¿sabes? Venían en un coche negro que fue aminorando la marcha, y se acercó muy despacio al puente, y antes de atravesarlo se paró. Yo tenía el corazón a mil... Supe que venían a matarnos.

—Tienes que quitarte esa obsesión de la cabeza. Nadie quiere matarnos, y menos a ti... Esconderte debajo del puente es un disparate. Te puedes resbalar. ¿Es que no te das cuenta?

—Ya lo sé, pero no tenía elección... Hay veces que hay que jugársela... Se te nota demasiado.

—¿Qué?

—La pistola...

—¿La pistola?

El sonido del teléfono me sobresalta. Siempre me sobresalta. Un día arrancaré el cable y se acabó... Dudo un momento, pienso que puede ser el periodista con el que he quedado mañana... Claro que también puede ser alguien del grupo y eso me inquieta... ¿Qué les diré, si son ellos?

—Sí.

—Hola, Alejandro...

Siento un escalofrío... Es la voz de Chema. Estoy seguro. Sus palabras siempre son amenazantes: «Te voy a matar... Te queda una hora de vida». Esta

vez no. «Hola, Alejandro». Eso ha dicho. Su llamada me sorprende. Noto su voz cambiada, envejecida.

—Hacía mucho que no me llamabas... —me atrevo a decirle, y tengo miedo de su respuesta. Pero, esta vez, todo es diferente, habla conmigo sin prisa, me dice que va a desaparecer durante un tiempo, quizá para siempre, y que debe hacerlo cuanto antes porque su vida está en peligro.

—No volverás a recibir más llamadas mías... Se acabó. Jamás podré perdonarte. Eso es imposible. Lo entiendes, ¿verdad?

A pesar de todo, me habla con cariño. He imaginado tantas veces esta conversación, y ahora no encuentro las palabras más adecuadas.

—Lo entiendo. Yo tampoco puedo olvidar lo que hice. Me volví loco, ¿sabes?

—Estás en peligro, Alejandro, y tu familia... Ten mucho cuidado. Tienes pruebas de sus crímenes. Sabes todo lo que ocurrió, fechas, datos, todo... Y ellos lo saben. Acaba con esos cabrones, pero sobre todo pon a salvo a tu familia.

—No te preocupes, lo haré. ¿Y tú qué vas a hacer? Tú también estás en peligro.

Tarda en responderme. Me dice que se va a marchar del país, quizá a Lisboa, que tratará de rehacer su vida. Que buscará a Paloma.

—Sí, eso sería maravilloso... Lo conseguirás. Estoy seguro... Gracias por llamarme, Chema, y por hablar conmigo, y por tratar de perdonarme... Tendré cuidado. Te lo aseguro. Tú también tienes que tenerlo... ¿Quién sabe? A lo mejor un día nos encontramos y somos capaces de olvidar... Y nos damos un abrazo. Yo nunca te he olvidado... Jamás. Chema, para mí siempre has sido alguien especial, pero eso lo sabes, ¿verdad que lo sabes? Te he querido con toda mi alma. Desde que éramos niños. Me acuerdo de ti cada día, y hablar contigo ahora me da fuerza y ánimos para seguir adelante. Gracias, Chema... Gracias, amigo, de verdad... Cuídate... ¿Chema? ¿Chema?... ¿Me oyes?... Has colgado... Adiós, amigo, busca un rincón perdido y maravilloso donde puedas ser feliz con Paloma... Te quiero... Te quiero... Te prometo que acabaré con ellos. Llegaré hasta el final. Les haré pagar todos sus crímenes. Te lo debo. Pase lo que pase nunca te olvidaré. Hasta pronto. Ojalá..., hasta muy pronto.

Cuelgo el teléfono.

DIECIOCHO

MI VIDA SE ROMPE EN PEDAZOS

Eran algo más de las diez de la noche. Silvia acababa de marcharse de la galería, había quedado con alguien. Llevábamos varias semanas preparando la exposición de Óscar y prácticamente todo estaba a punto. Bueno, faltaban algunos detalles: decidir la colocación de las luces, seleccionar las músicas que iban a escucharse durante la exposición, y no habían llegado los textos que acompañaban a cada cuadro. Óscar estaba histérico y no se podía quedar quieto. Iba de un lado a otro de la galería... Y repetía una y mil veces: «Va a ser un desastre... Va a ser un desastre...».

—Alejandro, esto no va a salir bien... —me decía. Y miraba sus cuadros, y sé que estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Por qué no suspendemos? Es lo mejor... Yo no soy un artista. Todo es una farsa... Hay que suspender, ¿vale?

Le dije que se tranquilizase y que dejara de dar vueltas como si fuese un animal enjaulado, que mañana todo lo vería más claro. Ante la fragilidad de Óscar yo me sentía fuerte, importante. Y eso me gustaba.

—¿Y si quitamos ese? —me dijo, señalando un cuadro de formato muy grande, lleno de manos que emergían a través de la superficie de un lago de color azul muy oscuro...

—Pero ese es uno de tus preferidos...

—Ya, pero es horroroso... ¿Crees que es horroroso? —me preguntó, sabiendo lo que yo le iba a responder—. A mí, a veces me gusta, y otras lo quemaría. Estoy perdido, Alejandro. Ayúdame. ¿Qué hago? ¿Qué hacemos? Es mi primera exposición en solitario... Y estoy aterrado.

Y se abrazó a mí, y yo también le abracé. Traté de calmarlo...

—Eres muy importante para mí, Alejandro... Sin ti nada de esto habría sido posible... No sé lo que quiero, ¿sabes?... Sí. Te quiero a ti... ¿Tú me quieres?...

Y no pude responder porque me besó desesperadamente en la boca. Y, luego, sin soltarme, se giró para volver a mirar sus pinturas colgadas en la galería.

—¿Cuál es tu preferida?...

—Toda tu obra es una propuesta muy audaz, valiente, desinhibida... Y joven, tremendamente joven. Si no les gusta..., que les den. Anda, espérame en Chicote. Ahora voy yo... Y tranquilízate. Llevas encerrado aquí todo el día... Después de un par de copas, volvemos y ya verás como lo ves todo más claro. Voy a cambiar unas luces. Es una idea que tengo en la cabeza y que quiero ver cómo queda. Cuando termine voy a buscarte, ¿vale? Y lo vemos juntos... Pero ahora déjame solo.

—Te quiero..., te quiero..., te quiero... Me encantan las sorpresas.

Me volvió a besar...

—Tienes razón, debo tomar un poco de aire, y, sobre todo, distancias. Eso es lo que dices tú: mirar la obra como si no fuera mía... ¡Pero es que es mía! Mi obra ocupa todas las paredes de una de las galerías más importantes de Madrid. Creo que me voy a volver loco... Soy muy feliz... Gracias, Alejandro. Gracias por creer en mí.

Y volvió a besarme con pasión, desesperadamente. Y me abrazó. Y sentí sus caricias recorriendo mi cuerpo.

Le costó marcharse, pero finalmente se fue. Entonces, cuando me quedé solo, miré los cuadros y pensé que eran horrorosos, que Óscar tenía razón... Pero bueno, ahí estaban colgados en las paredes de la galería. A lo mejor a los críticos les parecían geniales... ¿Quién sabe? Apagué las luces que iluminaban los cuadros directamente. Así, en penumbra, me gustaron más. Los vi menos locos, más misteriosos. Apenas si se intuían las figuras, los colores, los trazos. Y todo era menos chirriante. ¿Qué importaba lo que dijese? ¿Quién entiende algo de arte? La mayoría de los críticos, no. Cambié la dirección de uno de los focos y lo encendí concentrando su luz al máximo. «Todo saldrá bien», pensé. Venderá algunos cuadros. Los más pequeños. Los más baratos... O, de repente, aparecerá un gurú del arte y dirá algo así como que la frivolidad es una manera de escapar del dolor... Sin culpa... No existe

la culpa, somos como somos..., libres. Pasión y frivolidad..., nada. Y comprará todos los cuadros.

Apagué nuevamente la luz del foco, y entonces me sobresalté al escuchar la voz de mi hija.

—¿Qué te parecen, papá? ¿Son un horror como dice Óscar? ¿Son terribles? ¿Son maravillosos? A ti no te gustan, ¿verdad?... Óscar nunca será un artista... Eso es lo que piensas, ¿no? Pero eso no importa... A mí sí me gustan. Son su verdad. Óscar es una mentira más, pero su obra no. Su obra es sincera. Espontánea.

—No sabía que estabas aquí... ¿Cuándo has llegado? ¿Hace mucho tiempo?

—Os estabais besando delante del cuadro verde, con pies de bailarinas... Ese es su título, ¿no?... *Pas de bourrée verde oscuro*... Ese también es un espanto, ¿no? Aunque, a mí, también me gusta. No entiendo de arte, ¿sabes? No entiendo de casi nada. Le costó mucho tiempo pintarlo, plasmar su idea en el lienzo... Eso me ha contado.

Las palabras, ¿dónde están las palabras que tengo que decir? Pienso las palabras, pero no sé ponerlas en orden, las pienso una vez, dos, tres, pero me quedo callado.

—Tranquilo, papá. No te pongas nervioso y termines teniendo una de tus crisis.

—Óscar estaba muy alterado y... nos abrazamos, fue solo eso, un abrazo...

¿Es eso lo que quiero decir? ¿Es eso lo que puede tranquilizar a mi hija?

—Papá, por favor... No me mientas. ¿Sabes?, he venido para estar con vosotros y ayudaros con la exposición, y porque, ¡sorpresa!, me gusta Óscar. Sí, me gusta mucho... Y yo creí que también le gustaba a él... Que lo nuestro podía ir en serio. Pero resulta que es mi padre el que le gusta... Mi padre me ha quitado el novio. Es acojonante, ¿no? No sé quién eres, papá. ¿Lo sabes tú? No te conozco. ¿Cómo puedes vivir así? Rodeado de la mentira.

No sé qué responderle. Porque la verdad es que yo tampoco he sabido nunca quién soy. Empezó a llorar. Apoyó la espalda contra la pared. Me sentía ridículo y avergonzado. Volvía a hacerle daño. Era como si para mí fuese una maldición hacer daño a la gente que más quiero.

—Óscar no estaba bien. —No es eso, no es eso lo que quiero decir—.

Llevaba todo el día muy deprimido y triste, y no sabía cómo consolarle. Se abrazó a mí y...

—Es muy fuerte, papá. Mejor no digas nada, por favor. Llevamos casi dos meses saliendo... ¿No te ha dicho nada? El otro día, cuando te fuiste para ver si los cuadros ya estaban enmarcados..., nos quedamos aquí, Óscar y yo... La galería estaba vacía... Estuvimos charlando de muchas cosas, de nosotros, y, sobre todo, de la exposición... Él no paraba de hablar de su obra y de que estaba muy asustado... Me dijo que quería suspender la exposición. Y también me abrazó, ¿sabes? Y yo a él... «Contigo es todo diferente», me dijo. «Me siento bien, puedo ser yo mismo y dejar de fingir.» Hicimos el amor... Y a mí me gustó... Me gustó que me rodeara con sus brazos. Me parecía sincero y desvalido. Me necesitaba. Le importaba mi opinión. Pero todo era mentira... Yo creo en la gente, ¿sabes? Te creí a ti hace muchos años, necesitaba creerte... Aunque las imágenes han seguido aquí, metidas en mi cabeza... A veces casi desaparecían, pero nunca del todo. Entonces fue con un alumno tuyo, ¿no?

—Por favor, Tania, perdóname... De verdad. Lo siento. No es lo que tú te imaginas.

—Sí, papá, claro que es lo que me imagino...

Tania intentaba contener las lágrimas y respiraba profundamente. No quería derrumbarse delante de mí.

—Estuvimos follando... ¿Vosotros habéis follado, también?

Le di un tortazo. Y nada más hacerlo me arrepentí. Nunca en mi vida le había pegado. Me miró sorprendida, decepcionada. Se pasó la mano por la cara. Pensé decirle que lo sentía, que no tenía que haberle pegado, pero no le dije nada. Otra vez el silencio.

—Adiós, papá. No sé qué hacer, ni adónde ir. Me das una pena terrible. Imagino que no es fácil para ti vivir así... Y supongo que no lo puedes evitar... Me da igual. No quiero justificarte, ni comprenderte. Me da igual. Lo que sí sé es que no quiero volverte a ver... Nunca más. Y esta vez va en serio. No me voy a arrepentir... Ya no tengo nueve años... Voy a cumplir veintidós... Tú quizá puedas vivir con la mentira, pero yo no.

—Dame otra oportunidad, por favor...

—Esta conversación la hemos tenido hace tiempo, ¿te acuerdas?... Entonces yo era solo una niña. Y quería creerte. Necesitaba confiar en ti...

Pero no he podido olvidarlo. He leído que esas cosas no se olvidan fácilmente. Yo, desde luego, no lo he conseguido. Pero te creí. Necesitaba creer tu historia inverosímil... ¿Te acuerdas?... Yo, esa tarde, como hoy, estaba donde no debía estar. Ese día, quería darte una sorpresa.

—Por favor, Tania... Te prometo que nunca más va a ocurrir.

—Eso fue lo que prometiste la otra vez. Y me hablaste de que tenías una de tus crisis, que te estabas medicando, que estabas enfermo y que... ¿Qué más? ¿Qué más me dijiste? Da igual... Que yo era demasiado pequeña y que no lo entendía... No lo he podido olvidar... Los dos quitandoos la ropa como en una peli porno... Y yo con las notas en la mano. Había sacado sobresaliente en dibujo... Y quería decírtelo. Ya no me gusta dar sorpresas, ¿sabes?

Se marchó. Y yo no supe detenerla. Cerró la puerta de la galería. La vi pasar a través del ventanal... Y seguí quieto. Luego, salí a la calle y le pedí a gritos que volviese... Pero no me hizo caso. La vi alejarse, sorteando a la gente, hasta que la perdí de vista. Me sentía vacío y culpable. Siempre tratas de hacer bien las cosas, preocuparte por la gente que quieres, por ella sobre todo, que es la persona que más quiero en el mundo. Siempre he intentado ayudarla. Estar ahí cuando me ha necesitado. Hemos compartido tantas cosas, miedos, dudas, sueños... Visitas a los museos... El Prado, Sorolla, Cerralbo... Ella sabía que mi mundo giraba alrededor de la pintura y se esforzaba por descubrir en los cuadros lo que yo le sugería. Le gustaba hablar conmigo, decía que le hacía ver las cosas de otro modo y que le llenaba de energía escucharme, y que se sentía con fuerzas para seguir adelante cuando las notas no eran las que ella esperaba... Y, a veces, cuando me decía que la había ayudado, nos dábamos un abrazo increíble. Y ese abrazo era mi mejor recompensa... Pero ahora es todo tan grotesco. Es tan difícil llevar una doble vida. Y tan agotador. Los engañas a ellos y te engañas a ti mismo... Que tu otra vida quede lejos de los demás... Oculta. Eso intentas. Pero ahí está, y cada día te arriesgas un poco más. Y te saltas las reglas. Y dejas que te domine la pasión más irracional. No sentía nada especial por Óscar. Solo era sexo. Una atracción imposible de controlar. Bueno, eso a veces es suficiente para perder la cabeza. No sabía lo que iba a hacer Tania. La imaginé perdida, sin poder borrar la imagen de Óscar besándome... Sintiendo que su mundo se derrumbaba. Pensé que, a lo mejor, cuando volviese por la noche podríamos hablar. No se me ocurría qué podía decirle... Esta vez sabía que no iba a ser

fácil encontrar las palabras.

Cerré la galería y fui a buscar a Óscar. Chueca estaba animada, llena de gente en la calle, en las terrazas, tomando algo en los bares... Risas. Conversaciones animadas. Qué lejos quedaba la plaza del silencio, la oscuridad y el odio de antes. El desprecio, la intolerancia, la muerte... Chueca estaba viva. Había renacido, y yo era un sonámbulo, nuevamente malherido. Óscar estaba tomando un gin-tonic. Seguía con su neura. Para él solo existía la exposición. No le dije nada de Tania. Estaba cansado, lo único que quería era beber. Solo eso, pedí un *psycho shower*.

—¿Qué te pasa? —me dijo—. ¿Te preocupa la exposición? Ya verás como todo sale bien. Yo soy un histérico. No me hagas caso.

—No, no es eso... Tranquilo. No me pasa nada...

Volvió a besarme, y me susurró al oído que fuéramos a su apartamento.

—Ya verás como se te pasan todos los males...

Me gustaba sentirle cerca. Notar sus manos acariciándome... Me abrazaba. Me gustaba sentir su piel sobre la mía, su olor. Fuimos al apartamento. Óscar seguía muy nervioso, pero no histérico, diría él... Estaba muy excitado, la bebida y la hierba eran una buena mezcla. Empezó a quitarme la ropa, y a mí me gustaba que me la quitara... Yo le dejaba hacer. Pero no podía olvidar a mi hija.

—Tania nos ha visto en la galería —le dije.

—¿Qué?...

—Esta noche nos ha visto en la galería, besándonos...

—Vaya... Lo siento, joder... Esto es como un jarro de agua fría.

—¿Sabías que estaba enamorada de ti?

—No sé... Nos caemos muy bien.

—Te acostaste con ella, eso sí lo sabes, ¿no?

—Tania es una mujer increíble... No quería hacerle daño. Ya sabes: me gustan los tíos, pero las tías también... Soy un caso perdido, ¿no?

—Te acuestas con el padre y con la hija... Eres un cabrón, ¿sabes?

—Tienes razón. Estaba nervioso... Estos días no sé lo que hago... Y ella se mostró tan comprensiva, tan cariñosa... Pero tienes razón... Soy un cabrón. Lo siento, de verdad. Joder, lo siento. ¿Qué más te puedo decir?

—Nada. Si quieres inauguramos tu exposición... y si no quieres, la

anulamos. Tú decides.

—Lo nuestro se acabó, ¿no?

—¿Lo nuestro?... Sí, creo que sí.

—Estás hecho una mierda, ¿verdad? Y todo por mi culpa. No tengo cerebro... Te quiero, Alejandro.

—Se te pasará, ¿no crees?

—Me gustaría follar contigo por última vez.

—Vete a la mierda.

Me fui del apartamento de Óscar. No podía volver a casa, no tenía el valor suficiente. Eran más de las dos de la madrugada. Estuve en distintos pubs, tomando un gin-tonic detrás de otro el último fue el mejor. El barman lo preparó con Tanqueray clásica, la copa helada la llenó de cubitos de hielo hasta el borde, raspó tres o cuatro cortezas de limón muy finas... Me quedé mirando cómo mezclaba los diferentes ingredientes, hipnotizado por sus movimientos. Sus manos eran muy masculinas, pero también parecían frágiles. La ginebra le dio un suave color azul turquesa. Introdujo una cucharilla muy larga y fina, y movió suavemente el contenido de la copa. Luego vertió la tónica muy despacio tratando de que no estallaran las burbujas. Durante esos minutos conseguí que mi mente se detuviera un momento, y eso me tranquilizó. Di un primer sorbo y disfruté con él, sentí el sabor seco y fuerte de la ginebra.

No pensar... No darle vueltas a algo que ya ha ocurrido y que no tiene remedio. Acabo la copa, el barman me mira insinuante.

—En media hora termino —me dice.

En otro momento quizá me hubiera ido con él a la cama, pero ahora solo veo la expresión de infinita tristeza de Tania.

A las tres de la madrugada estoy caminando por las calles desiertas del barrio de Chueca. Voy con las manos metidas en los bolsillos y el cuello de la chaqueta levantado. Tengo frío y me cuesta respirar. Sé que estoy nuevamente al borde del abismo. En la primera casilla del tablero de juego, y ya no tengo ganas de tirar los dados. «De muerte a muerte y tiro porque me lleva la corriente.» Óscar no es nada, ni siquiera es un buen pintor, no significa nada para mí... Un polvo, eso es lo que significa. Me daba miedo llegar a casa, encontrarme con Tania y con Silvia. Quería retrasar ese momento. Seguramente habrían estado hablando. Tania furiosa y triste, y angustiada. ¿Cómo se puede enfrentar una hija a la realidad de que su padre es un

mentiroso, un maricón mentiroso que lleva una doble vida?

«Mi padre me ha quitado el novio...»

Es un título increíble para un vodevil. Yo puedo dar muy bien el personaje: alguien patético que te hace reír porque es grotesco y porque la mentira siempre da mucho juego en las farsas.

Estaba enfrente del portal de casa. La luz del salón encendida. Me pareció ver a Silvia... Lo siento. Lo siento, Silvia.

Una hora, dos horas, tres horas hablando. Dando vueltas y más vueltas a lo mismo... Como en la canción de Morrison: «The end». Acercándonos una y otra vez al fin del camino. El tiempo se ha terminado.

Llegamos al final, y yo quiero esquivar ese desenlace inevitable, engañar al destino, cambiar los acontecimientos, tergiversarlo todo. Me aferro a mentiras, a medias verdades, a mi desesperación. Y Silvia me escucha y me entiende, pero nos acercamos al final.

Tania se ha ido a dormir a casa de una amiga. Es lo natural. No podía volver a verme. Yo, hace muchos años, más de veinte años, recorté la imagen de mi padre en todas las fotografías. En su lugar dejé un hueco, una silueta de la nada. Lo quise borrar de mi vida, de mi pasado porque lo despreciaba... Y ahora Tania me quiere borrar a mí, y seguramente siente el mismo asco que yo sentía por mi padre. Se repite el círculo.

—Se le pasará... —me dice Silvia, tratando de no hacerme daño.

—Me vio con Óscar... ¿Te lo imaginas?...

—Deja de darle vueltas a lo mismo... Tania es muy joven y te quiere con toda su alma. A veces el tiempo lo arregla todo.

Tengo facilidad para engañarme, para decirme que no ha pasado nada. Pero esta vez es imposible.

—Debimos separarnos antes, decirle la verdad... No sé, a veces no es fácil decir la verdad.

Silvia se calla. No hay ningún reproche. Nunca me ha juzgado. Desde el principio me aceptó tal y como yo era. Y así nos hemos querido... Y así hemos sido felices... Y así, incluso, hemos sentido atracción el uno por el otro... Y así todo fue apagándose... Las caricias, las miradas cómplices, las conversaciones hasta que el sueño nos rendía. Y siempre, la comprensión... El amor, sí, nos hemos amado a nuestra manera. Nos hemos necesitado. Yo te necesito, y te quiero. Sin ti no puedo vivir. Pero sé que es el final.

—Me gustaría hablar con ella. Verla... Decirle que...

—Mejor olvídalo. No quiere verte. Y tienes que entenderlo... Se marchó muy deprisa para no cruzarse contigo. Ahora es imposible. También está enfadada conmigo. Bueno, cabreada, muy cabreada... Ya sabes cómo es. Cuando me contó lo que había pasado en la galería... Y le costó hacerlo. No sabía cómo decírmelo... Te odiaba, y, a pesar de eso, no quería traicionarte revelándome tu secreto. Pero al mismo tiempo, necesitaba decírselo a alguien, descargar toda esa tensión. Compartir el dolor. Porque el dolor a veces es insoportable, y necesitas ayuda, comprensión. La vi tan mal, tan descompuesta tratando de contenerse, de mantener la calma... Yo no sabía lo que le pasaba. Nunca la había visto tan perdida, tan vulnerable, así que insistí... Y ¿sabes lo que me dijo?... «Lo siento, mamá, pero te voy a hacer daño, y no quiero.» Le preocupaba hacerme daño a mí. Es todo tan injusto. Le hemos fallado los dos. Y mientras me lo contaba despacio, tratando de buscar las palabras que menos me hirieran, mirándome a los ojos, se abrazaba a mí y me besaba con todo su cariño, y mientras se secaba las lágrimas, seguía contándome todo lo que había ocurrido, seguía pendiente de mí. Era yo quien le importaba. Y de repente me miró, y entonces se dio cuenta de que yo lo sabía todo. Y eso la trastornó, y ya no pudo más. Se derrumbó. Traté de consolarla, pero me miró espantada. Incapaz de aceptar la verdad... Quise abrazarla, pero no me dejó. Cambió su expresión, su tristeza, su fragilidad. Y me miró como nunca me había mirado antes, como si fuera una extraña, una desconocida. Yo también la había traicionado.

»«¿Lo sabías, mamá?» —me dijo. Y me miraba esperando que yo le dijera que no, que no tenía ni idea, que lo negara todo, que fuese capaz de encontrar una respuesta convincente a la que ella pudiese aferrarse. Pero no era el momento de mentir. No más mentiras. Hemos vivido con demasiadas mentiras.

»«Sí, Tania, lo siento» —le dije. Y me costó decírselo... Las palabras me arañaban la garganta, el corazón.

»«¿Te casaste con papá sabiendo que era homosexual? Dime. ¿Te casaste con él, sabiéndolo?»

»«Sí, bueno, no sé...»

»Empecé otra vez a mentirle, y no quería, pero me costaba tanto decirle la verdad...

»«No estaba segura» —le dije—. «Nos queríamos. Eso era lo importante.

Nos necesitábamos. Y pensé que...”

»“¿Qué pensaste? ¿Que iba a dejar de ser un maricón?”

»“Por favor, Tania. Es tu padre y te quiere con toda su alma...”

»“Ya... Dime, mamá... ¿Eso pensaste? ¿Es que te volviste loca? He vivido rodeada de la puta mentira... Mis padres perfectos, tan comprensivos, tan sinceros, me han estado engañando desde el primer día... ¿Es él mi padre? ¿O eso también es otra mentira? ¿Es mi padre? Dímelo, joder. Ya me da todo igual.”

»“Sí, Tania... Es tu padre y te quiere.”

»“Y una mierda. No me quiere... O no sabe querer. No lo puedo soportar, ¿me oyes? Es demasiado para mí. Quizá con el tiempo sea capaz de ser como vosotros, vivir una falsa vida, una mierda de vida... Fingiendo a todas horas, diciendo una cosa y sintiendo otra. ¿Qué será verdad y qué será mentira de todo lo que he vivido con vosotros? Sois unos actores increíbles. Me habéis engañado y no me he dado cuenta. Nunca he sospechado nada. No sé quiénes sois. No te conozco, mamá... ¿Quién coño eres?”

»Poco a poco, a pesar de todo, se fue tranquilizando, como si al enfrentarse a esa terrible realidad, los nervios y la tensión hubieran desaparecido de golpe. Me dijo que se marchaba de casa, que ya vería cómo se las arreglaba, que de momento viviría con una amiga, y que prefería no saber nada de nosotros... Que no la llamáramos por teléfono, ni la buscásemos. Recogió algunas cosas. Dijo que ya vendría en otro momento a por lo demás. Lo hemos hecho todo mal. Nos hemos equivocado tanto, y, ahora, Tania está pagando nuestros errores. Imagino que nos perdonará. Sé que dentro de unos días podremos hablar con ella... El maravilloso paso del tiempo que lo arregla todo y no arregla nada. Ya nada será igual.

—Ha sido por mi culpa.

—No, Alejandro. Hemos sido los dos. Más de una vez hemos dicho que teníamos que separarnos, que era una locura seguir juntos. Y que debíamos hablar con ella y decirle la verdad... Y nos ha dado miedo. ¿Sabes?, al principio, estaba realmente enamorada de ti... Sí, y me gustabas como hombre. Me sentía atraída por ti... Te he querido tanto. Y debimos tener el valor y la generosidad de separarnos cuando aún éramos sinceros el uno con el otro. Cuando aún nos respetábamos, cuando para mí solo existías tú... No me hacía falta buscar a otro hombre. Tú eras mi hombre. Y ahora... ¿Qué hemos hecho

con nuestra vida? Nos hemos transformado en lo que más odiábamos... Yo te digo que tengo una reunión, o que he quedado con unas amigas, y tú me respondes: «Vale»... Y vuelvo tarde, y he estado con otro hombre, y los dos lo sabemos, y actuamos con normalidad... «¿Qué tal la reunión?», me dices. Yo te respondo que bien, sin mirarte a los ojos. Y preparamos la cena y charlamos de cualquier cosa... Y lo que es más jodido, nos hemos acostumbrado. Y yo ya no me siento culpable cuando estoy en la cama con otro hombre. Y eso es horroroso. Yo tampoco puedo más, Alejandro.

No quería que siguiese hablando. No quería escucharla. No quería que me dijese que ella también se iba de casa, que me abandonaba... Así que le pedí un poco de tiempo. Se lo pedí por favor.

—No sigas, Silvia, por favor. Mañana, ¿vale?... Mañana hablamos, de verdad... Ahora no puedo, ¿sabes? No puedo más. ¿Lo entiendes? Mañana.

—De acuerdo —me dijo—, mañana... Lo siento, lo siento tanto.

No nos abrazamos. Ya ni siquiera eso. Ella no podía contener las lágrimas, pero no me atreví a acercarme, a rodearla con mis brazos. Me quedé quieto. Y es verdad, hubo un momento en el que me excitaba estar con ella, acariciarla, quitarle la ropa, besarla por todo el cuerpo, acostarme con ella... Hacer el amor... Reírme con ella... Hacer planes con ella... Soñar con ella. Poco a poco dejamos de hacer el amor, o lo hacíamos sin desearlo, para tratar de que todo pareciera que seguía como antes, y aún, en esos momentos difíciles, nos quedaba el cariño, nos quedaba la ternura, los abrazos, esos largos abrazos que me daban paz y energía. Pero, esa noche, cuando todo se había roto, cuando un abismo profundo se interpuso entre nosotros, no nos abrazamos... Ni lo intentamos... En ese momento, empezamos a ser dos extraños... Como si un viento gélido se fuera apoderando poco a poco de nosotros. El frío de la mentira, de la soledad, del fracaso.

En el cuaderno color violeta escribí que mi hija no quiso verme. Lo intenté, pero fue imposible... También escribí que Silvia se fue de casa y que, desde ese día, el tiempo pasa muy despacio. Tres de la madrugada: No puedo dormir... Lo intento, cierro los ojos y el silencio me aturde. Trato de dejar la mente en blanco. Doy vueltas en la cama. Me levanto y voy a la cocina, enciendo la luz, y pienso en Silvia, en qué diría si viese el caos en el que vivo. Me siento y bebo un vaso de agua. Me tomo otro orfidal... Y estoy seguro de que no me va a hacer efecto. Vuelvo a la cama. Y pienso que tengo que llamar

a Tania... Intentar verla. Necesito estar con ella. Más de las cuatro de la madrugada. Otra noche sin poder dormir. Otro día, otra semana... Atrapado en un bucle, sin ser capaz de encontrar una salida. A lo mejor es que no tengo ninguna salida.

Mis encuentros con Silvia son esporádicos, forzados... Silencios... Conversaciones sin sentido. El abismo entre los dos se ha hecho cada vez más profundo. Pienso que le hace daño verme, y lo que es peor, me lo hace a mí. Recuerdo todas las mentiras que han inundado nuestra vida... Mis mentiras. Y estoy a punto de confesarle quién soy de verdad, las atrocidades que he cometido. Y no me atrevo.

—¿Estás bien? —me dice.

—Sí... Más o menos. Creo que voy a cerrar la galería.

—Ya... Piénsalo bien.

Y mira el móvil... Y sé que tiene que marcharse, que la esperan..., que se le está haciendo tarde.

—¿Tienes pareja?

No sé por qué le he preguntado eso.

—Perdona...

—No importa... Quería decírtelo, ¿sabes? Sí, salgo con alguien.

No siento celos, ni dolor. Me alegro por ella. Ojalá pueda inventarse otra vida sin mí... Pero yo estoy ahí, sentado enfrente de ella, perdido, y ella lo sabe..., y se siente culpable. Soy un estorbo. Debo desaparecer de su vida. Y ella debe desaparecer de la mía.

—No sé cómo terminará... Pero estoy bien... Vivimos juntos desde hace un tiempo. No quiero hacerte daño.

—Tranquila... ¿Cómo está Tania?

—Bien... Ahora está ensayando una nueva obra de teatro... Imagínate.

—Claro... ¿Habla de mí?

—Bueno..., sí, claro.

—Ya...

No sé qué decirle. Mi hija no se acuerda de mí. Me ha borrado de su vida, o al menos lo intenta. Miro a Silvia y la veo tensa, incómoda... Tan lejos de mí... Me he transformado en alguien incómodo... Y sí, me hace daño su felicidad... Y sí, siento un dolor profundo en el corazón cuando me habla de

su pareja. La he perdido definitivamente. Y no quiero que me hable de su nuevo amor, y no quiero saber nada de su felicidad. Es mejor taparse los oídos y los ojos... Y por un momento estoy decidido a confesarle cómo murió su hermano. Pero eso le destrozaría la vida... No es un buen momento.

—No quiero verte más.

Me sorprendo al oír mis palabras. No sé de dónde han salido. Tan contundentes. Y frías.

—¿Qué?

Silvia sale de su apatía... No sabe cómo reaccionar. Está totalmente sorprendida.

—Es lo mejor para los dos, y tú lo sabes. Ya no hay nada entre nosotros. Solo obligaciones y buena educación.

Me mira angustiada... No es capaz de entender qué me está pasando.

—¿Qué dices?... Yo te quiero. ¿Te molesta que tenga una pareja? ¿Es eso?

—Silvia, olvídate de mí... Se acabaron estos encuentros vacíos, sin alma, para quedar bien, para comportarnos como buenas personas. Tú y yo no somos así.

—Está Tania. Es nuestra hija.

—Lo fue... Yo borré a mi padre, ¿sabes?... Llegué a odiarle... Incluso deseé su muerte. Sí, no me mires así. Alguna vez tuve la idea de matarlo yo... Pero no, no lo hice.

—¿Qué te pasa? Estás diciendo cosas horribles.

—No me conoces bien... Soy horrible. Si a Tania, algún día, no le repugna verme...

—Por favor..., lo que dices son locuras.

—Ya lo sabes, Silvia... También estoy loco. Un loco peligroso. ¿Recuerdas?

Estoy haciéndole daño... Y quiero hacérselo. Quiero destruir lo poco que nos une... Romper lazos, ataduras... Los buenos recuerdos a la mierda.

—Y sí, Silvia, me hace daño saber que estás con otra persona, que te acuestas con ella... Que te paseas desnuda delante de él... Que le desees... Que solo piensas en follártelo una y otra vez.

—No sabes lo que dices.

—Sí que lo sé. No quiero que me cuentes nada de tu vida, ni de tu

felicidad... Quiero olvidarte. ¿Es tan difícil de entender?... Miras el puto móvil porque te espera tu amigo... Tu amante... Y no lo puedo resistir. ¿Te espera en casa? ¿O en la habitación de un hotel?... Eso da más morbo, ¿no?

—Vete a la mierda.

—Vivo en la mierda. ¿Me oyes? Cada uno por un camino diferente... Y ya está. Se acabó.

Necesito romper todos los puentes que me unen a ella, todas las atrocidades que se despiertan cuando la veo. Quiero olvidar de una vez a su hermano. Olvidar su cuerpo ensangrentado, acurrucado en la calle. Muerto a golpes.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que quieres? ¿Que te odie? ¿Es eso?... Dime, coño... ¿Es eso?

—¡The end! ¡Fin! No más llamadas... No más encuentros en un maldito café... No más miradas al móvil... Sé feliz... Ojalá puedas serlo. Pero no me lo cuentes, joder... No me lo restriegues por la cara... Si un día necesitas algo muy importante de mí, me llamas, y si no..., olvídate. Yo ya estoy empezando a olvidarte. Y me siento cojonudamente.

—Eres un cabrón... ¿Lo sabes?... Me estás haciendo daño... ¿Quieres joderme la vida?... ¿Castigarme porque trato de ser feliz?...

—Adiós, Silvia.

—Nunca creí... que tú me hicieras esto.

—No me conoces, Silvia. Soy una mala persona. Peligrosa... Capaz de hacerte mucho daño... Así que pasa página. Alejandro, borrado... Anulado. Tachado.

Me levanto. Silvia no es capaz de reaccionar. Me mira como si fuese un desconocido. Y yo me miro a mí mismo y me doy asco.

Salgo del café y me desprecio... Y no entiendo qué me ha pasado, cómo he sido capaz de tratarla así. Y sé que es lo mejor para los dos.

Cierro el cuaderno color violeta, cierro para siempre a Silvia... Y a Tania. Hace mucho que no escribo nada en los cuadernos. Hoy me apetece. A lo mejor es lo único que me apetece. Elijo el de color negro. Está casi vacío... Me gusta que sea de ese color. Escribo en letras muy grandes:

«Adiós, Silvia... Adiós para siempre.»

Dibujó unos ojos pequeños, casi cerrados. Son mis ojos cansados, rojizos,

tristes... A su alrededor otros ojos más vivos, cálidos... Son los de Silvia. Tratando de olvidarme. Ojalá no me odie, a pesar de todo.

Tengo que ordenar la casa. Vivo como un cerdo... Bolsas de basura, platos sucios, vasos, cacerolas... Podría pintar todo eso: la mierda acumulada a mi alrededor.

Lo hago.

Pequeños detalles del fregadero, del suelo del baño, de mi cuarto... Botellas vacías, vasos que se han quedado pegados a la mesa del salón.

«Pon un posavasos», me habría dicho Silvia con una sonrisa. La casa da asco. Busco en la nevera algo para comer. No hay mucho donde elegir... Yogures caducados, restos de ensaladilla rusa que compré en un bar; aún queda un trozo de queso.

Son dibujos rápidos con un pequeño toque de color desvaído.

Sé que no va a aparecer Tania para sentarse conmigo y hablarme de que tiene un examen importante... Y contarme sus dudas, las cosas que le preocupan, sus ilusiones. Sé que a nadie le importo. Podría desaparecer, o morirme tirado en la cama, y tardarían mucho tiempo en encontrar mi cadáver. Y olería fatal, y sería algún vecino, varias semanas después, el que daría la voz de alarma. Hace muchos días que no salgo de casa. Hace muchos días que no hago nada de nada. He vaciado la última botella de vino... Y me duele la cabeza... Me gusta beber y bebo..., y sé que la cabeza me va a estallar... ¿Y qué? Que estalle.

He tenido un sueño mientras me terminaba la última botella y aún estaba consciente... Al final, mi amigo tenía razón, se pueden elegir los sueños. Cuando estoy borracho soy capaz de soñar lo que me da la gana. Sueño que no ha pasado nada, que Silvia sigue conmigo, que nos hemos dado otra oportunidad y que hacemos planes... Y hablamos de mi exposición. Sí, en mi sueño, vuelvo a pintar... Y a ella le encanta... Y de repente, empiezo a ver la galería llena de cuadros. Y me gusta.

DIECINUEVE

CONFESIONES ALREDEDOR DE UNA MESA

Me levanto con tiempo para llegar a la cita que tengo a las once. Lo primero que hago es salir al porche. Mirar la curva del camino de tierra. Recordar a mi madre. Es una mañana fría, pero agradable. Prefiero el frío. El calor me agota. No lo soporto. Me subo el cuello del chaquetón. Las nubes que asoman por encima de las montañas anuncian lluvia. Bueno, no soy muy exacto en mis predicciones. Quizá aún no he aprendido a observar lo que hay a mi alrededor, como hacía mi abuelo. Paseo por el jardín. Está muy abandonado. Las plantas que han sobrevivido tratan de mantenerse a pesar de todo. La fuerza de la primavera las impulsa. Debería arrancar las malas hierbas, abonarlas... Las manos en los bolsillos. Me lloran los ojos. Siempre que salgo por la mañana, y hace frío, me lloran... A mi abuelo también le ocurría. Supongo que son cosas de la edad.

Al final no bajé a Madrid. No me atreví. Llamé varias veces a Silvia, pero no contestó. Le dejé un mensaje. A lo mejor ha cambiado de número... A lo mejor me ha borrado del todo. «Lláname, es urgente.» Eso le puse. Tenía que haber bajado a Madrid, buscarla... No lo hice. Esta tarde, lo haré después de que acabe la reunión con el periodista. Eso es... Quizá, si termino pronto, podríamos comer... Así sería todo más natural. En uno de nuestros restaurantes preferidos, El Alabardero. Estaría bien. Llamaré para reservar mesa.

Se me está haciendo tarde para la reunión. No quiero andar con prisas... ¿Habrá leído el mensaje? ¿Qué habrá pensado? ¿Se habrá alegrado? No. Una llamada del pasado que solo trae malos recuerdos. Me entristece pensar que un día dejaré esta casa abandonada y que durante mucho tiempo nadie saldrá

al porche ni se sentará en el sillón del abuelo a ver cómo cae la tarde. Es una casa hermosa... Y a pesar de que no la cuido se mantiene en pie, firme. Bueno, Álex diría que está hecha un asco. Tendría que limpiar el jardín. Quizá lo haga un día de estos. Esta noche he dormido con la pistola debajo de la almohada, pero no he recibido ninguna visita. Tampoco he ido a ver a Isabel. Antes de que anochezca me acercaré. Ojalá que esté mejor.

Me doy una ducha muy larga, de esas que consiguen despejarte totalmente. No sé lo que me espera esta mañana a las once... Puede ser algo muy desasosegante. Un viaje al puto pasado. Y seguro que habrá preguntas, y quizá sean preguntas muy incómodas. Sí, claro que habrá preguntas. Borrar el pasado es imposible. Y me acuerdo de Chema, de nuestra conversación, y eso me hace bien. Me tomo un orfidal... Quiero estar en calma.

Voy subiendo los escalones que conducen a la Casa de la Cultura. Hemos quedado en la cafetería. Me paro casi al final de la escalera, muy cerca de la puerta de entrada. No sé si lo que he visto es lo que creo que he visto. La entrada es muy amplia, toda de cristal... Las puertas se abren y sale un grupo de jóvenes charlando animadamente... Yo sigo quieto en medio de las escaleras, mirando ese muro de cristal transparente. Puedo ver diferentes carteles sujetos al muro... Uno de ellos es el que me ha hecho detenerme, el que me ha acelerado la respiración. Los reflejos del cristal no me permiten verlo muy bien, con detalle... Pero, de cualquier manera, siento que mi corazón empieza a alborotarse desenfrenado. Y pienso que con la crisis de la otra noche he tenido suficiente. Así que lo mejor es intentar tranquilizarme. A medida que voy subiendo los últimos escalones me doy cuenta de que eso de tranquilizarme es una misión muy difícil. Estoy delante del cartel que me ha dejado sin aliento. Lo veo con todo detalle. Anuncia una exposición fotográfica: «Crímenes impunes». Así reza el título de la exposición. No me gusta para una película policíaca. Demasiado genérico y periodístico. Pienso estupideces inoportunas, mientras trato de asimilar lo que estoy viendo, las imágenes nuevamente se aceleran dentro de mi cabeza, me golpean violentamente, pero no aparto los ojos del cartel... El fondo es muy oscuro, pero no negro, y se pueden ver formas muy difusas, detalles, reflejos... Una amplia acera apenas iluminada por una farola ocupa el primer término de la fotografía. Es la amplia acera de un paseo de Madrid. Cierro los ojos. El paseo de Recoletos. La imagen está tomada justo enfrente del Café Gijón.

Sobre ese primer término, ocupando el centro del cartel, se ve la silueta de un hombre caído en la acera. Su contorno está delimitado por una serie de velas encendidas, y por trazos fuertes y rotundos hechos con tizas de colores... Rojo, amarillo, negro... Y una frase escrita, que casi no puede leerse, pero que yo me sé de memoria: «Dámaso, joven asesinado a manos de unos fascistas por ser homosexual. Sus asesinos siguen libres. Madrid, 1 de abril de 1975». Abro los ojos. Sí, es la silueta de Dámaso, del hermano de Silvia. Y la foto del cartel es la reproducción ampliada de la que yo hice hace muchos años y que salió publicada en el periódico *El País*.

En ese momento, cuando trato de asimilar lo que estoy viendo, pienso que la mañana va a ser desgarradora, mucho más de lo que podía haber imaginado. Y también pienso que puedo darme la vuelta y volver a casa. Escapar... Olvidarme de todo lo desconocido que puede estar esperándome... Y que me hará daño. Pero, sin entender muy bien por qué, me doy cuenta de que quiero saber adónde me lleva este laberinto... y quién es la persona que me está esperando al otro lado de los cristales.

Me decido, y atravieso las puertas de la Casa de la Cultura. La exposición está instalada en la amplia sala de la entrada. Todo son fotografías. Retratos más o menos cuidados, y también imágenes periodísticas presididas por la urgencia. Predomina el blanco y negro. Los protagonistas son, sobre todo, gente muy joven... Chicos con barba, aspecto universitario..., trencas, vaqueros... Mujeres jóvenes con melenas desordenadas... Faldas hasta el suelo, jerséis enormes, minifaldas, bufandas. Algunas instantáneas son fotos familiares que han perdido la nitidez con el paso del tiempo, incluso hay ampliaciones de las pequeñas fotografías de carné. Entre ellas, descubro las otras dos fotografías que también envié al periódico: las escaleras de los urinarios de la plaza de Chueca... El portal de la casa de Paquito... Y las velas, nuevamente, dibujando las siluetas de dos hombres caídos en el suelo, asesinados. Sé que la mayoría de las personas fotografiadas están muertas. Fueron asesinadas durante los años de plomo, de odio y locura fascista, de terror sembrado por los grupos neonazis. Años setenta y ochenta. Las fechas están escritas en una pequeña cartulina debajo de cada fotografía. También hay un breve texto recogiendo la noticia, si es que algún periódico la reflejó en sus páginas.

Siento la mano de alguien que me coge del brazo.

—Unas imágenes terribles, ¿verdad?

Me gusta la voz que acabo de escuchar. No es amenazante, ni tampoco melodramática. Me vuelvo para ver a la persona que me está hablando... Es un hombre de unos cuarenta años, pelo alborotado y una barba más o menos cuidada. Su aspecto es agradable.

—Sí..., son sobrecogedoras —le digo. Y vuelvo a mirar la fotografía que tengo delante de mí. Los urinarios de la plaza de Chueca. Me detengo en la mano ensangrentada que se aferra a los barrotes de hierro de la escalera. Trazos imprecisos pero rotundos..., como a impulsos. Rojos y negros.

—Impresiona, ¿verdad? Al menos a mí me impresiona... No hace falta nada más para saber lo que pudo pasar. Cómo los mataron.

—Han pasado tantos años...

—Si te parece, nos sentamos en la cafetería. Estaremos más cómodos.

—Sí, claro, como tú digas.

Y me cuesta dejar de mirar todas esas fotografías. Pienso que las veré luego, con calma. Bajamos unas escaleras y enseguida llegamos a la cafetería. No es muy grande. Solo hay un par de personas en la barra. El ambiente es agradable. Sobre todo la luz tenue, sin destellos. Nos sentamos en una mesa apartada.

—¿Qué quieres tomar? —me dice.

—Un café solo. Necesito espabilarme un poco.

Mientras él se va a la barra sigo recordando las imágenes de la exposición y necesito tomar aliento. Cuántas personas murieron asesinadas por el odio... Por el mío también. Comienzo a hacerme preguntas... Y la primera de todas es: ¿qué hacen allí mis fotografías? ¿Cómo han llegado a formar parte de esta exposición? ¿Quién las ha elegido?... Supongo que ha sido él. Supongo que documentándose sobre el tema un día se encontró con mis fotografías. Quizá quiso averiguar el nombre del fotógrafo, pero claro, no lo consiguió. Mi envío al periódico fue anónimo. Pero, finalmente, yo estoy aquí, y será por algo.

Se sienta enfrente de mí.

—Me llamó Carlos Hernández, y como te dije soy periodista, y estoy escribiendo un libro sobre los crímenes franquistas.

—Sí, eso me lo dijiste el otro día. Un tema muy difícil, duro.

—Sí, pero necesario, ¿no crees?

—Sí, imagino que sí... —Corrijo mi respuesta—: Muy necesario.

—No sé por dónde empezar... —me dice, con un tono de voz tranquilo que le agradezco.

—Yo tampoco sé por dónde vas a empezar.

—La exposición es una primera llamada de atención, ¿sabes?... Esta tarde es la inauguración oficial, y vendrán familiares y amigos de todas esas personas que fueron asesinadas por grupos fascistas... Guerrilleros de Cristo Rey... Triple A... Batallón Vasco Español... Grupos parapoliciales... Más de cien asesinatos. Se lo debemos, ¿no crees?

—Sí... Se lo debemos.

Mis respuestas son lacónicas. Quizá demasiado, pero solo quiero escuchar. Saber cuanto antes qué es lo que quiere de mí. Por qué quiere hablar conmigo.

—El silencio lo pudre todo... Y son demasiados años de silencio. De esconder toda la mierda de esos años horribles. La Transición costó muchas vidas. No fue tan modélica... Borrón y cuenta nueva, y eso no puede ser. Mi libro, sobre todo, recoge entrevistas con los familiares y amigos de las víctimas. Y, a pesar del tiempo pasado, siguen ahí, ancladas en su dolor... y en el olvido. No han terminado el duelo. No han pagado la mayoría de los culpables. Es como si fuera más cómodo mirar para otro lado.

Y se produce un pequeño silencio... Y bebo un sorbo de café... Y trato de imaginar qué es lo que a continuación me va a decir... Y siento el vértigo de lo desconocido... Y de estar a punto de recorrer un camino que será terrible para mí.

—Habrás visto que hay tres fotografías tuyas en la exposición.

Definitivamente va a ser un día de emociones inesperadas. Bueno, esa era una posibilidad..., las fotografías. No digo nada. No sé qué decir.

—Cuando las elegí no sabía quién era el fotógrafo. Nadie en la redacción del periódico me supo decir nada sobre él. Habían llegado de un modo anónimo. A mí, desde el principio, me impactaron. Y decidí incorporarlas a la exposición. Estaba seguro de que eso es lo que quería el desconocido que las había enviado. Y hace poco, por casualidad, supe que eras tú ese autor anónimo.

—¿Por qué crees que esas fotografías las he hecho yo?...

Qué pregunta más estúpida. Me da rabia mi reacción a la defensiva. No

estoy aquí para escabullirme, para negar la evidencia. Estoy para saber el significado de esta exposición, del libro que está escribiendo, y eso quiere decir, sobre todo, que tengo que tratar de ser sincero, escuchar y responder a todas sus preguntas, aunque me hagan daño. Tiene que ser un viaje a cuerpo descubierto.

—Perdona, la verdad es que da igual cómo te hayas enterado. Sí, tienes razón... Hace muchos años yo hice esas fotografías. Y me parece muy bien que formen parte de esta exposición. Me emociona, aunque desgraciadamente yo no soy como esos familiares que van a venir a la inauguración.

Busco palabras sinceras, palabras minúsculas, que pasen desapercibidas, que no hagan ruido, pero que expliquen todo lo que siento en este momento. Mi arrepentimiento. Mi necesidad de redención... Y sé que eso va a ser imposible. No existen esas palabras.

—Me emociona por ellos, ¿sabes?, por las tres personas que murieron asesinadas por ser homosexuales.

—Y comunistas... Hombres de izquierdas, comprometidos.

—Sí... Tienes razón... Ellos sí se merecen estar aquí, y sus familiares. Yo no.

—Es una exposición que llega muy tarde. Eso lo sé... Pero que trata de ser un homenaje auténtico..., un grito dicho con toda el alma y con toda la rabia, un grito que llegue a todos los rincones y nos haga reaccionar. Tenemos una deuda con todas esas víctimas y tenemos que pagarla.

Bebe un sorbo de café. Y pienso que debe de estar frío. Y le veo dudar, como si no supiera cómo continuar la conversación.

—Antes de seguir tengo que decirte algo importante. Quizá tenía que haber empezado por ahí... Salgo con tu hija.

Una nueva sacudida. Esta sí que no me la esperaba, y me pilla de sorpresa, con la guardia baja.

—¿Qué?

—Con Tania.

—Ya... Con Tania.

Y la imagino radiante, enamorada... Y digo su nombre en voz alta, y siento una emoción olvidada... Y pienso que el orfidal no va a ser suficiente... Las lágrimas, incontroladas, se agolpan en mis ojos, y quiero evitarlas, pero caen

por mi mejilla sin que yo pueda hacer nada. Y me da rabia ser tan blando, tan pusilánime. Tania... Tania... Tania... Cuánto tiempo.

—Llevamos casi dos años viviendo juntos...

—¿Cómo está? —Me cuesta hablar.

—Bien... Muy bien. Ahora está ensayando una obra de teatro, y eso le hace muy feliz. Además, me ha ayudado mucho con la exposición. Todo esto, como sabes, le afecta personalmente. Y se ha implicado hasta el fondo. Ella fue la que me dijo que se había publicado en el periódico una fotografía recordando el asesinato de su tío. Un pequeño homenaje que aún le emociona cuando lo recuerda.

—Es lógico. No conoció a Dámaso, pero su muerte le impactó mucho.

Tomo aire para poder seguir hablando y mantener una cierta calma.

—Silvia, además, adoraba a su hermano, y hablaba con frecuencia de él, de su maravilloso carácter, de su sensibilidad. Y siempre lo hacía apasionadamente, con un cariño inmenso. Añorándole a cada momento. Tampoco veo a Silvia desde hace muchos años. Supongo que lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé... Tania quiere verte; pero, como puedes imaginar, no he venido a hablar de Tania. Solo quería que lo supieses...

—Ya, claro. Te entiendo. Me tranquiliza saber que está bien... Perdona, me estoy comportando como un viejo sensiblero. No lo he podido evitar. Pero ya estoy mejor. Ha sido la sorpresa.

No quiero dar lástima. Lo último que quiero es eso. Yo soy el malo, el cabrón... No debo olvidarlo.

—No te preocupes. Ella vendrá más tarde. Ha quedado conmigo para revisar la exposición antes de la apertura... Detalles de última hora. Es muy perfeccionista.

—¿Sabe que tú y yo...? Quiero decir...

—Sí, claro... Si ella me hubiera dicho que no, no te habría llamado por teléfono.

Así que Tania, seguramente, sabe que yo he hecho esas fotos... ¿Qué más sabrá? No me atrevo a responder esa pregunta. Se abren las heridas. Bueno, nunca estuvieron cerradas.

—La exposición..., mi libro..., están muy bien. Son necesarios. Son un pequeño homenaje. Se harán eco algunos medios de comunicación. Incluso,

aparecerá la noticia en la televisión... Y luego... Sabemos lo que pasará luego. Todo se olvidará nuevamente. Y eso no puede ser, ¿me entiendes? Ya está bien de impunidad. Hay que dar un paso más. Y hay que hacerlo cuanto antes. Y en eso no estoy solo. Tus tres fotografías recogen el asesinato de tres personas: Dámaso Jiménez, Francisco Sandoval y Enrique Álvarez.

Dice los nombres de memoria, y por primera vez sé cómo se llama el hombre que murió asesinado en la plaza de Chueca: Enrique Álvarez. Y me alegro de saberlo, de que deje de ser un hombre anónimo.

—Los tres, además de ser homosexuales, eran hombres de izquierdas, comprometidos... Alguno de ellos fue detenido previamente y torturado en la Dirección General de Seguridad... ¿Lo sabías?

—No, claro que no.

Y es verdad, no lo sabía, siempre creí que el grupo estaba obsesionado porque sus víctimas fueran homosexuales.

—Enrique Álvarez le contó a su familia las palizas, los interrogatorios interminables, las vejaciones... Los policías de la Brigada Político Social le torturaron durante dos días seguidos, le golpearon con porras en las plantas de los pies, en las nalgas. Le paseaban desnudo de un lado a otro. Todo un plan para sembrar el terror en aquellas personas que luchaban contra la represión franquista. Pero bueno, eso pasó hace muchos años, y gracias a la amnistía de 1977, los crímenes han prescrito y los culpables ya no pueden ser juzgados. Una puta mierda. ¿No crees?

—Sí, una puta mierda...

Y pienso en Enrique Álvarez, el hombre que murió apaleado en los urinarios de la plaza de Chueca, y me doy cuenta de que fue un asesinato premeditado. Primer aviso, la paliza en los sótanos de la Puerta del Sol. Quizá allí estuvieran Tito, o Micki, o los dos. Y no fueron capaces de doblegarle, y para eso estaba el grupo, para terminar lo que la policía había empezado.

—No sé si sabes que se ha producido la primera querrela a título individual contra varios policías franquistas responsables de esas torturas. Y se están preparando otras demandas con el apoyo de asociaciones de abogados en defensa de los derechos humanos y de la recuperación de la memoria histórica. Estamos dispuestos a acabar con la impunidad de esos crímenes. Y podría ocurrir que algún juez las admita a trámite, y entonces a la mierda esa impunidad.

Y pienso en mi venganza, en el regalo que envié a la gente del grupo... Y me parece tan ridículo... «Tenéis que pagar por vuestros crímenes...» Palabras, solo palabras. Y recuerdo mi conversación con Chema. Mi promesa: «Llegaré hasta el final... Joderé a esos cabrones».

—¿Tuviste algo que ver con esos crímenes?

Se estrecha el cerco un poco más... ¿Qué esperaba? Y no lo siento por mí. Está bien que pague por lo que hice. Me importa Tania... El nuevo dolor que le voy a causar... Y Silvia... ¡Dios! Lo niego todo y me marchó. Eso es... Lo niego. No hay pruebas... Y me encierro en casa, y acabo, definitivamente, con todo, con mi miserable vida. He tardado demasiado. Nunca seré capaz de mirar a mi hija a los ojos, ni a Silvia. No lo resistiría. Qué vergüenza. Debía estar muerto hace mucho tiempo. El grupo, o Chema, tenían que haberme matado. Entonces mi hija estaría triste, desolada, pero guardaría un buen recuerdo de su padre, y su mente y su corazón se llenarían de imágenes limpias, agradables, recordando los momentos en los que fuimos felices... Charlando sin prisa durante el desayuno sobre cualquier tontería, yendo al cine, gastando bromas... Pensando en su futuro. Momentos en los que yo había sido un buen padre, a pesar de todo. Ese hubiera sido un magnífico final para mí. Pero, claro... Alguien que vive mal, no tiene derecho a un final tranquilo y redentor. Me siento tan sucio. Indigno de ellas. No me las merezco. He sido un miserable, un loco egoísta... ¿Por qué sigo vivo? ¿Por qué? ¿Me podréis perdonar alguna vez? No... Nunca. Y llevaréis una terrible losa sobre vuestros hombros... Algo que jamás podréis olvidar... ¿Qué puedo hacer? Aguantar... Y pagar de una puta vez por todo.

—Supongo que sabes la respuesta.

—No, no la sé..., aunque la imagino. Y lo siento.

Su expresión se ha ido transformando. Ahora ya no es amable, es dura. La mandíbula crispada, las manos... Puedo ver su desprecio. Y miro mis manos y no me cuesta trabajo recordarlas manchadas de sangre.

—No lo siento por ti... —continúa hablando, y ya no hay comprensión en sus palabras—. Si has tenido algo que ver con esos crímenes, que te jodan... Te desprecio. Me gustaría saltar sobre ti y darte de hostias... A pesar de tu edad... Pero Tania te quiere, y yo la quiero a ella, y no estoy dispuesto a que alguien como tú se interponga entre nosotros. Está convencida de que tiene que haber una explicación... ¿La hay?

Levanto los ojos de la taza de café y le miro.

—No..., no la hay.

—Así que estoy hablando con un asesino, con un hijo de puta... ¿Es eso lo que quieres decir?

Palabras duras. ¿Y qué esperaba?

—Sí, supongo que sí... Tienes razón, soy un asesino. No tengo ninguna excusa. Ninguna, y lo lamento. Pero las cosas son así. No sé si quieres saber lo que pasó... No sé si estás dispuesto a escucharme, aunque no haya ninguna justificación para lo que hice... Ojalá la hubiera... ¿Que era joven?... No lo era tanto... ¿Que vivíamos un momento de odio?... ¿Que me dejé arrastrar?... ¿Que estaba perdido?... ¿Que me asqueaba lo que hacía?... Pero lo hice. Durante un tiempo fui uno de ellos, un matón, un asesino. Sí, lo fui.

Y me escucha, y yo quiero ser sincero. Sin trampas, sin coartadas. Trato de recordar, poner en orden ese pasado borroso, llenar los huecos que el tiempo ha ido socavando. Revivir todas esas atrocidades que me revuelven el estómago... Y hablo, y hablo pausadamente. Y siento una especie de liberación. Por fin lo digo en voz alta. Y no espero comprensión. No espero nada. Mi secreto estalla por los aires.

Termino exhausto. Él me ha escuchado sin apenas interrumpirme. He sentido su desprecio, su rechazo más absoluto, pero también, en algún momento, una cierta misericordia. Bueno, seguramente, son imaginaciones mías. Siempre se espera un milagro, aunque sea imposible.

Me levanto y le digo que necesito un momento antes de continuar nuestra conversación. Él no dice nada. Se queda sentado, sin apartar la mirada. Voy al baño. Y me siento tan viejo. Un hombre acabado. Abro el grifo y me lavo la cara. Me miro al espejo y veo la imagen de un asesino que busca piedad y que es patético. Y vuelvo a pensar en la huida... En marcharme y dejar todo esto atrás, como si nunca hubiese pasado. Soy un experto en escapar, en no dar explicaciones. Él lo ha dicho: los crímenes han prescrito. No pueden hacer nada contra mí. Mi hija... Se le pasará. Es joven. Me engaña... Jamás podrá borrarlo de su memoria. Y Silvia... Amor que se transforma en odio..., en vergüenza por haberme querido, por haber compartido conmigo su vida, por ser el padre de Tania. Sigamos hasta el final. No hay otra salida. Debo continuar con mi viacrucis. Dios, ¿hasta cuándo?

Me siento, dispuesto a escuchar. Solo a eso.

—No te quiero juzgar, ¿sabes?... Ya lo has hecho tú. Eso también lo hago por Tania. Me has hablado de tres crímenes... Pero ha habido más.

No digo nada. Cada vez estoy más angustiado, con una terrible sensación de fracaso. Mi vida me asquea y ya no puedo hacer nada por cambiarla.

—Por lo que me has dicho, después del asesinato de Francisco dejaste el grupo, ¿no?

—Sí, lo dejé. Luego me ordenaron matar a otra persona, un amigo, Chema..., pero no lo hice. Y a partir de ese momento ya no formé parte del grupo. A los pocos días conocí a la madre de Tania... Y traté de cambiar... Tarde, muy tarde. Ya lo sé.

—Ha habido más asesinatos a lo largo de este tiempo... Creemos que han sido cuatro más, pero puede que nos equivoquemos y que la cifra sea superior. ¿No sabes nada?

—Bueno, a veces en los periódicos una noticia me inquietaba. La muerte de un homosexual en circunstancias extrañas... Y pensaba que podían ser ellos. Nunca estuve seguro.

¿Por qué le miento? Claro que lo sé. Y recuerdo el periódico y el hombre atropellado enfrente del mercado de San Antón. Y no digo nada.

—Ya... El último hace pocos días. ¿Tampoco sabes nada de eso?

—No... —Vuelvo a mentir.

—¿No te enteraste por los periódicos, ni por la televisión?

—No. Hace mucho tiempo que estoy desconectado de todo. No sé de qué me hablas... Te juro que yo no he tenido nada que ver. Tienes que creerme. No sé absolutamente nada.

—Vale, te creo... Estamos seguros de que el grupo al que tú pertenecías ha seguido con sus crímenes. Eso sí, espaciados en el tiempo. Como si no hubiera ninguna planificación, ¿entiendes? Por eso es tan difícil relacionar esas muertes, por eso no se ha abierto ninguna causa contra ellos. Ha aparecido alguna noticia en los periódicos, pero siempre vinculada a un asesinato pasional o a un ajuste de cuentas... El último murió atropellado, como si hubiera sido un accidente fortuito en el que el conductor huye después del atropello. Pero nosotros estamos seguros de que el grupo es el que está detrás de todas esas muertes... El grupo, o alguien muy próximo a ellos. Hay demasiadas coincidencias. Todos eran homosexuales, de izquierdas... El hombre que murió atropellado se llamaba Juan Atienza y era director de

teatro. Tania había trabajado con él. Fue un duro golpe cuando se enteró. Era alguien sensible y comprometido. No se ha encontrado a ese conductor que le atropelló y luego escapó... Los dos últimos crímenes no han prescrito. Así que a lo mejor han cometido una equivocación que les lleva a la puta cárcel toda su vida.

Ese hombre era amigo de Tania. Quizá esa noche en la que murió estuvieron juntos charlando, haciendo planes de futuro... Una nueva obra, un nuevo proyecto... Pero la muerte ya rondaba cerca, esperando el momento adecuado para truncar la vida de otro inocente.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—El otro día estuve con tu hija en vuestra galería... Tania me dijo que podíamos llevar esta exposición allí, aunque la galería llevaba muchos años cerrada. Enseguida nos dimos cuenta de que habría que hacer bastantes reformas. Está muy abandonada... Y mientras le dábamos vueltas a la idea, descubrimos tus cuadros... Son acojonantes. Ella se quedó muy impactada... Y yo... Has sabido recoger todo el espanto y la locura de esos crímenes.

Así que mi hija ha descubierto todos mis fantasmas... Poco a poco, van desvelándose mis secretos más odiosos y mejor guardados. Y es mi propia hija la que se tiene que enfrentar a esa brutal realidad.

—¿Te atreverías a colgarlos en la galería?

—¿Mis cuadros?...

Mi aquelarre... Una exposición como la que un día soñé.

—Sí. Sería una denuncia acojonante. Invitaríamos a todos los medios... Periódicos, televisión... No fallaría ni uno... La noticia en las primeras páginas... Es arriesgado, claro. Me gustaría ver sus caras cuando lean los periódicos o vean las imágenes en televisión. Eso les puede poner muy nerviosos... Y quizá se precipiten... y cometan algún error.

—He imaginado muchas veces esa exposición... Era mi venganza. Pero nunca me he atrevido.

Dieciséis retratos... De frente, perfiles, escorzos, detalles de sus manos, de su boca... Sus caras... Sus pies golpeando a una persona tirada en la calle... Pintura acrílica. Colores fuertes, opacos, densos... Brochazos oscuros, negros, sombras...

La gente espera en la calle y les veo. Allí están mis cuatro invitados de honor... Micki, Tito, Eduardo, Pedro... Nerviosos. Alguien abre las puertas

de la galería, es Silvia. Entran los cuatro charlando. Entonces, descubren que son ellos los protagonistas de la exposición. Ven sus caras deformadas, pero reconocibles, en un formato grande, inmenso, ocupando todas las paredes. Debajo de cada cuadro una pequeña historia de lo que ocurrió hace tantos años... Se ponen nerviosos. Me buscan. Pero yo estoy fuera, al otro lado de la calle. Hacen gestos amenazantes. Disfruto viéndoles desconcertados, inquietos, vulnerables. Los periodistas se interesan por los cuadros, indagan, preguntan. Sus nombres pasan de boca en boca, de un invitado a otro... La gente lo comenta... Todos les miran... Ellos no saben qué hacer... Los periodistas toman nota. Está bien eso de joderles, aunque sea en un sueño con los ojos abiertos. Me río... Me encanta esa imagen. ¡Que les jodan! ¡Que les jodan! Quiero seguir soñando, quiero ver cómo llega la policía y les detiene. Y ellos se muestran insolentes, pero la policía no les hace caso. Les ponen las esposas. Salen con ellos a la calle, la gente se arremolina. La mano de un policía se posa sobre la cabeza de Eduardo para que no se golpee al entrar al coche. Es genial... Esa imagen será la portada de algún periódico.

—¿Qué dice Tania?

—Que adelante... Es una mujer muy valiente.

—Pues, entonces, adelante... ¿Cuándo sería?

—No antes de dos o tres meses. Hay mucho que hacer.

Estaré muerto, entonces. Me perderé sus caras, su odio.

—Pueden hacer daño a Tania, o a Silvia, ¿lo sabes?

—No se atreverán... Sería tanto como delatarse. Aceptar todos sus crímenes. Y ellos lo negarán todo.

—Sí, dirán que es la obra de un loco... ¡Hagámoslo! ¡Hagámoslo cuanto antes!

—De todas formas, Silvia y Tania tendrían protección... Y tú también. No estoy solo en esto. Ya está bien de echar tierra a lo que pasó. Que vayan a la cárcel por lo que hicieron antes y por lo que siguen haciendo ahora.

—Estoy de acuerdo... Ojalá podáis demostrarlo y que se pudran allí dentro.

—Hay otra cosa.

—Dime...

—Si tienes noticias del grupo..., no sé... Quizá cuando sepan algo de la

exposición, o del libro, reaccionen y pierdan los nervios... Esas tres fotografías les pueden poner muy nerviosos... Y pueden relacionarte... Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo entiendo. Ya lo he pensado.

—La policía los está investigando desde hace tiempo, claro que con mucha cautela... Ahora están centrados sobre todo en la muerte de Juan Atienza. Yo tengo contacto directo con el inspector que lleva el caso, y está seguro de que no fue un atropello, ¿entiendes? El cerco se cierra. Esto que te digo es completamente confidencial.

—No te preocupes. Aunque sea difícil de creer, los odio con toda mi alma.

Carlos se pasa la mano por el pelo, y vuelvo a sentir una cierta comprensión, y me alivia.

—Esta gente tiene contactos importantes en el Ministerio del Interior... Cualquier indiscreción puede echar por tierra todo el trabajo hecho hasta ahora. ¿Me llamarás si sabes algo? Sea lo que sea, aunque para ti no tenga importancia.

—Sí, cuenta conmigo. Me has dado una gran noticia. Saber que los están investigando es muy importante para mí. Estaré muy atento. Si os hacen falta, yo tengo documentos, cartas..., fechas, nombres, datos... Todo. Bueno, ahora está en manos de un notario, por si a mí me pasaba algo.

—Ya, te entiendo. Has hecho bien. Esos documentos pueden ser muy valiosos. Lo comentaré.

—Bien...

—¿Esperarás a Tania?

No... No podría resistir su mirada. Ahora, no... Más tarde.

Mañana... Me engaño. Sé que para mí no hay mañana. Recuerdo las palabras de Chema: «Tengo la sensación de que se acerca el final». Sí, yo también tengo esa sensación.

Estoy a punto de irme, pero no lo hago, quiero verla. Solo eso, verla. Es un impulso irresistible. Me siento en un banco, al otro lado del paseo, desde allí veo perfectamente la entrada de la Casa de la Cultura. Y, allí, mi imaginación vuela, e imagina que ella me descubre, y se detiene un momento. Duda, y luego se acerca despacio, pero decidida... Cruza la calle... Yo me levanto, pero no doy ni un paso. Ella no dice nada. Me abraza en silencio. Y siento el calor de su abrazo, y sé que está llorando... Mi hija está entre mis brazos. Puedo

sentirla.

Me encuentro bien, renovado. Ha sido una mañana espléndida. Enciendo un cigarrillo y doy una bocanada profunda, que es como un bálsamo. Sigo fumando desde siempre. No he podido dejarlo. La verdad es que nunca lo he intentado de verdad, y ahora estoy seguro de que no voy a morir precisamente por fumar. Creo que acabo de sonreír... Qué locura. Todo es una gran locura...

Mi hija no me abrazó, claro. No me vio sentado en ese banco, detrás de los árboles... Pero sí abrazó a Carlos. En las escaleras de la Casa de la Cultura se abrazaron y la vi sonreír. Hacen una pareja estupenda. Tania está resplandeciente. Bellísima. Adiós, Tania.

Por la tarde, me acerco a ver a Isabel. Está con Lucía en el jardín. Al verme se le ilumina la mirada y sonríe.

—Creí que ya no vendrías... —dice Isabel.

Me acerco a ella y le doy un beso.

—Quería haber venido antes, pero no he podido. ¿Cómo estás?

—Bien —me dice—. Un poquito más mayor cada día. Y contenta de que estés aquí.

—Está mejor —dice Lucía—. Recuperándose... Y echándote de menos. Creía que estabas disgustado con ella.

—Contigo, Isabel, jamás. Me has dado paz... Ahora, gracias a ti, mi madre resplandece todavía más. Ya no hay sombras a su alrededor... Solo luz.

Isabel está a punto de echarse a llorar.

—Tranquila... —Me siento con ellas y la cojo de la mano.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta Lucía.

—No... Solo vengo para veros un rato... Mañana tendré más tiempo y podremos charlar tranquilamente.

—Es verdad... Tu madre era eso, luz... Su presencia era siempre radiante y sosegada... Pero también explosiva y vital. No podías quedarte indiferente. Te arrastraba a su mundo, a sus sueños... A sus ganas de vivir.

Isabel se queda con la mirada perdida... En su mundo de recuerdos que no quiere perder, y se aferra a ellos.

—A veces mi madre me hablaba de Isadora... De que le hubiera gustado tocar para que ella bailase... Cantar... Y apareciste tú. El destino es así,

¿verdad?

—Sí, es así, caprichoso... Cantó para mí... Para una Isadora muy pequeña... Y yo bailé para ella... No sé si tu madre estaba enamorada de mí, ¿sabes? Nunca me lo dijo... Yo sí, yo la amaba apasionadamente. Y ella me dejaba quererla, y yo era feliz. Me sentía importante, comprendida.

Los recuerdos iban sucediéndose uno detrás de otro al ritmo pausado de la melancolía de Isabel.

—Me despertó, ¿sabes?... Yo estaba dormida, aletargada, incapaz de expresar mis sentimientos, avergonzada por ser diferente... Una enferma. Eso es lo que yo pensaba de mí... Y llegó tu madre, y dio la vuelta a mi vida como si fuese un calcetín usado... Y descubrí que yo también estaba viva. Que mis sueños no eran sucios. Que mis sentimientos eran nobles. Y me quiso, y me trató con tanta dulzura...

Y me mira... Y sé que en mis ojos ve a mi madre, y yo la veo en los suyos. Y seguimos charlando un buen rato... Y finalmente, cuando empieza a atardecer me despido de ellas y les prometo que volveré al día siguiente.

Son algo más de las ocho y media. Camino hacia mi casa, sin prisa. El encuentro con Isabel y Lucía ha sido como un pequeño remanso. Un viaje al mundo desconocido de mi madre... Volver a descubrirla, sentir que fue una mujer única, libre, que se casó con un enfermo, un desalmado. ¿Por qué lo haría?... No soy capaz de comprenderlo. Y pienso en mi hija. He sido cobarde por no atreverme a hablar con ella esta mañana. Ahora estará en la exposición. También habrá ido Silvia. Para ellas estará siendo un día intenso, emocionante. De esos que te remueven por dentro... Rabia, desesperación, pérdida... Y deseos de justicia. Que no se olvide lo que pasó en esos malditos años... Que no haya impunidad para los verdugos. Quizá ha llegado el momento de enfrentarme a mis fantasmas. Pagar por todo lo que hice... Y ver en sus ojos el desprecio, la indignación.

Vuelvo a subir los escalones de la Casa de la Cultura. El cartel que recuerda los crímenes impunes. La gente alrededor de las fotografías. La imagen de una joven asesinada... Pelo largo, mira a la cámara y parece que sonríe. Cerca la fotografía de otro joven. Despeinado... Murió en 1976 mientras pegaba un cartel anunciando una manifestación... Fotografía tipo carné. Las víctimas se repiten por cada rincón de la sala de exposiciones. Los recortes de los periódicos. Los titulares... Apuñalado... Golpeado con una

barra de hierro... Violada y asesinada de un disparo en la cabeza... Atropellado... Veo la fotografía del director de teatro, amigo de Tania... También es muy joven... Gafas, mira a cámara y sonríe relajadamente. Allí están, también, mis tres fotografías. A su lado, Silvia y Tania conversan con otras personas. Las voces suenan como un murmullo respetuoso y sosegado. Espero a que se queden solas... Y por fin me acerco.

—Hola... —Se vuelven a mirarme. Sorprendidas, pero creo que les gusta mi presencia allí. Silvia me da un abrazo. No me lo esperaba. Creí que aún me guardaría rencor. Tania... un beso.

—Hola, papá —me dice. Y en su mirada veo comprensión, pero también inquietud. Es lógico. Ella sabe lo que va a ocurrir en los próximos minutos. El dolor que va a recibir su madre... Y también, quizá, imagina todo mi desasosiego, mi vergüenza.

—Me alegra que estés aquí. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? Sé que me has llamado, pero bueno...

—No te preocupes, Silvia... ¿Cómo estás?

—Bien. Reconfortada. Hablar con todas estas personas me hace sentir menos sola, menos desprotegida. Una cierta sensación de amparo. A lo mejor, a pesar de los años que han pasado, puede llegar la justicia. Olvidar, a veces, es bueno..., pero otras es un crimen.

Se aparta un mechón de pelo que le cae sobre la frente, y noto sus dedos temblorosos. Habla con tranquilidad, sin ira. Me mira directamente a los ojos... Luego vuelve su mirada a las fotografías... A esa acera del paseo de Recoletos donde murió asesinado su hermano... Tania nos mira a los dos. A pesar de su seguridad, parece un pájaro asustado que no puede controlar la tensión que se avecina.

—¿Por qué no tomamos un café? —nos dice.

Y bajamos las escaleras que conducen a la cafetería. Tania va delante. Nos sentamos en un rincón, cerca de una ventana. Y pienso que no puedo darle más vueltas, que si no lo digo ya, en este instante, igual me acobardo... y sigo con este peso terrible sobre mis espaldas... Y sé que decepcionaría a mi hija, que me mira tratando de darme ese impulso que me falta... El dolor puede ser así. De golpe, sin previo aviso, cuando tienes la guardia baja... Y entonces es terrible, te deja sin respuesta, sin aire. Se escapa la vida detrás de las palabras que hieren, que golpean, que rebuscan en las entrañas..., en el

corazón.

—La fotografía de Dámaso la hice yo.

Tengo la mirada clavada en mis manos, sin atreverme a ver su reacción. Hago un esfuerzo y la miro a los ojos. Y siento pavor. Y los ojos se humedecen. Y peleo contra esa debilidad, esa cobardía.

—¿Qué?... No te entiendo... No sé qué quieres decir.

Silvia está desconcertada, presintiendo que algo terrible va a arrebatarle la paz que da el paso del tiempo.

—Desde los dieciséis años pertencí a un grupo fascista.

Primer golpe... La respiración de Silvia se agita, la mía también. Tania la coge de la mano.

—Era un grupo organizado que, de algún modo, recibía las órdenes de mi padre...

La boca se reseca, me falta la saliva... Y las palabras... Palabras que no duelan, que no hagan daño..., que sean sinceras, llenas de verdad y de arrepentimiento... Y de culpa. Ya no soy ese chico de veinte años que participó en esos tres crímenes odiosos. Ya no lo soy... Compréndeme, Silvia... Por favor.

—... Sus consignas... Su odio. Nuestra misión —qué palabra tan estúpida y heroica..., ¿«misión»?—... era asustar, intimidar a la gente de izquierdas..., comunistas, socialistas..., que no se sintieran seguros. Y, al principio, hacíamos eso. Vigilábamos las zonas por donde se movían los universitarios, los líderes vinculados a la izquierda, a los sindicatos..., al movimiento obrero... Y...

—¿Y qué?... ¿Qué es lo que nos quieres decir?

Silvia hace esa pregunta con miedo. Le tiembla la voz. Mira a Tania, y no sabe que ella ya conoce la verdad... Pero Tania le está dando fuerzas para resistir mi confesión. Bajo la mirada a la mesa, a la cucharilla que está sobre el plato, a una pequeña mancha de café o de Coca-Cola...

—Palizas... Dábamos palizas a esa gente...

—Dilo ya todo de una puta vez.

—Siempre los buscábamos cuando iban solos por lugares poco frecuentados... Y nos daba igual que...

—¿Qué es lo que os daba igual?

La primera lágrima se desliza por la mejilla de Silvia... Se ahoga al hablar... Pero sobre todo quiere escuchar la verdad, aunque esa verdad le hiele el corazón.

—Que fueran jóvenes o mayores..., hombres, mujeres... Nos daba igual. Íbamos con barras de hierro o con bates de béisbol... O sin nada. El trabajo que no podía hacer la policía legalmente, lo hacíamos nosotros... Aterrorizarlos, que supieran que no estaban seguros en ningún sitio. Elegíamos a nuestra víctima, y cuando estaba sola..., íbamos a por ella y ya no podía escapar. Y la golpeábamos sin piedad..., para asustarle..., para... ¡Dios! Y sus miradas eran de terror, de no entender nuestro odio... Patadas, golpes..., más golpes...

—¿Eso le pasó a mi hermano? Dime que no, Alejandro... Dime que lo que estoy imaginando es una locura mía... Que tú...

Y se detiene y las lágrimas inundan su cara, y caen por la comisura de los labios, por la barbilla... Trata de apartarlas con la yema de los dedos... Y se aferra cada vez con más fuerza a la mano de Tania, que ya es incapaz de contener sus emociones.

—Tranquila, mamá... Por favor... Por favor...

—No es una locura, ojalá lo fuese... Sí, yo estaba en el grupo que...

—¿Mataste a mi hermano? ¿Es eso lo que quieres decir?... ¿Mataste a mi hermano?

Y por primera vez levanta la voz, y luego la reprime... Y me mira desconsolada... Herida... Y yo ¿qué le digo?... La verdad, Alejandro... La terrible verdad. De una maldita vez: la verdad.

—Era una paliza más... Terrible, ya lo sé. Pero... eso creía. Y estaba equivocado. Paré de darle golpes cuando cayó al suelo, cuando me di cuenta de que... esa noche era diferente... Dejé de darle golpes, te lo juro.

La miro solo un instante. Y no puedo mantener su mirada... Y no es odio... Es una terrible pena..., una tristeza sin límites.

—Los demás siguieron... Y yo no hice nada para detenerlos... Me quedé quieto, mirando... Solo eso, mirando angustiada... Un paso atrás. Mientras le mataban.

Silencio. Solo silencio. Y su mirada... dura, de hielo..., inflexible. No hay perdón. No, ahora... ¿Verdad, Silvia? Quizá nunca lo haya. Y está bien que así sea.

—La muerte de mi hermano..., de Dámaso, fue durísima, cruel... Y me había ido haciendo a la idea... Y vivía con su recuerdo. Eso sí, a cada instante, cuando menos me lo esperaba, aparecía su sonrisa, sus palabras... Pero el dolor se había amortiguado, la herida se fue cerrando... Y ahora es como si hubiese muerto de nuevo... Y tú, Alejandro, el hombre al que más he querido..., estarás en esos nuevos recuerdos, al lado de los asesinos, para siempre.

No hubo gritos, ni amenazas... Solo hubo dolor. Se levantaron y me dejaron solo... Y, entonces, en ese instante, cuando el sonido de sus pasos desapareció, sentí algo extraño, inexplicable... Relajé los hombros, la tensión fue desapareciendo y me sentí liviano, como si me hubiera liberado de una terrible carga. Mi respiración era suave, profunda. Tragué saliva... Apreté por un momento la mandíbula... Y luego aflojé... Y me quedé mirando la luz de una farola a través del ventanal... Confieso mis pecados y espero la penitencia con serenidad. Me limpio las lágrimas con la servilleta... Pero ya no trato de controlarlas. Que fluyan... Lo siento, Silvia... Lo siento. He abierto, nuevamente, esa insoportable herida... Pero a tu lado está Tania. Ella te ayudará... Seguro que juntas lo podréis sobrellevar.

VEINTE

DESPACHO DE ABOGADOS. GRANDES VENTANALES... ¿Y SI CAIGO DESDE LA AZOTEA?

Hace unos días llamé al teléfono de la muerte, como lo llama Álex, para mí es el de la esperanza, una asociación que me iba a ayudar a irme en calma. Había decidido acabar con mi vida: suicidarme... Y descansar. No tenía ningún motivo para seguir viviendo, para levantarme por la mañana, para salir a caminar, para hablar con la gente. Y de repente todo cambió. Siempre me han gustado esas historias en las que alguien llega inesperadamente y cambia la vida del protagonista, y le transforma... Él es un policía cobarde que prefiere no enterarse de los negocios turbios que pasan a su alrededor. Una Thurman, en la película *La chica del gánster*, un día llega a su casa. Llama a la puerta y le dice que es un regalo del capo de la mafia, de Bill Murray. De Niro quiere que se vaya, le asustan las complicaciones, pero ella le dice que si no se queda, la castigarían. Y él, entonces, accede para protegerla. Y esa mujer le da la vuelta a su vida tranquila y sin sobresaltos... Le devuelve la dignidad. Y él reacciona, y cambia, y se enfrenta al capo de los mafiosos para salvarla a ella... Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. Un final de los que le gustan tanto a Álex. Eso me ha ocurrido a mí con la llegada inesperada de Isabel y su revelación acerca de la muerte de mi madre. Y después fue la llamada telefónica de Chema, una reconciliación que ya había dejado de imaginar, y el encuentro con Carlos... Todo me ha ido dando valor, sentido a lo que estoy haciendo, o a lo que voy a hacer. Siento que ha nacido dentro de mí una determinación desconocida para mí hasta ahora. Mi confesión delante de Silvia y de mi hija. Esa travesía llena de espinos que creí que nunca iba a ser capaz de abordar. Y lo hice. Jamás olvidaré la expresión de Silvia, su

inmenso dolor, su estupor... Y a pesar de eso, sé que hice lo que debía hacer. Fueron cuatro años, cinco... de locura, años de plomo, de terror. Sobre todo el último año... 1975 fue un año devastador, que pisoteó mi inocencia y me destrozó el corazón, me lo hizo añicos. Y lo que hice, mis crímenes... Sí, quizá no maté nunca a nadie..., o sí lo hice... Mis crímenes me acompañarán eternamente, por el día y la noche, en los sueños y en la vigilia seguirán ahí machacándome. Tenía algo más de veinte años cuando grité «basta», cuando dije que no mataría a Chema. No lo asfixié con la almohada. Ese fue el comienzo de mi lento retorno. Ahora ya estoy dispuesto a enfrentarme a lo que venga. Vida o muerte, me da igual. Ya no tengo nada que perder.

Suena el teléfono. Esta vez no me sobresalto. Automáticamente lo descuelgo, y escucho una voz que, a pesar del tiempo que ha pasado, enseguida reconozco... Es Eduardo, uno de los hombres más poderosos del grupo. Me saluda con afecto, y me pregunta que qué tal estoy. «Cuánto tiempo sin vernos», me dice. Yo, inmediatamente, pienso en la exposición fotográfica. En mis tres fotografías. Quizá se hayan enterado. Espero, apenas hablo. Después de unas palabras más o menos convencionales, me dice que quieren verme. Un encuentro entre viejos camaradas para recordar los tiempos pasados. Todo transcurre tal y como lo había imaginado. Sabía que me llamarían. Estaba seguro. En el fondo, los conozco muy bien. Aunque su regalo, y después la paliza, no me los esperaba, ni que escribieran «maricón» en las paredes de mi casa. El aviso de Tito me pilló por sorpresa. Hablar con Eduardo me produce una gran tensión. No soy capaz de ordenar mis ideas. Claro que son muchas ideas las que se agolpan en mi cabeza: el libro..., la exposición..., mi regalo..., Chema. Me cuesta mantener la calma, y no quiero precipitarme y meter la pata. Así que, a pesar de mi nerviosismo, y de mi miedo, trato de que la conversación sea distendida y tranquila. Le digo que sí, que iré a verlos. Sé que ese encuentro puede ser muy peligroso. Y que será una difícil prueba tenerlos delante de mí después de tanto tiempo. Pero, sin saber por qué, me apetece correr ese riesgo. Es el último eslabón de una cadena muy larga. Además, no habrían aceptado mi negativa.

Se lo diré a Carlos por sí se le ocurre algo... Y él se lo dirá a Tania... Y Tania... No sé qué pensará. Quizá sigue despreciándome, y todo lo que me pase le da igual. Y ella, ¿se lo dirá a Silvia?

Tomaremos un café, o una copa. Ellos buscarán una cierta naturalidad,

como si no pasase nada, como si nada les inquietase. Pero yo sé que tendré que estar alerta.

—Entonces, te esperamos mañana, a las ocho de la tarde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Hasta mañana, Eduardo.

Cuando cuelgo el teléfono estoy excitado. Me tiemblan las manos. Sé que todo puede ser una trampa... Primer aviso: un regalo lleno de odio; después una paliza. Y si no reacciono, si no escapo, si no suplico... Finalmente: un disparo en medio de la cabeza. Y recuerdo las palabras de Chema: «Sospechan de ti y de mí. Ten cuidado. Avisa a tu familia, ponla a salvo... Estáis en peligro». Me doy cuenta de que no les dije nada en la exposición. Se me olvidó... Y cómo acordarme de eso, mientras les estoy confesando que soy un asesino. Tendré que hablar con Carlos. Que él las ayude. Que hable con la policía. Que el grupo ha empezado a moverse y que seguro que busca venganza. Eso me dijo Chema: se sienten vigilados, y ahora son todavía más peligrosos. Quizá sepan que la policía los está investigando.

Me pongo a limpiar la pintada que han hecho en el porche... La manguera, el detergente... Y paciencia. Mientras estoy dando manguerazos, mi mente se libera... Eso diría Chema, que las acciones físicas desbloquean la tensión, y que todo fluya con naturalidad, con armonía. «MARICÓN.» Pintura acrílica roja. Siguen obsesionados por lo mismo... Y recuerdo en la exposición la fotografía de una transexual asesinada en Barcelona, la de un emigrante apuñalado... Odio a los que son diferentes. Odio inoculado desde la infancia, en casa, en el colegio... Forman parte de esa sociedad enferma, fanática que persigue al que no es como ellos, al que no piensa como ellos... Aparece Lucía, en el momento en el que estoy peleándome con la letra «A», escrita en un rojo fuego difícil de quitar. Se queda sorprendida cuando lee ese grafiti homófobo garabateado sobre la pared de casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Ya ves... Los tiempos no cambian.

No le doy demasiadas explicaciones, y ella tampoco me las pide. Se ofrece a ayudarme. Le digo que sí, y le pregunto por Isabel, y me contesta que está mejor, que han ido al centro de salud y que se va recuperando.

—Es muy fuerte... y hablar contigo, a pesar de todo, le ha hecho mucho bien. Supongo que lo necesitaba para tratar de redimirse.

La culpa que se enreda en nuestro corazón y nos va asfixiando. Y llega el

perdón. Una bocanada de aire fresco. Y si se puede olvidar se olvida, y si eso es imposible... Tardamos en limpiar la pared de piedra de la casa, pero lo conseguimos, más o menos... Me dice que si quiero comer con ellas, pero le contesto que no, que prefiero estar solo, y que voy a tratar de descansar un poco. La verdad es que quiero centrarme en la entrevista del día siguiente.

—Cuando puedas ven a vernos, Isabel quiere decirte algo. No te alarmes... Son cosas tuyas, que para ella son muy importantes. Tranquilo. Te esperamos, ¿vale?

Y la verdad es que hablar con ellas me da calma. Lucía es una mujer serena y que se enfrenta a las cosas con naturalidad... Isabel es el ángel que me ha devuelto a mi madre. Pero claro, no sé si estaré vivo para ir a verlas.

Por la noche me cuesta dormir. Estoy cansado, pero no puedo dejar de pensar en el grupo. Veo sus caras, sus sonrisas irónicas. Su terrible seguridad. Imagino lo que me van a decir, sus preguntas, quizá acusaciones, reproches, advertencias, amenazas, y ensayo mentalmente lo que yo les voy a responder. Y cambio las respuestas una y otra vez, las mejoro, las hago más inteligentes, más incisivas y audaces. ¿Y si llevo la pistola? Me despierto sobresaltado, empapado en sudor. Una ducha, una ducha larga, agua muy caliente, y poco a poco reacciono. Salgo al porche, me quedo mirando la curva del camino de tierra, y decido que antes de ir a la cita le llevaré flores a mi madre. Le diré que a lo mejor muy pronto me reuniré con ella.

Llamo a Carlos. Lo primero que le digo es que estoy preocupado por la seguridad de Silvia y de Tania. Él me dice que esté tranquilo. Y entonces le cuento la agresión que sufrí la otra noche, y de la que no le dije nada en la exposición, no era el momento.

—Conozco al grupo, y sé que está intranquilo, dispuesto a todo. Es la calma que precede a la tempestad.

Le hablo de la conversación que he tenido con Eduardo, que la reunión será en su despacho, y que no tengo ni idea de lo que puede ocurrir... Y que me gustaría enviarle a él toda la documentación que tengo sobre los crímenes del grupo, por si le sirve de algo.

Estoy a punto de colgar, cuando sin darle demasiados detalles, le comento el asunto del regalo anónimo que les he enviado... Y mi plan para hacer llegar a los medios toda la información que tengo sobre ellos.

—¿Crees que saben que has sido tú?

—No lo tengo claro... Pero es seguro que estoy entre los sospechosos...

—¿Y la paliza?... —me dice Carlos.

—A lo mejor ha habido más palizas. Quiero decir que es posible que hayan querido asustarme a mí, pero también a otras personas de las que no se fían. Registraron mi casa, pero no encontraron nada. Así que...

—Sabes que es peligroso que vayas a esa reunión.

—Ya... Tengo que ir. Tú lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo... Hablaré con alguno de los contactos que tenemos en la policía... A ver qué me dicen. No sé...

—Si me pasara algo, toda la documentación que tengo sobre el grupo se la he entregado a un notario de aquí, del pueblo. Me pareció más seguro, y él sabe lo que tiene que hacer.

Me siento bien después de hablar con Carlos y saber que se va a ocupar de la seguridad de Silvia y de Tania. Decido escribir una nota igual que la que les mandé a ellos, pero esta vez, a mi nombre. La llevaré a la reunión, por si acaso.

Elijo la ropa adecuada. Me tomo un tranquilizante. Y, por fin, llega el momento de la entrevista. Carlos me ha llamado y me ha dicho que irá a esperarme a la estación, que quiere hablar conmigo. Salgo con mucho tiempo, tratando de no pensar en nada... Solo concentrado en cada cosa que hago: cojo el coche hasta el aparcamiento de la estación, que está un poco apartada de casa para ir andando. Saco un billete de ida y vuelta. No hay demasiada gente en el andén. Unos minutos de espera sentado en un banco. Llega el tren a su hora. Me acomodo al lado de la ventanilla y me entretengo mirando el paisaje... Los montes del Pardo... Atardece. Algo más de una hora de viaje. Llevo un cuaderno en el bolsillo del abrigo. Las tapas grises con una goma alrededor. Comienzo a escribir lo que veo, lo que siento... Observo a la gente que está sentada cerca de mí: miradas perdidas, como ausentes, la lectura de un periódico, el móvil en la mano... Una sonrisa... Alguien dormita... Alguien se siente solo..., quizá la mujer que está sentada en el pasillo. No parece feliz. Tiene cara de cansada. De vez en cuando se le cierran los ojos. A lo mejor ha tenido un disgusto con la familia, o una discusión que le ha hecho daño... A lo mejor no se habla con su padre... Lleva mucho tiempo sin verle ni llamarle por teléfono... A lo mejor se ha muerto alguien querido... Quizá cuide de una persona mayor y está agotada porque no ha podido dormir... Lleno mi cerebro

con imágenes, sensaciones, suposiciones, biografías inventadas. Escribo palabras sueltas en el cuaderno. Lo importante es no pensar qué es lo que puede ocurrir a las ocho de la tarde.

En la estación me encuentro con Carlos. No está solo. Me presenta al comisario Ángel Noguerras. Todo sucede muy rápido. Cruzamos a una cafetería próxima. Y allí me proponen su plan: instalarme un micrófono y grabar la entrevista que voy a tener. Me están contando el argumento de una película que he visto mil veces, pero pienso que yo no soy un actor. No soy un héroe. Y me cagaré en los calzoncillos, como Álex. Y siguen hablando, y yo ya no les oigo... Todo me supera. Estoy aturdido. Me hablan de seguridad, de que estarán muy cerca y que si me descubren llegarán a tiempo de evitar... No lo dicen: mi muerte.

Si me descubren me matarán. Eso lo sé. Quizá no sea esta tarde... ni mañana. Esperarán... Y siguen informándome de su plan, y pienso en Chema... Y sé que me está diciendo que adelante, que puedo hacerlo... Y sé que se lo debo a Silvia, y a mi hija... ¡Que se jodan! ¡Que se jodan!

¡Lo haré!

—Sí, de acuerdo. Lo haré.

Es mi voz la que acabo de escuchar, y me sorprendo... Y me alegra mi determinación. Resulta que al final de mi vida voy a ser como Gary Cooper en *Solo ante el peligro*... Vaya cambio. Álex no se lo va a creer. Cuando se lo cuente va a alucinar.

Tenían todo preparado, así que no tardan en colocarme el micrófono. Cinta americana alrededor del pecho. Hacen pruebas. Me dicen que hable... Todo va bien. Me pongo la camisa con cuidado. La corbata y finalmente la chaqueta. No estoy nervioso. Y no lo entiendo. Carlos me da ánimos y se preocupa por mí. Y eso me hace sentir muy bien. A lo mejor, al final, he conseguido ser una buena persona. Últimas instrucciones. Que tenga cuidado con no golpear el micro con las manos, que trate de no hablar demasiado bajo y que me calle cuando hablen ellos.

La reunión es en las oficinas de Eduardo, y a pesar de todo, llego puntual. El ascensor tiene las paredes de cristal transparente. Prefiero no mirar hacia abajo. La secretaria, muy amable, me recibe con una sonrisa, y después de una llamada telefónica me dice que la acompañe. Y yo pienso... Llevo un micrófono escondido. Estoy loco, solo así se entiende lo que estoy haciendo.

Mientras camino por los pasillos me siento, definitivamente, como el protagonista de una película que va directo a la trampa que le han preparado los malos... Y pienso: «¿Quién le ha preparado la trampa a quién?». Son algo más de las ocho de la noche. No nos cruzamos con nadie. La mayoría de los empleados seguramente ya se habrán marchado.

—Le están esperando —me dice la joven con una sonrisa educada y discreta. Camina delante de mí. Su paso es decidido, amplio. Mi corazón va a estallar. Mi tranquilidad se ha evaporado. Tengo que controlarme. Lleva unos tacones de impresión. Parece una mujer segura de sí misma, encantada con su trabajo. Pelo rubio, muy corto. Ella no tiene por qué saber lo que pasa al otro lado de las puertas, dentro de los despachos de sus jefes. Ella cumple con su obligación durante una larga jornada. Solo eso. Quizá se acuesta con alguno de los abogados importantes, o con uno de los socios. Quizá no le gusta hacerlo, pero quiere conservar el puesto. A lo mejor tiene novio y se va a casar muy pronto. Mi cabeza no para de pensar estupideces, para no pensar.

Llama a la puerta, espera un momento y luego la abre.

—El señor Ortiz ya está aquí.

—Hazle entrar. —No identifico la voz... Probablemente será Eduardo.

La secretaria me mira y me dice que puedo pasar. Entonces veo que en el despacho de enfrente hay alguien mirándome. Es bastante joven y fuerte; quizá fue él uno de los que me dieron la paliza la otra noche en mi casa, el que me susurró al oído: «Primer aviso, maricón». Una respiración profunda y entro. Pienso que nunca sabré si la eficaz secretaria terminará casándose con su novio o seguirá siendo la amante de Eduardo; tampoco sabré si a la mujer del tren la esperaba alguien en la estación. Alguien que le dio un abrazo. Tampoco sé lo que va a pasar cuando entre y la puerta se cierre detrás de mí.

Allí están mis antiguos «camaradas». Han envejecido como yo, pero son totalmente reconocibles. Sentados alrededor de una mesa de juntas, amplia y reluciente. Me miran. No falta ninguno. Eduardo está detrás de su mesa, firmando algún documento que enseguida le devuelve a la secretaria que me ha acompañado.

—Puedes irte, Irene... Ya no te necesito —dice—. Hasta mañana.

Irene sale del despacho. Y yo quiero salir con ella. Correr por el pasillo desierto, escapar de esos matones de cuello blanco. Eduardo se acerca a mí y me saluda afectuosamente. Es un hombre elegante, educado y habla en voz

baja. Imagino lo que me va a decir: «¿Dónde llevas el puto micrófono?».

—Cuánto tiempo —dice con amabilidad.

—Sí, hace mucho tiempo... Ya lo creo —le respondo, sin saber muy bien qué decir, y sintiéndome un gilipollas atrapado en la ratonera. Me doy cuenta de que soy insignificante a su lado. Saludo a los demás. La situación es tensa, incómoda. La boca reseca. Entonces, surge la misma pregunta: ¿qué coño hago aquí? Ellos están tranquilos, seguros, sin temer absolutamente nada... Soy yo el que tiembla de miedo, rodeado de los lobos de pelo blanco y mirada de hielo. «Mirada de hielo»... También es un buen título para una película de suspense... Donde unos matones bien trajeados asesinan a un cretino como yo, tirándole desde la azotea de un edificio como este. Pero no, eso no puede ocurrir, porque la policía llegará a tiempo y me salvará. Soy un infiltrado, como en la película. En este momento soy alguien importante y ellos no lo saben.

Enseguida me doy cuenta de que siguen siendo tan peligrosos como antes. Sus miradas, sus palabras..., todo perfectamente calculado. Trato de mantener la calma. No sé si lo hago bien... Sigo muy nervioso, y eso que me he tomado un orfidal. Se nota que las cosas les van de puta madre y que viven confortablemente instalados en la sociedad. Después de los saludos de rigor, Tito pone en medio de la mesa mi «regalo sorpresa»... Momento de clímax. No me lo esperaba, así de pronto. Pero es un buen arranque, efectista, directo al conflicto, sin prolegómenos que no interesan a nadie.

—¿Qué te parece, Alejandro? ¿Te gusta? —dice Tito, mirándome a los ojos y tratando de esbozar una sonrisa... Ha engordado y está medio calvo, pero su mirada se ha hecho más siniestra.

—Dos velas, una de color violeta y otra negra... Y cintas de colores, y una flor rosa... que se quedó bastante mustia. Y distintos mensajes metidos en diferentes botellas... Una mariconada, ¿no crees?

Los demás ríen la ocurrencia de Micki.

Yo también trato de sonreír, pero no lo consigo. Supongo que esbozo una mueca patética. Ha llegado el momento de jugar y de arriesgar, de ver si me atrevo a seguir con el maldito juego que ellos han planteado. Y vuelvo a pensar en Chema: «Sospechan de nosotros, de ti y de mí. Acaba con ellos». ¿Conseguiré meterlos en la cárcel? ¿Dirán algo que los comprometa?... Para eso estoy aquí, ¿no?... Y yo qué sé, por qué estoy aquí. Será el sudor, pero

tengo la sensación de que el micrófono se ha movido. Sería cojonudo que se me cayera y que todo se fuese a la mierda.

A veces hago algo, y no sé muy bien por qué lo hago. Y luego me arrepiento. ¿Por qué he cogido el tren y he bajado hasta Madrid...? ¿Por qué he entrado a esa cafetería y he dejado que me instalaran un micrófono?... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Las sienas me van a estallar. Seguramente estoy aquí porque quiero morir. Quiero que sean ellos los que me maten. Y que ese sea el error que les lleve a la puta cárcel. Quiero que digan algo que no deben decir... Que hablen de su último crimen, de ese director de teatro al que atropellaron... Juan Atienza, así se llamaba. Y que la policía, entonces, entre y les detenga. Estoy asustado... «Enfréntate a tus miedos», me diría Álex. La policía está abajo, alerta. Eso me tranquiliza. Esperan el momento de intervenir. Tengo que ser muy hábil. Ponerlos nerviosos, conseguir que me amenacen, que admitan sus crímenes, y entonces la puerta del despacho se abrirá de golpe. Varios policías armados entrarán y ellos, sorprendidos, se quedarán lívidos al darse cuenta de que han caído en la trampa. Entonces sí que tendrán pánico, y rabia... ¡Que se jodan!... Pero si me tiran por la ventana, sin más... Ahora, de repente, sin ningún prolegómeno... Tito me lleva en volandas hasta la ventana y me lanza al vacío. A la mierda la policía y el plan. Todo a la puta mierda... Se acabó mi aventura. Ahora, en este momento... Jim Morrison cantaría las últimas estrofas de su tema «The end».

«... El fin de las risas y las dulces mentiras, el fin de las noches que procuramos morir, este es el fiiiiinnnn.»

—Yo, por lo que veo, he recibido lo mismo que vosotros —les digo—, aunque la flor la puse en agua, y la verdad es que no sirvió para nada..., también se murió. La flor de *hibiscus* vive solo un día... ¿Lo sabíais?

Me sorprendo. Estoy hasta ingenioso. Mi comentario no les ha hecho ninguna gracia.

—Además... —añado—, había una nota escrita en una tarjeta; ¿a vosotros no os llegó esa nota?

Saco del bolsillo la nota que he preparado esta mañana en casa y la pongo encima de la mesa. Les sorprende mi aparente tranquilidad. Pedro coge la nota y la lee... Se la pasa a Eduardo.

—Sí, nosotros recibimos una igual, metida en una botella.

—¿Cómo es que no nos dijiste nada? —me pregunta Micki, tratando de

mantener el control de la conversación—. ¿Es que no te sorprendió?... A nosotros, sí... Incluso nos inquietó, pero solo hasta que nos dimos cuenta de que el capullo que nos la había enviado era un cobarde, y que nada más hacerlo, seguro que se acojonó...

Ahora, se ríen todos con más ganas. Micki está mucho más delgado, diría que quizá enfermo. Los ojos hundidos y los pómulos prominentes.

—La verdad es que yo pensé que era una broma. Que alguien quería asustarme. La recibí hace un par de semanas, y sí, quizá debí llamaros, pero como hacía tanto que no nos veíamos, y además pasaron los días y no ocurría nada más, pues me tranquilicé. Así que, por lo que veo, también la habéis recibido vosotros.

—Los cuatro... Y también amenazas, insultos, acusaciones escritos en un papel y metidos dentro de diferentes botellas. Otra mariconada, ¿no crees? —me dice, burlonamente, Micki.

—Sí... Todo muy teatral.

—¿Quién crees que ha podido ser? —me pregunta Eduardo.

—No lo sé... Y la verdad es que lo he estado pensando, pero no se me ocurre nadie.

—Sea quien sea, su broma le va a costar muy cara. Si lo tuviera delante le daría de hostias... Él también moriría intensamente, como la puta flor.

Tito sigue siendo el más brabucón y descerebrado de todos. Pero sus palabras consiguen acojonarme, y sobre todo, recordarme que lo que está pasando no es una broma, ni la escena de una película, y que debo controlar mis ocurrencias.

—Parece que alguien ha decidido remover el pasado... A lo mejor busca dinero, o algún tipo de venganza... Pero se ha equivocado con nosotros. Cuando menos se lo espere, averiguaremos quién es, y entonces nos tocará jugar a nosotros. Le vamos a joder bien jodido —dice Micki, mientras se sirve una copa de ginebra y le da un trago largo.

—Ya se sabe, ahora lo que está de moda es la memoria histórica. Buscar a papá y a mamá, o al abuelito..., que eran unos rojos de mierda y que están bajo tierra en una puta fosa común, y enterrarlos con honores. Rebuscar en el puto pasado, en la basura, en la mierda. ¡Que les den por el culo a todos!

A pesar de las palabras tan contundentes de Pedro, me doy cuenta de sus dudas, de su desconfianza, de que aún no tienen ni idea de quién ha podido ser

el responsable. Tampoco parece que sepan nada de la exposición ni del libro que está escribiendo Carlos. La reunión está claro que se ha organizado para poder observar mis reacciones, para ver si me pongo nervioso, si meto la pata. Nunca se han fiado de mí. En el fondo les repugna haber permitido que en el grupo hubiera un maricón como yo. Pero no están seguros de que yo sea el responsable... Juegan conmigo, tratando de acojonarme para ver cómo respondo. En un momento dado, me preguntan por Silvia y por mi hija. Parece una pregunta insustancial, pero, en el fondo, sé que es un aviso. Y eso me desasosiega. Pasan los minutos, y no han dicho nada que les incrimine, y yo no sé cómo conseguir que lo digan. Son muy listos. Pienso que el plan no va a funcionar, y que tengo que irme antes de que sea demasiado tarde, antes de que beban en exceso y pierdan las buenas maneras. Y mientras trato de encontrar el momento de levantarme y decirles que me voy, siguen, veladamente, las advertencias, los consejos..., las amenazas, más o menos sutiles.

—Vamos a averiguar quién ha sido, ¿sabes? —insiste Micki—. Nos va a resultar muy fácil. En este momento, y después de una cuidadosa selección, solo tenemos una lista con seis nombres. Sí, uno de ellos es el jodido cabrón que quiere extorsionarnos. Con un poco de paciencia, los iremos descartando uno a uno, hasta quedarnos con el hijo de puta que nos ha mandado este elegante regalo. Tú estás en la lista, Alejandro, pero tranquilo. Estoy seguro de que nos hemos equivocado, ¿verdad? —dice Micki.

—Hoy, cuando terminemos esta reunión, también te tacharemos de esa lista —afirma Eduardo.

No sé si pasa un segundo o una eternidad. El silencio se puede cortar con un cuchillo. Me cuesta hablar. En este momento pierdo el control de la situación. Y temo que, cuando menos me lo espere, Tito saltará sobre mí y me sacará la verdad a hostias. No le costará demasiado.

—No os entiendo... ¿Cómo podéis pensar que yo...? Es una locura. Nunca haría algo así. Vosotros me conocéis muy bien, no sería capaz de hacer nada contra vosotros.

Busco las palabras más rotundas, y sobre todo la indignación, la seguridad, el aplomo necesario para convencerlos, pero empiezo a pensar que, esa noche, en el piso dieciséis de unas elegantes oficinas de la plaza de Colón, los cuatro hombres que están sentados alrededor de la mesan son capaces de matarme. Sí, siento que se les ha acabado la paciencia, y que solo tienen ganas

de dejar de hablar y pasar a la acción. Acabar de una vez con el maldito juego que ya empieza a aburrirles.

—Ya, tranquilo. No te pongas nervioso. Tienes la cara desencajada... No te va a pasar nada, joder, somos amigos, ¿no?... Ya sabes, Micki es muy drástico.

—Ya... No os lo he dicho, pero el otro día alguien entró en mi casa y me dio una paliza... ¿Sabéis algo de eso, vosotros?

—No... Ni idea...

—¿Te hicieron mucho daño? —pregunta Tito, tratando de contener la sonrisa.

—Es muy raro... —comenta Pedro—. Pero, claro, todos tenemos enemigos. ¿Se llevaron algo?

—No, nada...

—Algo habrás hecho, ¿no?... A lo mejor todo ha sido un aviso..., una amenaza de alguien que está hasta los cojones de ti. Primero una paliza, y luego...

—Vale, Tito. No tenemos ni idea de ese asunto. A lo mejor han sido unos okupas. Ahora ya se sabe... Entran en tu casa y se quedan en ella. Y la justicia, nada de nada... En fin.

Eduardo trata de tranquilizarme. Supongo que no quiere verse envuelto, tan directamente, en algo sucio que le pueda comprometer, y un cadáver sobre la alfombra de su despacho no es muy aconsejable. Si me matan, están bien jodidos... Claro que yo no me enteraré de nada. Estaré tirado en la alfombra, quizá con los ojos abiertos..., pero no veré cómo entra la policía.

—Sí, claro, somos amigos. Pero, joder... Estoy en una lista de sospechosos.

—Ya te he dicho que nos hemos equivocado. Que tú no eres capaz de poner en riesgo a tu familia... —dice Pedro.

—Por cierto, tienes una hija muy guapa... Comparte piso con un tipo joven. Periodista, o algo así. Parece agradable. Antes, también estaba enrollada con un maricón como tú. Un director de teatro... A la mamá y a la hija les gustan los maricones. Debe de ser algo genético. No la ves demasiado, ¿verdad? Es lo que tiene la familia, que, a veces, se rompe.

Estallo. No puedo controlarme. Ya es demasiado... Pero claro, yo también

he arriesgado en exceso, y estas son las consecuencias.

—No os atreváis a hacerle daño a mi hija. ¿Es que os habéis vuelto locos? Después de tantos años no he dicho nada. ¿Por qué iba a hacerlo ahora? No tiene sentido. Pensadlo bien.

—Controla los nervios, Alejandro. Te voy a decir una cosa: desde que has llegado y he visto cómo nos mirabas, me han dado ganas de darte más de una hostia. ¿Lo ves?, eso es verdad. Es que nunca me has caído bien... Los maricones que se casan, no los entiendo... Me desconciertan. ¿Tú sí los entiendes?...

Tito se levanta, aparta bruscamente el sillón, que hace un ruido chirriante, desagradable. Se acerca a mí despacio, mientras sorbe por la nariz. Puedo oler todo el alcohol que ha bebido. Y no tengo ni idea de lo que va a hacer. Se para delante de mí. Su cara a pocos centímetros de la mía.

—Te voy a dar de hostias hasta que nos digas todo lo que sabes, y después, para celebrarlo, me voy a tirar a Silvia... Se ha hecho mayorcita, pero sigue estando muy buena. Le tengo muchas ganas, ¿sabes? Se llama Silvia, ¿no?

—Tranquilo, no pasa nada —dice Eduardo.

Policía bueno me tranquiliza, bajo la guardia, policía malo me acojona, y pierdo el control. No digo nada. No sé qué decir... Y Tito sigue más enloquecido que nunca.

—Primero Silvia se enrolla con un maricón como tú... Hay que joderse... Y luego, tu hija hace lo mismo con un director de teatro de mierda. Otro maricón... Joder, lo que lloraba tu hija cuando le enterraron... A ese me lo cargué, no hubo más remedio, pero primero le avisé, le di una paliza a la salida del teatro, y le dije: «No quiero volver a verte, maricón. Lárgate, márchate del país». Y el gilipollas no me debió entender, así que..., otra paliza, y luego tuve que atropellarle con el coche... Le pasé varias veces por encima. Fue la hostia de excitante. El muy cabrón había escrito una obra de teatro con policías corruptos que detenían a una joven feminista de mierda, y luego la violaban, y la torturaban... Y estaba encantado hablando en la tele, y en los periódicos... ¡Un maricón comunista menos! ¿Te acuerdas, Alejandro? Los viejos tiempos.

Y mientras Tito sigue hablando y me coge del cuello, y cada vez aprieta más fuerte, solo pienso en la policía, en el micrófono que llevo encima, en que entren antes de que sea demasiado tarde. ¿A qué esperan?

—Así que dime de una puta vez, ¿qué tienes que ver con todo esto?... ¿Qué coño quieres?... ¿Dinero?... Habla, cojones.

—Tranquilo, Tito... —dice Eduardo—. Es un amigo. Y ha venido a vernos voluntariamente... No hay que precipitarse. ¿De acuerdo, Tito?

Pero Tito sigue apretando cada vez más. No parece dispuesto a parar. Le cuesta unos segundos, parpadea automáticamente, como si fuera un muñeco de guiñol, pero al final reacciona y me suelta.

—Vale... Ya está... No te voy a hacer nada, joder. Era solo una broma... Tranquilo. Se me pasó el calentón... Ya puedes volver a respirar. Porque si no respiras, te ahogas, y palmas...

Se ríe de su ocurrencia, trata de arreglarme la ropa, me aprieta el nudo de la corbata más de lo necesario, y después se acerca al ventanal, manteniendo su sonrisa de demente.

Lo ha dicho. Ha confesado su crimen. Ya está. Lo hemos conseguido. El gilipollas ha sido él... Ya veremos qué cara pone cuando se abra la puerta y el despacho empiece a llenarse de policías y les lean sus derechos... La verdad es que ha sido una escena potente. De esas que suceden un poco antes del desenlace final.

—Cuando estemos completamente seguros, entonces, a ese cabrón, sea quien sea, le enviaremos nosotros un regalo muy especial. A él, y a su familia. Y no será solo una paliza de mierda, a domicilio... No. Entonces, Tito, te lo podrás pasar de puta madre y te podrás follar a quien te dé la gana. Un trío es la hostia, ya sabes —dice Pedro, perdiendo la calma.

Y pienso en Silvia, y en Tania... Están en peligro.

—Si yo conociese bien al cabrón que se ha atrevido a amenazarnos, le diría que no se confíe y que tenga mucho cuidado al cruzar una calle... Y que revise el coche. Es muy importante la puesta a punto si vas a hacer un viaje o algo de eso... Ya ves lo que le ocurrió a tu amigo Chema... Se fue de vacaciones a Galicia a un pueblo muy agradable, Miño. Creo que se llama Miño, ¿no?... Bueno, pues como cojones se llame. Y alquiló una casa pequeña, en una aldea algo apartada... Supongo que para pasar desapercibido, para que nos olvidásemos de él. Y se confió... Pero nosotros no olvidamos. Nunca olvidamos. Eso nos lo enseñó tu padre. El general sí que tenía cojones. «El que la hace la paga», nos decía. Siempre, sea quien sea. En eso no hay familia. No hay nada... Si tu hermano te jode, a por él... Si tu mujer te falla y

es un peligro: bang, bang. Se acabó el peligro. Tú eso, Alejandro, lo sabes bien, ¿verdad?

Está hablando de mi madre..., del asesinato de mi madre. El muy hijo de puta se atreve a reírse de ella, de su muerte. Y tengo que responderle, debo hacerlo... Me gustaría llevar una pistola escondida y: bang, bang. Se acabó, Micki... A la mierda, Micki... Pero tengo que controlar mis nervios. Además, ¿qué tiene que ver eso con Chema? No tengo ni idea de adónde quiere ir a parar. Claro que Chema me avisó de que él también corría peligro. Pero, seguramente, a esta hora, ya esté muy lejos, quizá fuera de España. Eso me tranquiliza. No le podrán encontrar fácilmente.

—No hay que olvidar, pero también hay que tener paciencia. A veces, no son buenas las prisas. Es mejor actuar cuando los otros, los enemigos, bajan la guardia... Y eso le pasó al pobre Chema. Se confió. Creyó que nos había engañado y se equivocó. Luego, la verdad es que tuvo muy mala suerte... Su coche era muy antiguo... De su padre, ¿no?

—Sí, era de su papá. A él no le gustaba conducir. Ya se sabe, a los artistas esas cosas no les van —afirma Tito, mientras sonrío burlonamente—. La verdad es que conducía fatal, el muy cabrón... Le estuve siguiendo un par de días. El hijo de puta no salía apenas de casa. Supongo que quería pasar desapercibido... Bajar al pueblo, comprar el periódico, el pan, lo imprescindible. Todo muy aburrido.

Tito vuelve a su asiento alrededor de la mesa y se sirve otra copa. Micki es el que continúa con su relato. Yo sigo expectante.

—Ya lo creo que conducía mal... Además, era un cobarde, hijo de puta... Primero atropelló a nuestro amigo Ricardo... Para matarlo, también tuvo que tener paciencia, como hacemos nosotros, esperar el momento oportuno. Sin arriesgarse. Qué cabrón. El muy hijo de puta mató a nuestro compañero como solo puede hacerlo una nenaza... Después, mató a tu padre... El general era muy mayor, una presa fácil. Y se fue a Galicia a dejar que el tiempo pasara. A que nos olvidásemos de él. Un grave error.

La confesión de Micki me deja totalmente descolocado. Acusa a Chema de la muerte de Ricardo... y de la de mi padre. Y lo hace sin tener ninguna duda.

—Pareces muy afectado, Alejandro... Es lógico, estamos hablando de la muerte de tu padre. Y la muerte de un padre siempre es algo jodido... —dice Micki—. El que la hace la paga. El que nos ha enviado este regalito, también

lo va a pagar..., como Chema.

—No entiendo qué tiene que ver Chema con todo esto. ¿Es que pensáis que él ha sido el que nos ha enviado a todos este increíble regalo? Eso es una locura.

Se produce un extraño silencio. Todos me miran perplejos, sorprendidos. No se esperaban mi respuesta.

—Pero ¿qué coño dices? Tú eres gilipollas, Alejandro, ¿o estás loco?... ¿O quieres jugar con nosotros?

—Ya está bien, Micki, joder. Yo no quiero jugar con nadie. Lo que pasa es que no sé dónde coño queréis ir a parar... Vale, entiendo que penséis que Chema tuvo que ver algo con la muerte de Ricardo, aunque yo estoy seguro de que no fue él. Y la muerte de mi padre..., bueno. Él estaba delicado y... No sé realmente lo que pudo pasar. No lo sé... No tengo ni idea. Pero después de tantos años, Chema se ha olvidado de nosotros, y nosotros debemos olvidarnos de él. Hay que pensar en otra persona. No se me ocurre quién, pero alguien que quiere asustarnos, sacarnos dinero... No lo sé.

—Chema está totalmente olvidado, Alejandro. Hemos pasado hace mucho esa página. Paz a los muertos, ¿no es eso? —afirma Eduardo, mientras me mira con incredulidad, tratando de saber qué pasa por dentro de mi cabeza.

—¿Qué coño quieres decir? —respondo, sin entender nada, o no queriendo entenderlo. Paz a los muertos, ¿a qué muertos?

—¿Te estás haciendo el gilipollas o eres así de tonto?... Chema murió hace más de cuarenta años. No pongas esa cara de imbécil... ¿Es que no lo sabes? ¿O qué cojones te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Has perdido la memoria?

No sé cuál es la sensación que se tiene al caer al vacío... Al sentir que el suelo se abre de golpe bajo tus pies y caes sin poder reaccionar... Esa extraña sensación la he tenido algunas veces cuando me sentía agobiado, sin fuerzas, y subía a la azotea de casa, y me quedaba allí quieto, al borde del abismo, y pensaba: «Puedo saltar, tengo que hacerlo», y dudaba. Entonces imaginaba que si perdía el equilibrio, si tropezaba, si alguien se acercara sin que yo me diese cuenta y me empujase caería inevitablemente. Y me estrellaría contra el suelo. Pero también sabía que aunque quisiera morir, aunque lo desease con todas mis fuerzas, seguro que reaccionaría aferrándome a la vida, y aunque no sirviera de nada trataría de agarrarme a algo para detener mi caída: a las cuerdas de tender la ropa que hay en el patio, a los cables descolgados de una

antena, a las tuberías del agua, al alféizar de una ventana... Y mientras rebotas y rebotas contra una marquesina, o contra el canalón, y sales despedido y vuelves a golpearte. Aún, a pesar de eso, sigues, durante un instante, enganchándote a la vida... En esos segundos, en los que no aceptas que vas a morir, quizá piensas: «¿Qué ha pasado? ¿He sido capaz de saltar? ¿Me han empujado? ¿Voy a morir?». Y te respondes: «Sí, te vas a morir, gilipollas, que eres un gilipollas, que pones cara de gilipollas...». Y el dolor, el dolor debe de ser infinito... Y mientras, tratas de entender qué es lo que ha pasado, te mueres, y ya está. Porque seguro que cuando tu cuerpo se aplasta contra el suelo, y tu cráneo revienta, ya hace unos segundos que has muerto. Solo es un cuerpo sin vida, rebotando y rebotando. Sí, yo también hacía unos segundos que había muerto, pero seguía cayendo con la expresión de un gilipollas que no se entera de nada. Me hablaban de la muerte de mi amigo. Y mi amigo vivía. ¿Es que se habían vuelto locos? Chema estaba vivo... Me acababa de llamar por teléfono, me había perdonado, incluso puede que me haya seguido hasta aquí, hasta estas oficinas de mierda; pero ellos hablan de él como alguien que murió hace más de cuarenta años... Y eso, eso no es posible. Pero entonces ¿por qué me lo dicen? A lo mejor forma parte de su plan. Claro, tratan de desenmascaramme, saber si sigo siendo amigo de Chema, si los dos hemos urdido esta venganza. Sí, seguramente es eso..., pero también puede ser verdad. Y me quedo sin aire al pensarlo. Puede ser cierto que Chema esté muerto. Y si es así... El que está loco soy yo. Y, si es así, ¿por qué sigo sentado en una silla rodeado de las personas que más odio? Y, si es así..., ¿por qué no grito, por qué no me arrojo sobre ellos? Estoy aturdido, sin capacidad de reacción, con cara de gilipollas. En el limbo de las emociones... Pero ¿y el dolor, y la pena, y el llanto? ¿Dónde están? No siento nada. Estoy anestesiado. Por eso no me llevo, aún, la mano al corazón para aliviar mi sufrimiento... No..., no hago nada de eso. Simplemente me estoy muriendo por dentro, sin aspavientos, sin gestos excesivos. Hablan de que Chema ha muerto... Y si es verdad... Ahora tendría que morirme yo. Caer al suelo fulminado.

—Coño, esto sí que es una sorpresa... No sabes nada, de nada... Es eso, ¿no?

Oigo sus voces distorsionadas, como si fueran parte de una grabación que se ha ralentizado... Sonidos graves que retumban dentro de mi cerebro.

—La cara que has puesto es acojonante... Estás lívido, tío.

Y no respondo, y seguramente me he quedado con la expresión de un demente... Las órdenes de mi cerebro no llegan a ningún sitio... Se pierden. Y reacciono a cámara lenta. Mis imperceptibles gestos, mis sentimientos, mis emociones, mi capacidad de respuesta es nula... Pero ellos siguen hablando sin darle importancia a nada, sin preocuparles lo que me está pasando. Divertidos, mirándome, porque siempre es divertido ver la cara inexpresiva de un gilipollas al que desprecias.

—Creí que la familia te habría dicho algo... Erais amigos, ¿no?

Busco con la mirada los rostros de los que hablan: sus bocas..., sus sonrisas.

—Entonces te apetecerá una copa para brindar por la muerte de ese asesino —dice Tito. Y su voz me suena como si mi cabeza estuviese metida dentro de un váter.

—Nosotros brindamos en su momento, claro. No caímos en la cuenta de avisarte, aunque entonces estabas desaparecido... Te fuiste enseguida a Portugal... De viaje de novios, ¿no?

Tito lo pasa cojonudamente hurgando en mi herida. Empiezo a sentir un agudo dolor en el pecho que no me dejaba respirar, pero que me devuelve a la realidad de ese despacho, de esa mesa que compartimos ellos y yo, como si fuéramos amigos.

—Tuvo un desgraciado accidente de coche a las pocas semanas de morir tu padre. Tito continúa hablando, imperturbable, y seguro que disfrutando de la noticia que me están dando con cuarenta años de retraso.

—No tenía ni idea.

¿Eso lo he dicho yo? Esa estúpida frase ha sido mi gran respuesta. «No tenía ni idea.» Soy un gilipollas, definitivamente. Debía haber encontrado una frase, una palabra que hiriera hasta la muerte, una palabra llena de odio, una palabra asesina... Tito me sirve una copa de whisky y me la bebo de un trago, y trato de sonreír. Imágenes y más imágenes se agolpan delante de mis ojos... Descuelgo el teléfono, y oigo la respiración de Chema, su voz... Abro la puerta de casa y espero, y creo escuchar sus pasos subiendo la escalera... Me dice que va a desaparecer por un tiempo, que tenga cuidado... Ya he perdido el control de todo lo que ocurre en este despacho, en esta desoladora reunión. No estoy preparado para encajar de golpe la muerte de mi amigo, de mi amor

imposible, de la persona que ha dado sentido a mi vida durante todos estos años.

—Tu amigo muere y ni te enteras... —añade Micki—. A veces las amistades son así. Se enfrían de golpe... Se pierden los contactos.

Oigo la risa de Tito... Los demás se mantienen tranquilos, observando cada una de mis reacciones. Debo de ser todo un espectáculo.

—Su coche se salió de la carretera, justamente cuando atravesaba un pequeño puente, y cayó a la ría de Miño, que, por esos días, bajaba muy crecida... Las lluvias..., mala suerte. Murieron en el accidente su padre y él.

—¡Que se jodan, ¿no?! —insiste Tito.

—Ya lo creo que se jodió —exclama Micki.

—Iba a adelantarle. Toqué el claxon varias veces para que se detuviera y pudiésemos charlar tranquilamente; la carretera era muy estrecha, y el muy gilipollas no me dejó pasar... Iba haciendo esos. Le di dos golpes de nada en el parachoques trasero para que espabilase. Debía de estar acojonado... Era un tío muy blandito... Un hijo de puta, cobarde y blandito. Aceleró... Y claro, no le sirvió de nada, le adelanté... Perdió el control de su coche. Me miró por un momento, estaba aterrado, y se fue a tomar por el mismísimo culo... Él, su papá y el puto coche con el que mató a nuestro amigo Ricardo... Y se acabó. Solo hubo que esperar un poquito y el coche pegó una explosión de la hostia. A veces, las cosas, salen así, redondas.

—Tito te ha dado una información muy detallada —dice Pedro—. Pagó por lo que había hecho. No es fácil irse de rositas. Asunto cerrado.

El orfidal ya no me hacía efecto y estaba a punto de no poder aguantar más, de desmoronarme. De gritar, de amenazarles, insultarles, arrojarles todo mi odio y mi desprecio. Pero me contengo y me concentro en intentar mantener la tranquilidad y el control. Tengo que salir vivo de este despacho, esa es la única manera de que pueda joderles yo a ellos.

A través de los ventanales del despacho se ven las luces de las oficinas del edificio Colón. El paseo de Recoletos... Los coches que bajan por la calle Génova. Pienso en Tania, en que la han estado vigilando, y seguramente habrán hecho lo mismo con Silvia... Y me olvido de todo y solo existe Chema.

Mi amigo: jamás volveré a verte, salvo que mi locura me arroje a ese territorio que no soy capaz de controlar, y que, sin embargo, vive dentro de mí, instalado en lo más hondo de mi ser, en lo más auténtico.

Ya no pienso en el micrófono que llevo pegado al pecho, ni en la policía, ni en lo que ha dicho Tito. Todo me da igual. Miro el reloj y tomo la decisión de que es el momento de marcharme, antes de que sea demasiado tarde y me ponga a llorar como un niño... O pierda la cabeza y les diga que no descansaré hasta verlos muertos.

—Paloma y su marido deben de estar esperándome abajo. Así que, si no tenéis nada más que decirme, me voy a ir. Ya han sido demasiadas sorpresas, ¿no creéis?

Digo lo primero que se me ocurre y pienso que ojalá fuera verdad, y que ella estuviera en la calle, mirando también el reloj. Esperándome impaciente. Así podría encontrar consuelo y juntos lloraríamos la muerte de nuestro amigo.

—¿Has venido con tu hermana? Hace mucho que no la veo —dice Micki—. ¿Cómo está?

Ahora la conversación deja el tono dramático y tenso, el dolor contenido, para cambiar de género, de película... Una comedia convencional, o una saga familiar, donde nadie pierde los buenos modales. Pero el odio y la muerte rondan esperando el momento oportuno para estallar. Chema había muerto hacía unos segundos... y yo necesitaba explotar, sacar fuera mi furia, pero también necesitaba conservar mi vida para preparar cuidadosamente mi venganza.

—Mi hermana está bien... —respondo, tratando de no mostrarme alterado—. Vamos al teatro... En fin. Ha sido una tarde llena de sorpresas. Me tengo que ir. Si no, no llegaremos a tiempo.

Me oigo. Oigo mis palabras y reniego de ellas... ¡Grandísimos hijos de puta, os voy a matar uno a uno, aunque sea lo último que haga en mi vida! Los miro y no sé si me dejarán irme, si podré levantarme y salir de este despacho.

—Claro, no la hagas esperar... Nos veremos pronto —afirma Micki—. Más pronto de lo que imaginas. —Y sonrío.

Siguen sin piedad, disfrutando de su triunfo... Y yo juro ante Dios que tampoco tendré piedad de ellos. Y que también disfrutaré. Es la palabra de un loco que no tiene nada que perder.

Me levanto, dando por terminada la entrevista. Nadie me detiene, nadie me agarra del brazo, nadie me amenaza. Eduardo me acompaña. Caminamos en silencio. Me despido de él y entro en el ascensor... Pulso la planta baja, y cuando las puertas se cierran, siento cómo me tiemblan las piernas. Y caigo de

rodillas como si fuese un títere al que le han cortado todos los hilos. Y empiezo a llorar mansamente. Y solo veo a Chema, solo oigo sus últimas palabras de comprensión, y revivo sus sueños, su dolor... Las puertas se abren. Necesito salir a la calle, respirar aire puro y alejarme de allí lo más deprisa que pueda, pero casi no soy capaz de caminar... Me tambaleo como un borracho a punto de caerse al suelo. Tomo aire y me sujeto a un árbol, a la fachada de un edificio, y me siento en el bordillo de la acera... Y miro a mi alrededor para ver si está Chema... Y siento cómo las náuseas me suben desde lo más profundo de mi ser. Si hubiera tenido una pistola la habría vaciado en los cuerpos de esos asesinos, hijos de puta... ¡Estoy loco, loco de dolor! ¡Sí! Y los locos solo pueden hacer algo insólito..., extraordinario ¡Me vengaré! ¡Lo juro!

Llego a la estación. No sé cómo lo he hecho ni lo que he tardado en llegar. Subo al tren. Me muevo como si fuera un sonámbulo... Me siento nuevamente en el lado de la ventanilla. Es noche cerrada. He perdido la sensación del paso del tiempo. Una hora, cinco horas desde que había salido de esa oficina, desde que me dijeron que habían asesinado a Chema, desde que vi sus caras disfrutando con el placer de darme esa ingrata noticia. La mueca desagradable y animal de Tito, la sonrisa complaciente de Micki, la expresión de seguridad y asombro de Eduardo y de Pedro. El dolor había dejado paso a la nada... A la sensación de vacío, como si estuviese yo también muerto. Mi imagen reflejada en la ventanilla, mi frente percibiendo el frío húmedo del cristal. Puedo ver cómo las lágrimas se deslizan por mi rostro, sin prisa. En el cristal, mi cara distorsionada se parece cada vez más a lo que yo realmente soy en ese momento: un demente.

Tengo la certeza, en ese instante, de que he perdido definitivamente el juicio. Y lo acepto... Y me gusta saberlo. No tener dudas... Realidad, ilusión... Ya todo me da igual. ¡Estoy loco! Es así de sencillo, de claro, de contundente. Esa sensación de vacío, de incapacidad de pensar con lógica, de reflexionar, me hace bien... y me aturde. «La mente en blanco», eso decía Chema. Los actores, antes del ensayo, se tumbaban en el suelo del escenario... Y Chema, a veces, ponía una música suave y les repetía en un susurro que no pensasen en nada, que se liberaran de la tensión.

«Vuestro cuerpo no pesa, flota en el espacio... Los brazos, las piernas, el tronco... Y estáis bien... Solo tenéis que concentraros en el placer de

respirar...»

Eso trato de hacer yo: inspiro..., el aire entra suavemente en mis pulmones, entorno los ojos, y dejo que el aire permanezca unos segundos, y que luego salga suavemente... Una y otra vez... Despacio..., muy despacio.

—Chema está muerto, ¿verdad?

Abro los ojos y veo a Álex sentado enfrente de mí. Su mirada es muy triste. Siento que me vea así, pero no lo puedo evitar y sigo llorando dócilmente, y no me da vergüenza hacerlo delante de él. Me gusta que esté a mi lado en este momento. Me reconforta no estar solo. Compartir con él mi dolor.

—Sí, eso dicen... Que murió hace muchos años... Le asesinaron, ¿sabes? Le tiraron por un puente en su tierra querida, en Galicia, en esa aldea donde veraneaba de niño. Le gustaba hablar de sus vacaciones en Ponte do Porco, de sus amigos..., de su primer amor.

—¿No tuviste ese presentimiento alguna vez? —me dice Álex—. Yo sí... Era algo muy extraño. Hablábamos de él, de sus llamadas, de sus mensajes, de su vida, de lo importante que era él para nosotros, y, de repente, sin saber por qué, me ponía triste. ¿Te acuerdas del juego de las tinieblas?

—Sí, claro que me acuerdo, era nuestro juego preferido. A mi hermana y a mí nos encantaba. Cuando apagaban las luces lo único que quería era acercarme a Chema. Saber que estaba a mi lado, oír su respiración, aunque no pudiese verlo, ni acariciarlo. Él siempre esperaba a Paloma... A sus besos con aroma de fresa.

—Chicle Bazooka de fresa. Costaba mucho masticarlo... Era durísimo, ¿verdad?

—«Te gusta mi hermana», le susurré una vez al oído. Y él respondió que sí. Nunca debieron separarse. Y todo fue por mi culpa, por mi ceguera. Si hubiera apoyado a mi hermana, si hubiera sido capaz de enfrentarme a mi padre y gritarle: «¡Basta! No más odio ni más locura. Déjanos vivir». Solo eso, vivir.

Y recuerdo de golpe a Paloma haciendo las maletas, diciéndome que Chema ya no la quiere... Y no sé si mi hermana sabrá algo de su muerte. A lo mejor no. Cuántos años sin saber nada de ella... ¿Dónde estará?

—Le he querido mucho, ¿sabes?, Álex. Sí, claro que lo sabes. Mi vida estaba unida a la suya, para bien y para mal. Y ese cordón umbilical daba

sentido a todo. Me nutría, me hacía sobrevivir a los espantos, a los miedos..., a la oscuridad. Y su última llamada me llenó de esperanza. Te lo dije, ¿verdad?... Me perdonó.

—Sí, me lo dijiste. Fue maravilloso.

—Ha llegado el final de las dulces mentiras. En algún momento tenía que ocurrir. ¿No te das cuenta?... Ni una pequeña mentira me han dejado. Y no sé si podré resistirlo.

—«Me vengaré. Lo juro.» Eso has dicho.

—Sí, eso he dicho. Tienes razón... ¿Seré capaz? Me han vencido, ¿sabes?

—¿Qué vas a hacer?, dime. ¿Qué vamos a hacer?

—No puedo más, Álex. Ya sabes lo que deseo hacer, lo único que puedo hacer... ¿Lo entiendes? Mi vida ya no tiene sentido. He cerrado viejas heridas y he abierto otras.

—¿Y ellos?... ¿No les va a pasar nada? ¿No van a recibir su castigo?

—No puedo llegar a esa oficina con una pistola y matarlos uno a uno como en las películas. Me gustaría verlos muertos... Eso sí.

—¿Y Chema qué? Tenemos que reaccionar, hacer algo grande, algo sonado. Extraordinario... Tenemos que vengarnos. Se lo debemos a él.

—Estoy loco, Álex. Nunca he querido admitirlo. Dejé de medicarme hace mucho tiempo. Y me engañé diciendo que no pasaba nada, que yo era capaz de controlar mi mundo enrarecido y desequilibrado. Pero es mentira. ¿Es que no te das cuenta? Llevo años, toda mi vida, pensando en Chema. Esperándole para pedirle perdón, para abrazarle, para dejar que él fuese quien me matara, si es lo que quería. Para decirle, de una vez, que le he amado con toda mi alma. Cuarenta años oyendo su respiración a través del teléfono, sus palabras, sus advertencias, sus amenazas... «Hoy te voy a matar, Alejandro.» Y no me importaba demasiado... Sí, bueno, me inquietaba... Pero pensaba: «Eso me dará la oportunidad de verle un momento y hablar con él». Quería decirle tantas cosas. En Lisboa, ¿te acuerdas?..., en el mirador de San Pedro de Alcántara. Tampoco acudió a la cita... ¿Y cómo iba a acudir? Él ya estaba muerto... ¿Lo entiendes? Ahora, yo tengo más de sesenta años, y él solo veintisiete. Eternamente joven, como mi madre..., como Jim Morrison... «The end.» Me quiero morir, Álex. Solo eso. Lo demás son bravuconadas. Me perdonarás, ¿verdad? Tú tienes que comprenderme. Álex, sé que estás sentado enfrente de mí, sé que si estiro la mano, puedo tocarte... Lo sé. Eso es verdad,

tiene que ser verdad... Pero... ¿y si no lo es? ¿Y si cierro los ojos y cuando los abra ya no estás?... ¿Me entiendes? Perdóname, Álex. No me hagas caso. No sé lo que digo.

Y cierro los ojos, no me atrevo a ver el asiento vacío. Y Álex ya no vuelve a hablar en todo el viaje. Mentiras y más mentiras, y miedo a descubrirlas. Mejor los ojos cerrados.

«Álex, no te enfades conmigo... Álex, no te vayas... Hoy no.»

Apoyo la cabeza en la ventanilla, y recuerdo en ese momento que llevo un micrófono pegado al pecho y que no he ido al punto de encuentro con la policía, y que no sé si habrán grabado la conversación. Cada una de las palabras que dijo Tito, esas palabras son las importantes. Conseguí que hablara del asesinato del director de teatro. Pasé miedo. Creí que me iba a estrangular delante de todos. Tito se delató. Lo conseguí. La policía no apareció de golpe. Hubiera sido increíble... Ese final le habría encantado a Álex... Pero claro, ese final solo ocurre en las películas. Más tarde, cuando lleguemos a casa, le contaré todo a Álex... Ahora, no... Ahora solo quiero pensar en Chema. Recordar los momentos donde aún éramos inocentes... y todo era posible... La felicidad al alcance de nuestras manos.

Sigo con los ojos cerrados.

VEINTIUNO

19-1-1930... 25-9-1961

Ya no tengo que hacer nada más, nada me ata a seguir aquí. Se acabó, y estoy preparado. Llevo mucho tiempo esperando que llegue este momento y por fin ha llegado, y estoy tranquilo... En paz conmigo mismo, aunque no del todo, nunca será del todo. Sigo sin medicarme, ¿para qué? No tengo ganas de salir de casa, así que me encierro entre estas cuatro paredes, dándole vueltas a todo lo que ha pasado estos días... Momentos de una emoción intensa que me han hecho sentirme vivo de nuevo, capaz de enfrentarme a mis peores fantasmas, y, de algún modo, he salido victorioso. Carlos me dijo que el plan había sido un éxito, que la detención de Tito iba a ser inminente, y que después irían cayendo los demás. Era cuestión de tiempo. Tiempo... El tiempo es algo que ya no significa nada para mí. Pero escucharle me reconfortó, sentí que había cumplido mi palabra. La promesa que le había hecho a Chema... Amigo, estés dónde estés, lo hemos conseguido. Esos hijos de puta irán a la cárcel. Pagarán por todos sus crímenes... Ni tú ni yo lo veremos, pero otras personas, muchas lo celebrarán.

En un par de ocasiones, he visto cómo Lucía se acercaba a casa y llamaba al timbre, y no he respondido... He hecho mal, le prometí que iría a verlas. Isabel quiere hablar conmigo antes de marcharse, así que esta tarde sacaré fuerzas de dónde sea y pasaré por su casa, aunque la verdad es que no tengo ganas de hablar con nadie. Tengo una cara horrible, me toca afeitarme y darme una ducha... Me reconfortará verlas. Isabel es una mujer dulce, y su vida tampoco ha debido de ser fácil.

Abro la verja del jardín y veo otro ramo de flores silvestres prendido a uno de los barrotes, lleva una nota: «Hemos llamado, pero no has abierto. Te

esperamos en la capilla del cementerio. Isabel quiere dar una misa por tu madre. Será a la una del mediodía. Ojalá puedas venir. Lucía».

Claro que voy a ir. Cojo el ramo de flores y me quedo mirando la curva del camino de tierra, y pienso que a mi madre le gustará. Falta más de una hora, así que tendré tiempo para bajar caminando. La mañana es agradable, y el camino tranquilo... Y pienso en mi abuelo. Últimamente no me he acercado al cementerio a hacerle una visita, lo haré hoy... Y le contaré que su hija no se olvidó de él... No le falló... No pudo asistir a esa cita tan importante para los dos. Y tú la esperaste hasta el último momento, y no lo podías entender. «¿Por qué no se abre la puerta y aparece ella? ¿Por qué no me coge de la mano? ¿Por qué no me susurra una última canción al oído?» No pudo, abuelo. No pudo.

Llego quince minutos antes de la hora y las veo sentadas en un banco, esperándome. Isabel se alegra al verme. Me siento entre las dos. Lucía me sonríe.

—No sabíamos si ibas a venir —dice Isabel—. ¿Estás enfadado conmigo?

Isabel sonríe, y la veo tan frágil, y al mismo tiempo con la determinación y la tranquilidad de haber cumplido un propósito pendiente... Seguro que está en paz consigo misma, y con su amiga, con su amada, con mi madre. Eso nos unirá siempre.

—No, no estoy enfadado... Jamás podría enfadarme contigo.

—Fui a tu casa para decirte lo de la misa por tu madre, pero no estabas... —me dice Lucía—. Mañana nos vamos. Volvemos a México.

—¿Ya, tan pronto?

—Sí, Alejandro... Tenemos que volver. ¿Verdad, Isabel?

—Sí, claro. He puesto en orden mi alma, y eso era muy importante. Hay que regresar y seguir viviendo el tiempo que me quede. Y ahora rezaremos por Diana... Y ella oirá una campanilla. Sí, allá donde esté la oirá... Y se sentirá bien... Y yo cerraré una página que me dolía profundamente. Estoy en paz, Alejandro, creí que nunca iba a estarlo, que me iría con esa terrible herida. Y ahora necesito volver a casa y dejarlo todo en orden. Lucía, no quiero daros problemas a última hora. Soy muy caótica, ya lo sabes. Y después a esperar. Estoy preparada.

—Por favor, abuela, no digas eso. Recuerda que tenemos que recuperar nuestros paseos... Y sentarnos en alguna terraza de la calle Regina, y tomarnos una margarita...

—Con sabor a limón y tamarindo, y con menos tequila para mí. Eres un ángel, Lucía. Tranquila... Todo pasará como deba ser.

—Te echaré de menos, Isabel... Y a ti, Lucía... Me ha ayudado mucho hablar con vosotras. Ha sido lo mejor que me ha pasado desde hace mucho tiempo.

—No te lo he querido preguntar antes, Alejandro... Pero ¿dónde está Paloma? ¿Ha pasado algo entre vosotros? No me contestes si no quieres... Soy un poco entrometida.

—No te preocupes. Mi hermana... No sé dónde está. La echo de menos cada día, y ahora, en estos momentos, mucho más. Hace muchos años se fue de casa... ¿Te acuerdas de lo que decía mamá?... «Borrado.»

Isabel sonríe.

—Sí, es verdad..., lo que no le gustaba..., borrado.

—Eso hizo Paloma... Nos borró. No le gustábamos. A mi padre le odiaba... Y a mí... Le fallé, ¿sabes?... Le hice daño. Alejandro, borrado.

—¿Y no has intentado dar con ella? El tiempo lo arregla todo, no puedes dejar esa herida abierta. Seguro que os está haciendo daño a los dos.

—Tienes razón. Lo intenté, pero todo fue imposible, ni sus amigos, nadie sabía dónde se había ido... Supongo que fuera de España... A lo mejor está en Buenos Aires, a lo mejor tiene familia, hijos... y es feliz. Y está bien que me haya olvidado... Yo represento lo peor para ella... Esos recuerdos que te hacen daño... Alejandro, borrado.

—No te trates tan mal, Alejandro. Eres una buena persona... Lo sé. Todos nos equivocamos... Yo me equivoqué, fui cobarde... Ojalá os encontréis. Inténtalo de nuevo.

La misa es sencilla, palabras en recuerdo de mi madre. Un momento de meditación, de mirar hacia dentro de uno mismo. De recordarla... Imágenes y más imágenes que me llenan de paz y que me reconfortan. Y pienso en Paloma... Y su recuerdo me llena de tristeza, no podré abrazarla, y ahora lo necesito tanto. Nuestro encuentro es imposible... El tiempo se acaba para ti, Isabel, y también para mí... La prórroga ha terminado. Me ocurre como a ti, estoy preparado para marcharme. Tranquilamente. Y, como tú, también tengo una reparadora sensación de paz. Los milagros... No creo en los milagros, así que Paloma, donde quiera que estés, sé muy feliz. Te he querido con toda mi alma. Te quiero.

Cuando salimos de la capilla, les digo que quiero visitar la tumba de mi abuelo.

—Don Jorge... Una persona extraordinaria. Adoraba a tu madre, y ella se desvivía por él. Me trataba con mucho cariño... «Muy bien, Isabel, cada vez tocas mejor.» Eso me decía, y yo le daba un beso. Recuerdos, ahora ya solo hay recuerdos... Bueno, y tú, Lucía... Siempre estarás tú.

Lucía se abraza con Isabel.

—Mi abuela preferida.

—La única que te queda... —Vuelve a sonreír—. Medio abuela, solamente. ¿Sabes, Alejandro?, me hubiera gustado dejar unas flores sobre la tumba de Diana, pero no sabemos dónde está enterrada... Qué pena, ¿verdad? De cualquier manera, que descanse en paz... Tu padre, no... Que no descanse en paz nunca. Perdóname, Alejandro, desde que has llegado te veo diferente... Te pasa algo, ¿verdad? ¿Malas noticias?

—Sí, malas noticias. He perdido a un amigo, Isabel... Alguien especial, al que he querido con toda mi alma, y, bueno, ya sabes lo que se siente, ¿no?

—Sí, Alejandro, lo sé.

Nos despedimos... Y vuelven las lágrimas. Sabemos que no nos volveremos a ver. Suben al coche y las veo alejarse.

El cementerio es pequeño, enseguida llego a la tumba de mi abuelo. Está muy descuidada. Me siento sobre la tapa de mármol y aparto las hojas secas. Y recuerdo a Silvia, y el cementerio donde la conocí... Te he hecho tanto daño. Ojalá que seas muy feliz. Te lo mereces. Jorge Merodio del Rey... 20-2-1885/11-9-1965... Descanse en paz. Pienso en las palabras de Isabel: «¿Dónde estará enterrada tu madre?». Y sin saber muy bien por qué, recorro los diferentes caminos que serpentean entre las tumbas, bajo la sombra de los árboles. Como era de esperar, no encuentro nada que llame mi atención. Ya sé que no va a haber una tumba con el nombre de mi madre... Pero también tengo la certeza de que tiene que estar enterrada, y no en cualquier lugar perdido. No. Seguro que, a pesar de todo, mi padre quiso que descansaras en un cementerio, y este es el que estaba más cerca. Vuelvo a recorrer los mismos caminos y estoy a punto de desistir, cuando veo en un recodo, detrás de unas escaleras de piedra, una tumba... Me acerco y leo la inscripción: «Que Dios te perdone y te acoja en su santo seno. 19-1-1930... 25-9-1961». Y sé... Estoy seguro de que es la tumba de mi madre... La fecha de nacimiento y la de su

muerte coinciden... Me arrodillo, y no puedo controlar mi emoción... Paso la mano por encima de la lápida... Por fin te he encontrado... Te he echado tanto de menos... Pero eso tú lo sabes... Todos los días de mi vida... Y estabas aquí, tan cerca, esperándome, en un lugar que siempre has amado, en el pueblo donde fuiste feliz... Qué joven... Treinta y un años... Te quiero, madre... Te quiero con toda mi alma... Y me quedo allí, sentado, haciéndole compañía. Durante estos años has estado muy sola... Vendré todos los días a verte, y dentro de poco estaremos juntos para siempre. «Que Dios te perdone.» Hasta el último momento mi padre fue terrible. Borraré esa inscripción, mamá. Y pondré tu nombre. Te lo prometo.

Veo entre los árboles a Álex, de pie, mirándome. Finalmente se acerca, está muy tiste.

—He encontrado a mi madre, ¿sabes?

—Sí, claro que lo sé... Estás decidido, ¿verdad?

—¿Qué?

—A dejarme solo... ¿Has llamado?... Me dijiste que no ibas a llamar. Me lo prometiste.

No dice nada más y sale corriendo.

—¡Álex!...

No me hace caso y sigue corriendo. Le comprendo. Es un niño y está asustado. Yo también lo estoy.

Dos días después, Tito es la portada de los periódicos. Eso me ha dicho Carlos... Bajo al pueblo, al quiosco. La fotografía era tal y como yo la había imaginado... La mano de un policía sobre su cabeza para evitar que se golpeará al entrar en el coche. Tito, ahora, no parece tan poderoso. Su mirada chulesca, airada, es la de un perdedor que, en el fondo, busca a alguien que le pueda ayudar. Pero que sabe que está solo.

VEINTIDÓS

LA BICICLETA NO LLEVA UNA CESTA BLANCA... ROCÍO

Está atardeciendo. No veo al final del camino una nube de polvo que se acerca, ni, si cierro los ojos, puedo escuchar el motor de un coche que está llegando a casa. Solo faltan unos minutos, unos minutos para que algo comience, y también para que algo termine. La temperatura es muy suave, alguna ráfaga de viento.

Sonrío... Y es una sonrisa llena de recuerdos, de imágenes, hasta de olores, y carreras, y juegos..., y vida. Me gusta lo que oigo a lo lejos, casi es imperceptible, pero no para mí. Un sonido que poco a poco voy escuchando con más nitidez. Un sonido que me hace viajar al pasado... Momentos de nostalgia. Algunas veces, hace mucho, mucho tiempo, cuando veníamos a esta casa, y yo me quedaba dormido en una hamaca que había en el porche, aburrido porque Paloma se había ido a jugar con sus amigas, y yo no sabía qué hacer, también escuchaba un sonido muy parecido al de ahora. Entonces también sonreía, y abría los ojos, y veía a mi madre a lo lejos como una pequeña mota de polvo en el horizonte que se iba acercando. Venía del pueblo, o de dar un paseo para escaparse y respirar, y llegaba a casa montada en su bici, con un pequeño cesto de color blanco sobre el manillar. Y yo salía corriendo para ver si me había traído alguna sorpresa... Y siempre, siempre había algo especial... Varias vueltas alrededor del jardín, sentado sobre el manillar, imaginando que era yo quien conducía.

Abro los ojos. Me deslumbra el sol que se va poniendo lentamente detrás de las montañas.

—Hola. Buenas tardes. ¿Es esta la casa de Alejandro Ortiz?

Me gusta la voz que oigo. Podría ser mi madre, pero no lo es... No es su voz ni yo soy ese niño impaciente que la espera y que sale corriendo a su encuentro. Me doy cuenta de que sigo con la sonrisa congelada, la boca ligeramente abierta, saliendo lentamente de mi ensoñación. Apenas puedo distinguir el rostro de la mujer que acaba de llegar. Su imagen, en un agradable contraluz, me parece una buena señal para un encuentro como este... Aún no sé si es morena, o rubia, joven, o quizá sea mayor; aunque pienso que si ha llegado hasta casa en bicicleta debe de ser joven.

—Sí, pasa —le digo, mientras voy descubriendo alguno de sus rasgos—. La verja es un poco pesada y se encaja con el suelo, pero no está cerrada. Tira un poco hacia arriba y empuja fuerte.

—Vale.

Me gusta su figura y cómo se mueve... Los últimos rayos de sol se ocultan definitivamente. No le cuesta abrir la verja. Y la veo acercarse a la escalera. Su bicicleta no tiene un pequeño cesto de color blanco, ni lleva un regalo sorpresa para mí. Es joven.

—¿Te ha costado dar con la casa?

—Un poco; me he perdido... En el cruce de los caminos de tierra elegí el equivocado.

—Eso ya lo suponía. Los pocos visitantes que últimamente vienen a casa siempre se pierden la primera vez.

—Yo suelo orientarme muy bien, pero bueno... El camino me llevó a un gran estanque, como una piscina natural rodeada de piedra. Un sitio precioso.

—Ahora tiene bastante agua, luego, en verano, prácticamente se seca. El agua baja desde la montaña, y es cristalina y muy fría. Con frecuencia, antes, íbamos allí a bañarnos.

No sé por qué le digo todo esto, por qué le doy detalles de mi vida que no tienen por qué importarle... A veces me quedo callado y no sé qué decir... y otras hablo demasiado, doy explicaciones que nadie me pide... A lo mejor estoy nervioso. Sí, lo estoy. Y me acuerdo de golpe de Paloma, de mi querida hermana... ¿Dónde estarás?... Me gustaría decirte que he encontrado a nuestra madre. Tendría que haber seguido buscándote.

—Qué tranquilidad se respira. Y qué silencio... Huele muy bien.

—A lavanda y a hierbabuena... Pasa la mano por encima de esa planta.

Lo hace con suavidad, y luego se lleva la mano a la nariz, y sonrío.

—Qué maravilla...

—Sí... Imaginé que vendrías en coche, pero me equivoqué.

—No tengo coche..., prefiero la bicicleta.

—Me gusta adelantarme a lo que va a ocurrir, ¿sabes? Manías. En coche, andando... ¿Cómo llegarías a esta casa? ¿Qué diríamos al vernos? ¿Me caerías bien o mal?

—¿Y?

—Y has llegado en bicicleta. Primera sorpresa agradable. ¿De dónde eres?

—Argentina, de Buenos Aires, aunque vivo desde hace un tiempo en España. Tengo algo de acento, ¿verdad?

—Muy poco... Sí, sí que lo tienes.

Pienso que la bici de mi madre debe de estar en el garaje llena de polvo... Imagino que tendrá las ruedas desinfladas y cantidad de cachivaches por encima. Recuerdos y más recuerdos. Ya solo vivo para los recuerdos. El futuro no me interesa, pero el presente me intriga. Espero estar preparado para lo que va a ocurrir. Me gustaría aceptarlo con serenidad, pero estoy alterado. Supongo que es normal.

—Eres la primera visita que llega en bicicleta desde hace muchos años. ¿Cansada?

—No... Es un camino muy agradable.

Deja la bicicleta apoyada en la pared. Y sin prisa, sube los escalones del porche. Respira profundamente. Se sienta a mi lado y se queda mirando hacia el horizonte.

La Maliciosa, la Bola del Mundo... Aún hay restos de nieve en la cima. Imagino que ella no conoce sus nombres, pero yo sí. Mi abuelo me enseñó a distinguir cada uno de esos picos. El viento agita la gran arboleda que rodea la casa. La pequeña fuente a la que se acercan diferentes pájaros para beber sigue con su goteo permanente, que a mí me resulta muy agradable. Parece que, de momento, no va a decir nada. Debe de tener algo más de treinta años..., pelo corto, muy delgada, pero fuerte. Y de lo que estoy seguro es que no tiene prisa. Eso me gusta. Podría ser amiga de mi hija. Es de su estilo. Manos amplias, de dedos largos... A lo mejor toca el piano.

—El pico más alto es la Maliciosa, ¿verdad?

Me equivoqué, sí conoce estos montes. Todo encaja con naturalidad... A lo mejor no va a ser tan difícil.

—Sí... Más de dos mil metros de altura. Hay una estupenda excursión desde aquí.

—La Pedriza está llena de increíbles senderos para ir en bici. Cuando tengo tiempo, y si no lo tengo lo busco, me gusta perderme y salir sin saber muy bien adónde voy a llegar. La mochila, algo de comer y de beber, pocas cosas más, y, sobre todo, nada de prisa.

—Está bien eso de perderse. De algún modo, yo, aquí, también estoy perdido.

—Parece una casa muy antigua, ¿no?

—Sí, ya lo creo... La construyeron mis abuelos hace muchos años... Muros anchos de piedra, ventanas no muy grandes, y dos terrazas amplias para poder contemplar el horizonte. En verano es bastante fresca, y en invierno, si enciendes la chimenea, se caldea en poco tiempo y se está muy bien. Es confortable. Claro que a mí me gusta más el frío que el calor.

Pienso que no sabe cómo empezar la conversación. La verdad es que no debe de ser fácil, aunque supongo que estará acostumbrada. Volvemos a quedarnos callados, pero la situación no es tensa, ni incómoda. Es placentera... No decir nada permite que la imaginación vaya de un lado a otro, o que se quede parada, en blanco... Hombre mayor con mujer joven mirando hacia el horizonte. Podría ser un cuadro de Hopper. Hombre mayor y mujer joven, de nombre aún desconocido, están como detenidos en el tiempo, reunidos por el azar, y a punto de elegir un sendero que a uno de ellos le llevará a un lugar sin retorno, desconocido.

Me gusta la presencia de esta mujer sosegada. ¿Vivirá sola o tendrá pareja? Quizá tenga una hija pequeña que la espera en casa, y que cuando suena el timbre de la puerta corre por el pasillo para saltar a sus brazos... Parece muy vital. No encaja en este encuentro, y me alegro de que no encaje. Así todo será más natural, sin trascendencia, sin formalismos. Un soplo de aire fresco.

—Voy a preparar una jarra de limonada. ¿Te apetece?

—Sí, está bien... ¿Quiere que le ayude?

—No... Soy un especialista en preparar limonadas. Ya me dirás qué te parece cuando la pruebes.

—Vale... Seguro que estará genial... Además, tengo sed.

Nos quedamos, por primera vez, mirándonos a los ojos. Me mantiene la mirada.

¿Qué estarás pensando? ¿Cómo me habías imaginado? ¿Ensayaste la conversación durante el viaje? ¿Repites en cada encuentro los mismos gestos, similares palabras y sonrisas, o estas de hoy son nuevas y solo para mí?

—¿Cómo se encuentra?

—Bien..., con mucha curiosidad, desde que os llamé he querido imaginar este encuentro muchas veces, pero no he podido, no daba con la clave... Sería algo tenso, incómodo, mecánico... Incluso pensé en la posibilidad de que tuviera que rellenar algún impreso. Tu llegada me ha roto los esquemas... Además, no pensé que fueras tan joven y tan guapa.

—Gracias... Pero no soy tan joven; siempre he representado menos edad de la que tengo... ¿Se siente incómodo porque soy demasiado joven o porque soy una mujer?

—No... Me gusta cómo miras... Mi abuelo le daba mucha importancia a la manera de mirar... A ser capaz de ver los detalles que a otros se les escapan. Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Ciérralos. No te va a pasar nada.

—Lo sé.

Cierra los ojos y sigue relajada, como si me conociera de toda la vida, como si dentro de ella no pudiera anidar la desconfianza. La miro y me resulta familiar. Acabo de conocerla y me gustaría que se quedase a hacerme compañía; prepararle la cena, y que luego charláramos hasta que nos venciera el sueño. Podría dormir en la habitación que un día preparé para mi hija, y que ella no va a usar nunca.

—Tú tienes los ojos de color avellana, ¿de qué color son los míos?

Duda un momento. Me gusta verla con los ojos cerrados... Podría ser un bonito retrato: colores cálidos, pocos contrastes, perfiles casi desvanecidos..., horizonte rojizo, amarillo, azul..., toques de magenta, blanco. Hace tanto tiempo que no dibujo nada.

—Miel, de color miel... Son muy parecidos a los de mi madre... Me gustan sus ojos... Bueno, cómo me mira desde que he llegado. ¿Puedo

abrirlos?

—Sí, claro, perdona... ¿Llevas mucho tiempo en este trabajo? Es un trabajo, ¿no?

—Más de un año.

Se queda atrapada en alguna imagen, en un recuerdo, y por primera vez aparece un cierto aire de amargura. Solo dura un momento.

—Sí, es un trabajo... y algo más que un trabajo.

Sonríe con naturalidad, pero ahora todo se ha teñido de tristeza... Colores grises, verdes oscuros, alguna sombra no demasiado fuerte.

—¿Cómo te llamas?

—Rocío.

No puedo evitar sonreír al oír su nombre.

—Me gusta tu nombre... Rocío.

—Dile que se vaya... Por favor... Me lo prometiste... Todo lo que ha dicho son mentiras... ¿Es que no te das cuenta?... «Tienes los ojos de color miel... Son muy parecidos a los de mi madre... Me gustan sus ojos...» ¿Es que no te das cuenta? Se está riendo de ti... ¿Por qué no vamos al cementerio? Tenemos que cambiar las flores de la tumba de Diana... Por favor, vámonos.

Álex está asustado, inquieto... Y le comprendo.

—¿A qué esperas?... Elegimos flores silvestres, ¿vale? Las que más le gustan a tu madre. ¡Vámonos! Hay que darse prisa... No le importas nada... A mí sí me importas.

—Por favor, Álex... —le digo en un susurro. Pero no quiere escucharme, y sigue con su perorata. Miro a Rocío, y la veo tranquila, sonriendo, ajena a lo que está diciendo Álex. Es como si no le importara, o como si entendiera que son cosas de niños.

—¿Y esa limonada? —me dice Rocío, con total naturalidad—. ¿Quiere que la prepare yo?

—«Y esa limonada..., ¿quiere que la prepare yo?» Todo es mentira...

Álex le hace burla repitiendo lo que ella dice... Pero Rocío sigue sin hacerle caso. La situación es muy desagradable. Rocío parece una buena chica, y no es justo lo que está haciendo Álex.

—¿Se encuentra bien? —me dice Rocío.

—Sí, claro..., un poco mareado... Pero no es nada. Me he levantado así,

¿sabes? Tengo miedo. Me gustaría no tenerlo... Supongo que es normal... A lo mejor me viene mejor tomar un café.

—Claro que es normal. Yo se lo preparo. Siéntese.

—No sabes dónde está la cocina.

—No se preocupe. La encontraré. Si necesito ayuda le aviso.

Rocío entra en la casa, yo me siento, me flaquean las piernas. Son demasiadas emociones y no puedo soportarlas.

—Alejandro, dile que se vaya de una vez... —repite Álex, muy nervioso.

—Para, para..., Álex.

—Que se vaya, que se vaya... ¡¡¡Queee seeee vayaaaa!!!

—He dicho que te calles. ¡Basta! ¿Es que no me oyes?...

—Me prometiste que no ibas a llamarla... ¿Te acuerdas?... Me has mentido, siempre lo haces... ¡Te odio! Dile que se vaya, por favor.

Álex está a punto de llorar. No quiero que esté triste, pero lo entiendo, claro que lo entiendo. Es natural... Hoy preferiría que no hubiese venido. No puedo hacer nada por consolarle, y sé que le estoy haciendo daño. Está muy asustado. Lo siento, lo siento. Rocío sale de la casa y me mira preocupada, y es lógico. Todo lo que está pasando es una locura.

—Por favor, Álex... Escúchame, por favor. No me encuentro bien.

—¡Que se vaya! ¡Que se vaya!

No para de moverse y de gritar como un niño maleducado. Trato de alcanzarle, pero se escabulle y sigue machaconamente con su matraca. Baja las escaleras y yo le sigo... Está muy excitado... No quiero verle así... No consigo detenerle... Estoy cada vez más mareado... Trato de agarrarme a la barandilla, pero no puedo... Siento un sudor frío... y náuseas... Mis manos resbalan sobre la barandilla... Soy incapaz de mantenerme de pie... y caigo al suelo... Álex y Rocío me miran. Ella está muy asustada. Se arrodilla y me dice algo, pero no la entiendo. Cierro los ojos. Todo me da vueltas. Tengo que tranquilizarme... Álex me repite al oído que la eche de una vez.

—¡Échala!

Su boca está pegada a mi oído... y su grito suena como un lamento terrible, desesperado.

—Tranquilo, Alejandro. No va a pasar nada... —me dice Rocío—. Tranquilo... Tranquilo...

Me habla muy bajito, como hacía mi hermana Paloma cuando me daban las crisis.

—¿Te vas a morir, Alejandro?... Dime, ¿te vas a morir?... No, ¿verdad que no?... No puedes dejarme solo... ¡Despierta! ¡Despierta! Perdóname... ¡Perdóname! No lo volveré a hacer.

Veo las lágrimas de Álex, quiero abrazarle. Decirle que no va a pasar nada. Las luces se van apagando... Las imágenes se disuelven. Tengo una fuerte presión en la nuca... Sonidos lejanos, imperceptibles... Pierdo la conciencia... Las luces se han apagado.

No sé si estoy en el pasillo de las taquillas de la Escuela de Arquitectura... o en la escalera de la casa de mi abuelo, asomado a la barandilla, o en la azotea a punto de saltar al vacío, o corriendo por las calles como un loco. No sé dónde estoy.

VEINTITRÉS

ALGUIEN HACE SEÑALES A LO LEJOS CON BANDERAS

Salgo corriendo detrás de él y no le alcanzo. Atravieso callejuelas estrechas y zigzagueantes que bajan hacia el puerto. Un último esfuerzo. Estoy agotado. Pero necesito hablar con él. La playa está vacía, es inmensa y no hay nadie. Es la playa de Bolonia, allí estuve con Silvia de vacaciones, y con Tania... Era muy pequeña, y jugamos con las olas... Cerca de la orilla, Silvia se ríe, coge a Tania en brazos y se adentra en el mar; yo voy detrás de ellas. Nos gustó este lugar, pero nunca más volvimos. Estoy casi al lado de la gran duna... Él está arriba, sentado, esperándome..., jadeando por el esfuerzo. Y vuelve a mirarme. Está muy abatido... No me gusta verle así.

—¡Déjame en paz! ¡No te acerques! —grita desde lo alto...

Yo también estoy exhausto, sudoroso... Los pies se me hunden en la arena.

—Solo quiero hablar contigo, de verdad... Créeme.

Sé quién es, siempre lo he sabido, y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Camino por la pendiente. Mis pies descalzos se me hunden cada vez más en la arena. Él no se mueve, sigue sentado, me espera. Estoy muy cerca, y tengo unas terribles ganas de llorar. No sé por qué. No sé si es el sonido suave de las olas, de la brisa..., o si es el cielo inmenso, estrellado. Una vez leí que un sicario, después de matar a una de sus víctimas, pasó por delante de una iglesia y sintió la necesidad irresistible de entrar... Hacía mucho que no pisaba una iglesia... Se arrodilló en el último banco... Necesitaba rezar, y aunque no se acordaba bien de ninguna oración..., rezó. Entonces, le embargó una emoción desconocida y comenzó a sollozar desconsoladamente, un llanto que le nacía muy dentro, que le conmovía, y que era incapaz de detener... Y, a

partir de ese día, cambió, se transformó en otra persona.

Me siento a su lado y en silencio nos quedamos mirando el mar. No decimos nada durante un buen rato. El mar está en calma, pequeñas olas que rompen transformándose en espuma que lentamente se desdibuja y desaparece. Y me quedo como hipnotizado mirando el movimiento continuo del agua. El tiempo se detiene. No hay tiempo. La suave brisa remueve su pelo. Lo lleva largo, alborotado, y los rizos se deshacen y vuelven a formarse nuevamente... Estoy en paz conmigo mismo. Es una sensación reconfortante.

Álex vuelve la cabeza y me mira. Entonces me doy cuenta de que sus pequeños labios están pintados de carmín. Yo, también, de niño me los pinté una vez así para disfrazarme, para jugar, quizá, para averiguar quién era yo realmente. Mi padre me descubrió, me dio una paliza y me castigó... Ahora me gustaría pintarme los labios de color rojo, como él.

—En el tren te dije que, a veces, creía que Chema estaba muerto... ¿Te acuerdas?

—Sí, Álex..., lo recuerdo.

Le cuesta hablar. Quiere contener las lágrimas, pero no puede.

—Tú hablabas con él, pero yo pensaba algo terrible, muy triste... Pensaba que Chema había muerto hacía mucho tiempo... Y eso me daba miedo... y pena. Queríamos mucho a Chema. Siempre le hemos querido. Por eso muchas veces estaba triste sin motivo. El otro día me dijiste que te había perdonado y te vi feliz mientras me lo contabas... Tú hablabas y hablabas, y yo le veía sumergido en el agua, hundiéndose lentamente, con los ojos abiertos... Muy tranquilo... No sufría, ¿sabes?... Y yo no podía dejar de llorar. ¿Por qué sabía que Chema había muerto ahogado?

—A veces imaginamos cosas. No sé. Presentimientos.

—Nunca te lo he dicho... Pensarás que estoy loco... Y un poco loco estoy, ¿verdad?

—Los dos lo estamos. Por eso nos llevamos tan bien.

—Sí, eso es verdad. A veces creo que estoy muerto... ¿Entiendes?... Que no existo... Por eso puedo ver a Chema... Dime la verdad: ¿lo estoy?... No pongas esa cara. Es solo una pregunta... ¿Estoy muerto? Tienes que ser sincero, dímelo.

—No, claro que no... No pienses eso...

—Ya... Eso de la muerte es muy triste. ¿Susto o muerte?... ¿Te acuerdas

de ese chiste?

—Sí... Es divertido.

—No estoy muerto... Si me pellizco me duele, pero cada vez que tú piensas en la muerte, y no paras de hacerlo, yo también muero un poco, ¿sabes? Y por eso me da rabia oírte... Y por eso no quiero que ella esté aquí. El día que te mueras tú... sé que yo también moriré. Eso sí que lo sé... Estoy seguro. ¿Por qué no le dices a Rocío que se vaya? Me da miedo la muerte. Mucho miedo. Y frío.

—A mí también.

Rocío está sentada al lado de la cama y tiene mi mano entre las suyas... Estamos en mi habitación. La luz es muy tenue. Me duele la cabeza, pero no es un dolor insoportable.

—No recuerdo lo que ha pasado.

—Perdiste el conocimiento. Estabas muy alterado... Y te caíste por las escaleras... ¿Cómo te sientes, ahora?

—Bien, raro. No sé si ha pasado una hora, o varios días. He perdido la noción del tiempo. No hay tiempo... Eso te he dicho, ¿verdad?

—Sí.

Me gusta verla a mi lado. Me reconforta. Me siento protegido por una mujer muy joven, que podría ser mi hija... Tiene las manos suaves y cálidas... Manos delgadas y dedos muy largos. Me recuerda las manos de mi madre.

—Entre sueños no parabas de hablar. De repente abrías los ojos y me mirabas, y sonreías, y volvías a cerrarlos. Y seguías con la historia de un niño... ¿Te acuerdas de algo?

—No... Bueno, sí, sí me acuerdo... La playa de Bolonia... Álex..., Álex es alguien muy especial... ¿Dónde está ahora?

—No lo sé... ¿Vive cerca de aquí?

—Sí, muy cerca... Así que cuando menos nos lo esperemos, llegará lleno de energía y nos propondrá un plan increíble que resolverá todos nuestros problemas.

—¿Estás mejor?

—Sí, aturdido, desorientado, pero nada más.

—¿Te preparo una manzanilla? O quizá sea mejor una tila.

—Se me irá pasando... A veces tengo estas crisis y pierdo el control...

Pero no me duran demasiado, y no suelen ser violentas... Así que no soy peligroso.

—¿No tomas ninguna medicación?

—Sí, pero hace algún tiempo que la dejé.

—¿Y por qué? ¿No te sentaba bien?

—Me atonta... Me quedo sin energía, sin ganas de hacer nada. Solo quiero dormir... Y que pase el tiempo, y eso es muy aburrido.

—Sí, debe de ser aburridísimo... ¿Qué enfermedad tienes? Perdona, no me contestes si no quieres.

—No te preocupes... Tengo una enfermedad muy complicada... Alucino. No te asustes. No son drogas, ni nada de eso... A lo mejor estoy un poco loco. Eso dice Álex.

Me gusta hablar con esta mujer desconocida. Lo que le digo le importa. Me escucha con atención y me mira con cariño. Es todo tan extraño. A lo mejor me estoy inventando esta realidad. A lo mejor sigo dormido. Soñando. No, ya no escucho las olas.

—Si prefieres no contármelo...

—No suelo hablar de esto con nadie... No me gusta mi enfermedad... No la acepto.

—Eso le ocurre a todo el mundo, ¿no? Nadie quiere estar enfermo.

—Sí. Tienes razón. Antes, cuando no estaba solo como ahora, si notaba algún síntoma y sentía que la crisis estaba muy cerca, intentaba ocultárselo a los demás... Me encerraba en mi habitación, o en el cuarto de baño, y trataba de tranquilizarme. No quería que me viesan como si fuera un demente. Me daba vergüenza... Y es que, a veces, lo parezco. Bueno..., a lo mejor lo soy.

—Debe de ser muy duro.

—Sí, lo es. Cuando menos me lo espero tengo reacciones delirantes, alucinaciones que me hacen confundir la realidad con lo que imagino. Los médicos dicen que, incluso, puedo oír voces inexistentes, imágenes..., personas... A lo mejor ahora nuestra conversación es irreal... Y tú no existes. Existes, ¿verdad?... Esquizofrenia paranoide... Trastorno de la personalidad... Asusta, ¿verdad?

—Ya... Es una enfermedad extraña. Pero tranquilo... Sí existo. Estoy a tu lado.

—Ya..., ya sé que existes... Y si me pellizas me dolerá... Es una broma. Me gustaría levantarme.

—Claro. ¿Crees que podrás?

—Sí, sí, ya pasó. Lo peor pasó... Ahora queda la resaca.

Me ayuda a levantarme. Estoy un poco débil y noto una cierta inestabilidad, pero no me apetece seguir acostado como un enfermo. Le digo que quiero sentarme en el porche. Ya ha anochecido y hace algo de frío. Rocío enciende las luces y me trae una manta. Me la echa por encima de los hombros. Álex está sentado en la barandilla. Me mira, preocupado.

—¿Estás mejor? —me dice.

—Sí... No te preocupes por mí, estoy bien.

—No se ha ido Rocío. Ella sigue aquí. Y eso quiere decir...

—No, no se ha ido. No va a pasar nada...

—Sí que va a pasar... Si ella sigue en esta casa quiere decir que estás decidido...

—Perdóname..., creo que es lo que debo hacer... Pero ¿quién sabe?... ¿Te conté que me pusieron un micrófono como en las películas?

No le interesa la historia del micrófono y dejo de hablar... Nunca le he visto así, tan desanimado... Y me da mucha pena.

—O sea que mañana, si vengo a verte, puede que ya no te encuentre. ¿Es eso?

—No lo sé...

—Ya no podré sorprenderte apareciendo por la ventana, o llegando a toda pastilla en mi bici... Ni podré contarte mis planes... ¿Qué voy a hacer? Dime...

Me quedo callado. No sé qué responderle.

—Desapareceré como tú... Nos iremos juntos... Puede estar bien... Lo que ocurre es que a mí me gusta estar aquí. Me lo paso genial. Todo es cuestión de acostumbrarse, claro... Hoy aquí, mañana en Lisboa... ¿Quién sabe? Puede ser maravilloso.

Salta desde la barandilla hasta el jardín.

—Luego vuelvo. ¿Estarás?

No le respondo. Se aleja. Pone los brazos en cruz. Y pedalea con energía.

—¡Sin manos! ¡Un final de película increíble! ¡Los malos, *kaputt!*

¡Volveré, Alejandro! ¡Espérame! ¡Te tengo que contar una idea que te va a sorprender! ¡No te vayas! ¿Me lo prometes? Tenemos que irnos juntos... Tú y yo... Los dos solos, ¿vale?

Dejo de verle, aunque sigo oyendo sus gritos de júbilo. Me entristece imaginar que nunca más nos volveremos a ver. Trato de contener las lágrimas. Soy un viejo llorón.

Aparece Rocío con una tetera grande y dos tazas. Finalmente ha preparado una infusión. Me apetece tomar algo caliente. Se sienta a mi lado. Recoloca la manta con cuidado y me mira con cariño.

—¿Quién eres? —le digo.

Se toma un tiempo para responder.

—Soy enfermera y trabajo en la asociación Dignidad para un Buen Morir, a la que tú llamaste. Te acuerdas de eso, ¿verdad?

—Sí, claro que me acuerdo. Quiero morirme. Por eso os llamé... Eso lo sabes..., ¿verdad? A eso has venido, a ayudarme... No quiero seguir viviendo. No lo resisto.

—Ya... ¿Por la enfermedad?

—Por todo... ¿Me vas a ayudar?

—Sí, te voy a ayudar..., o al menos voy a intentarlo... Nosotros ayudamos a morir a las personas que tienen una enfermedad progresiva e incurable. Personas que no pueden aguantar más el dolor, el sufrimiento. Pero tu caso es diferente.

—Si puedes curar, cura..., si no puedes curar, alivia..., si no puedes aliviar, consuela... Y, si no puedes hacer nada de eso... Entonces qué, ¿me puedes consolar? ¿Puedes arrancarme el terrible dolor que siento en cada momento?... ¡No quiero seguir viviendo! Me cuesta cada vez más levantarme por la mañana, respirar, abrir los ojos... ¿Me vas a ayudar? Dime que sí, por favor.

—No es tan fácil... Ojalá lo fuera.

—Ayúdame a morir... Esa es vuestra filosofía, ¿no? O todas esas palabras: curar, aliviar, consolar, morir dignamente... ¿son solo marketing? Palabras vacías, huecas. Que suenan bien, pero solo eso. No puedo más... Ya lo has visto... Y no quiero intentarlo yo otra vez y arriesgarme a fallar, o a morir lleno de dolores... Y solo, sin nadie a mi lado. Soy cobarde. He llegado a un momento de mi vida en el que no resisto la soledad... Y quizá por eso no

quiero morirme solo como un perro y que cualquier persona descubra mi cadáver dentro de una semana, de un mes... Necesito irme tranquilamente. Quiero escribir algunas cartas, y que alguien, cuando yo haya muerto, las eche al correo... ¿Me entiendes? ¿Pido demasiado? Irme en paz, solo eso. Nadie me espera... Nadie va a llamar a mi puerta.

Vierte el té en las dos tazas... Coge una de ellas con las dos manos... Y se la acerca a los labios. Da un pequeño sorbo y me mira.

—Antes me preguntaste que quién era... Y sí, te he dicho la verdad, pero no toda la verdad... Soy enfermera, y formo parte de una organización que ayuda a las personas enfermas a morir con dignidad... Y me llamo Rocío... Y nací en Buenos Aires hace treinta y seis años, pero me siento mitad argentina y mitad española... Y vivo aquí desde hace algún tiempo, y he venido a esta casa porque tú nos has llamado, y también he venido por otros motivos... Yo creo en el destino, ¿sabes? En las casualidades, en que el tiempo, a veces, se detiene hasta que las cosas encajan y se colocan en su sitio... Creo que todo es posible... Y que las heridas, por muy profundas que sean, pueden sanarse... Estoy un poco loca, como tú, ¿no?

—Me gusta lo que dices...

Me mira, y su mirada está llena de ternura.

—Mi madre se llama Paloma.

Es curioso, lo sabía... O lo imaginaba sin saberlo... Algo, desde el primer momento que la vi, me removió el alma. Tuve la intuición o el presentimiento, de que era alguien especial... Cuando escuché el sonido de su bicicleta, cuando la vi llegar... Su silueta recortada por el sol que se estaba ocultando tras las montañas, cuando abrió la verja, se acercó despacio y comenzó a hablarme. Sí, desde el principio supe que algo invisible me unía a ella..., que no era una desconocida. No creo en Dios, alguna vez creí, pero ya no... Y, sin embargo, su presencia es como un pequeño milagro... del azar, del destino... Sí, yo también creo en el destino... Me ha dicho que su madre se llama Paloma... Paloma, ese nombre significa tanto para mí, es como sentir una ráfaga de aire fresco, de vida, la sensación de que, a pesar de todo, voy a tener una nueva oportunidad... Sí, a lo mejor es eso... Paloma, te he echado tanto de menos. Aún te veo recorriendo el pasillo con esa pequeña maleta llena de tristeza, y te veo cerrar la puerta... Y me siento tan perdido... Y ahora, de algún modo, estás aquí, conmigo. Tu hija es la persona que ha venido a

ayudarme al final de mi vida... Qué mejor compañía. No sé qué decir. Sí, sí lo sé. He encontrado a nuestra madre. No nos abandonó, ¿sabes? Hasta el último momento pensó en nosotros... Los recuerdos se agolpan en mi cerebro, las palabras que no te dije, los abrazos que, poco a poco, se llenaron de viento..., los gritos desde el balcón para conseguir que la gente se parase y nos saludara... Las confidencias, los juegos donde Chema era una parte importante. Sí, Paloma, he cambiado... Quizá no lo suficiente, pero, al menos, ya no soy ese desalmado capaz de las peores acciones... Y también, como tú, he tenido una hija... Casi de la misma edad que Rocío... Imagino que las dos, algún día, podrán ser amigas, buenas amigas, y serán capaces de cambiar el mundo, darle la vuelta como si fuera un calcetín viejo... Ellas, como tú, son valientes. Saben decir «no», rebelarse, luchar por alcanzar sus sueños... ¿Sabes? Rocío es el mejor regalo que he podido recibir.

—«Rocío, ¿por qué tiembles?... Rocío, tienes el cuerpo lleno de pájaros asustados... Rocío, tengo el sol en las manos.»

—«... Sed... Siempre... Siempre.» Me sé de memoria *El velero en la botella*; esa obra de teatro es la preferida de mi madre. Adora ese personaje. Por eso me llamo así..., Rocío.

—Un personaje luminoso y libre... *El velero en la botella*... Ahora, Rocío, soy yo el que está temblando...

—Yo también. He imaginado este encuentro, ¿sabes? Pensé que no iba a ser fácil.

—¿Paloma te ha hablado de mí?

—Sí, claro.

—Creí que me habría borrado.

—No... Aunque hablar de ti, del pasado, la atormenta... Trata de evitarlo.

—Sí..., el pasado es un terrible compañero de viaje... Tu llegada..., tu existencia... me conmueve. No te lo puedes ni imaginar... La vida tiene esto, sorpresas cuando ya no esperas nada.

—Sé que estoy aquí por algo muy concreto... Pero también acabo de descubrir que estoy aquí por otros motivos, y no me sorprende... Cuando vi tu nombre escrito en un papel, en la asociación donde trabajo, y al lado la dirección de esta casa, sentí que no era una simple casualidad, era algo más... ¿Me entiendes?

—Sí, claro...

—Era algo inevitable, que tenía que ocurrir. Cuando me acercaba, iba viendo la casa al final del camino... El sol daba de frente en las ventanas... Y su reflejo no era real... Era algo mágico...

—¿Paloma sabe que has venido?

—Sí. Está en el pueblo, esperando a que yo la llame.

—¿En el pueblo?

—Sí.

—¿No le importa volverme a ver?

—No... Solo la tengo que llamar... ¿La llamo?

Tardo unos segundos en responder.

—Por favor...

Rocío se aleja unos pasos y marca un número de teléfono.

—Mamá, ven... Te estamos esperando.

NOTA DEL AUTOR

La mayoría de los personajes de *El fin de las dulces mentiras* surgieron en una novela que escribí anteriormente, *La plaza del silencio*, editada por Alrevés.

En ella, conoceremos profundamente a Chema, y a Paloma, personajes fundamentales en la vida de Alejandro. Y también asistiremos al comienzo de la terrible pesadilla de *El fin de las dulces mentiras*.